

EL CIELO DE KAT LIEBERMAN



de

Miguel Falcón

Lectulandia

La protagonista de esta historia no es una heroína al uso. Kat Lieberman es una adolescente chimpancé de laboratorio que disfruta una cómoda vida en el Centro Nacional de Inteligencia Animal. Su capacidad de concentración y su dominio del lenguaje la convierten en el más brillante y admirado espécimen no humano que ha conocido el hombre. Cuando expulsan a su instructora, Kat descubre que el mundo de los humanos no es tan bonito como había pensado. De repente se queda sola, ya no hay aplausos, ya no hay portadas, y averigua que va a ser cortada en pedazos en la mesa de operaciones del sádico cirujano Mandrasian.

Contando únicamente con la ayuda de un enfermo chimpancé adulto y un puñado de trucos que guarda en su cabeza, Kat planea escapar de su trágico destino, aunque eso suponga enfrentarse a numerosos peligros y resolver un problema mucho más complicado que cualquiera de los realizados anteriormente.

Lectulandia

Miguel Falcón

El cielo de Kat Lieberman

ePub r1.0

Titivillus 11.12.2018

Título original: *El cielo de Kat Lieberman*
Miguel Falcón, 2014

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.0

más libros en lectulandia.com

El teléfono comenzó a sonar cuando los dígitos azules del reloj despertador apuntaban tres minutos sobre las tres de la madrugada. Eran muchos los que llamaban para solicitar una entrevista con la doctora Lieberman, pero nunca eran llamadas nocturnas. Cuando me sentí dispuesta, respondí con la confusión propia de un horario tan intempestivo.

—Lilith Lieberman, ¿dígame?

Tras un largo silencio, desde el otro lado de la línea surgió una voz como un murmullo. Alguien se expresó mediante tímidos aullidos guturales, confusos lamentos procedentes de algún tipo de bestia. No tardé en identificar la naturaleza del interlocutor. Intenté aceptar con entereza la posibilidad de que ella hubiera abandonado este mundo para buscar ese cielo perfecto del que tanto le gustaba hablar. Repasé todos aquellos antiguos recortes de periódico que en su momento la encumbraron como a una estrella y que tantos recuerdos me traían. Volví a reencontrarme con el pasado, con la discrepancia de opiniones con que los distintos periodistas y científicos intentaban dar una explicación a su comportamiento. En algunas fotos, una inocente bola peluda de pocos años jugueteaba con una muñeca, acurrucándola en su regazo con instinto maternal; en otras, la precoz criatura se devanaba los sesos, cual ajedrecista en apuros de tiempo, para resolver los extraños problemas que le presentaban aquellos seres deformes que andaban sobre dos patas y cubrían su desnudez con extrañas vestiduras. En otro artículo, en cambio, un montaje fotográfico mostraba a una alimaña criminal de un metro ochenta, colmillos ensangrentados y salvaje instinto asesino. Creo que aquel periodista tampoco se equivocaba demasiado. Personalmente creo que Katrin acabó convirtiéndose en un híbrido de ambas personalidades. Era un ser angelical, pero también podía convertirse en un demonio al que muchos hubieran deseado no haber conocido.

No habría cielos ni infiernos para Kat Lieberman.

Preparé la maleta y me dispuse a realizar un largo viaje. Cuando regresé con los últimos datos de su extraordinaria vida, me apresuré a reconstruir su historia.

Por los motivos que más adelante podrá considerar razonables, he decidido intervenir en la corrección de los escritos de Kat Lieberman y los he adaptado a unos términos, si no más precisos, sí más universales.

La historia comienza un año antes de que todo sucediera, porque este fue su deseo.

CAPÍTULO 1

Desde el primer momento quiero advertirte de que no soy como tú. Ha pasado mucho tiempo desde que la arrolladora maquinaria humana se abalanzó sobre mí. Tenía por entonces diez años y mi nombre era Katrin Lieberman, pero me llamaban Kat, que se parece a gato, aunque no soy un gato. Debido a ciertos aspectos de mi personalidad, algunos afirmaron que yo era un monstruo antinatural, pero yo no creo que fuera para tanto.

Soy incapaz de pronunciar mi nombre, pero cuando intento verbalizarlo emito sonidos que lo evocan. Si me conocieras, te llamaría la atención una serie de cosas: que mi cabeza y mi cuerpo están cubiertos de pelo y, digamos, mal acabados; que tengo un problema en manos y pies, por lo que tampoco soy capaz de andar como tú; tampoco comparto la lucidez de otros ejemplares de mi familia. Soy algo retrasada. Este y otros muchos motivos me llevaron a permanecer en cautiverio desde que tuve memoria, y a desconocer lo que significaba esa palabra tan bonita: libertad. Aún así y a pesar de mi especial condición, Ellos permitieron que gran parte de mi vida se convirtiera en una continua sesión de diversiones y acertijos. Todos decían que era diferente, aunque Lilith afirmaba que era incomparable.

Días después de mi nacimiento participé en un proceso de selección y fui elegida por un grupo de expertos, entre los que se encontraba mi madre, Lilith Lieberman — que en aquel momento tan solo era estudiante y becaria—. Les pareció divertido que durante esa especie de «entrevista» y en lugar de quedarme sentada como los demás aspirantes, lo primero que hiciera fuera estirar el brazo con velocidad y despojar del peluquín al viejo director —quien por cierto se desmayó para siempre unos años después. Se fue al cielo y le sustituyó el actual, el director Meyer.

Desde ese momento pasé a formar parte de un importante proyecto que se centraba en mi capacidad de aprendizaje, con lo que en cierta medida pude suavizar las desagradables consecuencias de mis peculiaridades físicas. Gracias al programa que llevaba mi nombre me libré de permanecer encerrada como el resto de mis compañeros, quienes presentaban los mismos retrasos que yo.

Durante el primer año de vida me convertí en una pesadilla para mis cuidadores debido a mi naturaleza especialmente revoltosa —aún no era consciente de mis limitaciones—, hasta que Lilith se hizo cargo de mí. ¡Perdón! Quizás te estoy confundiendo. Lilith no era mi verdadera madre, pero yo la trataba como si lo fuera.

Siempre intento esforzarme en mejorar mis afirmaciones, pero muchas veces no lo consigo. En adelante intentaré ser más explícita, pues expresándome con ligereza puedo conducirte a grandes confusiones.

Hablaré de mi cuerpo. Físicamente lo que me diferencia de ti resultó ser siempre muy importante para cuantos me conocieron. Como ya he dicho, mi cabeza no es

buena y por eso no soy especialmente lista, ni mucho menos como tú. Enarco las cejas con mucha gracia, sonrío dulcemente, mi cara puede transmitir un sinnúmero de pasmosas gesticulaciones, tengo labios kilométricos, y aún así Lilith aseguraba que era muy guapa. Mis dientes son llamativos, pero los defectos que más llamaban la atención consistían en mi grotesca mandíbula, mi reducido tamaño y el vello que recubre todo mi cuerpo. Manos alargadas, brazos interminables, una musculatura inusual, pero un corazón...

¡Un momento! Si quiero que sepas como soy podría aprovechar las palabras que Lilith utilizó aquella misma tarde. Ella era capaz de describirme con mayor propiedad que nadie, ya que me conocía perfectamente y hablaba mejor que yo, principalmente porque yo no podía hablar, nunca lo logré.

Mi historia comienza en aquella ya lejana conferencia.

Yo me impulsaba hacia adelante y hacia atrás sobre un viejo balancín de madera en la sala anexa, esperando la señal convenida que indicara mi entrada en escena. Lilith presentaba una conferencia —sobre mí— ante una platea compuesta por cientos de personas, un salón de grandes dimensiones que llegué a conocer bastante bien. Pude distinguir a algunos profesores y otros muchos estudiantes adultos, pero más de la mitad de los asistentes eran niños, cientos de niños inquietos que se agitaban encima de sus asientos como pequeños cócteles vivientes.

En los laterales de la sala de conferencias colgaban unas bonitas cortinas de color fresa que alcanzaban desde el suelo hasta los altos y enormes ventanales de la bóveda, que filtraban una suave brisa —siempre me fijaba en las ventanas porque a través de ellas podía ver el cielo—, y entre dos de aquellas cortinas distinguí el cuadro que Ellos llamaban «La Creación», donde Dios le cedía al hombre la «chispa» que ahora poseen y que les convierte en especiales. Yo lo sabía porque ese cuadro era idéntico a uno más pequeño que colgaba en una pared de mi aula, del que Lilith me habló. Ella afirmaba que yo poseía esa chispa por derecho propio.

Todos la escuchaban mientras me describía:

—Es momento de presentar a nuestra portentosa invitada —avanzó la portavoz—, un prodigio no solo por lo que representa en términos científicos, sino también por su corazón, sin duda el don más valioso que posee. Sus manos son parecidas a las nuestras, aunque sus dedos son más alargados. El pelo recubre casi todo su cuerpo, sus ojos son redondos y curiosos; nariz chata, mandíbula prominente y unas orejas de impresión. Su capacidad cerebral es llamativa, no muy diferente a la de cualquier niño de ocho años, pero por motivos anatómicos no puede articular palabras de la misma forma que nosotros.

»Otra de las diferencias físicas principales reside en la planta de su pie. Para que os hagáis una idea, mirad vuestra mano, imaginad que es mucho más alargada. Pues así es su pie. Un pie hábil y prensil que le permite arrastrar o sujetar con facilidad a

un compañero u otro objeto pesado mientras trepa. Imaginad como treparíais a los árboles con unos pies de semejantes características...

Al escuchar ese comentario, Katrin dejó de columpiarse hacia delante y atrás sobre el pequeño balancín de madera. Giró su rodilla hacia el exterior de forma que pudo examinar la alargada planta de su pie. Era cierto, tenía que ser de esa manera para trepar cuando no estaba estudiando o solucionando problemas, como una mano alargada.

Aquel primitivo diseño le proporcionaba una habilidad especial tal, que a veces se sorprendía a sí misma realizando ejercicios o incluso comiendo ayudada por los pies. Por supuesto era rápidamente corregida de la misma forma en que antes se corregía a un zurdo, cuando esa naturaleza podía considerarse abominable y enfermiza.

Al instante mismo de enfocar su extremidad inferior recordó un video que le habían permitido visionar en bastantes ocasiones, el único en el que podía vislumbrar la naturaleza de su verdadera madre. En él se retrataban, emergiendo de su vientre, los primeros instantes de su vida. Fue un parto difícil, le contaron, pero todo salió bien.

En aquel pequeño quirófano de acero, pulcro y equipado, los concurrentes observaban como aquella madre luchaba por sacar de su interior a una extraña criatura. Ajena al equipo de grabación y a la expectación de los científicos presentes, una bolita peluda y pringosa agitaba sus brazos y piernas con gran desorientación, como si intentara alejar de sí alguna presencia indeterminada. Se movía lentamente, como si no hiciera otra cosa que desperezarse de un largo sueño, como una astronauta estratosférica en gravedad cero. Recordó con especial énfasis el momento en que la mujer vestida con un batín blanco la sujetaba mientras le apartaban el cordón umbilical, la envolvía con una toalla para secar el fluido de la placenta y seguidamente se la entregaba a su madre. Esta, exhausta tras el parto, la recibía como si aquel pequeño ser representara un castigo que debía aceptar a la fuerza. No la sostuvo entre sus brazos, sino que levantó una pierna y con los hábiles dedos de su pie aferró el de Katrin —sin la delicadeza habitual que se desprendía de otro tipo de madres, aunque no exenta de ternura—. Así mantuvo en el aire a la pequeña astronauta y la dejó colgando boca abajo. Mientras, los presentes se mostraban extrañamente conmovidos.

Aún en esa posición, Katrin no cejaba en la tarea recién emprendida de hacer pasar por turno cada uno de sus dedos por la boca, mientras al mismo tiempo parecía examinar a cada uno de los presentes con incredulidad, sin prestar especial atención a aquella desconocida y joven Lilith que lloraba al pie de la cama.

En aquella posición, las caras de madre e hija estaban muy próximas, pero Kat casi no percibía nada porque tenía los ojos muy cerrados. Sus manos se le acercaban

torpemente a la cara, como si quisiera atraparla, como si intentara aprisionar a un espejismo.

La recién nacida articuló sus primeros e ininteligibles sonidos, un hilillo de voz mezcla de gemido y queja. Su madre la examinó como si todavía conservara el derecho a devolverla en caso de tara o desperfecto. La mantuvo colgada un buen rato. Cada vez que Kat visualizaba aquella escena a través de la pantalla le invadía una intensa nostalgia.

Una vez comprobó que todo miembro, oreja y ojo estaba en su sitio, la dejó caer lentamente sobre su pecho. Comprobó que su hija también era diferente, pero debería estar complacida, porque tampoco era para tanto. Sin embargo, a través del video, su rostro parecía triste, aunque Katrin no podía imaginar el motivo. ¿Qué significaría aquella expresión tan extraña? ¿Acaso conocía algo que nadie más podía imaginar?

Los presentes constataron por vez primera lo que en el futuro sería evidente. Katrin no era como los demás. Luego, aquella madre desapareció de su vida, y nadie supo explicarle a la pequeña astronauta por qué decidió marcharse. Fue huérfana hasta el día en que cumplió un año, cuando Lilith apareció y empezó a enseñarle palabras y juegos.

De nuevo nuestra protagonista se concentró en las palabras de Lilith, que seguía hablando de ella, de su capacidad para hablar..., hasta que por fin llegó la señal acordada. ¡Era hora de salir a escena!

Se apeó de su balancín con decisión y los presentes pudieron contemplar desde sus butacas, a través de un hueco entre las cortinas del telón, como una marioneta intervenía e interrumpía el acto. Se trataba de un pequeño cocodrilo que también aparecía ampliado en una inmensa pantalla de proyección sobre la cabeza de la conferenciante. El cocodrilo abría y cerraba su boca de forma continua mientras se escuchaba lo siguiente:

—*Es mentira, ella no sabe hablar... ella no es una persona* —dijo la voz en *off*.

—Perdone, señor cocodrilo, pero estoy intentando hablar con estas personas y estos niños tan listos —responde Lilith—, para que aprendan muchas cosas y para que no acaben siendo tan tontos como los cocodrilos.

—*Umh, vale, de acuerdo. ¡Pero después tendrás que hablar de los cocodrilos! ¡Porque somos muy guapos! ¿Verdad, niños?* —el público infantil abucheó de forma generalizada. Ajeno a la voz popular, el cocodrilo continuó:

—*¡Y si no lo haces, me comeré a todos estos niños! Ricos, buenos, niños... ¡Ummhhh!*

En ese momento Lilith pareció enfadarse. Extrajo un pequeño extintor oculto bajo el púlpito y roció sobre el cocodrilo unas ráfagas de polvo blanco y seco. Después de recibir las fuertes descargas y tras unos exagerados aspavientos, parece que la criatura de trapo se desmaya, hasta que finalmente solo su cabeza inmóvil y derrotada permanece visible, boca arriba, entre las cortinas del telón.

Los niños fueron testigos de la derrota y desmayo de la cruel marioneta, y aplaudieron al unísono mientras gritaban de alborozo y excitación. Cuando fueron cesando los aplausos, el cocodrilo desapareció definitivamente de la vista de los espectadores. Lilith continuó su disertación:

—Y a continuación, damas y caballeros, niñas y niños, os quiero presentar a mi compañera en esta pequeña representación teatral y, ¡al ser más extraordinario que habréis conocido jamás! Además de todo, es mi amiga. No la olvidaréis, os lo aseguro. ¡Con todos vosotros, Katrin Lieberman! Kat para los amigos.

Atravesando las cortinas del telón surgió un protagonista inesperado que provocó una encadenada serie de suspiros, clamores de nerviosismo y expresiones de sorpresa que se propagaron a todos los rincones de la sala. Los profesores que acompañaban a los niños se sonreían los unos a los otros a causa del efecto creado. Un ser encorvado de algo más de un metro de altura, cuyo rostro tranquilo contrastaba con sus extraños movimientos y una perturbadora expresión corporal, caminaba aquejado de un marcado desequilibrio y evidenciando cierta cojera, efecto quizás producido por sus anacrónicas extremidades inferiores, cortas y salvajes. Sus brazos eran escandalosamente llamativos por largos, su mandíbula prominente, las orejas de exageradas dimensiones revelaban una capacidad auditiva sobrehumana, animal. Cubierta casi en su totalidad de un suave pelo negro, ¿una bestia? No.

Kat Lieberman era una chimpancé.

Lamento si os he vuelto a llevar a una confusión, comprensible por otro lado. Volvamos atrás. A veces olvido que, a pesar de que me llamo Katrin Lieberman, pertenezco a una especie aparte, que Ellos denominan Pan Troglodytes, subespecie Schweinfurthii. En resumidas cuentas, soy una chimpancé común. Sin embargo estoy especializada en la resolución de problemas y en el aprendizaje de palabras. Para esas y otras materias fui instruida a lo largo de muchos años.

—Sí, amigos, Katrin es una chimpancé. El conocimiento que tenemos sobre esta especie se ha transformado en las últimas décadas, y nuestro interés por ellos se ha incrementado extraordinariamente, lo que les ha llevado a copar multitud de revistas y estudios diversos. Gracias a los descubrimientos llevados a cabo por la doctora Goodall y otros muchos destacados científicos, ahora sabemos que son la especie más cercana al hombre, pues su código genético coincide con el nuestro en casi un 99 por ciento. Fabrican herramientas, tienen sentimientos, y su complejidad psicológica e inteligencia resultan asombrosas, pues son física y mentalmente comparables al homo sapiens.

Desgraciadamente, este interés y parentesco no les ha generado ningún beneficio, ya que no hemos sido muy amables con nuestros primos lejanos. En nuestra grandiosa bondad, hemos premiado ese parentesco a nuestra manera, reduciendo su población mundial en un noventa por ciento durante el último siglo, con lo que los hemos situado en la categoría de especies en peligro de extinción. Kat lo sabe, no lo comprende, pero lo perdona, porque está convencida de que algún día todo cambiará.

Desde su infancia ha sido sometida a una intensa estimulación cognitiva. Intentamos adaptar el plan de estudios a sus circunstancias de simio, a diferencia de lo hecho anteriormente, que no ha sido otra cosa que intentar adaptar sus circunstancias a nuestro lenguaje y pensamientos. A pesar de los antecedentes, numerosos científicos siguen asegurando aún hoy en día que un chimpancé nunca logrará comunicarse con los hombres. Otros muchos estamos convencidos de esos fracasos residen en nuestras imperfecciones pedagógicas. Katrin, con su metro de altura, representa más de un millar de refutaciones científicas.

Katrin aún así en la mano una marioneta de cocodrilo cubierta de la gruesa capa del polvo blanco del extintor. Con la otra mano se la extrajo como si se tratara de un guante, y la depositó tranquilamente en el atril frente a la conferenciante. Llevaba ajustado a su pecho una especie de teclado y una pantalla. El ordenador estaba situado de tal forma que, anatómicamente, no entorpecía sus movimientos en modo alguno. La chimpancé adoptó una posición semierguida y posó sus dedos sobre el teclado, cuyas pulsaciones se iban traduciendo en una voz informatizada, voz similar a la de cualquier niña humana de unos diez años:

—*Hola, niños. Yo, soy, Katrin. ¿Cómo, estáis?* —dijo a modo de saludo.

Verdaderamente sus dedos eran largos y fuertes, pero este hecho no parecía representar ninguna dificultad a la hora de pulsar su teclado con la habilidad natural de una pequeña pianista para crear signos lingüísticos humanos.

La sorpresa inicial de los niños presentes aumentó considerablemente al escucharla utilizar una voz similar a la de cualquiera de sus pequeñas compañeras, y los pocos que aún no prestaban atención, enfocaron rápidamente a aquel extraño ser. Su asombro se convertía en incredulidad, los gritos de sorpresa iban cesando y dejaban paso a oleadas de dedos apuntando al escenario, sonrisas incómodas y prolongados silencios. Habían sido educados en la sólida creencia de que eran los pequeños amos del mundo, sin comparación con cualquier ser peludo que se asemejara a una mascota.

A una niña de coletas doradas sentada en primera fila no le importó lo extraña que era la situación y, haciendo alarde de una exquisita educación, con una voz que sobresalió entre las demás, contestó:

—Bieeen, Katrin.

Otros siguieron su ejemplo.

—Bien, ¿y tú, Kat? —dijo otro crío con gafas y aparato dental.

—¿Eres un mono o una persona, Katrin? ¡Quítate el disfraz! —Inquirió un niño pelirrojo con pecas, el típico niño revolucionario e hiperactivo que buscaba convertirse en el centro de atención.

Ella, ante la insinuación del posible disfraz —que no alcanzaba a comprender del todo—, optó por cerrar la pantalla del ordenador, lo hizo oscilar sobre unas guías laterales alrededor de su cuerpo y lo situó a su espalda, dotándola de una movilidad completa. Apoyó sobre el entarimado de madera uno de los largos brazos, más largos

incluso que sus piernas, y mediante un ágil salto de dos metros descendió desde el escenario y se plantó delante del curioso niño. Los profesores se pusieron nerviosos, contemplaron la enigmática mirada de la pequeña primate y se miraron los unos a los otros, sin que nadie supiera cómo reaccionar. Alguien de entre el público preguntó si los monos no eran peligrosos. Lilith se apresuró a calmarlos.

—No os preocupéis, Katrin es inofensiva y muy responsable —afirmó con seguridad—. Y por cierto, acertaremos si llamamos «grandes simios» o «primates» a los chimpancés, bonobos, gorilas y orangutanes. La palabra «mono» no es la más apropiada. Si alguien quiere preguntar algo acerca de ella, este es el momento.

En ese mismo instante, Katrin agarró con sus dedos alargados y recios la mano corta y hábil del niño pelirrojo y la hizo deslizar suavemente por su cara. El infante comprobó que extrañamente un chimpancé tiene huellas dactilares, uñas en vez de garras, y que también sabe sonreír.

En realidad los chimpancés no suelen sonreír como los humanos, pero tienen un truco. Alargan con crispación los labios hacia el exterior y muestran su dentadura cerrada. Ese gesto, inconscientemente, transmite al humano el mismo efecto que una sonrisa, pues elimina la sensación de amenaza. De la misma manera si comenzara gritar y a agitarse del modo más natural en su cultura, con su particular agilidad y energía, hasta el mejor plantado de los humanos sentiría una profunda inquietud, ¡como mínimo! Katrin conseguía más con su sonrisa.

Mientras el niño palpaba su cara, ella volvió a situar el ordenador en su pecho y lo pulsó hábilmente para componer la siguiente frase en la pantalla, que se tradujo en una traducción simultánea perfectamente alta y clara:

—¿Tú, crees, Katrin, es, disfraz?

—No, ya no... ¡rasca! —expresó abiertamente el niño pelirrojo mientras sonreía con nerviosismo a sus compañeros.

Los niños aplaudieron y ella empezó a moverse entre las butacas de la platea. Le encantaban los aplausos. Mientras iba recorriendo fila tras fila haciendo comentarios y saludando, percibió que a aquellos pequeños humanos les encantaba «chocar esos cinco», por lo que temió que no hiciera falta poner en práctica los ejercicios que habían ensayado y que tanto le gustaba ejecutar. Recorrió todos los pasillos para saludar, uno por uno, a todos aquellos niños a los que había conquistado únicamente con su presencia. Ante la timidez de los infantes, un profesor preguntó acerca de su educación.

—Lilith, como profesor me interesaría conocer algo más sobre su educación y especialmente sobre sus capacidades lingüísticas. Es evidente que habéis logrado unos avances muy notables en el campo de la inteligencia animal.

—Estoy encantada de responder a este tipo de cuestiones, así que adelante. Su educación ha ido variando con el paso de los años, adaptándose a su creciente capacidad. Hoy no les hablaré de los múltiples métodos que utiliza para solucionar

problemas de cualquier índole, sino que me centraré principalmente en su capacidad para desenvolverse en nuestro lenguaje.

Al inicio del programa tratábamos a Kat como a un niño humano —ya sabe: juguetes, puzles, colorines, paredes pintadas de vivos colores, etc.—. Por supuesto no protestaba, pero era ajena al objetivo de ese supuesto entorno infantil. A los cuatro años ya poseía una fuerte disciplina e incluso llegó a asimilar el rudimentario funcionamiento de las agujas del reloj. Averiguó que cuando alcanzaba el punto concreto de las ocho de la mañana se acababan los juegos y debía estar en su aula, correctamente sentada y dispuesta.

Diseñamos una silla ergonómica especial, ligeramente tendida hacia atrás para compensar la diferencia anatómica que les diferencia. De esta manera su cuello se concentra sin tensión sobre el material de trabajo que descansa en su mesita, también ligeramente inclinada. Ya en clase recibe con complacencia todas mis indicaciones hasta el final de la jornada. De la misma manera exige el cumplimiento de los horarios de descanso y fin de las clases, y reivindica firmemente cualquier retraso atribuible a parte humana.

Todo lo que no esté estipulado en el programa semanal es rebatido y protestado, pues no carece de un cierto carácter sindicalista. Por cierto, no les aconsejo discutir con un «gran simio» cuando está convencido de poseer la razón, son muy tercos.

Tal como iba diciendo, siente un marcado sentido del deber, o podríamos llamarlo incluso «profesionalidad». Poco a poco nos fuimos dando cuenta de que su único incentivo consiste en aprender todo lo que se le intenta inculcar, siempre con grandes dosis de empatía animal. Podría afirmarse que no hay animal en el mundo con mejor disposición, con mayor consciencia de su situación y de su posición en nuestro mundo. Pero por las tardes vuelve a convertirse en un chimpancé y actúa como tal, aunque algo refinada para su especie. Fuera del horario lectivo no toca el ordenador, hace la tonta sin medida y grita sin parar como cualquier otro chimpancé. No se le ha observado ningún capítulo violento, pero también es cierto que está ligeramente medicada para superar la crisis de lo que nosotros podríamos catalogar como «adolescencia», y que muchos de los presentes experimentaréis en vuestras propias carnes.

Uno de los estudiantes universitarios que se sentaban en las últimas filas levantó la mano y preguntó sobre el proceso de asimilación de palabras en el lenguaje humano. Lilith volvió a responder con gran orgullo:

—Al alcanzar los dos años comenzamos a inculcarle el sistema de señales utilizado por los sordomudos, y después por otros muchos grandes simios de laboratorio. Su capacidad de aprendizaje pronto superó nuestros cálculos más optimistas, así que tuvimos que redoblar esfuerzos para actualizar continuamente nuestros métodos y adecuarlos a su sobrecogedora capacidad de comprensión. Pero lo que nos resultó más difícil de asimilar fue el hecho de descubrir, años más tarde, que podía comunicarse perfectamente mediante este sistema con otro chimpancé llamado

Beethoven, ¿quien nunca había aprendido el lenguaje de los signos! Cuando le pregunté sobre esas íntimas charlas de patio con su compañero, se sintió culpable y me explicó, como si confesara una travesura, que algunas tardes le enseñaba algunas palabras, tal como ella las iba aprendiendo de mí. Sin embargo Beethoven, aparte de lo básico, no es capaz de desenvolverse de manera tan fluida. Les contaré otra pequeña anécdota, en ese momento me confesó con la cabeza gacha, avergonzada: «*Katrin, no, buena, maestra*». Se trata de un nuevo tabú cultural derribado, pues cuando tienen oportunidad y medios, los chimpancés se preocupan por instruir a sus congéneres.

Dos años más tarde recibimos un ordenador portátil diseñado a su medida en Kioto, que sirve para comunicarse verbalmente con cualquier persona —el mismo que ahora veis—. Un prodigio tecnológico de extraordinaria resistencia que ha sido adaptado anatómicamente para su uso y traslado en una funda protectora, y que funciona mediante batería o luz solar. De por sí, su manejo en el lenguaje de los signos ya era extraordinario, pero utilizando un instrumento de tan alto nivel, el saldo cultural resultante superó nuevamente nuestras, ya de por sí, grandes expectativas. Su funcionamiento es similar a un método simplificador similar a la taquigrafía, pero optimizado con procesadores de datos y múltiples pantallas de lenguaje.

«*Me llamo Katrin*», es expresado al pulsar una tecla imaginaria en la pantalla táctil, dos pulsaciones sobre el mismo comando significan «*tengo diez años*». Tres veces es «*quiero jugar con...*», y cuatro veces es «*quiero a...*», luego completa dicha sentencia señalando el objeto con el dedo, o marcando una de las teclas que se relacionan con los nombres que le hemos introducido, múltiples teclas que se pueden combinar entre sí. También dispone de un corrector ortográfico optativo que «*filtra*» errores gramaticales para purificar sus expresiones, un menú adaptado a su nivel, un teclado tradicional para introducir datos —que también sabe manejar—, e incluso un programa reproductor de imágenes, películas y otros documentos para su diversión o instrucción.

En fin, resultaría complicado explicar su funcionamiento y no quiero aburrirlos con detalles técnicos, pero imaginaos la cantidad de palabras y expresiones que puede manejar con un teclado global de trescientos signos que se combinan entre sí. Podría parecer complicado, pero ella lleva seis años practicando con él y lo controla de maravilla, como se puede comprobar. Creo que existen otros cuatro aparatos similares en el mundo, pero nadie lo maneja con la misma precisión.

A los seis años posiblemente ya era uno de los chimpancés más hábiles del mundo, a los siete doblaba el número de signos que pudiera recordar cualquier chimpancé conocido. A los ocho dominaba el lenguaje con tanta perfección que podía comunicarse medianamente con cualquier interlocutor humano familiarizado con los mil quinientos términos que puede manejar, o con cualquiera que simplemente le hablara sin utilizar palabras o expresiones complicadas, ni ironías, ni dobles sentidos. Eso la hace especial dentro del mundo animal, donde anteriormente ningún otro

sujeto había logrado semejante proeza. Otros habían podido memorizar letras, números, palabras sueltas, sí. Pero localizar las palabras a utilizar dentro de su teclado, entender las emisiones lingüísticas de un interlocutor o expresiones conocidas, se presenten en el orden que se presenten, no lo ha conseguido ningún otro. Y expresarse con cierta sintaxis, eso solamente lo ha logrado Kat.

Su programa informático está preparado para acomodar los verbos y que todos tengan la misma terminación, con lo que se le facilita la relación verbo-acción. En cuanto a su aprendizaje, no quisimos utilizar de forma descuidada nuestro lenguaje — todos los lenguajes humanos presentan carencias y contradicciones que lo complican —, sino adaptárselo. De hecho, podría manejar muchas más palabras, pero dos años atrás decidimos acotar su vocabulario a estas mil quinientas emisiones y expresiones diferentes, para asentar sus conocimientos. A veces comete faltas de expresión elementales, como por ejemplo hablar de ella misma tratándose en tercera persona o en primera, indistintamente. Todavía no ha podido corregir este tipo de errores, y el ordenador no siempre está preparado para discriminar todas estas confusiones. Pero no representa un grave problema porque en todos los casos el interlocutor la entiende sin dificultad.

Mientras Lilith contestaba a las preguntas, Katrin conversaba con cualquier niño que le dirigiera un comentario. Disfrutaba de su momento de gloria, una de las mayores satisfacciones a tanta dedicación y estudio, conseguir la admiración de los seres de dos piernas y levantar sus aplausos.

Durante unos segundos se abstraigo de todo lo que la rodeaba y volvió a concentrarse en aquellos altos ventanales, abiertos y abatibles, y el cielo de fondo que se oscurecía poco a poco al otro lado. Los chimpancés —o quizás solo ella— tenían un defecto, siempre se devanaban los sesos con el objeto de entender los sofisticados mecanismos de invención humana, y Kat consideraba al cielo como uno de ellos.

—Les hablaré de algunos de nuestros métodos de enseñanza —continuó la conferenciante—, como el sistema de los cebos. Cuando Kat no alcanza a comprender una lección o un juego determinado, Ulises —uno de los humanos que colaboran en el centro— lo realiza en su presencia y ella asimila el concepto mediante la simple imitación, un procedimiento muy sencillo. Otra forma de distinguir situaciones es la de catalogar «tonto» a una serie de comportamientos negativos. Le mostramos, por un lado, un video en el que un payaso hace trastadas, o molesta a un compañero, o rompe cualquier objeto; y en otro video a una persona que estudia en una mesa, o actúa con seriedad, o a ella misma resolviendo pruebas. Ella inmediatamente asigna un cartel con la inscripción de «tonto» o «malo» para el primer ejemplo, y «bueno» para el segundo. Luego extrapola con corrección ambos comportamientos para su uso diario.

De la misma manera se le inculca una especie de sentido del deber, uno de los propósitos del método que propuse al primer director del centro, que descansa en paz —al escuchar esta expresión, Kat volvió a imaginar al viejo director inmerso en un

profundo y apacible sueño—, y que él aprobó abiertamente. Estos propósitos o líneas de actuación eran y siguen siendo: vocabulario, sentido del deber, autocontrol y concentración, todo ello emplazado en un entorno estable y cómodo.

Nos pareció importante que unas materias o enseñanzas no anularan a las otras, que no se entorpecieran entre sí, o que los banales ejercicios que se practican en circos u otras instituciones similares no frenasen su crecimiento. Al contrario, todas las materias deben ser complementadas y enfocadas a un crecimiento global concreto. Como compensación, descansa y disfruta de su tiempo de esparcimiento con otros animales del centro sin olvidarse de su condición de chimpancé. Siempre ha acatado este método con satisfacción y eficacia, pues para ellos, igual que para nosotros, jugar es aprender.

Hasta ahora el aprendizaje de los chimpancés, aparte de su temperamento natural casi humano, presentaba un obstáculo difícil de superar, la atención. No es fácil que nos presten la suficiente atención, pues no están entusiasmados con nuestra lengua y cultura, no le dan importancia. Se trata en realidad de un comportamiento lógico y natural. En innumerables ocasiones he comprobado como otros científicos o cuidadores reclaman su atención y estos primates les contestan o satisfacen simplemente para que el cuidador se quede contento, les dejen en paz y les permitan volver a jugar; o para obtener una rápida recompensa. La mayoría de los experimentos relacionados con la inteligencia animal que se llevan a cabo con simios están mal orientados o viciados, lastrados por la forma de pensar chovinista, obtusa y unilateral del científico medio. No toda la ciencia es defendible. Pero les recuerdo que no todo lo que conseguimos es mérito de sistema, debo repetir que Kat no es un chimpancé medio, sino una superdotada, un genio animal, sin lugar a dudas.

Y en resumidas cuentas este ha sido el plan de trabajo llevado a cabo durante casi nueve años. La parte más importante de nuestra gestión ha consistido en lograr que sea feliz con su estilo de vida, que compagine su enriquecimiento académico con los periodos de esparcimiento. Si ella no estuviera satisfecha, todo lo que intentamos conseguir carecería de valor. De nada serviría que durante ocho horas la engañáramos haciéndole pensar que nos preocupamos por ella, instruyéndola mediante una metodología elevada, y luego la abandonáramos en una jaula las otras dieciséis horas del día. Stress cero, ella es la niña bonita del centro y esa es la línea que pretendemos mantener.

Pues bien, dicho esto, a continuación Kat subirá al escenario y os enseñará algunos de sus trucos y habilidades...

Éramos un gran equipo. Ella hacía la parte difícil, las palabras bonitas, y yo los trucos. La gente se reía, aplaudía y se sentía feliz. Luego regresábamos a casa y me daban palmaditas, chocolate y pasteles, y Lilith estaba contenta conmigo. ¿Podría quejarme de algo?

Para acabar, Lilith habló de mis diferencias con otros chimpancés.

—La diferencia principal —continuó Lilith—, reside en lo exhaustivo de su expresión. Lógicamente no puede hablar, pero ello es debido al particular diseño de nuestra laringe y a la cultura acumulada que nosotros poseemos y que, en su caso, no resulta necesaria. Tal es su meticulosidad con el lenguaje que sus frases constan de sujeto, verbo y predicado, como mínimo. Mientras un chimpancé inteligente repite sus deseos una y otra vez, compulsivamente. «Manzana, manzana, manzana, quiero manzana, manzana, manzana —ella dice—: *Katrin, quiere, una, manzana*», una sola vez, sin repetir. También puede decir «*A, Katrin, gustaría, comer, una, manzana, después, de, jugar*». Muchos de mis colegas se sorprenden al escuchar esta sencilla composición, pero para ella no representa ninguna dificultad. Los datos que expongo están escrupulosamente documentados, y las grabaciones están a disposición de cualquier científico o investigador que desee estudiarlas, tal como expuso hace dos años la revista «Science», en cuyo ejemplar Katrin posó para su portada. Es, a su manera, más inteligente que muchos seres humanos, lo que no resulta un desprecio. No todos somos capaces de estudiar y aprender el chino, por ejemplo.

Para algunos resulta descabellado compararles con nosotros, pero no olvidemos que nuestras sociedades tribales cien mil años atrás no depararían la misma lectura. A través de ella estamos avanzando en el conocimiento de estos seres increíbles a los que desde nuestra cultura se les tiende a considerar sumamente ineptos, posición excesivamente ligada a un antropocentrismo radical. También a través de Kat estamos dando pasos agigantados en el conocimiento de nuestra propia evolución.

Y vuelvo a insistir, Katrin es un caso excepcional, pero hay otros muy parecidos. No es extraordinario que un chimpancé maneje quinientos signos o palabras. Un hombre podría defenderse a un nivel básico en cualquier idioma simplemente conociendo unas trescientas, y ella conoce cinco veces esa cantidad porque lleva más de ocho años trabajando básicamente en lo mismo.

Personalmente me encanta trabajar con ella y aprender sus costumbres e inquietudes al mismo tiempo que la instruyo. Eso es lo fantástico de este caso, pues a Kat le entusiasma todo lo que represente aprender de nosotros, de nuestra vida, de nuestras costumbres, y deberíamos sentirnos honrados por ello. ¿Qué más les puedo contar acerca de Katrin? Ahora les pido un fuerte aplauso para ella, le encantan los aplausos.

Durante el regreso hacia el CNI-A y como era usual, Lilith permitió que viajara sobre sus rodillas en la parte delantera del coche y no en camiones como los demás animales. Era completamente de noche, pero a través de la ventanilla podía apreciar sus casas y altos edificios con ventanas —nunca había salido del centro si no había sido para participar en alguna exhibición, y siempre en recintos cerrados—, y advertía como multitud de personas se sorprendían al notar mi presencia en el asiento del copiloto. Tenía curiosidad por saber cómo sería el mundo de ahí fuera. Pero con Lilith me sentía muy feliz, y sabía que si me tuviera que marchar por algún motivo, ella se pondría muy triste.

Los humanos coinciden en que están por encima de las demás especies. A mí me trataban mejor porque podía llevar a cabo numerosas tareas casi con la misma pericia que ellos, pero había excepciones. Otros humanos me odiaron por la misma razón, los que pensaban que yo debería haber optado por otros estilos de vida más rústicos y apacibles. Les resultaba curiosa, o peligrosa. Por eso los chimpancés vamos a todas partes con una cadena al cuello y Ellos no. Yo siempre sentí devoción por Lilith porque era distinta y me llevaba cogida de la mano. Ella mantenía que éramos almas gemelas, que yo era su alma en miniatura.

En aquellos tiempos y en ciertos ámbitos Lilith ya era considerada una destacada pensadora, sin embargo no era mucho mayor que yo, tenía solamente veintiséis años.

Aún me vienen a la mente sus agudos ojos azules y su cabello del mismo color que mi pelo. Era muy guapa incluso para ser humana, seguramente porque al igual que a mí le gustaba pasarse horas delante del espejo, peinándose y pintándose. Los otros chimpancés del centro la conocían por su simpatía y una comprensión especial que rayaba en la telepatía. Quizás fuera porque nos había estudiado y conocía nuestro lenguaje vocal y corporal. También la llamábamos la mujer de los labios rojos. No conocí a ninguna otra humana que utilizara la misma intensidad de color. Como todos los humanos, sus orejas y mandíbula eran pequeñas, pero tenía unos dientes muy blancos que enseñaba a menudo y, como me gustaba mucho su sonrisa, yo también la imitaba. Todos los días me daba besos y me cogía entre sus brazos. No usaba batas blancas o de colores claros como el resto del personal, sino ropa cómoda: zapatillas deportivas, vaqueros, camisetas y jerséis de alegres colores. También tenía pechos grandes como todas las humanas —incluso a pesar de no tener crías—. Por todas estas cosas, porque me protegía y porque siempre tenía tiempo para jugar conmigo la adopté para el puesto vacante, como a una especie de mamá, aunque con poco pelo.

Una vez, después de que batallara sin éxito porque no le arrebatara nuevamente el peluquín, el viejo director me confesó lo siguiente:

—Lilith podría haber estudiado lo que hubiera querido, podría trabajar donde le apeteciera, pero eligió hacerlo contigo. Ambas sois afortunadas por teneros la una a la otra, Kat. Un día escribirá un libro sobre tus hazañas y las dos seréis muy famosas. Ya lo verás, hacéis un gran equipo —concluyó el viejo director.

Cuando nació acordaron que necesitaba un nombre corto y bonito, un nombre «mono», dijeron. A Ellos les gustan ese tipo de nombres para los que son como yo. Desde ese día tomé el nombre de Katrin. El viejo director solía decir que si hubieran llegado a saber que iba a ser tan nombrada, me hubieran puesto un nombre más importante, como Alberta, Lucy o Marie. Al llegar Lilith y ponerme bajo su tutela, el viejo director propuso que adquiriera su apellido, de forma que mi nombre artístico completo se convirtió en Kat Lieberman.

En el momento de mi nacimiento ella era solo una niña, y durante todo el video no la escuché decir una sola palabra, pero recuerdo ver sus lágrimas de emoción. Años después me contó que fue en ese momento cuando decidió que trabajaría

conmigo sin importar lo que le costara. Volvió a la universidad y estudió mucho para ser la mejor. Luego mandó muchas cartas a muchos sitios para que nada se interpusiera en su camino.

Lo consiguió un año después, antes incluso de acabar la carrera, y yo siempre se lo agradecí, pero no fue suficiente. Posteriormente algo se cruzó en su camino, entre ella y yo.

CAPÍTULO 2

Tras diez minutos de trayecto llegamos a casa, y ese recinto al que yo llamaba hogar era conocido internacionalmente como Centro Nacional de Investigación Animal, (CNI-A) aunque en realidad era un centro de experimentación. A través de la arboleda exterior podía distinguir algunos segmentos de la muralla de cuatro metros de altura que rodeaba las instalaciones.

Nos detuvimos frente a una compuerta metálica de dos hojas y el conductor pulsó el botón de un mando a distancia. Al momento y en la parte interior del recinto una caja amarilla comenzó a emitir un suave murmullo eléctrico y las dos hojas comenzaron a deslizarse lentamente sobre los raíles, separándose entre sí. A la mínima oportunidad surgió entre ellas un ansioso apéndice nasal, y un segundo más tarde el cuerpo entero de un excitado animal salió a recibirnos moviendo la cola con grandes muestras de entusiasmo. El perro Skipper era un esbelto Golden Retriever de largo pelo dorado que siempre exhibía un carácter alegre y juguetón. Era el único animal que podía circular libremente por casi todos los sectores de nuestro «hogar». Una vez que el vigilante del interior cerró el acceso desde su caseta, se abrió la puerta de la camioneta y Skipper entró con el firme propósito de lamernos la cara indistintamente a Lilith o a mí para mostrarnos su alegría.

El Centro Nacional de Investigación —concretamente la sección de «Inteligencia y Lenguaje», en la cual yo residía y disfrutaba de innumerables privilegios, debo confesar— reunía a un elenco de animales que recibíamos internacionalmente el calificativo de «animales superdotados». Skipper llegó a ser el más famoso de todos nosotros, pues era actor y a muchos humanos se les caía la baba cuando contemplaban sus aventuras. Millones de niños y adultos habían visto alguna de sus películas, y a veces se pasaba meses enteros viajando por todo el mundo, de rodaje en rodaje. Al margen de su fama, resultaba ser un excelente compañero y era capaz de hacerse amigo de los animales recién llegados más pronto que cualquiera de nosotros.

Además, Skipper participaba en la mayoría de nuestras pequeñas «travesuras», de las cuales también hablaré en el momento adecuado. El CNI-A estaba compuesto de muchos animales de distintas especies y diverso carácter, pero mi pequeña pandilla de liantes estaba compuesta por Skipper, el chimpancé Beethoven, el loro Damocles y el macaco Gandhi.

Durante esa noche disfruté de un merecido descanso, pero a la mañana siguiente volvería a mi aprendizaje. Tenía que estar preparada para una nueva exhibición que daría lugar en algunas semanas, el congreso internacional más importante en el que haya participado.

Ahora les hablaré de lo que más les interesa a los humanos, de las habilidades que he asimilado durante nueve años. Quizás pueda aportar un punto de vista que

complemente al de Lilith.

A los cuatro años, ya había superado muchas expectativas creadas. «Expectativas creadas», palabras textuales. Recuerdo muchas de las expresiones que se han dicho en mi presencia. También tengo un excelente oído —al parecer, todos mis sentidos están más desarrollados que los de Ellos—, por lo que soy capaz de escuchar incluso aquello que dicen en la habitación de al lado o en el pasillo. Hay quien compara mi inteligencia con la de un ser humano normal, pero de poco sirve si no puedes hablar, caminar de pie o si tienes demasiado pelo.

Mi instrucción comenzó cuando tenía un año. Fue una decisión acertada, pues desde que nací demostré un incontrolable exceso de energía y cierta tendencia a meterme en líos. Mis cuidadores me reñían cuando rompía algo o abrazaba a Lilith hasta la extenuación mientras trataba de impedir que se marchara por las tardes, porque quería que siguiera jugando conmigo. Tenían que ocuparme en algo. Laberintos, números, letras, señales... Era la única forma de pararme, y me divertía mucho superando las —a veces ingenuas— pruebas y test de aptitud que me proponían.

La lista de mis capacidades sería muy larga de exponer, pero les haré una pequeña lista. Puedo contar hasta aburrirme —igual que tú—, sumar y restar; juego con Ellos a las damas y pierdo pocas veces. Les impresionaba algo tan sencillo como que tuviera noción de lo que había comido el día anterior, o que preguntara por lo que comería al día siguiente.

A Ellos les sorprendía aún más que exhibiera gran capacidad para aquello que llamaban «aprendizaje lateral», y que al parecer consiste en enfocar un objetivo e idear diversas formas de alcanzarlo.

Otro hecho documentado se refería a la capacidad para familiarizarme con «la empatía emocional, la estrategia, cultura e instrumentos» —aunque según Lilith, eso ya lo habían demostrado muchos chimpancés antes que yo.

Pero en lo que destaqué principalmente —y por ello fui portada de una revista muy importante—, fue en lo relacionado con «cierto talento sintáctico, o manejo general del lenguaje». Esas fueron las palabras que usaron. Llegué a dominar unos ciento cincuenta verbos, más de mil símbolos o palabras simples que practicaba diariamente en los dos paneles: el de la pared de mi habitación, y el del ordenador portátil que utilizaba para desplazarme a las clases y para acudir a conferencias o exhibiciones. Cada botón significaba una acción, un deseo, una queja o una sugerencia:

Hambre, manzana, contento, triste, frío, calor, pipí, sueño, vete, ven, miedo, no entiendo, si entiendo, ¿entiendes?, quiero jugar, quiero jugar con Skipper, Beethoven; necesito bolsa de basura, quiero leer..., y así hasta más de mil. Incluso era capaz de escribir palabras con un bolígrafo —llegué a rellenar una pared entera con palabras de mi puño y letra—, pero con mi teclado podía escribir casi como un humano. Si me expresaba mal, Lilith acudía en mi ayuda, corregía las palabras incorrectas y las

ordenaba de forma que luego nadie sabía que «persona» había escrito aquello. Ella me animaba a escribir con bolígrafo o incluso que relatara mis experiencias en el ordenador, algo muy habitual entre Ellos. Por eso escribo las palabras que ahora estás leyendo, y que Lilith siempre ha corregido. También puedo utilizar un lenguaje de signos especial para los humanos que no pueden hablar por algún motivo, como los sordomudos. Pero con Lilith me valía de las teclas porque así me podía entender tan rápidamente como yo iba pulsando y enlazando las distintas palabras.

A pesar del vocabulario que podía manejar, existían otras muchas palabras y conceptos que nunca llegué a asimilar, y a veces Ellos debían hacer un esfuerzo por entenderme. Por este motivo y antes de que me hicieran una entrevista Lilith entregaba una lista con los términos que había estudiado, junto con una serie de consejos generales para comunicarse conmigo. Si no se respetaban esos consejos, si utilizaban un tono irónico, hablaban demasiado rápido, hacían un chiste o utilizaban un doble sentido, Katrin se perdía con facilidad.

Algunos periodistas, científicos y otras personas que nunca llegaron a conocerme afirmaron que no era más que un «simio inferior», un mono, un estúpido chimpancé, solo una simple bestia. Todo eso y mucho más he oído y nunca me gustó, porque yo no le hacía daño a nadie.

Creo que otra vez he vuelto a divagar sin dirección, no puedo evitarlo. Ahora volveré a situarme en el día posterior a la exhibición.

Desperté, como cada día, antes de salir el sol y de que llegara Ulises, el bedel, quien se encargaba de darnos el desayuno. Su trabajo consistía, contradictoriamente, en mantener el perfecto estado de uso de los sistemas electrónicos que utilizaban los hombres serios, pero Lilith siempre contaba con él para asistirnos y cuidarnos en su ausencia.

Él se definía a sí mismo como «un tío enrollado», y debía ser porque siempre estaba enrollando con sus dedos una larga y rizada melena pelirroja. Sus ojos eran grandes y estaban situados casi en los laterales de su cabeza, como los de una rana. A veces le sorprendíamos moviendo la pupila izquierda hacia la derecha, y al mismo tiempo la derecha hacia arriba o abajo, indiferentemente. Lilith afirmaba con ironía que le daba cierto aire de empollón, como aquel que había estudiado tanto que al final se había vuelto un poco majara. Todos le apreciábamos porque en el CNI-A no abundaban las personas simpáticas, y él también se lo pasaba bien con nosotros.

Mi habitación era grande y bonita, y tenía todo cuanto podía desear. Me asignaron una cama de humanos y, aunque no me esmeraba demasiado, la arreglaba todos los días al despertar. También era la única en poseer un armario —no tenía ropa, pero lo usaba para guardar mis tesoros: juegos, muñecos, material de escritura y objetos diversos.

También contaba con una mesa de dibujo y trabajo; televisión, sofá, mesa y sillas, vídeo, microondas, y una pequeña cocina —no cocinaba muy bien, solo recetas

básicas, pero era buena ayudante—. Lilith pensó que si debía recibir una educación parecida a la de Ellos, debía manejarme en las mismas circunstancias.

El toque especial consistía en un gran árbol que plantaron justo en mitad de la habitación. Estaba seco y no tenía hojas, pero sí grandes ramas donde podía relajarme y recibir visitas. Creo que no armonizaba con el resto del mobiliario, precisamente.

Ulises afirmaba muy a menudo que residía en una «suite», y que su casa era mucho más pequeña que la mía. Sin duda, y a juzgar por las otras estancias del centro yo era una privilegiada. El chimpancé Beethoven, por ejemplo, vivía en mi cuarto pero dormía en una jaula, justo en la esquina junto al armario, la cual Ellos cerraban con llave al caer la noche. Él dormía en el suelo, no podía elegir, pero consciente como era de la diferencia de trato, nunca se enfadó conmigo, nadie lo hizo. Aunque disponía de esa mullida cama humana, la mayoría de las noches me echaba en el suelo al lado de su jaula, y otras me acomodaba en mi rama preferida del árbol, o simplemente me tumbaba sobre el armario.

El centro era un enorme complejo de seis edificios que se alargaban imitando en cierto modo a las patas de una araña, y cada edificio se centraba en el estudio de una disciplina concreta. Como ya he dicho, yo formaba parte del módulo IL — Inteligencia y Lenguaje—, donde nos encontrábamos los más dicharacheros y hábiles seres de distintas especies del país —del mundo en algunos casos.

Entre dos de esos edificios se encontraba la zona abierta, que compartíamos con Genética y Clonación, y que nos servía como patio de juego, pero un patio de juego enrejado a la altura de los muros perimetrales, y que impedía escapar a los animales trepadores como los primates. Y como toda araña, el CNI-A tenía un vientre central —así llamado, «vientre»— que ninguno de nosotros quería visitar, pues de aquellos que entraron, ninguno regresó para hablarnos bien o mal de él.

El CNI-A estaba lleno de trabajadores humanos con caras muy serias vestidos con batas de colores claros y mascarillas, y solo unos pocos se dignaban a jugar conmigo. Como cada mañana, a Beethoven y a mí nos trasladaban a una sala de espera. Mientras charlaban relajadamente acerca de sus vidas privadas, dos batas blancas — un hombre con barba, ancho y alto, y una chica muy seria con gafas gruesas de color fresa— trabajaban con nosotros y otros animales.

Tomaban nota del código de barras que figuraba en las pulseras de nuestras muñecas, nos ponían ventosas en el pecho, nos colocaban finos tubos de cristal repletos de cifras en boca o axilas, nos ponían cables en los dedos, nos daban pastillitas amargas, nos hacían orinar en un vasito o simplemente nos sacaban sangre. Era un trámite muy aburrido, y durante todo el proceso yo les miraba fijamente porque quería comprobar si eran tan serios como parecían.

Se oía el rumor de que no querían cogernos cariño, y yo no sabía qué había de malo en coger cariño a Katrin Lieberman.

Normalmente y después del trámite con los dos batas blancas, Beethoven iba a otro lugar del centro y yo a estudiar con Lilith. Pero aquella mañana y por algún

motivo Beethoven había quedado libre, no tenía tareas ni pruebas, así que Lilith permitió que asistiera a mi clase y practicara conmigo.

Beethoven era un chimpancé macho adulto y, junto con el perro Skipper y Lilith, mi mejor amigo. Pero el hecho de que ambos fuéramos chimpancés creaba entre nosotros un vínculo especial y una amistad inquebrantable. La mitad inferior de su cara estaba cubierta de pelo blanco, pues ya contaba treinta y cinco años de edad. Aunque era mucho más viejo que yo, seguía siendo el jefe. De pie medía más de metro y medio, era enormemente fuerte y tenía unos testículos muy grandes. Antes me daba vergüenza admitirlo, pero además de todo, era un chimpancé muy amable y atractivo; el «macho alfa» de los animales del módulo. Si no fuera porque hubiera tenido que dejar de estudiar, habría copulado con él y me hubiera dedicado a cuidar de nuestras crías.

Una vez en el aula, Beethoven permaneció la mayor parte del tiempo bajo el marco de la puerta erguido sobre dos pies, y sus nudillos únicamente rozaban el suelo para equilibrar su posición. Se mecía con inquietud de izquierda a derecha, mostrando la impaciencia implacable de un macho adulto y la interminable congoja que sentía al esperar turno detrás de Katrin. Eran amigos, pero también era muy orgulloso. Si por él fuera, su compañera no practicaría ni un solo juego y Lilith sería solo para él, además de todos sus premios.

El contraste de habilidades se hacía evidente. Las grandes manos del macho, adaptadas a actividades más forzadas, cumplían a duras penas con algunas pruebas. Aún así, era capaz de fabricar lascas de piedra, cortar cuerdas, recordar bajo que vaso se esconde la recompensa, y otros ejercicios sencillos. Sin embargo, al entrar en juego las pequeñas manos de la joven prodigio, se hacían patentes enormes diferencias. Se sincronizaban con tanta perfección que, en comparación, parecían las manos de una delicada pianista. Esos dos pequeños instrumentos de cinco dedos eran dirigidos por unos curiosos ojos marrón oscuro que no paraban de examinar decenas de detalles a cada segundo, absortos a cuanto pudiera acontecer alrededor.

Cuando Katrin finalizaba la tarea prevista, Beethoven aplaudía con desgana felicitándola tras haber ejecutado correctamente otro nuevo ejercicio. Nuevamente llegaba su turno.

Por encima de cualquiera de sus habilidades destacaba su gran fuerza. Había trabajado muchos años en un circo y alcanzó un gran éxito entre los humanos. «¡El Gran Beethoven! ¡El Eslabón de Acero!», rezaba el titular de un cartel que colgaba en la pared del cuarto de Katrin. En aquellos tiempos usaba vistosos trajes humanos y solía aparecer con un puro en la boca, y él siempre lo recordaba con entusiasmo. Pero a medida que iba haciéndose mayor fue cansándose de que le trataran mal —le pegaban mucho y vivía en una jaula muy pequeña que se hacía insoportable durante los interminables viajes—, y se negó a seguir actuando. Incluso varias veces se mostró agresivo al ser maltratado. Resultaba extraño encontrar a un animal que no

podía ser corregido ni a golpes. El circo a su vez se cansó de él y acabaron vendiéndolo al CNI-A.

Le facilitaron un instructor como a Katrin, pero no destacaba de la misma forma en el aprendizaje de símbolos, palabras y pruebas complicadas, pues ya era muy viejo para empezar con eso. Su cuidador no era muy bueno, y solo aprendió a manejar el lenguaje de los signos cuando Katrin se dedicó a instruirle durante sus ratos libres. Por eso, cuando acudía a aquellas clases, Lilith le asignaba ejercicios sencillos para que no se sintiera frustrado.

Lilith movió los cuencos de un lado a otro con la precisión de un trilero consumado y Beethoven meditó unos segundos antes de levantar nuevamente el recipiente bajo el cual se escondía la pieza de fruta. En medio de su satisfacción, se exhibió como de costumbre:

Cuando Beethoven completaba una prueba se levantaba sobre sus dos piernas traseras, en posición humana, y ponía los brazos como si fuera un cruasán, mostrando sus bíceps en una pose de demostración de fuerza.

Luego levantaba la cabeza y asentía ceremonialmente hacia un público imaginario que se extendía hacia izquierda y derecha, como si fuera el chimpancé más listo y fuerte del mundo. En el circo le enseñaron a hacer esas cosas, a su instructor también le gustaba y a él aún le encantaba representar esa parte del espectáculo. Siguió haciéndolo durante todo el tiempo que estuvo recibiendo clases como yo, e incluso después.

Pero luego llegó una orden de arriba. Dejó de aprender trucos y de practicar a diario. Su instructor se marchó, le cedieron a otro especialista, y desde entonces a Beethoven solo le dieron cáncer.

Los humanos disfrutaron de un puente de varios días festivos, por lo que los animales tuvieron mucho tiempo libre.

Katrin depositó una bolsa de palomitas sobre el plato del microondas, pulsó tres veces el minutero y cerró el electrodoméstico. Luego apoyó los nudillos en el suelo, se dirigió al vídeo, introdujo un casete, activó el movimiento con el mando a distancia y, acto seguido, paró la imagen. Cuando cedieron las pequeñas detonaciones, un fino y característico tañido metálico anunció el final del programa. Dejó el mando sobre la mesa y volvió a apoyar los nudillos sobre el suelo para volver en dirección a la campanilla del microondas. Las palomitas estaban servidas y de ellas emanaba un aroma muy sugerente. Dirigió su peludo morro hacia el techo, dispuso los labios como si estuviera bombeando agua, y emitió una serie de chillidos guturales.

Algunos especialistas afirmaban que los chimpancés no tienen capacidad para comunicarse entre ellos. Katrin estaba al tanto de tales afirmaciones y las entendía, pues a pesar de haber estudiado a muchos chimpancés durante años, nunca habían sido chimpancés. En el medio natural se comunican con facilidad mediante sonidos y

también formando palabras básicas. También utilizaban mímica, olores y toda una gama de lenguajes corporales y gestos faciales.

Katrin no tenía dificultad para comunicarse con Beethoven y expresar cualquier idea, ya sea mediante sus medios, o a través del lenguaje de los signos que ambos conocían. Él también reconocía muchas emisiones acústicas humanas —no más de cincuenta—, pero a pesar de escuchar lo que Ellos decían, no les prestaba atención. Siempre estaba absorto en sus asuntos, trascendentales pensamientos de chimpancé.

Tras hacerse sentir la señal acústica y el olor característico de las palomitas, desde la puerta del patio comenzaron a surgir figuras de diferentes naturalezas y personalidades. Un corpulento y característico tambaleo precedió a Beethoven, pero fue adelantado antes de llegar a la mesa por el veloz Skipper. A Beethoven le encantaban las palomitas, y a Skipper le gustaba que Beethoven le lanzara al aire las irregulares bolitas y cazarlas al vuelo mediante gráciles acrobacias.

Luego apareció el viejo macaco Gandhi, en cuyo lomo estaba acomodado el gran Damocles, el loro más parlanchín del continente —¡y el más burlón!—. Gandhi también era muy hábil con los signos, pues los macacos también poseen una gran inteligencia y destreza, pero desgraciadamente con Skipper y Damocles la comunicación resultaba algo más complicada.

A Katrin le gustaban los documentales de chimpancés y las películas de ninjas —no las entendía, pero le encantaba aquel truco, el de surgir de repente de entre una nube de humo—. Pero aquel día le apetecía bailar, y por eso eligió un musical. Un hombre y una mujer cantaban y bailaban constantemente para acabar enamorándose, y en medio eran pronunciadas muchas palabras humanas que ellos no podían entender. Pero daba igual, porque el desenlace de aquellas películas debía culminar necesariamente en besos o, como prefería Beethoven, en la cópula de sus cuerpos lampiños.

Como ya he dicho, antes de la llegada de Lilith no me portaba muy bien, pero mi hiperactividad nunca desapareció del todo. Durante las tardes, especialmente los domingos, yo ponía en práctica unos inocentes juegos de los que nadie podía enterarse, incluida Lilith.

Invité a mis amigos a comer palomitas y a ver una película humana, y Gandhi afirmó que tenía un plan complementario. Dijo que iba a buscar algo y nos pidió que le esperáramos. Y lo esperamos con gusto, pues sabíamos que Gandhi podía ser de todo, menos aburrido. En otros tiempos, cuando vivía en libertad rodeado de humanos, había sido un experimentado ladrón.

Durante la espera, Beethoven y yo bailamos al ritmo de la película, aunque nuestro estilo no era tan estilizado como el de los protagonistas. Bailábamos mal, pero nos lo pasábamos bestial. Skipper no bailaba, pero estaba contento, nos ladraba y nos seguía en nuestra danza. A veces se levantaba sobre sus patas traseras y movía con cierto ritmo las delanteras mientras sonreía y asomaba la lengua. ¡Son tan graciosos estos animales cuando quieren imitarnos!

Gandhi regresó a los pocos minutos. Se había hecho con una pequeña petaca de alcohol que tomó prestada en algún lugar del centro.

Todos bebimos, incluidos Damocles y Skipper.

Minutos después decidimos gastarle una broma al emplumado parlanchín, no era la primera vez que lo hacíamos, pero él nunca se daba cuenta. Solo una pequeña e inocente broma, se la merecía. Se pasaba las horas muertas imitando gestos y voces humanas y animales, incluidos chimpancés. A mí particularmente me imitaba doblemente con voz animal y con mi voz de ordenador, y los humanos siempre se partían de la risa escuchándole.

Colocamos sobre la mesa un colorido loro de yeso que me había regalado Lilith y que guardaba exclusivamente para esas ocasiones. Cuando la vio, Damocles se volvió intrépido y dijo. —¡Brrru, brrru... guapa...!—. No se daba cuenta de que los muñecos tienen forma de animal, pero no están vivos. Comenzó a andar contoneándose con ritmo y rodeó a la estatua sin darse cuenta del truco. Mediante el tapón de la petaca le suministramos otro poco de alcohol e inmediatamente se sintió más osado, enfatizando el alado rito de seducción. Elevó e inclinó la cabeza hasta casi rozar la mesa, y repitió este movimiento varias veces, inflaba el pecho como si fuera un globo y erizaba sus coloridas plumas. Y para preparar su asalto final agitó con sonoridad sus alas al mismo tiempo que volvía a inclinar su cabeza sobre la mesa, y ahí permaneció inmóvil algunos segundos, como si quisiera escuchar lo que había debajo o como si estuviera contemplando el sexo de la chica nueva. Beethoven gritaba de satisfacción, saltaba una y otra vez sobre el mismo lugar encima de la silla y le animaba dando sonoras palmadas. Yo mostraba mi alegría dando volteretas hacia atrás y hacia delante, aterrizando sobre mis pies. Era un loro muy gracioso hiciera lo que hiciera, a decir verdad. Le animé con tono cómplice:

—*Nancy guapa, Damocles. Damocles besa a Nancy.*

—¡Brrr! Nancy... ¡Guapa! Brrrr. ¡Damocles besa a Nancy! —contestó el ave.

Damocles por supuesto no conocía el significado de besar, pero siguió cortejando al ave de yeso hasta que se acercó tanto que no pudo hacer otra cosa más que dudar. Aún así picoteó a la figura para llamar su atención, pero su sólida composición le confirmó el engaño. Tampoco sabía que era el engaño, así que era ajeno a nuestras risas, y como resultado acabó dirigiéndose nuevamente al tapón de alcohol, que le producía mayores satisfacciones.

No sé cuántos juegos y trucos he tenido la capacidad desarrollar, pero sin duda las experiencias y anécdotas más interesantes corrían a cargo de Gandhi.

Vivió veinte años en completa libertad en unas calles que compartían humanos y monos, donde llegó a ser el jefe de un gran grupo de ladrones. Sobrevivir en libertad no resultaba fácil, pero sin embargo lo prefería a vivir encerrado en el CNI-A. Siempre que hablaba de aquellos tiempos se ponía melancólico y se emocionaba al recordar sus aventuras. Era un macaco Rhesus (conocidos principalmente porque el Rh de la sangre humana tomaba su nombre en honor a todos los macacos que

sirvieron para sus experimentos) que vivía en la ciudad que los humanos llamaban Jaipur. Beethoven y yo le escuchábamos con los ojos abiertos como platos mientras nuestra imaginación viajaba a latitudes desconocidas, como otros continentes, o como la libertad. Yo sabía que existían muchos y muy grandes continentes, aunque sentía predilección por África, de donde provenía mi familia. Skipper también le atendía y, aunque no entendía muy bien nuestros vocablos y aullidos de primates, le gustaba estar con nosotros tanto o más que con los niños y adultos humanos.

Gandhi nos contaba la vida de un mono en una ciudad de humanos, y casi se diría que convivían de la misma forma en que los perros y gatos callejeros lo hacen en las demás ciudades. Turistas y peregrinos les daban comida, si eran listos robaban algún alimento que dejaban abandonado, o rebuscaban entre la basura humana. A algunos hombres les caían bien, pero a otros no. Encontrar alimento era difícil a veces, pero desde luego era una aventura y siempre encontraban momentos de gran diversión y esparcimiento en medio de esa inmensa libertad.

Hasta que un desafortunado día se topó con el cazador regional de macacos —a veces hacían cosas que disgustaban a las personas, o robaban lo que no tenían que robar—. Gandhi tenía hambre y descubrió un habitáculo con muchos cacahuets. Sabía que la situación era extraña, cacahuets en una pequeña jaula de una sola salida. Avisó a los otros acerca del descubrimiento y muchos entraron con él, cacahuets para todos, fue culpa suya —confesó—. Luego esa única salida se cerró de repente, aprisionándoles en una jaula por vez primera y para siempre. Aquellos humanos comenzaron a surgir de todos los rincones, llevaban un buen rato observándoles en la distancia. Se sintió furioso y se agitó como un loco dentro de esa pequeña prisión, pero luego comprendió lo inútil de su agitación y dio paso a la desolación y la tristeza. Hasta entonces se había sentido muy listo y seguro de sí mismo, pero los humanos siempre tenían trucos nuevos y mejores, y proponían peligros constantes y diarios. No se podía escapar de ellos eternamente, pues tarde o temprano caías en una trampa u otra. Por eso resultaba tan meritorio vivir tantos años en las calles. Aquel día el cazador humano capturó sesenta macacos en diferentes trampas, para experimentar.

A pesar de su apresamiento final, el hecho de vivir veinte años en libertad en las calles humanas me parecía una aventura digna de ser vivida. Me pregunté si mis trucos hubieran servido para sobrevivir por mí misma, tan lista como decían los humanos que era. Tenía la sensación de que una portada en la revista «Science» no me reportaría grandes beneficios en una situación de libertad total. No dejaba de ser un primate inferior, estuviera donde estuviera. Jaipur debía ser un lugar especial, pues no en todas partes se aceptaba la convivencia con un primate. Los perros y gatos tenían más suerte, pues en general resultan más dóciles y menos peligrosos. Gandhi me había detallado algunas de las trampas de humanos y como escapar de ellas, lo que me servía incluso para solucionar algunos de los problemas que Lilith me proponía. Desde aquel día desconfié de los lugares con una sola salida, y el CNI-A

parecía uno de ellos. Debía buscar una salida opcional, pues en casi todos los juegos de humanos siempre existían diferentes soluciones.

En Jaipur hablaban de una leyenda acerca de un dios mono, o algo así, que derrotaba al mal y salvaba al mundo. Gandhi añadió que yo me parecía a ese dios — se llamaba Hánuman—, sobre todo en su extraordinaria capacidad de memorización. Pero no era verdad, Hánuman era capaz de saltar hasta el sol, y yo solo podía alcanzar las ramas más bajas de un árbol. De cualquier forma aquel día descubrí algo que nadie me había enseñado, que de la misma forma en que los humanos tienen a su dios, los chimpancés tenemos a Hanuman.

La fiesta se acabó cuando Ulises irrumpió repentinamente en la habitación, encendió la luz y le arrebató la petaca a Gandhi.

—Un día me vais a meter en un problema, todos a dormir. No os preocupéis —les tranquilizó con complicidad—, por esta vez no se lo contaré a nadie. Ulises también ha hecho de las suyas —confesó.

CAPÍTULO 3

LOS OJOS DE MANDRASIAN

—Un prodigio —dijo uno de los muchos científicos que la visitaban y del que luego se hablará en su justa medida, el doctor Svenson—. Si fuera humana, curaría el cáncer —concluyó antes de enfadarse con Katrin.

Tras aquella afirmación le pidió a Lilith que le explicara el significado de aquella palabra, la cual escribió a bolígrafo, *kanser*, aunque sin una ortografía o caligrafía demasiado refinada.

Lilith tomó su ordenador como hacía muchas veces para corregirla, le explicó la forma correcta de escribir dicha palabra y la añadió al ordenador. Después le contestó que tampoco lo sabía muy bien, pero que era algo así como un bulto bajo la piel que podía acabar matando al que lo padecía. Fue entonces cuando Katrin relacionó «cáncer» con la muerte, que para ella era algo así como desmayarse para siempre, cuando el cuerpo se endurecía y estropeaba, y se convertía en piedra enferma. Añadió que si ella se desmayara para siempre, le gustaría que se la llevase el sol, que era la expresión que utilizaba para referirse al horno crematorio que se utilizaba en el CNI-A. Estos pensamientos la llevaron a golpear algunas teclas:

—*¿Lilith, no, cáncer, verdad?*

Su tutora y amiga soltó una carcajada y le explicó que no, que estaba muy bien. Sonrió, le acarició la cabeza y añadió que su única preocupación era el cansancio que le suponía trabajar tantas horas. Se sorprendía de que su alumna no se cansara de la misma forma.

Katrin sabía que trabajar con ella suponía un enorme sacrificio, pues los humanos solían llevar diferentes vidas fuera del centro, con humanos machos y crías, y Lilith no podía hacerlo porque su alumna especial requería demasiada atención. Pero Katrin también sabía que la necesitaba a su lado y se enfadaría si se marchara para tener crías y la abandonara, o incluso si compartiera su tiempo. Katrin sabía que era egoísta.

Lilith volvió a esperar con paciencia a que pulsara las teclas para pasar a la siguiente afirmación:

—*Yo, no, cansar, Lilith. Beethoven, cáncer.*

—*¿Cómo? No entiendo, Katrin.*

Kat no sabía cuál de sus palabras había causado la confusión, así que repitió:

—*Beethoven, chimpancé, como, Katrin, bultos, grande, cáncer. ¿Beethoven, muerto?*

Nuevamente las infantiles palabras que emitieron los pequeños altavoces la llenaron de estupefacción, palabras a veces desconcertantes como aquellas escenas inesperadas de las películas de terror que conseguían helar la sangre del espectador. Nunca había llegado a explicarle el verdadero significado de la palabra muerte, pero sabía que su alumna tenía cierta consciencia de ello y que lo relacionaba con algo parecido a un profundo sueño.

Realmente desconocía la mayoría de los detalles experimentales que se manejaban en el resto de módulos, pero sí sabía que entre aquellos muros la ética no jugaba un papel muy destacado. Se dedicaba enteramente a Katrin, ocho horas diarias practicando, jugando y trabajando a su lado, más algunas horas añadidas programando ejercicios, repasando notas y programando su educación. No obstante, repudiaba los perjuicios físicos tan notables que llevaba observando en Beethoven durante los últimos meses. El módulo de Inteligencia y Lenguaje representaba, en teoría, el lugar más seguro del CNI-A, pero también recordaba que cuando Beethoven abandonó el programa y decidieron destinarlo a otros menesteres, ella opinó que sería emocionalmente beneficioso para Katrin que siguieran compartiendo habitación, patio y comidas.

Desde entonces Beethoven se trasladaba todas las mañanas a la sala anexa a «Ventre», donde al parecer le inoculaban algunas enfermedades y le exponían a fatales tratamientos cancerígenos. Le tenía cierto cariño a Beethoven e intentó interceder por él, añadirlo al programa de Kat, pero las órdenes procedían de arriba y no permitían intromisiones. No podía olvidarse de que Beethoven —aunque le pesara— no constituía la mayor de sus preocupaciones.

Katrin tuvo la impresión de que aquella pregunta debió ser «inadecuada», porque fue consciente de su preocupación.

—*No te preocupes, Lilith. Beethoven, come, bien, como, Katrin. Beethoven, muchos, premios, Beethoven, listo, contento.*

—Es verdad, Katrin. Beethoven es un héroe, porque salvará muchas vidas —añadió, sin estar muy convencida de sus propias palabras.

Ella, todavía no muy familiarizada con la situación de su compañero, abandonó el ordenador y emitió señales manuales para expresar con alegría: ¡*Beethoven, héroe, Katrin, contenta!*

Pero Lilith no podía tranquilizarse porque sabía demasiado. Conocía otros casos que, a pesar de ser científica, no dejaban de preocuparla. Como en su momento fue el caso de Zeus y otros muchos.

Al acabar su clase, Katrin se dirigió a Beethoven, le acicaló el pelaje como muestra de admiración, y mediante el lenguaje de los sordomudos le felicitó por ser un héroe, según Lilith.

Él se levantó, adoptó la posición del culturista sacando bíceps, luego dispuso las manos en la cadera y asintió con satisfacción y chulería, de izquierda a derecha. Luego se volvió a sentar y se acordó de Zeus. Le habló de él, otro héroe como

Beethoven. En aquel entonces Zeus era un chimpancé algo mayor que él, quien debido a su corpulencia fue el macho alfa del centro hasta el día en que se marchó. Katrin recordaba de Zeus que, a pesar de su seriedad y toscos modales con los jóvenes, en cierta manera a ella la trataba con amabilidad. Beethoven afirmaba que Zeus era el padre de Kat, pero ella lo desconocía porque era muy joven cuando él se marchó, y no pudo preguntárselo. Le pidió a su amigo que le contara algo sobre su marcha. Tenía la esperanza de que Zeus hubiera decidido marcharse a un lugar mejor, como hizo su madre.

Beethoven le explicó que coincidieron en las mismas instalaciones, pero en experimentos diferentes. Querían estudiar una palabra que utilizaban mucho los humanos, estrés. Fueron encerrados —Zeus y otros muchos macacos y animales— en unas jaulas muy pequeñas donde no podían siquiera sentarse o acostarse, porque si lo hacían recibían dolorosas descargas eléctricas. Al pasar de los días, el experimento se centró únicamente en chimpancés y macacos, por su gran parecido con Ellos, y allí los abandonaron durante semanas.

Le contó lo mal que se sentía al verles chillar día tras día —sobre todo a su amigo— y patalear, impotentes. Pero todavía fue peor cuando se cumplió la segunda semana de «tratamiento», cuando habían recibido demasiado dolor y dejaban de luchar. Ellos siempre conseguían que dejaran de luchar.

Antes de que llegaran a desmayarse para siempre por tanto castigo, les permitieron sentarse o acostarse, como a los usuarios de cualquier otra jaula. Pero seguía siendo triste ver a Zeus vencido y tumbado en una esquinita como una muñeca sin vida, como Nancy, el loro de yeso. Beethoven intentaba hablar con él, pero Zeus no volvió a contestar. No volvió a ser el mismo después de entrar en esa jaula. Beethoven no sabía si, gracias a Zeus y los otros voluntarios, Ellos habían logrado curar el estrés, pero confiaba en que después pudieran curar a Zeus, que se había vuelto loco. Pensó que si en verdad ambos eran héroes para los humanos, los humanos se preocuparían por su bienestar.

Katrin intentó tranquilizarle afirmando que estaba segura de que Ellos le habrían soltado en la jungla al comprobar que se encontraba tan triste.

Pero los de Beethoven y Zeus no fueron los únicos casos desagradables que Katrin llegó a conocer. En ciertas ocasiones la enviaban junto con el bedel a otros módulos para practicar determinadas pruebas médicas. Ni siquiera intentaban ocultarle ciertos aspectos quirúrgicos. «Solo es un mono», pensarían, como en tantas otras ocasiones.

Lo que descubría en aquellas mesas de operaciones, en aquellos laboratorios provocaba que se olvidara de palabras, signos y exhibiciones. Por culpa de aquellos paseos a veces soñaba con monos, ardillas, ratones, gatos, perros, etc., acuchillados, atravesados, clavados de manos y pies en la pared como el pobre Jesús de los humanos, o en la mesa; atados de patas, alas y muñecas, preparados para que Ellos les inyectaran determinados líquidos de colores. Les untaban en ojos, boca y oídos

dolorosos potingues que ardían y hacían gritar, pero cuando gritaban mucho no resultaba un problema, porque los tranquilizaban rodeando de esparadrapo la mitad inferior de sus caras.

Katrin sentía cierta confusión acerca de las consecuencias de convertirse en un gran héroe que salvaba a los humanos, a pesar del gran beneficio que hacían a la sociedad.

Cierta noche y tras una de esas incómodas visitas soñó con algo que ni siquiera había llegado a contemplar. Un animal era obligado a ver sus propios órganos interiores, expuestos a la intemperie, y luego la miraba a ella. No era un chimpancé sino un pequeño macaco, pero aún así se sentía dolida.

El día siguiente no pudo exhibir su habitual destreza, y los resultados de sus pruebas constituyeron un completo desastre. No podía concentrarse porque se acordaba de los gritos de sus sueños, y sobre todo se acordaba de ese extraño silencio que precedía al grito, ese silencio lastimero acompañado de suspiros y angustia. «No sé por qué gritan —pensó Kat—. Los animales no sufrimos dolor porque no tenemos alma», afirmaba continuamente el doctor Mandrasian cuando discutía con Lilith.

Cuando esos animales me veían marchar de un lado a otro, libre, entera, sin implantes, sujeta de la mano por una guapa humana de labios pintados o por el simpático bedel que le servía de acompañante, ellos querían saber que se siente estando en el pellejo de la famosa Kat Lieberman. Entonces mi vida era perfecta y las pesadillas se experimentaban en jaulas muy lejanas a la mía. Por eso quería seguir haciendo las cosas bien. Temía que si comenzara a fallar en mis juegos, a olvidar palabras, podría decepcionar a mis protectores y dejaría de ser «una monada». Echarían a Lilith y yo misma podría ser uno de aquellos héroes.

Una semana después de la conferencia, Lilith no vino a trabajar porque tenía que asistir a una importante reunión, y Ulises se ocupó de cuidar y entretener a Katrin y Beethoven.

Ulises les facilitó un nuevo documental de chimpancés, en África. Los simios contemplaban las peripecias de sus camaradas entre las altas copas de verdes intensos sobre vertiginosas alturas. Admiraban las hábiles formas de solucionar problemas y capturar alimento de sus ingeniosos parientes, así como la forma de fabricar instrumentos para llevarse a la boca montones de feroces hormigas o termitas sin recibir mordisco alguno. A pesar de las múltiples comodidades de que disfrutaba, Katrin sentía envidia al verlos tan felices yendo a donde querían sin jaulas, ni horarios, ni hombres sacándoles sangre o dándoles cáncer. A pesar de no haberles conocido, Beethoven y ella entendían a la perfección sus signos, señales y sonidos. Algo que llevan «en los genes», un aspecto del subconsciente, como diría Lilith.

Imaginó que aquellos parientes estarían muy contentos de que Beethoven y ella les fueran a visitar, y también pensó que el mejor sitio para curar su cáncer debía ser la jungla.

Debido a que los cometidos habituales de Ulises consistían principalmente en el mantenimiento de las instalaciones, básicamente se limitaba a estar con ellos y a responder las múltiples preguntas de la curiosa adolescente.

Katrin le rogó que le contara otro de sus fascinantes cuentos. Ulises quería atender su petición contándole un cuento que había preparado previamente, sobre un monstruo y una princesa...

—*¿Cómo es un monstruo?* —Interrumpió Kat con curiosidad. Había oído hablar tantas veces de ellos, del miedo que daban y de lo malos que eran, que quiso obtener alguna descripción que la ayudara a imaginárselos.

—Pues, ¿cómo te lo explico? Son peludos, grandes y fuertes. Sus colmillos son capaces de descuartizarte en segundos, y de su boca salen terroríficos aullidos ininteligibles. Además, se mueven torpemente y son feos, muy feos.

Beethoven abrió la boca y los ojos hasta el límite que permitía su expresivo rostro para mostrar sorpresa y desconcierto. Katrin le miró de reojo con renovada intriga, pulsó unas teclas con precipitación y volvió a enfocar al bedel con gran expectación, abriendo la boca y exhibiendo sus fauces para aclarar la pregunta:

—*¿Se parecen Katrin y Beethoven al monstruo de las personas? ¿Cómo es entonces el monstruo de los chimpancés?*

Desgraciadamente había podido comprobar en muchas ocasiones el fino ingenio del animal, pero fue sorprendido por vez primera con una cuestión tan metafísica. El bedel tenía pocos estudios, así que mantuvo un prolongado silencio para preparar una respuesta convincente. Mientras, Katrin aguardaba expectante y seguía exponiendo incansablemente sus colmillos de una forma que debía resultar incluso incómoda, como si alguien estuviera interesado en compararla con las pesadillas de los humanos. Afortunadamente para Ulises la conversación quedó en el olvido cuando escucharon ciertos agitados gritos que un frenético operario del centro profería, indicando a todo el personal presente que despejasen el corredor principal del módulo.

—¡Dejad sitio, apartaos!

Se acercaron a la puerta del corredor y, sustituyendo a la respuesta que debía emitir el bedel, el monstruo se hizo carne frente a ellos.

Aquel ser temible logró focalizar la atención de todos los presentes, humanos o chimpancés. Ante sus ojos hizo aparición un animal mucho más grande y más fuerte que Beethoven. A pesar de que era trasladado en una sólida jaula sobre un aparato transportador de base motorizada, Katrin se ocultó casi completamente tras la puerta y se postró en cuclillas rodeando con sus brazos las rodillas, para protegerse. El bedel resoplaba mientras se secaba el sudor con el dorso de la mano. Nunca había visto un animal de semejante tamaño, más de dos metros y medio, más de media tonelada de iracundo oso pardo que hacía tambalear al vehículo con sus continuos zarpazos y movimientos de agitación, quien a su vez transmitía su nerviosismo al vociferante operario.

Delante de aquella jaula marchaba un humano enfrascado en profundos pensamientos, vestido con bata blanca y calzado con ruidosos zapatos de tacón metálico. A través de unas gafas negras de pasta analizaba, con sumo interés, su pequeño block de notas mientras con un rotulador efectuaba trazos decididos y precisos sobre su superficie.

Era impresionante ver a aquella masa de carne levantarse sobre sus dos patas traseras y soltar tales gruñidos que atemorizaban a toda la población animal y humana. Luego se supo que debían estudiar su sistema orgánico para averiguar cómo podía sobrevivir tanto tiempo durmiendo durante su hibernación. Aquellos estudios ayudarían a la NASA a enviar personas a otro planeta. Hasta Beethoven le señalaba con el dedo admirando su corpulencia.

Pero a veces el animal más peligroso no es el que está en la jaula, sino el que la conduce, absorto en el block de notas donde proyecta sus asuntos. Era cirujano y se llamaba Mandrasian, dueño y señor de la unidad «Vientre», donde justamente dirigía a aquel oso desdichado.

Pocos pudimos dormir las noches siguientes. Los gritos nos sorprendían de repente y se prolongaban durante horas. Como luego supe, Mandrasian lograría domar a la bestia, aunque tardaría una semana en acabar con su sufrimiento, acabó desmayándose para siempre. Mandrasian también era conocido por un apodo, Doctor Mengele.

Además era el responsable de la medicación de Beethoven, quien llevaba siendo expuesto a un tratamiento cancerígeno desde hacía casi un año. En un tiempo pensé que Mandrasian debía ser una persona admirable dado su interés por buscar un remedio contra el cáncer, además de otras muchas investigaciones que mejorarían el mundo de los humanos y el de los chimpancés, trabajando codo con codo con héroes como Beethoven. Ahora sé que no, a veces las personas humanas engañan con falsas palabras y apariencias.

Mandrasian era alto y extremadamente delgado. Sus huesos faciales se marcaban como si bajo una fina capa de pintura blanca se ocultara una calavera de perfil anguloso. Cuando se desprendía de las gafas que utilizaba para leer y escribir notas, sus ojos se enarcaban profundamente y nos analizaban con altivez desde los pies hasta la cabeza. Sus ojos, fríos, grises y alargados, no transmitían información alguna. Observaba como un cirujano, barajando muchos más detalles físicos que los simples mortales, como si vigilara nuestro pequeño ecosistema a través de sus gafas de pasta. Sus manos eran finas y elegantes, y cientos de venillas rojas y azules se dibujaban como ríos, hacia sus especializados dedos. Ese era el secreto de su maestría, según me contó Ulises, aquellas delicadas pero precisas manos.

Sus movimientos eran refinados y pausados hasta la solemnidad, así como la resonancia que producían sus tacones metálicos sobre el suelo de mármol. Su ritmo era regular como el péndulo de un viejo reloj suizo, tan marcado que entre un paso y otro corría al menos un segundo.

Cuando el director Meyer le encontraba en cualquier lugar, gritaba su nombre, sonreía y se volvía muy locuaz. Lo trataba como a un insigne colega mientras, en silencio, Mengele también lo examinaba a él. No solía contestar a sus preguntas o comentarios, sino que ponía la mano en la barbilla y miraba hacia el techo como si estuviera pensando. Creo que también estudiaba al director Meyer como si se tratara de otro animal del centro. Aprovechando la admiración que le profesaba este, Mandrasian actuaba como si todo aquello le perteneciera y el director no fuera más que un subordinado. Y cuando nos miraba a nosotros, lo hacía como un asesino. Puede que esta comparación resulte extraña, pues hasta entonces no había convivido con asesinos, pero de algún modo sé como clavan la mirada.

En su mano derecha también tenía cabida el mango de marfil albeado de un trabajado escalpelo que siempre reposaba dentro del amplio bolsillo de su bata. Algunos animales le contaron a Katrin que en ese bolsillo asía firmemente el escalpelo, practicando imaginariamente nuevos cortes y mutilaciones jamás soñadas.

Su cara solo gesticulaba en dos posiciones: posición de mutismo absoluto —la más habitual—, y la mueca de pérfida sonrisa asomando bajo el labio derecho, sonrisa que adoptaba durante toda operación. Sobre su habilidad contaban que era capaz de cortar un cabello en dos partes iguales, que era capaz de mantener varias semanas con vida a cualquier animal al borde de la muerte, y que para ellos cada aliento representaba un mundo de sufrimiento y humillación. Katrin pensaba que no era justo, que ellos nunca tenían la oportunidad de defenderse de tantos cortes y ataques si estaban atados a una mesa de operaciones.

Lilith opinaba que una persona que hacía tanto daño a los animales, en ningún caso, con ninguna excepción, podía ser una buena persona.

A los humanos les gustaba contemplar la copulación. Pasábamos las tardes en nuestro patio y en ocasiones recibíamos visitas de colectivos, centros de enseñanza infantil, juvenil y universitaria de diferentes especialidades, así como de grupos organizados de turistas. En aquellos periodos de esparcimiento acudían animales sanos procedentes de otros módulos, gatos, bonobos, macacos, lobos, cerdos, aves de todo tipo, y todos convivíamos en paz. Ellos se situaban sobre un amplio corredor exterior en las alturas, observándonos, riendo y sacando fotos. No hacían nada, simplemente nos observaban. Tenían prohibido darnos de comer, pero Ellos sabían saltarse las normas.

En ocasiones Beethoven improvisaba un número de los suyos para engatusarlos, luego pedía comida y algunos humanos le tiraban golosinas y frutas, sobre todo cuando extendía su poderoso brazo hacia ellos en señal de petición o incluso de exigencia, lo que les resultaba graciosísimo y le convertía en el gran centro de atención. No sería reconocido por su inteligencia, pero era evidente que su personalidad hacía que los visitantes se sometieran a sus demandas día tras día, aunque lo hacía más a menudo antes de que Mandrasian le dedicara tantas horas.

Había otras muchas hembras en el centro, así que Beethoven se sentía feliz cuando salía al patio y se encontraba con los otros chimpancés, pero se sentía más feliz con las hembras. Las hembras chimpancés son más pequeñas que los machos, no son tan fuertes, pero sí más listas y hábiles, lo que se podía comprobar viéndonos utilizar herramientas.

Muchos se llevaban una desilusión al ver que no estábamos copulando en todo momento. Beethoven siempre me pedía para copular. Afirmaba que era su preferida, pero cuando yo le decía que no, se acercaba a otra algo mayor y más resuelta que yo, y copulaba. Pasaba a ser la preferida de Beethoven y dejaba a Katrin un poco de lado. Unos meses después esa hembra tenía una cría y ya no quería más a Beethoven, así que este se acercaba de nuevo a mí, y vuelta al principio, a los regalos y a los cumplidos. Él decía que prefería a Katrin, pero sin embargo cuando alguna de las otras se agachaba, Beethoven se olvidaba de sus palabras y se lanzaba al ataque.

Cuando Beethoven copulaba, los visitantes se excitaban, se reían e incluso animaban. Les hacía mucha más gracia que cuando peleábamos, jugábamos o hacíamos payasadas. Se sentían muy felices, y festejaban con palmas y risas al verle actuar, y más aún cuando finalizaba y hacía el número de ponerse sobre dos piernas, sacar bíceps y asentir con suficiencia. En muchas ocasiones pensé que solo venían a ver a Beethoven copulando, y Lilith decía que todo era debido al subconsciente de los visitantes, quienes proyectaban sus propios tabús. Creo que entiendo lo que es el subconsciente. Que me gusten las frutas o subir a los árboles es debido al subconsciente.

Tengo unos parientes cercanos que se parecen mucho a nosotros, los bonobos — también llamados chimpancés pigmeos, aunque no son más pequeños—. Generalmente los bonobos apagan su tensión copulando a todas horas, con todos y todas las que pasen por delante, y esa es la fama que les precede. Aunque a Ellos les gusta exagerar algunos comportamientos, en este caso si llevaban algo de razón. Quizás sea mejor comportarse de esa manera, que ser crueles y sanguinarios como nosotros o Ellos. Sí, los bonobos también se parecen a los hombres.

«Marie» era una de ellas, muy amiga de Beethoven, una implacable seductora bonobo que conseguía de él lo que se propusiera. El pelaje de Marie era de un negro más intenso, sedoso y brillante de lo que hubiera visto anteriormente; sus piernas y brazos eran más largos y estilizados que los míos. Era altiva y capaz de caminar mucho tiempo de pie, como los humanos.

Semejantes características, además de su promiscuidad, la convertían en un reclamo permanente para Beethoven. A pesar de envidiar la capacidad que tenía de liderar el grupo bonobo incluso siendo hembra, también envidiaba su esbeltez, y me daban ganas de apartarla de él, tan soberbia y estirada como me parecía. Pero siempre me aguanté porque yo no podía complacer a Beethoven en ese aspecto. Pensé que para eso habría tiempo más adelante. Estaba convencida de que si copulara con Beethoven tendría crías y no tendría tiempo de hacer las pruebas y los test de Lilith.

Lilith decía que mi abuela verdadera, después de que la trajeran de África, también se crió en el centro al igual que mi madre, y que ambas también poseían una gran memoria —quizás por ese motivo yo tenía tanta facilidad para aprender trucos humanos—. Todas las piezas solían encajar, pero creo que cuando Katrin nació, seguramente a su madre le impidieron seguir estudiando, y la habrían mandado a la jungla por haber conseguido solucionar un gran número de juegos, y por eso no la había visto nunca. «Así es como los humanos premiamos vuestro trabajo», afirmaba a menudo el director Meyer.

Tengo una anécdota también relacionada con mi aprendizaje y con la copulación. Cierta día, Lilith me estaba dando una clase y Ulises la ayudaba a enseñarme, como en otras tantas ocasiones. Interrumpí la lección y le solté a Lilith que debía copular con Ulises ya mismo. Expresé mi opinión de una forma tan espontánea e inocente que el bedel inmediatamente me clavó los ojos con rudeza, y solo pude pensar que estaba deseando que me callara, y yo no sabía si había dicho algo malo. Lilith me corrigió con naturalidad, sin importarle que en ese momento Ulises se estuviera muriendo de vergüenza.

—Esas cosas no hay que decirlas, Katrin. Hay costumbres humanas que no se mencionan.

Yo añadí:

—Sí, Katrin sabe que pensamientos humanos de sexo y violencia no se dicen, pero Katrin sabe. Katrin huele. Como Beethoven, Ulises excitado.

En ese mismo momento el bedel inventó una excusa para marcharse a arreglar alguna cosa, enrojecido como una fresa. Según afirmó Lilith a continuación, de buena gana volvería con una inyección letal para la pequeña Katrin. Creo que eso era una broma.

—Lilith no puede copular con Ulises, ¿o quieres que Lilith tenga crías y tenga que marcharse?

—No, Lilith no se marcha. Lilith no copula con Ulises, Katrin no copula con Beethoven.

Así fue como acepté cierta medicación que me impedía excitarme o que quisiera copular con Beethoven. La excitación que sufrimos las chimpancés es tan fuerte que impide pensar en las lecciones. Lilith me explicó que un chimpancé puede vivir unos cincuenta o sesenta años en cautividad —cautividad significa ser huésped del hombre—, y yo solo tenía diez. Tenía mucho tiempo por delante, así que no deseé tener crías y permití que Lilith me suministrara aquellas pastillas. Por entonces yo solo quería saber cuánto de lista podía llegar a ser. Necesitaba saber qué cosas podía aportar a Beethoven, a Lilith y al resto del grupo.

Para mí, mis amigos eran lo más importante, aunque tampoco niego que me gustara adquirir conocimientos por propio interés, porque me gustaba el estilo de vida que disfrutaba, las comodidades de mi cuarto, pero sobre todo, los aplausos que recibía.

Éramos una gran familia, un grupo de amigos, como en rebelión en la granja. Estábamos concentrados bajo la sabia observación humana para medir nuestros límites, para ser felices, al menos en apariencia.

CAPÍTULO 4

LA AMBROSÍA DE LA EVOLUCIÓN

Muy a menudo acudían a visitarme hombres y mujeres vestidos de blanco para hacerme pruebas, para preguntar sobre mí, e incluso para ensayar algún nuevo problema diseñado por los colegas de Lilith. Acudían al centro cargados con sofisticados equipos, con máquinas de lucecitas con las que Katrin no podía jugar. Me ponían ventosas, contaban los latidos de mi corazón, e incluso me pinchaban para sacarme sangre o inocularme vacunas.

Lilith me decía que no me preocupara, que todo estaba bien. Pero a mí aquellas personas tan serias me daban miedo porque Mandrasian también vestía de blanco, y eso no parecía buena señal. Mi participación en experimentos diseñados por otros científicos sobre la inteligencia del chimpancé ya no era tan habitual como años antes. Los científicos alegaban que yo contaminaba los resultados porque no representaba al prototipo general de chimpancé. O sea, que los experimentos eran más útiles y valiosos si el primate se quedaba en su lugar dentro del mundo de los humanos, al margen.

Algunas veces los visitantes no eran especialistas o científicos, pues venían hombres y mujeres sonrientes que no vestían de blanco. Me preguntaban cosas y eran simpáticos y se reían conmigo. Apuntaban mis palabras u otros datos en pequeñas libretas o en ordenadores como el mío. Siempre venían acompañados de hombres con cámaras y grabadoras con las que Katrin tampoco podía jugar.

Robert Carolingi era uno de ellos. Escribía una columna en el dominical de una gran ciudad, pero desde hacía poco tiempo también ejercía funciones como corresponsal del London Nature Express. A Lilith no le caía muy bien, afirmaba que Robert era gente tonta, pero el director Meyer decidió que la entrevista debía realizarse.

Robert me convertiría en un monstruo.

Antes del encuentro con el periodista, Lilith y el doctor Meyer mantuvieron una conversación. Este último había recibido una suculenta oferta, por Katrin.

—Estamos valorando una proposición de traslado para tu alumna. Un millonario de Dubái, un jeque llamado Said, quiere adquirirla. Hace poco llegó a sus manos la revista «Science» en la que Katrin fue portada. Vino a visitarla un fin de semana, tú no estabas, y al parecer se quedó tan prendado de ella que ha ofrecido treinta millones de euros. Semejante operación sería muy beneficiosa para el centro, para ti e igual de buena para Katrin, que tendrá unas dependencias impresionantes para ella y otros congéneres. Casi un bosque, ¡en Dubái todo lo hacen a lo grande, Lilith!

—¿Congéneres del jeque, o de Kat? Una chimpancé, ¡vaya caprichito! ¿Pretenden hacerla rezar en dirección a La Meca?

Protestó la doctora visiblemente contraria a enviarla a otra parte del mundo para encerrarla en una especie de harén privado, en un país en el que los derechos humanos no abundaban —los de los primates no debían ser mejores—, donde nadie podría garantizar su seguridad.

¿Y qué pasará cuando se cansen de ella, de sus gracias y trucos? —continuó—. ¿La abandonarán en una jaula como un juguete viejo? Ya lo hemos visto en otras muchas ocasiones, los animales no son juguetes y los jeques no son Tarzán. Nadie podría asegurarle un trato mejor que nosotros, ni siquiera un trato correcto. Escucha Meyer, yo puedo hacerte ganar mucho más dinero, pero debes tener paciencia. A raíz del Congreso Internacional Kat conseguirá tantas portadas en todo el mundo que sus actuaciones y contratos doblarán esos treinta millones en pocos años, no te queda duda.

Y así fue como disuadió a Meyer y evitó separarse de ella. Katrin no era de su propiedad, pero tenía derecho a disentir. En realidad estaba plenamente convencida de que el éxito internacional sería impresionante desde todos los puntos de vista, científicos y económicos. Fue por eso que pudo evitar su marcha, por el momento.

Robert Carolingi era un hombre pequeño en talla y en principios, principios férreamente sujetos a una fuerte ambición.

A pesar de unas entradas excesivamente prominentes para un adulto de menos de treinta años y del moderno aparato auditivo que sobresalía del interior de la oreja derecha, las primeras impresiones que trasmitía hablaban de cercanía y familiaridad. Una pose aprendida que le facilitaba confianzas y simpatías, herramientas fundamentales en el trabajo del periodismo. Dentro de una aparente formalidad de vestuario, bajo su camisa blanca sobresalía sin reparo el reborde de una camiseta del grupo «Kiss». Tampoco debía irle mal el negocio cuando del bolsillo de su oscuro pantalón de pinza sobresalía el llavero de un «Porsche».

Ulises le condujo a una pequeña sala de colores claros rematada con un modélico mobiliario de oficina, un armario, una mesita con sillas y dos puertas. Una de las puertas permitía la entrada de una agradable brisa y conducía directamente a una especie de patio o jardín. Permaneció de pie junto a la mesita central mientras examinaba el lugar. Concentró su atención en un variado repertorio de estanterías, anclas, asideros y sistemas de enganche para indeterminados fines de estudio dispuestos adecuadamente en una de las paredes. El hombre pequeño dejó su maletín en el suelo, se sentó y aprovechó la espera para realizar una llamada telefónica.

—Hola, soy Robert. [Escucha al interlocutor]. Sí, pero esta mañana me resulta imposible, estoy en el Centro Nacional de Inteligencia Animal, una especie de centro de experimentación.

Se mostró risueño durante todo el tiempo que duró la conversación, se puso cómodo depositando los pies sobre la mesa y se abandonó a un lenguaje corporal

muy relajado, signo evidente de que el interlocutor le proporcionaba buenas vibraciones.

Lamento tener que aplazar nuestra cita, pero podemos dejarlo para mañana a la misma hora, si quieres. El director me ha encargado redactar un especial sobre animales supuestamente inteligentes. [Escucha al interlocutor]. Sí [emite una carcajada], una tontería. Seguro que han aprendido algunos trucos, pero no debe ser nada serio, supongo. Hasta ahora ningún animal recita a los clásicos [otra vez vuelve a reír, pero esta vez emitiendo unos cómicos sonidos guturales]. No he estudiado el tema en profundidad, pero no creo que haga falta repasar la teoría de la relatividad. Debo hacer el reportaje, pero ante todo debo imponer mi sello.

El hombre pequeño retiró los zapatos de la mesa al ver como se abría la puerta principal. Reposicionó y descendió su ángulo de visión al comprobar que quien estaba entrando en la sala no era un hombre, sino una bestia de menor altura.

En dicha entrada, Beethoven retiró la mano del pomo de la puerta y la usó para ayudar a sostener una bandeja ocupada por una cafetera, tacitas, cucharas, platitos y azucarera. Caminó sobre dos piernas, casi haciendo equilibrios para impedir que se derramara el contenido. Un segundo después también entró un perro adulto de esbelto pelaje cobrizo, parecido al de un conocido anuncio de papel higiénico. Se situó en actitud servicial a un metro de distancia, en posición de sentado, con la lengua asomando entre los dientes.

—¡No vas a creer lo que estoy viendo, querida! —añadió Robert con asombro—. Un orangután enorme acaba de entrar por la puerta, y agárrate, ¡lleva una bandeja de café en las manos!

Escuchó a su interlocutora y le pidió que esperara, le trasladaría su pregunta. Y así lo hizo, con ligero ánimo burlón pero sin excesivo descaro. No quería comprobar si el corpulento animal era capaz de enfadarse:

—Muchas gracias amigo, ¿lo has hecho tú?

Beethoven negó con la cabeza mientras depositaba la bandeja en la mesita. El hombre pequeño retomó la conversación telefónica.

—Dice que no —se carcajeó en complicidad con el interlocutor—. No, claro que no. Los animales no hablan, son animales, no tienen consciencia ni inteligencia. Te dejo, voy a empezar a tomar apuntes. Un abrazo, ciao.

Beethoven no se limitó a transportar el tentempié, pues le gustaba ser hospitalario. Llenó una taza de café sin derramar ni una gota, luego cogió una cucharilla y comenzó a añadir azúcar, pero confundió sus preferencias gustativas con las del invitado, y echó demasiada. A la tercera cucharada y en vista de que el animal podía seguir echando sin medida, Robert interpuso la mano en señal de basta, gracias. Beethoven se la apartó con autoridad y añadió otras dos cucharadas. El periodista le dejó continuar, visiblemente intimidado por sus gruesos brazos peludos. Acabado el proceso y sin mostrar ningún tipo de delicadeza, el camarero de nariz achatada acercó la taza a la boca de Robert.

Amilanado por la fuerte estructura física del simio, Robert aceptó el ofrecimiento —que ya se encontraba a menos de dos dedos de su boca—, tomó un sorbo de azúcar con café y depositó el recipiente sobre la mesa mientras observaba el complacido gesto de Beethoven.

Tras otros intensos diez segundos de incómodo y estrecho cara a cara con el chimpancé, quien le examinaba con severidad, Ulises se asomó a la puerta, se dirigió a la mesa de los homínidos y preguntó con familiaridad:

—No te estará molestando, ¿verdad?

Al unísono, Robert y Beethoven agitaron la cabeza en señal de negativa, acción que solamente sorprendió al confuso periodista. Le pidió al bedel que, si era tan amable, le trajera un poco de agua. El bedel dijo que él estaba para mantenimiento y, en todo caso, para atender a los animales. Pero acto seguido ordenó:

—¡Skipper, trae a Robert una botella de agua! —y diciendo esto, se marchó.

En ese preciso instante el perro desapareció como una exhalación para volver segundos después asiendo con la boca el cuello de la botella solicitada, y la depositó con desgana al pie de Robert, quien observó con desagrado la saliva que cubría por completo el recipiente.

Skipper también parecía contrariado por las despectivas expresiones y el aire altivo del periodista. El perro volvió a sentarse servicialmente, mirando al invitado con fijación. A su lado se dispuso Beethoven, codo con codo, y esta vez con una servilleta en el brazo, como un camarero de los elegantes. Robert suspiró intentando no delatar su nerviosismo. Los dos le miraban tan fijamente que el hombre pequeño dudó de sus intenciones, si en realidad querían servirle o si estaban ahí para impedir su huida. Tan buena disposición presentaban aquellos dos anfitriones que intentó recordar otro recibimiento tan servicial y llamativo, y solo se le ocurrió compararlo con el agasajo a los periodistas por parte de cierta casa real europea. Recordó que aquel otro recibimiento no le reportó tanto desasosiego.

Para completar la desconcertante situación, Robert giró la cabeza violentamente al escuchar una voz gutural y profunda, y contempló sorprendido como un loro se había colgado en un asidero de la pared. Había entrado por la puerta que daba al patio, y afirmaba con estruendo:

—Animales tontos, animales no hablan, ¡brrrrrrr...! —Damocles, que debió haber escuchado el nombre en boca de Ulises, añadió— ¡Brrrrrrr!, ¡Robert tonto! ¡Arrogante! ¡No hablan! ¡Brrrrrrr!

—Y Robert volvió a tragar saliva.

Finalizado el desconcertante monólogo, irrumpieron en la sala el director Meyer, quien había concedido la entrevista, acompañado de Lilith y de Kat, que estaba en brazos de su mentora y a quien abrazaba el cuello.

En esa posición Kat transmitía cierto aire de indefensión, que acentuaba dirigiendo una mirada tímida y de soslayo hacia aquel hombre pequeño que conduciría la

entrevista. El director pidió disculpas por la espera y alegó que no habían podido acabar antes las tareas de la alumna.

—No importa —dijo levantándose y estrechando la mano del sonriente director y de la neutra y desconfiada Lilith—, he estado bien acompañado. Bien, comencemos con la mona.

—¡La chimpancé! —Añadió Lilith en viva voz, visiblemente desdeñosa—, pero también responde al nombre de Katrin, como seguramente habrá leído en el librito explicativo que envié a la redacción de su revista. Por si acaso no ha podido echarle un vistazo, le haré un breve recordatorio.

En dicha guía hacemos referencia al número de palabras que ella puede decir, entender y contestar. Si salimos de este repertorio, pronunciamos mal o utilizamos jerga, Katrin podría no entender y por tanto contestar erróneamente. El éxito de la entrevista depende tanto de Kat como de la profesionalidad del interlocutor. Obviamente no puedo exigirle que memorice esas palabras, pero sí le pido que no use un vocabulario o una sintaxis muy complicada. Si así lo hace, todo irá bien.

Robert no prestó mucha atención a la actitud protectora de la instructora, de la misma manera que ni siquiera abrió el manual que recibió. Lo que sí hizo, y por no quedar como un indocumentado, fue apuntar mentalmente que iba a entrevistar a una chimpancé y no a una hembra de orangután como pensaba. Abrió la cremallera de su maletín, extrajo un block de notas, su ordenador y otros útiles de oficina. Para afrontar la entrevista dispuso cada elemento sobre la mesa con un orden exhaustivo, y justo después activó la grabadora de su teléfono. Luego sacó una pitillera del bolsillo superior de la camisa.

—¿Puedo? —Preguntó. Lilith negaba con la cabeza al mismo tiempo que Beethoven y el profesor Meyer asentían con satisfacción.

Comprendiendo la jerarquía interna del centro extrajo un cigarrillo, le dio dos toques a la punta contra la mesa y lo encendió dejando el mechero y la pitillera abierta sobre el tablero de madera. Beethoven se acercó, examinó la cajita plateada y luego a Robert. Este asintió, pero antes de poder ofrecerle el encendedor Beethoven ya lo tenía en la mano al igual que el cigarrillo. Lo encendió con facilidad, aspiró el humo y lo soltó y luego dispuso los brazos en posición de culturista, sacando bíceps al mismo tiempo que asentía con suficiencia. Había conseguido ejecutar otro de sus trucos favoritos, pues nunca perdía una ocasión de fumar, se trataba de la parte más divertida del cáncer.

El periodista, quien aún no se había fijado en la pequeña chimpancé que sus jefes señalaron como parte central del reportaje, manipuló otra serie de comandos informáticos y tomó el bolígrafo mientras disparaba sin ningún tipo de preámbulos:

—¿Entiendes lo que digo, Katrin?

La entrevistada desplazó su pequeño ordenador desde la espalda hacia el pecho y desplegó rápidamente su teclado, pulsó una serie de teclas con extraordinaria facilidad y para concluir pulsó «Enter». Este hábil proceso llamó la atención de

Robert —con lo que prácticamente había prestado más atención a sus dedos y a su ordenador, que a su cara.

Las palabras fluyeron en el ambiente con la parsimonia y la inocencia propia de una refinada infante, o su voz informatizada:

—*Sí, Katrin, entiende, palabras, también, escribe, palabras. Poco.*

Por indicación de Lilith Kat utilizó el modo de teclado sin corrector gramatical que solía utilizar para facilitar su entendimiento.

Ante la fuerte impresión que experimentó al escuchar sus primeras locuciones, a Robert se le cayó el bolígrafo de la mano. Beethoven, siempre atento, lo recogió del suelo para posteriormente introducirlo en el bolsillo de su camisa, muy amablemente.

Por vez primera Robert Carolingi escrutó seriamente el rostro de la joven primate, y durante esos incómodos veinte segundos los otros humanos comprobaron la expresión azorada, casi temerosa de sus ojos. No era la primera vez que comprobaban esa reacción en los ojos de un visitante.

Hasta aquel momento solo había tenido la oportunidad de verlos personalmente en el circo y en los zoológicos. Pero solo eran bulliciosos y groseros ejemplares de chimpancé en cautividad, muy inestables. Esta, en cambio, le miraba atentamente con los ojos bien abiertos, tímidos y temerosos, sentada como una niña buena. Sus manos acariciaban suavemente las teclas de una especie de ordenador portátil adaptado a ella, anclado con precisión en su torso para maniobrar sobre él. No parecía especialmente satisfecha por aquella frase, por lo que resultaba evidente que aún no había demostrado todo cuanto podía exhibir.

Robert había esperado que la chimpancé emitiera algunos gestos propios del lenguaje de los sordomudos, y que Lilith le tradujera unos simples monosílabos. De ningún modo esperaba el manejo de ningún tipo de tecnología o una oración elaborada con verbos incluidos, y mucho menos ese nivel de concreción sintáctica. La pequeña personalidad que tenía enfrente contrastaba violentamente con la pauta que quería imprimir a la entrevista.

Las exhibiciones se iban sucediendo inesperadamente una tras otra como si de un sueño se tratara. De esta forma Robert se sentía como si de repente le hubieran introducido a la fuerza en alguna escena de «Rebelión en la Granja» o «Alicia en el País de las Maravillas» como personaje secundario. Resultaba evidente que el menos impresionante de los seres que ocupaban la habitación era él mismo. Admitió interiormente que estaba ciertamente impresionado, pero debía seguir la línea prevista de antemano para conseguir un reportaje, verídico o no.

Desde que le propusieron el artículo había previsto mostrar un gran fondo irónico o incluso un asomo irrespetuoso acerca de la «inteligencia animal». Quería mostrar su sello personal desde sus primeras intervenciones, una brisa de aire fresco idónea para futuras colaboraciones dentro de la plantilla fija del London Nature Express. Al fin y al cabo él era humano, y estaba convencido de que el público en general también era humano, y ningún lector en su sano juicio estaría ansioso por descubrir que los

chimpancés podían compartir tantas habilidades con su especie. Algunos locos reclamarían derechos para ellos, subvenciones, clubes sociales y zonas de «solo chimpancés». No, él debía colaborar con el bien común, el de los humanos.

Pero tras aquel primer intercambio verbal, Robert interrumpió sus pensamientos sobresaltado por el eco de unos lastimeros aullidos provenientes de algún lugar del centro. El hombre pequeño se preguntó de dónde procedería aquel lamento. Katrin identificó la duda en su rostro y contestó, a pesar de no haber escuchado cuestión alguna.

—*Es, mandril. Mandril, no, tiene brazo.*

—Bueno, no es tan grave, sobrevivirá sin un brazo —contestó Robert con el propósito inicial de contradecir a Katrin, pero también con el objeto de saber qué nivel de expresión podría alcanzar su interlocutora.

—*Katrin, no, sabe. Ayer, mandril no, tiene, piernas. Hoy, no, tiene, piernas, no, tiene, brazo. Experimento de Mandrasian, Mandrasian, salva, humanidad, y, mandril, es, héroe. Como, Beethoven.*

Nadie percibió la recriminación implícita en la mirada del director Meyer hacia Lilith. La indiscreción de Kat le produjo una gran insatisfacción. La mirada que Lilith le devolvió daba a entender que Katrin no era tonta, que nadie se había preocupado por ocultar los experimentos a los animales —por lo que protestó en su momento—. Kat decía lo que veía, lo que le venía en gana y no podía ser de otra forma.

En las últimas fechas, el director Meyer venía manifestando no estar de acuerdo con la educación de Katrin, ni con el trabajo de Lilith. Resultaba más sencillo responsabilizar a la instructora que al resto del centro, o a sí mismo.

Ajeno a esas silenciosas disensiones, en el otro lado de la mesa Robert seguía guardando silencio. ¿Todo aquello era una broma? Si era así, la estaban llevando a cabo a la perfección. Pero no lo haría constar, no había venido con ese propósito. El director Meyer le diría posteriormente que a veces la chimpancé hacía comentarios sin sentido propios de su naturaleza inconsciente.

Robert activó unas imágenes de video y le pidió a Katrin que las visualizara para posteriormente hacerle algunas preguntas. La chimpancé asintió, albergó la esperanza de poder disfrutar durante la entrevista de alguna de esas película de ninjas o dibujos animados que tanto le gustaban.

Pero cuando el periodista giró la pantalla hacia ella, su disgusto se hizo notar rápidamente. Eran trozos de documentales, pero su contenido estaba filmado en un tono de tal dramatismo, que deseó no haber estado allí. Las imágenes que se iban sucediendo eran escenas reales entre grupos de chimpancés que vivían en entornos salvajes.

El hombre pequeño observaba con cierta satisfacción como la turbación de Kat iba en aumento. Cuanto más fuertes eran las imágenes, más se abrían sus ojos y más se acercaban a la pantalla, como si no pudiera creer lo que estaba viendo.

Se trataba de escenas bestiales, peleas y brutales exhibiciones entre machos; grupos de chimpancés-soldados que perseguían a un individuo de otro grupo, lo acorralaban y golpeaban hasta la muerte. En otra escena un macho raptaba a una cría y la maltrataba mientras la madre le perseguía con la esperanza de rescatar a la flor de su vientre. En aquel momento Katrin se puso de pie, indignada por el desenlace de una escena tan terrible. Al final, el chimpancé macho mataba a la cría mientras su madre se mostraba impotente, obligada a mantenerse al margen. En ese momento Katrin miró angustiada a Lilith, deseaba que le explicara algunas cosas. Lilith dijo que ya bastaba y su tono resultó tan brusco que ni Meyer ni Robert mostraron oposición. Detuvo el video y, para tranquilizar a su alumna, le dirigió algunos gestos en el lenguaje de signos.

—¿Dónde quieres llegar? —preguntó posteriormente al periodista.

El hombre pequeño no contestó, sino que hizo otra pregunta a la entrevistada.

—¿Qué piensas cuando ves estas imágenes?

Katrin meditó unos instantes, y durante unos segundos rebuscó entre las teclas una opción que representara sus pensamientos. Por fin se decidió por la tecla de «dolor».

—¿Le duele a Katrin? —preguntó el periodista.

—*Katrin, no, dolor. Pero, esos, chimpancé, sí, dolor. Katrin, sabe.*

—Creo que estos chimpancés se comportan como animales salvajes, son malos. ¿Acaso Katrin es diferente?

Incluso la chimpancé se daba cuenta de que el recelo inicial de Lilith hacia Robert se estaba transformando en una indignación poco natural en ella. Volvió a adoptar coléricas expresiones faciales ante la constante omisión de las instrucciones que debían facilitar y encauzar la entrevista. Aún así, Katrin seguía entendiendo.

—*Chimpancé, es, no, bueno. Es, no, malo. Chimpancé, es, normal. Humanos, también, es, normal, y, también, enfadados.*

—¿No le parece maravilloso? —interrumpió Lilith, quien nunca se sorprendía por las respuestas de su aprendiz—. Debería admitir que la verificación de muestras de empatía en un chimpancé nos obliga a reconsiderar el antediluviano punto de vista que la sociedad aún mantiene respecto a los primates. Hasta hace poco tiempo muchos seguían atribuyendo la empatía —al igual que otras muchas emociones y comportamientos— a la característica principal que determinaba y distinguía la verdadera y excluyente inteligencia humana con respecto a cualquier otro animal. Katrin es capaz de sentir empatía por otros, su dolor, su felicidad... También puede escudriñar en cierta medida mis pensamientos o los suyos según nuestros actos, gestos, humor, etc. No la puedes engañar como a un perrito. Ella sabe cuando lloras de verdad o finges llorar para estudiar sus reacciones.

En cierto sentido, la ventaja de Katrin sobre el resto de simios reside en su capacidad para acumular conocimientos de forma eficaz. Su memoria almacena tantos datos tan variados y esenciales que, si tuviera forma humana, muchos no la

diferenciarían de un niño de unos seis años, o de ocho, si pudiera utilizar su laringe como nosotros. Sus procesos mentales parecen imitar a los nuestros, pero si la observamos con detenimiento observamos su pensamiento es capaz de evaluar situaciones y problemas de forma parecida.

—En fin, esos datos escapan a mis inquietudes, pero yo quisiera que me aclarara una duda. —Inquirió Robert admitiendo por vez primera sus carencias—. Debe haber algo que no puedan hacer como nosotros, algo que nos distinga. Alguna de nuestras características o habilidades para cuyo uso Katrin esté incapacitada mentalmente. Contésteme, doctora.

—Parece ser que su único fin es encontrar un argumento irrefutable que demuestre categóricamente nuestra supremacía, allí en lo más alto de la escala evolutiva, y especialmente sobre la gran familia de los póngidos antropomorfos. Esa línea de pensamiento es injusta, y refleja cierto grado de inseguridad e inmadurez.

—Pero las diferencias existen, obviamente.

—Obviamente. Pero ahora le haré una nueva aclaración acerca de las materias que usted debería haber estudiado para escribir sobre el tema, simplemente por orgullo profesional. Las únicas diferencias que existen entre ellos y nosotros son físicas, y después de eso, solo estamos distanciados por el tiempo. Desde los siglos pasados hasta ahora se han expuesto innumerables teorías relacionadas con la «superioridad humana». Se ha llegado a decir que lo que nos diferencia de los animales —o incluso de los otros primates— es el manejo de herramientas, los mapas mentales o las estrategias. Se ha demostrado sobradamente que no es así. Otros dicen que es la amistad, otros la moral, otros que el compañerismo; también se nombra el amor, la empatía, etc. Hay muchas teorías y ninguna de ellas ha quedado demostrada de forma categórica. Incluso la capacidad de manejar un lenguaje avanzado y coherente ha sido demostrada antes incluso de la aparición de Katrin. Estos pequeños parientes se van encargando de hacer desaparecer todas estas teorías propias de nuestros complejos, una tras otra. Después de muchos años estudiando a unos —los humanos—, y a otros —el resto de primates—, solo puedo garantizarle que ninguna de las virtudes que he nombrado, en el sentido de continuidad en el tiempo, es exclusiva de ninguna especie. Estamos empeñados en buscar diferencias entre los animales y nosotros, entre el resto de los primates y nosotros. La única conclusión que puedo aportar, cien por cien verificable, es que el hombre es la única especie de la tierra que se pasa la mayor parte de su vida buscando diferencias.

—No estoy de acuerdo, debe haber algo más.

—Hay pequeños detalles, ciertamente. Lamentablemente Katrin no puede valorar la ironía, los segundos sentidos, no se adapta a nuestras costumbres sociales —tampoco pretendemos que lo consiga—, y por poner otro ejemplo no diferencia los dibujos animados de los seres de carne y hueso. Mientras ve una película, interpreta las imágenes como sucesos que están ocurriendo en este mismo momento. En realidad son procesos mentales que un niño humano también debe discriminar en

algún momento de su vida, pero en esos casos sus mentes son más moldeables. Katrin, en cambio, se pone de mal humor cuando alguien intenta hacerle cambiar de opinión respecto a ciertos fundamentos que ha asimilado de forma incorrecta, como el ejemplo de los dibujos animados que le acabo de mencionar, y tiene un carácter muy agudo cuando es rebatida de tal manera.

Tras su sorpresa inicial, que desdeñó por necesidad, Robert no pareció mostrarse más interesado en la última disertación de Lilith. Al contrario, estuvo anotando párrafos sobre otros temas muy distintos. Después de todo, la mayor parte de la entrevista ya había sido redactada en su despacho, sin necesidad de encuentro alguno. Pero continuó:

—El hecho de que pulse ciertas teclas aleatoriamente no la convierte en inteligente. ¿Dolor? Tras ver estas imágenes podría haber utilizado un mínimo de cincuenta palabras aceptables para definir sus pensamientos y todas podrían considerarse correctas. No hay nada extraordinario en esto. Por ello insisto en que no se debe utilizar el concepto de inteligencia humana de forma equivalente a esa especie de cognición animal que les permite llevar a cabo semejantes trucos circenses. Además, nuestra forma de solucionar problemas siempre será infinitamente superior a cualquier habilidad animal.

Lilith miró al suelo, pensativa. No sabía que argumento podría utilizar para que Robert entendiera, sin necesidad de entrar en cuestiones antropológicas, neurológicas o genéticas, que la habilidad de un chimpancé medio excedía con mucho las expectativas de aquel hombre pequeño. Pensó en la mejor manera de darle una lección que no pudiera olvidar.

Entonces se le ocurrió proponerle que él mismo realizara una prueba, una que Katrin o cualquier chimpancé solucionaría rápidamente. Le pidió a Beethoven que trajera uno de los juegos, le indicó el número siete —todas las pruebas tenían asignado un número de referencia— y el animal asintió. Fue a buscarlo al armario de Katrin, donde se guardaban muchas cajas que servían para sus prácticas en los ratos libres.

Robert aceptó la prueba asintiendo con suficiencia. No dudó ni un solo instante de su capacidad de *homo sapiens* de alta escuela. Se levantó con decisión al ver llegar a Beethoven portando una pipeta alargada. Este mostró un cacahuete en la palma de su mano izquierda y acto seguido lo introdujo dentro de la pipeta. Hecho esto, exhibió su inmensa dentadura para sonreír con falsedad al periodista. Sonrisa o no sonrisa, Robert se sintió nuevamente intimidado por los colmillos y los poderosos brazos del chimpancé adulto, sin duda mucho más fuerte que él. Para terminar, Beethoven sujetó la pipeta a un mecanismo de la pared mediante una agarradera de tal forma que permaneciera firmemente anclado mientras se solucionaba el problema.

Katrin pulsó unas teclas:

—*Robert, ahora, saca, cacahuete.*

Robert sonrió y buscó alrededor, extrajo un lápiz de su maletín e intentó sacar el cacahuete. Pero no fue suficiente para remontar la longitud de la pipeta, así que arqueó los ojos con decepción y siguió buscando con la vista alguna otra herramienta útil en la habitación. Revisó con detenimiento todos los elementos móviles de su alrededor, y posteriormente inquirió con cierto nerviosismo:

—¿Puedo ir a la cocina?

Lilith dijo que era suficiente, había rebasado el tiempo, dos minutos. Le pidió a Katrin que extrajera el objetivo. Katrin cerró la pantalla de su ordenador y agarró la botella de agua de Robert. Caminó hacia la pipeta y volcó su contenido en el recipiente, con lo que el cacahuete flotó a la superficie. Beethoven berreó de alegría al contemplar el gesto de estupefacción de Robert, quien tuvo a sus pies un método sencillo y eficaz, y no acertó a darle uso. El periodista sonrió y ladeó la cabeza.

—Bonito truco —dijo—, aunque claro... ¡Si yo no hiciera otra cosa!

Lilith le tranquilizó.

—No se preocupe por no haber dado con la solución. Contrariamente al pensamiento popular, los simios y otros muchos animales ejecutan ciertas pruebas con mayor eficacia que nosotros, y su rapidez visual es excepcional. La prueba del cacahuete fue diseñada en el Instituto de Antropología Evolutiva Max Planck, de Leipzig, con idénticos resultados. Los humanos tendemos a pensar rápidamente en utilizar un elemento alargado —herramienta básica— para atraer el cacahuete a la boca de la pipeta, mientras que la mayor parte de los primates como orangutanes, chimpancés, bonobos e incluso gorilas utilizan el agua casi sin dudar. Para ellos el entorno es el recurso más importante de entre todos sus conocimientos, léase trabajar con piedras, troncos, utilizar escalas, evaluar árboles y peligros para solucionar, cazar, memorizar, etc. Llevan practicando esta suerte de trucos durante cientos de generaciones con el único propósito de sobrevivir. Utilizan el ambiente que les rodea, que les es familiar de la misma forma que nosotros usamos las herramientas que nos rodean porque aprendemos profesiones especializadas que nuestros antepasados han perfeccionado con el tiempo. Actúan de la misma forma que los cuervos, quienes son tan hábiles en el uso de materiales finos y alargados que dejan atónitos a los científicos que los estudian. Llevan cientos de generaciones haciendo nidos, tienen una facilidad singular para trabajar con alambres, ramitas y todo lo que tenga similar peso y forma. Todo se reduce a «Entorno y Especialización». Expusimos a los nuestros a la prueba del cacahuete y también consiguieron obtener el premio. Beethoven, la vez primera, lo consiguió con similar eficacia, pero de una forma un tanto más grosera para nosotros. ¡Orinó en la pipeta!

Disgustado por no haber resuelto un problema tan elemental, Robert decidió restarle importancia al asunto y pasar página. Continuó contraatacando a la pequeña sin reparo:

—Digan lo que digan los científicos progresistas, nosotros somos la ambrosía de la evolución, los postres mejor elaborados, y yo soy un excelente *gourmet*. Me cuesta

digerir todo lo demás. Dicen que el noventa y ocho por ciento de tu código genético coincide con el humano, pues ahora contéstame, Katrin. Nosotros hemos pintado millones de obras de arte, hemos construido imperios y civilizaciones, coches, barcos, aviones y otros artilugios que nos han llevado incluso a la luna. ¿Por qué te consideras a ti misma inteligente? ¿Qué han hecho los chimpancés durante todos estos siglos?

La chimpancé meditó largos segundos. Tan pronto parecía que iba a imprimir unas palabras, como se detenía y miraba al hombre pequeño. No estaba segura de haber entendido la pregunta. Finalmente concluyó:

—*Katrin, no, sabe, que, es, inteligente. Solo, conoce, algunas, palabras. Escribe, algunas, palabras. Katrin, hace, lo que, Lilith, pide. Y, consigue recompensa. ¿Robert, inventa, aviones? Katrin, gusta, aviones.*

Robert no esperaba tal respuesta, inocente e incisiva, pero Kat aún no había terminado.

—*Katrin, no, sabe, Robert, pinta. Katrin, pinta, también. Bonito. No, sabe, Robert, construye, imperios... Lilith, dice, Robert, solo, periodista, mediocre, gente, tonta.* —Ahora se dirige a su maestra y, para corregirla, le dice:

Lilith, Robert, no, gente, tonta. ¡Robert, viaja, hasta, luna!

De nuevo intervino Lilith, se le estaba agotando la paciencia.

—En lo que ella destaca no es en la resolución de trucos sencillos. Lo que nunca han trabajado los chimpancés son los signos escritos, un material muy novedoso e inútil para ellos. En tan solo nueve años de enseñanza Katrin ha adquirido una facilidad insólita para aprenderlos y recordarlos como ningún otro animal de la tierra, muy lejos del resto de sus congéneres. Se trata de un salto evolutivo superior a cualquiera que se haya contemplado jamás de manera científica, incluyendo a homínidos como nosotros. Pero como le he dicho al principio de esta entrevista, Katrin no comprende los segundos sentidos y apenas las ironías, pues no las ha vivido. Eso pertenece a octavo curso y ella solo está en tercero. ¿Qué parte de mis palabras no puede entender usted? Esas que expresa no son figuras semánticas naturales, sino que obedecen a unos niveles de convivencia que ella no ha experimentado, como sí lo hemos hecho nosotros desde que pronunciamos nuestras primeras palabras. Las vivencias fabrican nuestro sentido del humor, nuestra ironía, los dobles sentidos, las indirectas, las amenazas veladas...

A pesar de la corrección, el periodista volvió a preguntar con el propósito de ser dañino, de desenmascararla de alguna otra manera:

—¿Te gustan los caramelos, Katrin?

Ella asintió, y el periodista continuó:

—Te gustaría tenerlos todos, ¿verdad? Entonces ¿te gustaría dejar a todos los niños del mundo sin caramelos?

Katrin se sintió confusa, no entendió la pregunta. Vio cómo el director Meyer intentaba contener a Lilith que, disgustada, pretendía levantarse de su asiento para interrumpir la conversación. Al final dijo:

—*Kat, no, entiende, pregunta: ¿Cuántos, caramelos, hay, en, mundo?*

El periodista dudó.

—Hay... muy pocos —concretó con ciertos apuros.

—*Katrin, solo, quiere, uno. Lilith, dar, si, Katrin, buena. Lilith, sabe, cuantos, caramelos, hay.*

Lilith se impone e interrumpe definitivamente:

—¿Le ha gustado la respuesta? Pues tiene más, pero usted no las va a escuchar. No solo no ha entendido las directrices, sino que además usted demuestra una insolencia sin medida. Ahora vaya a su director y explíquele porqué se ha acabado la entrevista. ¡Incompetente y estúpido payaso ensucia renglones! Katrin no ha trabajado tantas horas durante su vida para acabar rebajándose a hablar con imbéciles como usted. Ahora puede elegir entre marcharse o hablar con Beethoven, quien sin duda podría utilizarle como mondadientes.

El director Meyer no opuso mayor resistencia a forzar el fin de la entrevista, pues habían alcanzado el tiempo estipulado. Pero debía calmar a Lilith. Le decía que tampoco debía tomárselo como algo personal.

—No importa, señor Meyer —dijo Robert mientras recogía su equipo—. Creo que ha sido un encuentro muy enriquecedor, y estoy seguro de que mi artículo será muy de su agrado. A final de mes le enviaremos algunos ejemplares como muestra de agradecimiento. Mis respetos, señorita Lilith —hizo una pequeña reverencia—, ¡Katrin!, ¡chicos!

Y se marchó. Beethoven sonreía porque sabía que volvería a verlo. Tenía en su mano el llavero de un Porsche que le había sustraído justo cuando depositaba el bolígrafo en el bolsillo de su camisa. Katrin fue la única que se despidió cordialmente con la mano. Por defecto de su inocencia, aquel hombre pequeño que decía inventar aviones le había caído bien. Si bien era la más aventajada en otros aspectos, los demás animales de la habitación percibieron con mejor acierto las vibraciones del encuentro.

Incluso Damocles se burlaba de Robert, imitando continuamente sus más antropocentristas sentencias: ¡Los animales no hablan, Brrr! ¡La ambrosía de la evolución, Brrrrrr!

Kat reconocía que, aunque a veces se burlara de ella, Damocles resultaba sumamente gracioso. Era capaz de imitar expresiones de cualquier humano que trabajase con él, pero además también imitaba la voz que salía del ordenador de Katrin, los ladridos de Skipper y algunos signos vocales —a Ellos no les agradaba que se les llamaran palabras— de chimpancés. Cuando utilizaba todos sus conocimientos, se convertía en una verdadera orquesta animal.

—Brrr, guau, guau, guapaaaaa, Bien hecho, Katrin; Uuuuuhhh uu uu; Robert, ¡los animales no hablaaaan, Brrrr!

Asentía con la cabeza y estiraba las alas imitando la pose de chulería de Beethoven, con lo que conseguía evocar en una sola frase a seis personas o animales al mismo tiempo. De esa manera y dada la especial habilidad de Damocles, incluso unos chimpancés como Katrin y Beethoven habían sido capaces de enseñarle unas cuantas palabras en «lenguaje chimpancé». Si Ulises estaba presente le pedía pipas en su lenguaje, pero si eran ellos los presentes, las pedía usando el signo lingüístico particular que utilizaban los chimpancés. Pipas, agua, whisky, palomitas... ¡Menuda memoria! De esa forma, y aparte de las más de doscientas palabras y expresiones que oficialmente era capaz de reconocer, dominaba diez o más que solo entenderían sus amigos, los primates inferiores. Katrin pensaba que a pesar de sus pequeños defectos era el verdadero portento del centro, el políglota animal, Damocles.

—Los animales no hablan, Brrr. —Fue el chascarrillo más repetido después de la visita de Robert Carolingi, y la imitación humana de la famosa frase de Damocles alcanzó todos los rincones y módulos del CNI-A. Su visita desagradó a todos por igual, y la negativa opinión de los trabajadores humanos hacia el periodista se confirmó dos semanas después, cuando por fin tuvieron acceso al titular de la revista. «KAT LIEBERMAN, EL ARTE DE APRENDER TRUCOS».

Lilith volvió a afirmar: Robert sigue siendo gente tonta.

Los chimpancés no somos tan adorables como algunos piensan, Robert me lo demostró. En su idílico subconsciente nos relacionan con las películas de Tarzán y los dibujos animados, deshojando torpemente un plátano en la mano. Ellos nos ven como animales encantadores que muchos querrían tener como mascota. No somos encantadores, somos malos. Katrin no se siente así, pero cuando pude descubrir el comportamiento de mis parientes a lo largo del documental, supe que todo ello era cierto. Guerra, asesinato, canibalismo, conspiración... Somos como Ellos; crueles, intrigantes y posesivos.

Al día siguiente Katrin aún recordaba las sensaciones que le produjo la entrevista con Robert. Le preguntó a Lilith: *¿Katrin, mala?*

Lilith afirmó que no, que los documentales se centraban en las imágenes que la gente quería ver. Se escogía media hora de película de entre miles de horas de filmación. Le explicó que los humanos no se reprimían, y los instintos primitivos animales eran representados sistemática e inequívocamente en incalculables películas, pinturas, canciones o cualquier otra demostración artística humana. Además de la copulación, la especie humana se sentía especialmente atraída por la violencia y la muerte, y cuando contemplaban escenas de ese tipo su mente se retrotraía a millones de años atrás. Se quedaban con la boca abierta, se les secaba la lengua y entrecerraban los ojos, paralizados por extraños pensamientos, porque la mente del chimpancé y del hombre están cortados por el mismo patrón.

A pesar del propósito conciliador de Lilith, Kat se sintió intranquila, y le preguntó por qué los chimpancés del documental se comían a la pequeña cría. Le resultaba difícil de creer, pero se daba cuenta de que Lilith no siempre tenía todas las respuestas, y eso le causaba perplejidad. Lilith creía que cuando una hembra tiene que cuidar de su cría, debe dedicarse a ella durante años. Su única prioridad es cuidarla y defenderla, nada más. Por lo tanto ya no les apetece copular, y eso no les suele gustar a los machos. La pequeña chimpancé compartió su opinión e indignación:

—*Katrin no quiere copular y tener crías, Katrin es joven y quiere estudiar... Beethoven quiere copular... Beethoven malo, Beethoven se come a la cría de Katrin para que Katrin copule.*

—No, Beethoven no es malo —le intentaba apaciguar su tutora—, él no haría eso. No todos son así. El documental muestra lo que llama la atención a las personas, y lo que llama la atención a las personas es aquello que reconocemos en nosotros mismos. Es verdad que también hay chimpancés malos, pero son pocos y no pueden ser malos todo el tiempo. —Luego se dirigió a Beethoven para que tranquilizara a la exaltada aprendiz—: No, Beethoven no es malo, ¿verdad que no?

Este comprendió perfectamente la situación, miró a Katrin y movió la cabeza de un lado a otro con tanta energía que los labios parecieron querer desprenderse de su boca.

—Ya ves Katrin, Beethoven es muy bueno —añadió Lilith. Sabía que su alumna podía obsesionarse durante días con cualquier nuevo riesgo.

El macho se acercó a Katrin para apaciguarla, pero ella se mostró enfadada e intentó apartarle. Beethoven insistió y consiguió acercarse con intención de besarle los labios, conducta muy habitual entre los chimpancés y otros primates. Pero ella apartó su cara en el último momento y solo pudo, a regañadientes, darle un beso en la mejilla.

Indignada, se levantó de la silla y le dedicó una severa mirada de disgusto antes de echarse a andar y dejarle plantado. Pero se marchó erguida sobre sus dos piernas, deliberadamente. De forma contradictoria quiso imitar los andares de Marie, la bonobo, pues pensó que de esa manera llamaría más la atención de Beethoven.

CAPÍTULO 5

Cierto día, mientras Lilith estaba ausente, disfrutando la única semana de vacaciones que se permitía, yo estaba sentada a una mesa de mi pequeña cocina cortando zanahorias y tomates para la comida, siempre bajo las indicaciones de Ulises. Se fiaba de mí —incluso dejaba que yo manipulara los fogones eléctricos en su presencia—, y yo hacía todo lo que él me decía. ¿He dicho que sé cocinar muy bien? Soy lenta, pero segura.

Fue entonces cuando escuché aquellos pasos secos que retumbaban levemente, como si alguien suavizara sus pies para cogerme desprevenida. Naturalmente escuché la puerta abrirse y cerrarse tras él con sigilo y pulcritud. Sentí la ráfaga de aire que entraba junto con él, pero seguí haciendo mi trabajo.

Mandrasian irrumpió en mi cuarto con la mano derecha metida en el amplio bolsillo de su bata. Era la primera vez que lo tenía cerca, a solas, y no me gustó la experiencia por mucho que se dedicara a salvar al mundo. Mediante el reflejo de una brillante olla vi su rostro siempre imperturbable y sus ojos clavándose con ahínco en mi nuca, anunciando sus intenciones. Luego sentí aquellas manos encima de mis hombros. Sus dedos alargados y gráciles eran muy fríos, y me cosquilleaban de tal manera que los podría haber confundido con dos tarántulas, o las garras de un loro como Damocles en cada hombro, pero no di muestras de sorpresa. Los chimpancés oímos mejor que Ellos, así que si su intención era cogerme desprevenida, perdía el tiempo, pues en el momento justo en el que iniciaba su recorrido por el corredor yo ya sabía que esos pasos le pertenecían. Ningún otro humano en el centro calzaba esos característicos tacones metálicos, lúgubres y cadenciosos. También tenemos mejor olfato, y antes de que abriera la puerta sentí ese olor suyo tan característico, agrio y penetrante como un desinfectante químico. Con las manos de la muerte sobre mis hombros me sentí insegura y nerviosa, y fue en aquella ocasión cuando me di cuenta de que si bien estaba salvando al mundo, la única forma de hacerlo era haciéndonos daño. Las manos de Mandrasian esperaban que reaccionara de alguna otra manera, pero yo seguí cortando zanahorias. No podía permitir que él conociera mi nerviosismo, era uno de mis trucos, no mostrar el miedo que siento. De cualquier forma pensé que tampoco debía estar asustada, pensé que si me hiciera algo, Lilith se enfadaría con él. Entonces comenzó a hablar con lentitud, de una forma mucho más pausada que cualquier otro humano que hubiera conocido. Quería asegurarse de que entendía todas sus expresiones.

—He oído hablar de ti, pequeña genio. Admiro todo el conocimiento que has adquirido en este corto espacio de tiempo...

Dejó que pasaran unos segundos de silencio y pude escuchar su profunda respiración, su vaho pestilente me hacía sentir incómoda.

Creo que le has dicho a alguien —continuó— que yo le hago daño a tu amigo Beethoven, y eso no es cierto. Nuestro amigo Beethoven se encuentra perfectamente bien. Y tú también lo estarás, te trataré con finura, como a una obra de arte. Te lo mereces, y tu hábil cerebro presidirá mi sala de trofeos...

No pude contenerme por más tiempo, bajé de la silla y me alejé de él. Dejé el cuchillo en la mesa, pues sabía que podía hacer daño. Sabía que estaba prohibido hacer daño a otros seres y sobre todo a los humanos, pero también sabía que Mandrasian merecía que se lo hicieran, por eso alejé la repentina tentación que me inspiró aquel instrumento. Mientras él desconectaba la vitrocerámica en la que yo calentaba agua, me acerqué al ordenador dispuesto a contestar sus estremecedoras palabras. Era gente mala y descubrí en ese momento la principal motivación que le llevaba a hacer daño a Beethoven cada mañana, ¡y además presumía de ser nuestro amigo! Beethoven tenía razón, Mandrasian no salvaba al mundo. Su presencia y crueldad me hicieron temblar y pude sentir como la rabia me bullía.

Beethoven estaba en su jaula totalmente sedado por las drogas que le suministraban, y por eso no intenté alertarle. Todavía recuerdo como su pierna se introducía entre los barrotes y quedaba suspendida sin apoyo en el exterior. No importaba, creí que Mandrasian no se atrevería a desafiar a Lilith. Por eso contesté tan enfadada:

—Tú, gente, tonta. Lilith, buena. Tú, eres, malo. Haces, daño, a, monos, a, chimpancés, Daño, a, Beethoven...

Mi desafío no le afectó, y solo lamentó a viva voz que yo no le perteneciera. «Solo es cuestión de tiempo», añadió. Pero quien sí era suyo era Beethoven, y se dirigió hacia él. El doctor Mengele se puso de rodillas y le acarició la pierna, algo que no me gustó nada y me enfadó más aún.

—Sí que hago daño a Beethoven, y mucho. Pero no importa, porque solo es un simio estúpido, no un humano. Por lo tanto no tiene alma y no siente dolor de la misma forma, y tú nunca podrás comprenderlo. Te diré una cosa, aunque pases el resto de tu vida fingiendo ser humana, nunca lo lograrás. Solo he venido a advertirte, «trocitos». Si sigues hablando a los visitantes acerca de mi trabajo, o si le cuentas esta conversación a Lilith, os haré daño a ambas como se lo hago a Beethoven.

A continuación sacó el escalpelo de su bolsillo y me mostró como lo dirigía con calma y oscuras intenciones hacia la pierna de Beethoven, iba a hacerle daño delante de mí. Yo no se lo iba a permitir de ninguna manera, y le embestí con todas mis fuerzas. Pero Mandrasian era fuerte, yo no imaginaba cuánto. Me manejó con facilidad y me agarró por el cuello. Me condujo con violencia hacia el fregadero e introdujo mi cabeza bajo el grifo mientras por detrás me doblaba con fuerza el brazo haciéndome mucho daño. Nunca me sentí tan humillada como entonces, —aunque posteriormente sentí la misma humillación otras varias veces—. De sobra es sabido

que a los chimpancés no nos gusta mojarnos, pero me desagradaba aún más sentirme dolorosamente forzada, nadie anteriormente me había hecho daño. Hay gente que dice que un chimpancé es cuatro o cinco veces más fuerte que un hombre, pero Katrin no lo era, y cuanto más me resistía más dolor me aplicaba en la luxación. Después de haber tragado mucha agua y antes de que me quedara sin respiración, cerró el grifo y me advirtió al oído.

—No debiste hacer eso, «trocitos». Mantén la boca cerrada o tú serás la culpable de que lo que le pase a Beethoven, o lo que le ocurra a Lilith y a tus otros amiguitos, estás avisada. En cuanto a mis planes contigo, he pensado que no sería ético extirparte el cerebro sin más. Lo más adecuado sería analizarlo manteniéndote con vida los meses que sean necesarios. Así podrás sentir emociones no experimentadas por ser vivo alguno, desde los campos de exterminio...

Después de decir aquella palabra me soltó de repente..., sin haber finalizado su frase.

Una vez me alejé de aquella tortura tosí repetidamente, me sentí mareada, empapada, pero por fin podía respirar. ¿Dónde estaba? Escuché ruidos y giré la mirada hacia mi espalda.

Pude ver como Mandrasian se revolvía con violencia, pues sobre su cabeza se había enganchado, como si fuera un sombrero, el viejo Gandhi. Una de sus manos blandía el escalpelo que debió haberle arrebatado en un descuido. Pudo haberle hecho daño si hubiera querido, pero a pesar de lo que Ellos hicieran, a pesar de cómo se comportaran, hacer daño a un humano estaba prohibido. Gandhi sabía que la cacería posterior sería fatal y nos castigarían a todos, y aunque sentía que estaba desaprovechando una oportunidad irrepetible saltó apoyándose en los hombros del cirujano y aterrizó en el suelo. Como medida preventiva se limitó a ponerse en medio, entre él y yo, esgrimiendo el arma y emitiendo gruñidos amenazadores. En ese momento yo temblaba en una esquina, confiando en el valor de aquel pequeño mono de medio metro.

—Gandhi, ¿sabes lo que has hecho? —Gritó Mandrasian amenazante—. ¿Sabes lo que te va a ocurrir ahora? Anda bichito, dámelo antes de que te hagas daño.

No era su intención hacerle caso, pero afortunadamente el asunto no llegó a mayores gracias a la irrupción a través de la puerta del patio, la misma que utilizó Gandhi, de Skipper para unirse al grupo. Exhibió sus fauces con ferocidad y ladró al humano para demostrar el odio que sentía hacia él. La tierna imagen que trasmitía en sus películas no parecía ajustarse a su verdadero carácter.

El cirujano se amedrentó al escucharle ladrar como un maldito perro rabioso y retrocedió. No era la primera vez que ese perro le sacaba los dientes, y de hecho, lo hacía siempre que se cruzaba con él. Todos los animales del centro compartían una generalizada repulsa hacia su persona, pero Skipper era el único que se atrevía a demostrarlo. Mandrasian se lamentó de que fuera el animal favorito del director Meyer. Una lástima, el cráneo del perro estrella de Hollywood más adorado por los

niños del mundo podría haber pasado a convertirse en la más preciada joya de su sótano. Aún así, su sala de trofeos era lo suficientemente lustrosa y ya estaba adornada con cientos de cabezas diseccionadas por él mismo, o cazadas durante sus sangrientas expediciones en África.

Al sentirse acompañado del fiel Skipper, Gandhi decidió deshacerse del escalpelo para evitar tentaciones o accidentes y lo lanzó con fuerza hacia el patio. Mientras sucedían estas escenas yo fui recuperando el temple —solo al verme protegida—, el humano esbozó su horrible sonrisa por el lado derecho, y salió lentamente de la sala, con sus tacones metálicos resonando a cada segundo, como si a pesar de todo se sintiera satisfecho. Aquella última mirada llevaba implícita toda una serie de terribles amenazas, como si por fin hubiera encontrado una buena excusa para empezar a cazarnos, uno por uno.

Skipper dedicó largo rato a lamer mi rostro lloroso. Ambos permanecieron a mi lado haciendo guardia hasta que llegó Ulises. ¿De qué servía conocer tantas palabras y estudiar tantas horas si luego Katrin resultaba ser una cobarde?, pensé.

Para la primera luz del alba Gandhi ya no se encontraba entre nosotros. Había desaparecido sin despedirse, sin que pudiera devolverle el favor. Pensé que había tenido suerte y había regresado a las calles de Jaipur para pedir golosinas y robar fruta a los turistas.

Cuando Lilith se reincorporó al CNI-A no me atreví a contarle lo sucedido con Mandrasian. Además de sentirme muy avergonzada, tuve miedo de que cumpliera sus amenazas y le hiciera daño también a ella. Ulises le comentó que los últimos días yo había estado muy callada y ella dedujo que solo se debía a su ausencia. Me contó que había estado en un lugar llamado Venecia, un lugar muy bonito, y me preguntó si no me alegraba por ella.

¡Por supuesto que no me alegraba! ¡Me había abandonado toda una semana! Además, no había trabajado casi nada durante su ausencia —las tareas que Ulises me proponía eran demasiado sencillas—, por lo que tuve que practicar por mi cuenta. Y claro, ¡encima no le iba a poner buena cara!

Al día siguiente se me pasó el enfado y le confesé que la había echado de menos. Me trajo unos regalos, dos máscaras blancas típicas de Venecia, una triste y una alegre. Yo le regalé la cara triste a Beethoven, por su dolor. Ella se disculpó y me aseguró que no volvería a marcharse tanto tiempo. Yo entonces no sabía que estaba dispuesta a prescindir de sus ya de por sí cortas vacaciones y de los viajes que tanto ansiaba realizar... O puede que si lo supiera, pero no quería perderla de nuevo.

Meyer escuchó aquella conversación y mostró su rechazo a que Lilith cediera en tantos aspectos ante una chimpancé, que la consintiera y que le permitiera decir todo lo que se le pasara por la cabeza. Por supuesto también le molestó que fuera incluso a renunciar a sus vacaciones en favor de Kat.

En cierta medida también él le había cogido cariño a la chimpancé ¿quién no lo haría?, pero se consideraba un hombre práctico. Era de sobra conocido que en

ocasiones, y sobre todo cuando alcanzan cierta madurez, los chimpancés entran en una dinámica de comportamiento ciertamente difícil, e incluso los mejores cuidadores pierden su control. Por tal motivo siempre resultaba más aconsejable estudiar ejemplares de chimpancés femeninos, por su menor fuerza y mayor docilidad. Aún así, estaba seguro de que Lilith estaba perdiendo el control sobre Katrin, podría ser que pronto no pudiera controlarla, y eso le preocupaba. Los beneficios eran su prioridad y no dejaba de pensar que deberían haberla vendido a aquel jeque árabe por treinta millones de euros —en realidad, en el fondo de su corazón, sabía que el trabajo de Lilith era impecable, pero había perdido una fortuna por lo que, por otra parte, no dejaba de ser un simple simio sin valor real—. Se disponía a abandonar su despacho con estas grandes preocupaciones y, al abrir la puerta, se encontró de bruces con Mandrasian.

—Director Meyer, si tiene un segundo, quisiera hablarle de un tema.

Por una vez no estaba de humor para hablar con él.

—Déjame Mandrasian, hoy tengo muchos problemas.

—¿Económicos? —Dijo este—, en eso le puedo ayudar —concretó esbozando media sonrisa bajo su labio derecho.

De nosotros decían muchas cosas, pero casi todo dependía de la personalidad del humano en cuestión. Unos afirmaban que éramos muy listos y graciosos; y otros decían que éramos salvajes, tontos y peligrosos. Yo siempre he sido la misma, pero a juzgar por sus diferentes opiniones, existían diferentes «Katrins». Es cierto que a veces tenemos mal humor, pero también es verdad que con demasiada frecuencia arrancan de su entorno a miles y miles de chimpancés como yo; venden a sus familias como carne de consumo y luego los enclaustran en jaulas pequeñas durante las semanas que duran los viajes desde África hasta occidente. Muchos mueren en el trayecto por el excesivo calor, la falta de aire o de comida, o por enfermedades contraídas en unos lugares tan insanos. Al llegar a sus destinos tras miles de kilómetros de viaje son recibidos por personas muy sonrientes. Les saludan, les visten y juegan con ellos, como si nada hubiera ocurrido antes, como si hubieran rescatado por su bien. Les hablan en su idioma y les parece increíble que no puedan comprender su lengua, pues Ellos la dominan desde la niñez. Después de ese recibimiento inicial, vuelven a ser enjaulados y adquieren automáticamente y para el resto de sus vidas la condición de juguetes y, o esclavos. Haz esto y ganarás un plátano o una golosina; no lo hagas y estarás castigado; haz aquello, no nos hagas coger el palo.

Mi caso era distinto porque Lilith era mejor que Ellos, me trataba como a una hija y por eso yo seguía sus indicaciones con una entrega total. Es cierto que con semejantes condiciones yo tenía que sentirme a gusto casi a la fuerza, pues hacía prácticamente lo que quería y además estaba a salvo del destino de mis compañeros. Haciendo prácticamente lo que quería, excepto elegir marcharme. Aunque ese es otro tema.

Como he dicho, parece que hay diferentes «Katrins», unas buenas y otras malas. Pero a pesar de todo había ocasiones en las que eran los humanos quienes se volvían salvajes.

Cierto mañana los hombres con bata me dijeron que después de las pruebas no volvería a mi cuarto, sino que acompañaría a Beethoven. A mí no me gustaba la idea por el simple hecho de que no lo había hecho nunca, y si tenía que ir a sitios nuevos prefería que fueran Lilith o Ulises quienes me acompañaran. Pero la chica de las gafas de pasta sonrió por primera vez desde que la conocí y me prometió que iba a encontrarme con muchos regalos y golosinas. Eso estaba mejor, así que accedí. Entré en la sala que ocupaba Beethoven y este se me quedó mirando con extrañeza.

Me dijo que me fuera, que yo no tenía que estar ahí. Yo protesté y le dije que tenía tanto derecho a las golosinas como él. Se enfadó, me empujó y no supe porqué. Se enfadó tanto que empezó a gritar y a romper cosas, e incluso parecía que me iba a maltratar. Estaba tan rabioso que se le erizó el pelo de todo su cuerpo y tuvieron que dormirle. A veces Beethoven se portaba muy mal. Debía querer comérselo todo y no darme nada. No era justo, él venía todos los días y nunca fue capaz de decirme que allí le daban golosinas.

Por suerte en cada sala del centro había una especie de pistola de dardos tranquilizantes. Le dispararon delante de mí. Él, al estar muy familiarizado con aquella experiencia, dejó de luchar al sentir los efectos de la droga. Segundos después se dejó caer al suelo.

Ahí quedó Beethoven, paralizado sobre el frío pavimento de cerámica. Los humanos siguieron trabajando en sus cosas, como si nada hubiera ocurrido, y nadie parecía interesado en llevarle a un sitio cómodo. Sabía que se había portado mal, pero no me parecía bien que lo dejaran tirado en el suelo como una alfombra vieja mientras Ellos pasaban por su lado o sobre él. Me acerqué a él y me tumbé a su lado, sujetándole la cabeza y protegiéndolo para que nadie pudiera pisarle. Desde allí observé a mi alrededor.

A pesar de encontrarme muy cerca de mi cuarto y cerca del pasillo de acceso a este, nunca había estado en aquella sala. Había muchos ordenadores y mucha gente vestida con batas de colores suaves; algunos llevaban mascarillas en la boca, guantes y gorros de papel. Lo que más me gustó fue que en todas las paredes había grandes cristaleras que daban a otras habitaciones donde otros hombres con batas trabajaban con otros animales. Alguien dio unas órdenes y la chica joven de las gafas de pasta vino a prepararme.

Examinó unos documentos y pensé que en ellos debían figurar todos los ejercicios que había resuelto con éxito durante mucho tiempo, y según esos datos me darían las golosinas que correspondieran. Entonces la chica de las gafas de pasta cogió en sus manos unos rotuladores de colores muy bonitos, pero al parecer yo no podía tocarlos. Comenzó a hacerme rayitas por mi barriguita, como carreteras que se

cruzaban y me hacían cosquillas. Como las cosquillas me daban gustito y a la vez eran incómodas, me hacían reír mucho y la intenté apartar.

—¡No para de moverse! ¡Qué alguien sujete a este animal!

Gritó la palabra «animal» de una forma muy fea, y eso no me gustó. No era como Lilith, no era amable. A su llamada acudió el enfermero con barba, me cogió por debajo de los brazos y me tumbó en una mesita especial. Enganchó mis pies en unas abrazaderas y me extendió los brazos a la fuerza mientras la enfermera seguía haciendo rayitas en mi barriga. Pensé que querían darme tantas golosinas que temían que explotara, y por eso tomaban tantas precauciones. En ese momento distinguí a través de una de las numerosas cristaleras a Lilith caminando por el corredor, como cada mañana, en dirección a nuestro departamento. Ella me vio, giró la cabeza y siguió caminando. Era normal, si yo nunca había estado en aquel lugar, no podría pensar que aquella chimpancé tumbada y sujeta por correas fuera yo. Intenté soltar mi mano para saludarla, pero el hombre de barba no me soltaba. Me decía:

—¡Quieta, o te castigamos!

Luego, como si se le hubiera olvidado algo, Lilith se detuvo al final del pasillo antes de desaparecer de mi vista y se dio la vuelta lentamente como si hubiera visto algo que no estaba en su sitio. Nuevamente giró sus ojos hacia mi posición, ahuecó las manos en el cristal. Seguramente no debía tener buena vista, pues yo la veía perfectamente.

Fue entonces cuando comprobé que Ellos también se pueden comportar como salvajes. Desde ese momento no paró de gritar. Se dirigió a la puerta por la que me introdujeron y la golpeó con fuerza, pero parecía que ella no estaba invitada a golosinas. Creo que primero golpeó a alguien, luego una silla atravesó el cristal de la puerta. A través del hueco del estropicio introdujo su mano para girar el pomo y la puerta se abrió. Estaba tan rabiosa que el hombre de la barba y la enfermera dejaron de trabajar conmigo. Ellos intentaban calmarla, pero de todas formas siguió acercándose a mí. En ese momento creí que iban a dispararle otro dardo como a Beethoven, para dormirla, pero no lo hicieron, y consiguió llegar hasta mi mesita especial y me soltó las correas. Entonces por fin pude decirle a través de signos que estaba contenta porque me iban a dar muchas golosinas para desayunar. Ella no me hizo caso, seguía salvaje. Le arrancó los papeles a la chica de las gafas de pasta y preguntó quién lo había ordenado. El hombre de la barba, tembloroso, le contestó que el director Meyer. Lilith me cogió en sus brazos, me aferré a su cuello y se marchó diciendo que nadie se atreviera a tocarme de nuevo, o... ¿Qué habría querido decir con eso de «o...»? Me devolvió a mi departamento sin dejarme que le dijera que todavía no había tenido golosinas, que no me quería ir, y que me gustaban las cosquillas de los rotuladores. Beethoven, malo. Se comería de nuevo todas mis golosinas. No la vi durante el resto del día porque fue a hablar con el director durante mucho tiempo.

La conversación con el director fue fructífera, pero solo sirvió para ganar tiempo. Kat tendría que someterse a las pruebas mensuales y allí se tomaría una decisión.

Al día siguiente y según lo convenido, Lilith entró en el departamento de evaluaciones. Mensualmente en presencia de un veterinario y un grupo de expertos todos los animales eran examinados con detenimiento.

Sobre la mesa de valoración se encontraba Katrin, pero tan drogada que no pudo saludar a su mamá humana al verla entrar.

Era en aquellas situaciones donde se «peritaba» a cada ejemplar. Allí se tomaban todas las decisiones y líneas de actuación, así como asignación de nuevas investigaciones, cambios de prioridades, colaboraciones, refuerzos entre especialistas, etc. No importaba la simpatía o el reconocimiento de cada animal, todos estaban expuestos a cualquier experimento o tratamiento, y pasaban a ser simples objetos sin derechos o protección legal de ningún tipo. Naturalmente existían convenios internacionales que protegían y acotaban ciertos experimentos, pero estaba prohibido mencionarlos en el CNI-A.

Al entrar Lilith, examinó una por una las caras de los presentes, y se sorprendió al comprobar la presencia de cierto especialista ajeno a Inteligencia y Lenguaje.

—Buenos días, Lilith. ¿Te apetece café? —ofreció el director Meyer.

—¿Café? —desconfió.

Tenía suficiente experiencia en psicología del comportamiento como para pasar por alto su irregular tono de voz.

—¿Qué hace este aquí? —Añadió sin esconder su desagrado, señalando con la cabeza a Mandrasian, quien no se daba por aludido.

—Mandrasian consigue la mayoría de los fondos del centro con sus experimentos y subvenciones, es un socio muy importante. Está autorizado a estar donde le plazca.

Por su parte, la respuesta de Mandrasian fue mirar a Katrin mientras sonreía bajo el labio derecho, no tenía inconveniente alguno en provocarla. Lilith vio sus intenciones.

—¡Ni se te ocurra mirarla! ¡Si le pones uno de tus sucios dedos encima te arrepentirás!

—Necesito estudiar a Katrin. —Contestó, como si ese trámite fuera cuestión de vida o muerte—. Hay que abrir.

Y dicho esto, se encaminó a abandonar la habitación. A esas alturas Mandrasian ya sabía que Katrin pasaría por su quirófano, el quirófano del doctor Mengele. Lilith perdió definitivamente el control y fue a por él, pero el director consiguió sujetarla en el último momento.

—¡Antes te mato yo, asesino de mierda! —A pesar de que todos los especialistas la contenían, a punto estuvo de asestarle un puñetazo en el rostro.

Mientras, en la mesa, Kat conservaba un mínimo de consciencia que, no obstante, no le permitía entender la situación.

No sabía porque Lilith se encontraba fuera de sí, ni a que se referiría el doctor Mengele con aquello de «hay que abrir». Su reducida capacidad de percepción solo le sirvió para detectar una acalorada discusión y los bruscos movimientos de Lilith intentando agredir a Mandrasian. Le llamó asesino, y Katrin sabía que asesino era aquel que mataba hombres, pues Ellos no disponían de una palabra específica que designara a aquel que mata animales. ¿Quizás Mandrasian quería matar a Lilith? —pensó—. ¡Katrin no se lo permitiría...!

Intentó levantarse para defender a su amiga, pero no se podía mover, estaba completamente drogada. Después de que Mandrasian abandonara la sala, Lilith la abrazó entre sollozos. Al momento el director se puso a su lado e intentó tranquilizarla hablándole con un tono suave, tan suave que escuchándolo, Katrin se quedó rápidamente dormida.

Meyer y Lilith por fin se quedaron a solas. El director le habló con tanta autoridad que Lilith no pudo evitar sentir una gran impotencia.

—Lilith, ya sabes que este instituto pertenece al gobierno. Actualmente nuestro principal objetivo consiste en averiguar los mecanismos que nos diferencian de ellos, y cuáles de estos mecanismos podrían modificarse para mejorar nuestro cerebro y para curar ciertas enfermedades. Esta es la investigación principal y, me duele decirlo, tu trabajo resulta simplemente secundario. Nos gustaría que te quedaras con nosotros, pero también sé que no quieres ser testigo de lo que va a pasar y que en algún momento intentarías oponerte, y no puedo permitirlo. Quiero evitar esa incómoda situación, y por este motivo, tienes que marcharte.

Lilith agachó la cabeza. Intentaba encajar ese golpe tan duro y, al mismo tiempo, elaborar un razonamiento convincente. Era evidente que lo que menos le importaba era perder su trabajo.

—Pero Meyer, ella es el primer y único ser que puede comunicarse con nosotros mediante este lenguaje que creamos hace cuarenta mil años. Es todo un hito teniendo en cuenta que nos separamos de los chimpancés hace seis millones de años. No habrá otro ser igual, ni un ordenador, ni ningún otro animal, chimpancé, bonobo u orangután que pueda alcanzar su nivel, y lo sabes. Si la matáramos, nos convertiríamos en criminales. Sería como si llegáramos a descubrir a un unicornio o un ángel, y luego decidiéramos diseccionarlo para estudiar sus órganos. ¡Meyer, te lo suplico!, le prometí que la cuidaría, que nunca le pasaría nada...

—Lilith, no se trata de súplicas, favores o promesas, sino de cumplir con nuestro deber. Te lo advertí desde el primer día en que empecé a trabajar contigo. El mayor peligro, la peor imprudencia que podemos cometer es encariñarnos con los animales, y tú lo has hecho. No estás preparada para seguir en nuestra empresa, y esta incómoda situación se repetiría no solo esta vez, sino muchas más. Yo no tomo todas las decisiones, hay una junta directiva por encima de mí, pero para serte sincero, te diré que yo me abstuve. No voté a favor de Katrin ni a favor de tu continuidad. Ahora tienes libertad para aceptar alguna de esas ofertas que tienes por el mundo, succulentas

ofertas en tu propio campo. Aquella oferta en Tokio, con los bonobos, con los chimpancés, o incluso en África. Ahora eres muy conocida gracias a tu gran labor con Kat y eso te sitúa en muy buena posición. De todas formas, Kat no tiene que morir necesariamente —dudó—. Quizás... ¡Mandrasian es un buen cirujano!

Lilith resopló con virulencia. Meyer esgrimía un argumento poco sólido, y ambos lo sabían.

—¡Dime el último experimento de Mandrasian en el que el animal sobrevivió! ¡Dime cuando ha conseguido algún beneficio para alguien! Él está aquí porque es hijo de quien es, porque le gusta ver los ojos de los animales mientras amputa sus miembros, ¡hijo de puta! ¡Se ríe mientras aplica el escalpelo, se ríe! ¡Por el amor de Dios, Meyer!, Mandrasian fue el último de su promoción. No tiene ética ni moral, ni tampoco una sola neurona activa. ¡Espera, Meyer, tengo una idea!, ¡el jeque! Él se quedará con Katrin, te conseguiré treinta millones de euros o más, y yo iré en el mismo paquete. Estará muy contento. ¿No querías fondos? Los conseguiré, doblaré esa cifra, sabes que tenemos muchas ofertas.

—Y tú sabes perfectamente que esto no tiene marcha atrás, querida colega. Te he advertido muchas veces durante más de cinco años. Te advertí que no te encariñarías con ellos y tú prometiste que no lo harías. Por eso estás aquí, por eso y por tu compromiso de confidencialidad.

—No puedo evitarlo, no puedo darle todo mi amor y luego dejar que la diseccionen. Es una traición, y ella también pensaría lo mismo... ¡El jeque!, ¡sesenta millones!, ¡piénsalo!

—Ya no necesitamos fondos, Mandrasian lo ha arreglado. Antes decías que enviarla a Dubái era una tontería, una injusticia. Te contradices. Lilith, somos científicos y hacemos lo que a otros les resulta incómodo. Y si lo olvidamos perderemos lo que nos hace trabajar para las personas, porque trabajamos para las personas, para tus sobrinos, para tus padres. Tú eres una pieza, Katrin es una pieza... Cada cual ocupa su lugar.

Hizo una pausa, por fin se había quitado de encima la desagradable tarea de despedir a su trabajadora más eficiente, pues nunca había conocido a una educadora que mostrara tanta facilidad para instruir a cualquier primate. Por supuesto tendría las mejores referencias que pudiera facilitarle, pero no podía seguir trabajando en el CNI-A. Había cometido un pecado imperdonable, implicarse.

—Por el momento te sustituirá un especialista, el doctor Svenson. Él continuará con tu trabajo —continuó Meyer—, Katrin impresionará al mundo en el Congreso Internacional de Inteligencia Animal. Luego pagará su deuda con la humanidad. Tú siempre lo has dicho, Katrin disfruta de una buena vida. No es del todo inmoral sacrificarla en este momento.

—Ya no sé que es inmoral Meyer, estoy perdida, ya no sé nada. No sé si Katrin es un chimpancé o es una niña. Yo solo sé que la quiero como si fuera mi hija.

Pero el rostro implacable de Meyer la convenció de que todo estaba perdido. Solo tuvo fuerzas para implorar un último favor.

—Al menos concédeme una semana para despedirme de ella, por favor.

Meyer se acarició la barbilla durante unos instantes.

—Un último favor. Te quedarás una semana más. Luego vendrá Svenson y luego, ya sabes.

Solo imaginar a Kat en manos de Mandrasian hacía que se mareara. Meyer dejó de hablar al contemplar como Lilith se desmoronaba. No pudo hacer otra cosa más que darle un tímido abrazo.

—Kat es solo un animal. Trabajamos para los hombres, no para proteger especies en peligro de extinción, tampoco para hacerles sentir cómodos.

Lilith le miró fijamente a los ojos y dijo muy en serio, como si se encontrara bajo trance:

—No entiendes nada. Kat es más que un animal. Kat tiene todo lo que puede tener un hombre y además tiene un alma. Una vez fuimos no solo parecidos, sino exactamente como ellos, primates como ellos. Y por lo tanto, en cierto modo, seguimos llevando a uno de ellos en nuestro interior, como una pequeña alma. Katrin no es perfecta, pero solo porque es inocente y no puede defenderse. Si la matamos, también morirá esa pequeña parte, esa alma de la que te hablo. Morirá una pequeña parte de nosotros mismos.

Lilith se deshizo con brusquedad del abrazo del director y desapareció con paso decidido sin añadir más inútiles comentarios. Tras salir de aquella sala se esforzó por controlar sus emociones. Durante esa semana debería demostrar más fortaleza que nunca.

CAPÍTULO 6

Recuerdo aquellos días con absoluta claridad, porque en aquellos días comenzó todo el proceso. Sin conocer el motivo, se sucedieron una serie de extraños acontecimientos que cambiaron mi vida para siempre. Dejé de gustarme ese mundo. De repente, nadie parecía querer a Katrin.

Katrin confesaba estar enamorada, pero no de Beethoven, sino de un héroe de internet. De entre todos los videos a su disposición, los que más le entusiasmaban eran los de Pankun. Le veía casi todos los días y se desternillaba de risa. Pankun era un chimpancé muy gracioso que vivía en Japón, de grandes orejas y tamaño parecido al suyo. Era inteligente y capaz de andar a pie, de vestir prendas humanas con gran elegancia, jugar al fútbol e incluso irse de compras. Sus videos poblaban internet y era admirado por millones de fans humanos..., e incluso por una fiel fan chimpancé. Siempre andaba de un lado a otro viajando por el mundo de los humanos y asumiendo su modo de vida, siempre acompañado de su fiel bulldog blanco, James. A veces se imaginaba a sí misma paseando de su mano o en un avión internacional, encaminados hacia un paraíso desconocido que les depararía grandes aventuras.

Las ocurrencias y vivencias de ese pequeño simio japonés la empujaban a emularle, y cuando volvía a ver a su maestra venía con pretensiones: *Lilith, palillos, comida china*; al siguiente día *Lilith, Katrin, jugar, bolos*; otro día, *Katrin, piscina, Lilith...*

Casualmente, al día siguiente del anuncio de despido de Lilith, Kat le pidió salir a la calle. Lilith sintió una preocupación aún mayor, como si su pupila, además de sus otras virtudes, hubiera tenido una premonición y quisiera escapar de su destino. Pero aquello que le pedía era lo único que la mujer de labios rojos no podía darle, libertad.

Le dije a Lilith que me gustaría conocerle, pero ella tenía un mal día y fue brusca. Me dijo que Pankun no existía y yo me enfadé por ello. Cuanto más me intentaba convencer de que las hazañas de Pankun no eran verdaderas, más me enfadaba con ella. Me resistía a pensar que Pankun no era capaz de vivir una aventura con su inseparable perro mascota, que no era capaz de viajar de un país a otro, comprar un billete de tren y luego sentarse en su asiento hasta llegar a la estación de destino, hacer amigos, rescatar a humanos en peligro, o incluso tomar un café humano en una cafetería atestada de bípedos. ¡Trucos más difíciles hacía Katrin en sus pruebas! Lilith se enfadó cuando insistí en ir a visitarle a Japón, pero... ¡Más me enfadé yo! Al final Lilith me ignoró. No solía hacerlo porque siempre encontraba la mejor manera de tranquilizarme, pero simplemente aseveró...

—Pankun es real, pero esas aventuras que ves, son una película, no transcurren en tiempo real. Son montajes, como los dibujos animados.

—*Pankun, no, es, dibujo animado* —protesté.

Después de eso, Lilith dijo algo que no entendí en ese momento. Estábamos hablando de Pankun, y de pronto me salió con una frase tonta y sin relación:

—Debo irme, Katrin. Debo marcharme.

No entendí o no quise entender el significado de la frase. Yo insistí:

—*Lilith, tú, di: Pankun, no, es, dibujo, animado.*

Lilith suspiró profundamente y luego contestó con resignación.

—No, Pankun no es dibujo animado, es real.

Y acto seguido miró hacia la puerta, como si no quisiera seguir discutiendo conmigo. Yo también fingí ignorarla, giré mi silla y miré hacia otro lado, cogí mi cocodrilo de juguete y lo acaricié. ¡Katrin también sabía enfadarse!

Pero como era habitual, no tardé en perdonarla. Aquella misma noche Beethoven vino mucho más tarde de lo habitual, después incluso de que Katrin se acostara. Estaba muy cansado y le costaba incluso dar esos últimos pasos, desde la puerta hasta su jaula. Caminaba como si estuviera más dolorido de lo habitual. Me levanté en la oscuridad y me puse frente a él. Solo la claridad de la luna a través del ventanal iluminaba su cara. Pero no parecía tener ganas de jugar o fuerza para ello, así que me aparté de su camino. Me sentí preocupada. Él iba a levantar los brazos para sacar los bíceps en posición de fuerza, como era habitual, pero sucedió algo extraño. Sus brazos se quedaron a medio camino, y Beethoven los contempló con impotencia. No entendía por qué sus brazos no le obedecían, por qué se habían quedado sin fuerza. Vi cómo la tristeza inundaba sus ojos. Bajó sus brazos y se dirigió a su jaula sin hacer ningún comentario, como si me ignorara. Aquella noche nadie vino a cerrar su jaula. No hacía falta, aquella noche lo único que hizo fue gemir por sus dolores.

Tras aquella última discusión, Lilith pensó mucho en Pankun, el héroe de Kat. Puso uno de sus videos en la pantalla de su casa y contempló cómo paseaba por la calle acompañado por su entrañable y sabio compañero canino, como Sancho acompañaba y aconsejaba a Don Quijote.

Una semana, pensó Lilith. ¡Todo ocurría tan deprisa! Lo más prudente sería estar con ella, aprovechar aquellos pocos días para despedirse y jugar cuanto pudieran, olvidando enseñanzas, palabras y trucos. Los trucos no servirían de nada en la mesa de Mandrasian, pero si podía hacerla reír todos esos días. Sería lo más ético.

Mientras contemplaba el video no pudo evitar sonreírse en alguna ocasión, pero pronto volvía a recordar toda la parafernalia que rodeaba a cualquier animal actor. Evidentemente no le gustaba la idea de convertir a un chimpancé en una pequeña persona, como si fuera un muñequito a pilas destinado a hacer reír a un circo entero de superficiales humanos. Pero entonces, en medio de una de las carcajadas del público, se le ocurrió algo. Quizás podría inculcarle a Katrin algunas de las capacidades que ese chimpancé actor desempeñaba, o fingía desempeñar.

A partir de ese día los parámetros educativos comenzaron a incluir variantes significativas. Incluyó otros matices, otros objetivos que incluso podrían constituir un éxito total durante el Congreso Internacional, aunque para entonces ella habría

abandonado el centro y a Katrin. Ante tan desoladoras expectativas, trabajó mucho más tiempo del recomendado por el plan de estudios. Trabajó incluso fuera del horario de clase y de sus turnos profesionales.

Le explicó la existencia y situación de algunos países y continentes. África, de donde venían los chimpancés, Japón, donde vivía Pankun, Europa, donde estaban ellos, América, donde estaba Skipper rodando una película, etc. También le enseñó videos relacionados con la vida cotidiana de las personas: formas de apertura de distintas puertas o cerraduras, frases para comprar una entrada de cine, para pedir una dirección, etc. Con la ayuda de su ordenador, Kat era capaz de ejecutar muchas de estas sencillas tareas, tareas que, llevadas a cabo por una chimpancé constituían toda una hazaña. Katrin incluso sabía conectarse a internet para buscar muchas palabras que no entendía. Ya estaba cansada de esa serie de trucos vulgares, del número del cocodrilo, de encontrar un plátano y una bolita, fabricar una cuerda para abrir una caja, laberintos, palabras y obras de teatro. Kat era capaz de ejecutar trucos aún más espectaculares, pero en ese momento no consideró necesario decirle que aquellas clases especiales se debían a su marcha.

Katrin le pidió que le explicara nuevamente aquello de los dibujos animados. Por vez primera parecía dispuesta a asimilar el concepto de realidad e irrealidad con cierta predisposición a cambiar ciertos estereotipos de su mente. Lilith puso la película «Bambi» en su ordenador e hizo énfasis en la escena en que moría su madre, y que hizo entristecer a Kat. Luego le mostró los fotogramas, los bocetos dibujados a mano que sirvieron a los creadores gráficos para componer esas imágenes, distintos pasos que describían el proceso de carboncillo, trazado y colorido.

—No murió de verdad, porque son dibujos animados, no sufren, ni mueren. Son para siempre —afirmó Lilith.

Su alumna se quedó pensativa, pero lo acabó entendiendo. Ella podía dibujar a Skipper con unos trazos sencillos, pero aunque esos trazos representaran a Skipper, esos trazos no podían caminar, o reír o llorar. Por fin lo entendía. Para ella fue una gran noticia, casi una revelación divina, descubrir que aquellos seres de vivos colores no eran como ellos, sino como su cocodrilo de peluche o la loro Nancy. Lo asimiló rápidamente, aunque no en toda su dimensión:

—*Kat entiende. Lilith, ¿podemos convertir a Beethoven en dibujos animados? Así no tendrá que morir de cáncer. Tú dices que los dibujos animados no sufren, no mueren. Así no llorará por las noches...*

Lilith comprendió que finalmente Kat asimiló el concepto —aunque sesgadamente—, por el único motivo de que podía obtener cierto beneficio de ello.

—No es tan fácil, Katrin —se sinceró la institutriz con resignación.

Durante aquellos días, Lilith se comportó de manera extraña. En cierta ocasión la maestra encontró a su alumna practicando con el programa de conducción, pero

conducía el volante con los pies, y la riñó por ello.

—Te he dicho que no debes utilizar los pies para nuestras clases.

—*Perdón* —pulsó en el panel.

—Sabes perfectamente que tienes mejor sensibilidad en las manos, y que con las manos lo haces todo mejor.

Katrin se puso triste. Generalmente bastaba con pedir perdón una sola vez, pero Lilith seguía enfadada.

—*Perdón* —insistió casi suplicante.

Dispuso sus brazos en cruz con las palmas hacia arriba y bajó la cabeza con sumisión, como diciendo: «¿Qué más puedo hacer para que me perdonen?».

Lilith sabía que se había excedido, que tenía que perdonarla. Katrin no tenía culpa de nada, pero también sabía que tenía que ser firme, por mucho que le doliera, porque así aprendía mejor. Se sentó con ella, le cogió la mano y habló con seriedad.

—Puede que Lilith no siempre pueda estar contigo.

La interrumpió.

—*Lilith, siempre, conmigo. Promesa.*

La mujer de labios rojos fingió no escuchar y Katrin no lo entendió, porque ella siempre escuchaba. Aquella vez no.

—Vamos a hacer otro tipo de juegos, juegos más difíciles. Vamos a trabajar muy duro.

Había diseñado un plan de trabajo ciertamente complicado. Llaves, cerraduras, tornillos, etc. Dedicó todo un día a un ejercicio particular. Dispuso sobre la mesa una caja con dos tornillos y varios destornilladores que debían servir para abrir dicha caja. Katrin lo intentó varias veces, pero nunca se sintió tan frustrada como en aquella ocasión. Se enfadó y gritó. Lilith se enfadó aún más y volvió a explicarle como se hacía. Tenía que ejercer un movimiento de rotación en ambos tornillos a la vez, pero en diferentes direcciones. Aquello era demasiado. Los tornillos eran difíciles para sus manos, que no eran como las de Ellos, como las de Mandrasian u otro humano. «Solo soy una chimpancé» —pensó—. Miró hacia el patio y comprobó que era de noche. Lilith nunca se quedaba hasta tan tarde. Sabía que hacer juegos divertía a la chimpancé, pero también era consciente de que demasiado trabajo podía resultar agotador para su cabeza. En aquellos momentos, Kat solamente quería comer y dormir. En medio de una intensa frustración se volvió a enfadar y se dirigió a una esquina de la habitación, no quería jugar más. Era su forma de protestar. Lilith seguía en la mesa y de vez en cuando miraba hacia ella, esperando que le pidiera perdón por tan agotadora sesión de trabajo, pero no lo hizo. Tenía las manos en la cabeza, como si estuviera pensando profundamente, como hacen los humanos. Kat protestó:

—*¿Qué, hace, Katrin? ¿Kat, castigada?, Juego, Difícil. Kat, cansada, Lilith, Mala.*

Lilith se levantó de la mesa, volvía a estar salvaje, tomó el cocodrilo y un cuchillo y se acercó a Katrin. A un metro de distancia, para que pudiera verlo perfectamente,

perforó su juguete preferido. Kat se enfadó e intentó arrebatárselo mientras lo hacía, pero Lilith la apartaba y le impedía alcanzarlo una y otra vez. Intentó tranquilizarla.

—Escúchame Kat, ¿recuerdas cuando te prometí que te protegería? Eso intento hacer. Debes acabar el ejercicio, es muy importante. Luego te daré el cocodrilo. No me gusta castigarte, pero tengo que hacerlo. Debes comprender que el castigo debe formar parte de tu aprendizaje. El castigo, Kat, a veces es la solución.

Katrin regresó a la silla visiblemente nerviosa, no conseguía entenderla. Quería acabar el juego y que se marchara, recuperar el cocodrilo y perderla de vista. Tomó los dos destornilladores como si fueran dos cubiertos y lo volvió a intentar. Uno hacia un lado, el otro en sentido contrario. Nada se movía. Saltó de la silla a la mesa y se sentó con las piernas cruzadas. Esta vez Lilith no la riñó por ello. Se limitó a mirarla fijamente. Le maravillaba verla tan concentrada y nunca se cansaba de ver como desarrollaba ese don especial para descifrar los problemas del otro mundo. Realmente la admiraba. No había especie en la tierra que se concentrara tan intensamente como lo hacía el hombre, excepto Kat.

Ahora estaba completamente relajada, miraba fijamente el objetivo y sus pupilas variaban su posición y enfoque de forma casi imperceptible, incluso varias veces por segundo. Parpadeaba, apartaba la cabeza hacia arriba, hacia la derecha, como si estuviera atenta a muchas cosas a la vez, como hacían Ellos. Había algo místico en la mirada de un chimpancé, algo que se situaba por encima de nuestro entendimiento. Lilith estaba segura de que, si prestáramos atención, hallaríamos en sus ojos algo parecido a nuestra imagen en un espejo. Era algo tan evidente que, contradictoriamente, nos resultaría difícil de aceptar. Sus pupilas se dilataron.

Comenzaba a entenderlo. Introduje la cabeza de los destornilladores en su punto inicial, y giré en la misma proporción ambos a la vez. Los tornillos giraban en sentido y contra sentido de las agujas del reloj, con paciencia pero con fuerza. Me animó comprobar que conseguía mantener las dos direcciones de giro al mismo tiempo y descubrí que de esa forma, el mecanismo comenzaba a ceder. Pronto los tornillos cayeron sobre la mesa, y la placa sujeta por los tornillos se separó de la caja. Rasqué mi frente en gesto pensativo. No la miré, pero estaba segura de que Lilith estaba a mi espalda, contemplándome. No me dijo «bien hecho», pero yo sabía que había completado la prueba. Tomé la placa, la volví a situar en su posición inicial y la mantuve con un pie. No le gustaba que utilizara los pies, pero entendí que en aquella ocasión era necesario y ella no me corrigió. Coloqué un tornillo y le di medio giro para fijarlo, luego apliqué otro medio giro sobre el contrario. Entonces volví a tomar los dos destornilladores y atornillé hasta ajustar la placa en su lugar inicial como si no la hubiera tocado, y entonces sí que me giré hacia ella con ojos acusadores.

Pero ella lloraba. Yo sabía distinguir entre lágrimas de felicidad y lágrimas de tristeza, y esas eran una mezcla de ambas. Me devolvió el cocodrilo, ahora perforado, y se acercó a la mesa para manejar mi ordenador. Accionó unas teclas y comandos para introducir términos nuevos, luego añadió:

—Cuando Katrin se enfada, trabaja mejor. Aunque estés castigada y enfadada, nunca dejes de concentrarte en la solución, siempre hay una solución. ¡Bien hecho, Kat!

Entonces me abrazó, yo olvidé mi enfado y dejé que me cogiera en sus brazos... Me llevó a la cama y me dejó unos plátanos y manzanas para cenar. Se acercó a Beethoven, puso unas frutas frente a él, y le acarició con cariño.

—Buenas noches, Beethoven. Buenas noches Katrin.

Nos besó y se marchó. Yo comía un plátano mientras observaba como se iba y luego dirigí la mirada hacia Beethoven, que estaba tumbado en su jaula. Le ofrecí un plátano, él me miró, pestañeó y giró la cabeza hacia otro lado. Estaba inapetente. Había noches en la que Beethoven no era feliz y se sentía muy dolorido, no solía quejarse pero a veces no lo podía evitar. Esos últimos días fueron los peores, llegando a pasar el día entero durmiendo y gimiendo. Eso ocurría cuando Mandrasian llevaba toda la jornada dándole cáncer. Durante esas noches de lamento tuve malos sueños relacionados con Mandrasian.

Fue al final de la siguiente clase, cuando se desencadenó el desastre.

La mujer de los labios rojos estaba decidida a hacerla entender de una vez por todas. La tomó en sus brazos y la sentó en su regazo.

—Escucha, Katrin. Lilith tiene que irse, unas vacaciones largas. Me han llamado para trabajar en un centro de Kioto en Japón, y creo que me voy a ir, por un tiempo al menos —mintió—. Seguiré trabajando mucho en ese otro lugar para formar a chimpancés tal como he hecho contigo, en un centro de chicas y chicos muy inteligentes. Pero quiero que sepas que tú eres la más lista, la más guapa, y a la que más quiero. ¿Entiendes eso, Katrin?

Katrin la miró con los ojos abiertos, no pudo evitar una mueca de desagrado y sus manos se cerraron con fuerza, de impotencia. ¿Lilith abandonaba a Katrin?

Se bajó de su regazo, recuperó la compostura y fingió no escucharla, seguramente sería una broma de mal gusto. Contestó:

—*Katrin, entiende, Lilith. No, sabe, por qué, preguntas. Katrin, nunca, celosa, Katrin, nunca, enfadada ¿verdad? ¿Tienes, que, irte?, vete, Lilith. ¿Entiendes eso? ¡Vete Lilith!*

Dicho esto abandonó su computadora de signos sobre la mesa. Vio cómo Lilith se echaba una mano a la cara y extendía la otra hacia ella, suplicante. Kat creyó que por fin se disculpaba, pero desechó su mano y salió al jardín, para pasear. Quizás treparía a algún árbol, podría comer algunas hojas, balancearse un rato...

Ya en el exterior intentó reflexionar, pero eran demasiados pensamientos que manejar al mismo tiempo, y no podía hacerlo con claridad. No sabía porque dijo aquellas cosas feas, podría enfadarse de muchas maneras, pero fue mala con ella. Había sido muy desagradable hacia quien hasta esos momentos representaba la figura de una madre adoptiva, de una maestra, de una amiga...

Cuando volvió con el propósito de disculparse, Lilith estaba completamente deshecha en lágrimas, hipeando por los nervios. Meyer estaba junto a ella mientras dos trabajadores con bata la acompañaban hacia la salida. Entonces Katrin descubrió que no se trataba de ninguna broma. Saltó sobre ella para conseguir que se quedara, que le explicara aquello con detenimiento, y gritó. Gritó como una loca.

Meyer y los dos ayudantes tuvieron que emplearse al máximo para separarles, pues las manos de un chimpancé se aferran con una fuerza inimaginable. Para evitar mayores problemas casi tuvieron que arrastrar a Lilith al exterior. Katrin seguía gruñendo y aullando en tonos desconocidos incluso para sí misma, saltando y golpeando las paredes y el suelo.

Cerraron con llave tras Lilith y una vez fuera, el director y ella misma observaron a través del cuadrado de cristal de la puerta y comprobaron como Katrin gritaba y chillaba igual un demonio poseído, rompiendo todo cuanto caía en sus manos. El descontrol era total. Los gritos eran tan aterradores que todo el personal del centro sintió una especie de escalofrío de espanto solo comparable a la breve estancia de aquel enorme oso pardo. En su idioma gritaba simplemente que la abrazara, que se quedara un rato con ella, que la perdonara, pero ni por asomo se acordó en ese momento del ordenador o del lenguaje de los signos. Cualquiera que la hubiera observado en semejante estado de crisis emocional nunca habría imaginado que se trataba del ser no humano más inteligente que hubiera existido jamás. Habría afirmado en cambio que era un animal salvaje, puede que con un noventa y ocho por ciento del código genético del demonio. Sus actos estaban tan fuera de sí que los dos ayudantes no podían hacerse con ella, ni tan siquiera acercarse. Si la cogían del brazo ella se revolvía de tal forma que alguno de Ellos acababa en el suelo. El más veterano pidió a voces la pistola de dardos tranquilizantes. Lo último que vio Lilith fue a Katrin chocar con violencia contra la puerta, con los brazos abiertos. Debía estar haciéndose mucho daño. Lilith escuchaba con desesperación las acometidas de lo que parecía un animal con la fuerza de un toro. Cayó de rodillas con la espalda apoyada en la puerta sintiendo los temblores de las embestidas, bañada en lágrimas, bloqueada, en estado de *shock*. Oía los gritos y se tapaba los oídos mientras Meyer intentaba alzarla del brazo, la levantaba y le decía que tenía que irse inmediatamente, que sería peor prolongarlo más.

Al final, un alargado cañón metálico asomó por una abertura en la pared y el dardo hizo impacto en aquella salvaje criatura. En teoría, a los pocos segundos debería estar dormida, pero la mujer de los labios rojos siguió escuchando sus aullidos mucho más tiempo aún, mientras recorría el pasillo hacia el exterior, y durante todo el trayecto en aquel taxi que la alejaba para siempre del CNI-A. Incluso siguió escuchando sus aullidos durante otros muchos años después.

Katrin no volvió a verla.

Se despertó dolorida y mareada, más si cabe viéndose por primera vez en la jaula de castigo, donde acababan aquellos animales que hacían algo que «nunca» se debía hacer. La había visto algunas veces, cuando la conducían a la sala de conferencias del centro para participar en alguna charla o exhibición. Ulises le dijo una vez que era el sitio donde llevaban a los animales que se portaban mal. Siempre la veía desocupada, pues eran pocos los que se portaban tan mal. El grosor de su puerta era suficiente para contener al más grande de los gorilas y solo había una cerradura dispuesta hacia el exterior. Cuando se levantó y comprobó lo adusto y desagradable del nuevo departamento se enfadó mucho y comenzó a gritar y a saltar. No podía trepar mucho debido a las escasas dimensiones del confinamiento. En vista de lo fútil de sus esfuerzos, decidió calmarse. Quizás era una prueba, otro juego que Katrin debía solucionar.

No tardó en escrutar la estancia palmo a palmo. En realidad no era una jaula, era una habitación muy pequeña rodeada de sólidas paredes y una puerta hermética de metal, sin cerradura, sin pomo y sin bisagras a su alcance. La luz procedía de una pequeña bombilla en una esquina superior del confinamiento. Descubrió que era imposible salir por aquella puerta, así que se concentró en el techo. Había una robusta placa metálica de dos palmos por uno —medidas humanas— con muchos agujeros por los que entraba el aire que el interno debía respirar. Intentó introducir los dedos, pero eran demasiado gruesos para los agujeros. Inmediatamente observó otro pequeño detalle en los extremos, tornillos. Había jugado antes con tornillos y sabía abrirlos, Lilith le había enseñado muchos modelos de tornillo. Pero no disponía de ningún elemento sólido para hacer una prueba, ningún tipo de herramienta. Podría haber solucionado el juego si hubiera dispuesto de sus destornilladores, y sin embargo no los habían puesto a su disposición. ¿Qué extraño juego era aquel que le proponían?

Estaba convencida de que la única forma de salir de aquel encierro y conseguir el premio era mediante esa rejilla de resistente metal, pero no le dejaban herramientas ¿qué pretendían? Quizás tenía que conseguirlas por sí misma. Se sintió muy sola e impotente, y volvió a acordarse de Lilith.

Dijo que se iba a marchar, lo dijo varias veces en realidad, y cuando finalmente entendió que no era ninguna broma, estalló. Llevaba toda su vida con ella, la había convertido en un pequeño cerebro, la había apartado de sus instintos naturales. Posiblemente se podría llegar a afirmar que el deseo de Lilith era convertirla en una pequeña humana, y a tenor de los resultados, lo consiguió.

«¿Me conviertes en lo que tú quieres y luego me abandonas, Lilith?» —pensó con acritud—. «¿Es esta otra especie de juego humano que solo vosotros comprendéis? ¡Pues ya no me gustan los juegos humanos, os odio a todos!».

Miró fijamente hacia aquella rejilla del techo y le entró sueño. Se alongó y dio media vuelta a la pequeña bombillita que le daba luz. Cuando esta se apagó, se tumbó en el suelo y se acomodó en una esquina, acariciándose el hombro, como si este

representara la cabeza de Lilith. La acarició tiernamente durante largo rato y albergó la extraña creencia de que si lo hacía durante mucho tiempo, al despertar estaría de nuevo en el aula y nada de aquello habría ocurrido, y Katrin tendría que arrepentirse de las palabras feas que dijo y pensó. Luego recordó una canción que ella solía cantar y silbar continuamente, y la tarareó —en la manera en que tararean algunos chimpancés— hasta quedarse dormida. Efectivamente, por la mañana Ulises la sacó de aquel antro, y se propuso a sí misma que volvería, resolvería el juego y obtendría la recompensa.

Lo que no sucedió fue que Lilith siguiera en el centro.

Aquel drama espectacular provocó la inmediata salida de Lilith con dos días de antelación sobre la fecha prevista. El desproporcionado comportamiento de Kat convenció al director en orden a evitar otro contacto tan desestabilizador, para ambas en realidad.

Ya hacía unos días, desde que se marchó, que las mañanas me resultaban demasiado silenciosas y las noches demasiado largas. Llegué a la conclusión de que el tiempo no corría a la misma velocidad cuando te sentías sola.

Mis compañías eran Damocles y Beethoven, pues Skipper estaba fuera rodando una película y Gandhi había desaparecido después de amedrentar a Mandrasian con su propio escalpelo. Durante los siguientes días no toqué el ordenador, ni practiqué con ninguno de mis juegos o test. Beethoven tenía un día malo y otro menos malo, pero a veces y durante unas pocas horas al día, sacaba su audaz sentido del humor y me hacía sonreír.

A menudo me veía temblando y gimiendo, y creo que decidió prorrogar su marcha unos cuantos días. Vaya pareja de dos que nos habíamos juntado, dábamos pena. Creo que contagiamos nuestra angustia al resto de los animales, y el único que abría el pico era Damocles para hacer gracias y fingir voces. Una vez fingió la voz de Lilith. «Bien hecho, Katrin, Bien hecho, Katrin. Brrrrr. Dame un abrazo, Katrin». Me entristecí, pero el pobre Damocles no se daba cuenta del efecto que causaban sus palabras. Ulises entraba, se sentaba con nosotros y nos ponía alguna película. Seguramente alguien le habría encargado que nos prestara más atención de la habitual. De cualquier manera, era la única persona a la que queríamos ver, y si no fuera por él, Katrin no habría probado bocado durante días.

Sentados en el sofá, Ulises pasó su brazo por encima de mi hombro, pero a mí no me apetecía abrazar a nadie. Era extraño, Beethoven decía que cuando un chimpancé no tenía ganas de abrazar y besar continuamente, era porque sabía que iba a morir. Yo pensaba que quizás se me pasara en unos cuantos días, pensaba que...

—Tengo una cosa para ti, Kat —interrumpió Ulises sin dejar de mirar el televisor—. Salgamos al patio.

Su tono de voz era extraño, un tono que daba por sentado nuestro interés incondicional. Eso lo hacía más interesante, fuera lo que fuera. Beethoven me acompañó y le seguimos en silencio mientras atravesaba el césped descubierto hasta

el muro más alejado de las cámaras y micrófonos que, todo el mundo animal sabía, había en mi cuarto. Se situó cara al muro, atusó su roja melena hacia atrás como si estuviera recién levantado y se calzó unas gafas de sol sobre los ojos. Se sentó, aspiró el aire y nos invitó a que nos situáramos a su lado.

—¿Os caigo bien, chicos? ¿Apreciáis al viejo Ulises?

Asentimos, sus palabras eran convincentes, aunque en realidad no fuera más viejo que Beethoven.

—Tengo un secreto para vosotros, pero me juego el trabajo al transmitir el siguiente mensaje, el mensaje de una persona muy especial. ¿Prometéis por lo más sagrado que no le contaréis a nadie lo que os voy a decir?

Beethoven y yo nos miramos extrañados, pues desconocíamos qué podía representar lo más sagrado para Ulises. No obstante, captamos el mensaje principal y asentimos al unísono.

—Bien, os leeré la carta. Por cierto... —levantó su mirada en mi dirección mientras su tono de voz se transformaba en un susurro cálido y generoso—, es una carta de Lilith.

Cuando oí ese nombre, de repente el aroma del césped entró alborotadamente a través de mis pulmones, dulzón y embriagador. Agarré con fuerza la mano de Beethoven, quien se asustó de la presión que le aplicaba en ella mientras escuchaba las palabras de Ulises. Puede que la noticia tuviera algo que ver. El hombre de los ojos de rana bajó la vista y continuó:

—Allá voy...

Y leyó la carta.

Aquella gran sorpresa les colmó de emoción y alegría, pues explicaba las razones de su marcha. Tuvo que hacerlo por mandato del director Meyer y del Consejo de Dirección, ella nunca les abandonaría de otra manera. Beethoven no entendía todas las palabras, pero le agradaba confirmar como el rostro de su pequeña compañera de especie experimentaba una perceptible mejoría de ánimo y como iba superando la tristeza. Katrin soltó su mano para alivio de aquel, corrió hacia su armario y tomó su cocodrilo de trapo, el único peluche que conservaba. Ya no era una cría, pero seguía queriéndolo porque provenía de Lilith. Era uno de los objetos que, por tantos recuerdos, conseguía que aún la pudiera sentir cerca. Cuando lo apretó contra su pecho sintió algo extraño, tuvo la impresión de que pesaba demasiado. Se lo pensó mejor, por el momento no jugaría con él.

Algunas horas después, Meyer entró acompañado de un señor bajito, calvo y con gafas. Llevaba un traje que Ellos calificarían de elegante. Del bolsillo de su chaqueta pendía una cadena dorada en cuyo extremo se acoplaba un viejo reloj circular. Meyer le dijo que iba a presentarle a alguien muy importante y que era necesario que se portara bien con él, pues sería su nuevo cuidador —omitió la expresión «sustituto de Lilith»—. Cuando le vio, se sentó en una silla y cruzó los brazos en señal de desaprobación, le conocía. Era Svenson.

Le recordaba. Él fue uno de los científicos que de tanto en tanto venían a visitar a la famosa Kat Lieberman. También le recordó porque afirmaba que Katrin era un prodigio, que si fuera humana, curaría el cáncer.

Siguió recordando aquella visita. Aquel día, y justo tras entrar en el departamento de Inteligencia y Lenguaje, el hombre levantó a Skipper en peso y el animalito se sintió indefenso, tal como demostraba su cara. El hombre preguntó: ¿Acaso no te fías de mí? ¿Por qué motivo te asustas, amiguito? —Lilith intercedió.

—Pues por el mismo motivo que usted se lo haría encima si un desconocido de cuatro metros de alto le cogiera en peso y le levantara por encima de su cabeza sin motivo alguno.

Svenson volvió a depositarlo en tierra, se ajustó las gafas con su dedo anular, tosió con incomodidad y vio a Kat jugando a las damas, ella sola. Sonrió abiertamente y dijo:

—¡Qué fenómeno!, ¡parece que piensa!

—Es que piensa, doctor Svenson. —Luego le habló a la chimpancé—: Katrin, saluda.

La chimpancé dejó el tablero, se levantó y se aproximó al ordenador. Pulsó algunas teclas con cierta desgana.

—*Buenos días. Me llamo Katrin. Katrin piensa* —y habiendo concluido el trámite volvió a ocupar su sitio frente al tablero.

Svenson se reventó de la risa y la apuntó con el dedo al tiempo que miraba a Lilith, como si no se lo acabara de creer:

—¡Mira eso! Nunca pensé que un animal pudiera decir algo parecido. Katrin, ¿quieres jugar conmigo?

—*Sí, Katrin, juega, a, damas.*

Svenson se encaramó con suficiencia al tablero y contestó al primer movimiento de Katrin. Esta se rascaba la cabeza cuando él reincidió:

—Es genial, se rasca la cabeza. Parece que piensa —exclamó por segunda vez.

Lilith llevaba mal tales descalificaciones, incluso tratándose de una autoridad en materia antropológica que había escrito más de una docena de libros sobre paleontología, etología y evolución.

Pero a mitad de la partida, el doctor Svenson se dio cuenta de que su rival no mentía al afirmar que pensaba. Al ceder la primera pieza de ventaja su cara enrojeció; tras la segunda pérdida, se rascaba aún más que Katrin; para cuando la tercera desapareció de su vista, ya no decía ni una sola palabra. Solo buscaba una estrategia para al menos conseguir un digno empate. Tuvo que perder la partida para darse cuenta de que no tenía delante a cualquier animal.

Se levantó de la mesa desairado. Katrin no le dio importancia y colocó las piezas de nuevo, como si nada hubiera ocurrido, pues desconocía que aquel hombre sin pelo fuera una celebridad mundial en paleontología, etología y evolución. Se levantó torpemente, apoyó sus nudillos al suelo y se fue trotando de lado, con naturalidad.

Era más divertido jugar en el patio con sus pequeños amigos. Tras aquella inocente derrota, la cara de Svenson adoptó un tono neutro para ocultar sus verdaderos pensamientos mientras empujaba las gafas a su nariz y sus ojos la veían desaparecer. Aquella sonrisa no volvió a aparecer durante el resto de su visita y solicitó ver a los otros animales. «Ya está bien de jugar con simios imitadores» —expresó con desdén incontrolado, al tiempo que Lilith intentaba ocultar de su vista la expresión burlesca que se le dibujó en los labios.

Svenson consideraba inaceptable que un ser superior pudiera perder a las damas con un simio que comía plátanos y dormía en los árboles. Tras aquel encuentro, Svenson descubrió que odiaba a la criatura peluda apodada Kat Lieberman, y comenzó a solicitar la plaza de Lilith. Sintió la imperiosa necesidad de humillar a ese bicho.

Dos años después se presentaba no como visitante, sino como especialista y responsable máximo del futuro de nuestra protagonista.

—¿Mira a quien tenemos aquí? —Dijo Svenson como presentación. Le ofreció la mano, pero ella no la aceptó y en cambio hizo una pedorreta de disgusto. No estaba en su mejor momento. Meyer la disculpó.

—Está en una época difícil, Svenson. Y a pesar de su recientemente aparecida rebeldía, parece echar de menos a Lilith.

—No te preocupes. Podré domar a esta fierecilla. Primero tendré que cambiar el decorado —examinó con interés todos los ángulos de la morada de Katrin, recolocándose las gafas continuamente—. Dormiré en una jaula, fuera fotos de Lilith y todo cuanto pueda relacionar con ella o se la pueda recordar. Debe olvidarla y obedecerme solamente a mí. Además de mis conocimientos académicos, he realizado un curso de adiestramiento canino. ¡Solo hay que enseñarle quién es el nuevo jefe de la manada!

Meyer no consideró conveniente que hiciera tales alardes de fuerza y orgullo frente a ambos. Lilith habría afirmado que estaba haciendo una exhibición al más puro estilo primate. Katrin era una criatura orgullosa que ya le había dejado mal en una ocasión anterior, cuando Svenson aún no estaba avisado de sus capacidades. Pero creyó que aquella vez sería distinto. Estaba convencido de que la enorme cultura y experiencia en antropología del nuevo maestro pulirían sin problemas a la chimpancé más complicada del mundo.

Katrin cruzaba los brazos a la expectativa. Casi no podía creer lo que estaba oyendo, pero su cara no mostraba sorpresa alguna. Ya habría tiempo para expresar al nuevo instructor su opinión acerca de la palabra «olvidar».

El primer experimento que le propuso parecía hecho a modo de broma.

Fijados a una mesa había dispuesto cuatro tubos transparentes de diferentes longitudes. Uno de ellos contenía comida en su sección central, un plátano —se

suponía que para darle un toque exótico-circense al asunto—. En los otros tres tubos, bastones de distinto tamaño. Y en el suelo, un pequeño palito. La solución consistía en tomar el del suelo, usarlo para extraer el bastón más pequeño de uno de los tubos, que a su vez serviría para extraer el mediano, que a su vez serviría para extraer el mayor, que finalmente sacaría el premio del cuarto. Kat resolvió el ejercicio con una facilidad pasmosa, casi mostrando desdén hacia Svenson. Masticaba el plátano al tiempo que miraba con indignación al nuevo profesor, y pensaba: ¿Eso es lo más difícil que me vas a proponer? Ya lo hacía a los cuatro años, quiero que vuelva Lilith.

La segunda prueba era un espejo, una prueba original, pensaría Svenson. Katrin recordó de nuevo a Lilith y la primera vez que la pusieron frente a un espejo. Observó extrañada, pues tenía poco más de un año. Dos ideas, otro chimpancé, pero dentro de una pared física.

«¡No puede existir un chimpancé en una pared física! Y menos aún que haga exactamente lo mismo que yo»— aventuró enrabiada.

En otros tiempos, la comunidad científica afirmaba que el hombre era el único ser capaz de reconocerse en un espejo, el único que tenía consciencia de sí mismo, de la existencia. Pero como Katrin desconocía dicha teoría, aprovechó para coger el bolso de Lilith... Durante más de una hora se acicaló, peinó y pintó los labios como la mujer de los labios rojo. Mientras se llenaba la cara de pintura, Lilith se reía a carcajadas junto al resto de los asistentes. Al verlos reír, la pregunta que le vino a Katrin a la cabeza fue: ¿Se reconocerían los humanos frente a un espejo?

Desde que tuvo lugar aquella anécdota, Katrin se convirtió en una presumida. Le gustaba peinarse, y si se portaba bien le permitían pintarse y cortarse el pelo. Buscaba ponerse guapa para Beethoven. Ella afirmaba que los humanos eran feos, que estaban pelados, calvos... Antes de la prueba del espejo, Lilith aseguró que no tardaría en averiguar que se trataba de su imagen, a pesar de que sus colegas dudaban de ello. Casi siempre Lilith estaba en lo cierto respecto de lo que Katrin podía hacer y lo que no.

¿Lo que podía hacer? Casi cualquier cosa si se lo explicaban adecuadamente, paso a paso. ¿Lo que no podía hacer un hombre? Lo mismo que Katrin si se lo explicaran en un idioma que no hubiera escuchado nunca. Agobio y frustración, eso es lo que conseguiría.

Katrin cogió el espejo y lo enfrentó a Svenson, luego señaló ambas imágenes con las manos para evidenciar su conocimiento. Luego tecleó las palabras: *Ya, Lilith, prueba, hecha. Fácil. Vuelve, Lilith. Ella, sabe. Vuelve, Lilith...*

Svenson se enfadó. El hecho de que le comparara con una jovencita que podría ser su nieta le resultaba ofensivo. ¿Qué se habría creído ese animal?

—Te prohíbo que vuelvas a utilizar el nombre de Lilith, ella ya no está. Te abandonó, así que ahora me debes completa obediencia. De lo contrario, te castigaré.

Katrin escuchó sus severas palabras y recordó las frías condiciones de la jaula de castigo, seguramente la peor del centro. Svenson contempló como su cara adoptaba

extrañas muecas de extrañeza y duda, seguramente también miedo.

—*Katrin, perdón. No, vuelve, a, pronunciar, la, palabra, Lilith, Lilith, Lilith, Lilith...* —Golpeó repetidamente la misma tecla, subió el volumen del aparato y se concentró en aquel hermoso vocablo humano que representaba de alguna manera a su verdadera maestra, mientras también le dirigía una mirada de desafío al hombre que pretendía ocupar su lugar.

Svenson, en un arrebato infantil, le cerró la pantalla y le apartó el portátil. Katrin no pudo evitarlo y observó con resignación semejante expolio.

—No, hazme caso. ¡Katrin mala! ¡Pórtate bien o tendré que castigarte!

Entonces Katrin hizo caso omiso a sus advertencias y comenzó a chillar con una fuerza e intensidad sobrehumanas, para reivindicar sus verdaderas querencias. A falta del ordenador, se dirigió al panel de la pared y volvió a apretar con insistencia y agresividad el botón correspondiente a Lilith, Lilith, Lilith...

—¡Qué alguien encierre a esta chimpancé estúpida! —Gritó Svenson, casi deshecho por los impensables aullidos que podía emitir aquella agitada figura peluda, quien mostraba el nerviosismo propio de un animal salvaje.

Acto seguido, uno de los ayudantes que ya habían intentado reducirla tras la marcha de Lilith, decidió que habría que sedarla de nuevo. Pero comprobó que, al verle aparecer, Kat adoptaba una postura dócil y actitud de sumisión. Luego puso su mano sobre un muñeco de peluche y apuntó hacia la puerta con sus largos dedos, en dirección a donde estaba situada la jaula de castigo. Así pues, y para no tener que cargar con su peso, el ayudante decidió confiar en ella y no sedarla. Abrió la puerta y vio que Katrin se situaba a su lado acurrucando al cocodrilo de trapo en su pecho. Lilith le permitía llevarlo a todas partes porque era inofensivo, y al ayudante tampoco le importaba que llevara algún juguete mientras evitara tener que reñir con ella.

La chimpancé le tomó la mano en un tierno gesto, hecho que sorprendió al ayudante, pues aquel gesto y aquel tacto no diferían en mucho de la sensación de llevar a su hija al colegio, solo que en aquella ocasión dirigía a esa pequeña niña a una pequeña mazmorra de uno por dos metros. Al llegar, encontró nuevamente la puerta abierta y la llave en la cerradura. Ella misma se introdujo en el interior y cerró la puerta a su paso. El ayudante giró la llave y quedó nuevamente encerrada.

En aquel preciso instante Svenson recibía un amigable consejo de Meyer, quien a través de las cámaras había contemplado la escena con las manos en la cabeza, producto del disgusto. El director se dio cuenta de que todo lo que había conseguido Katrin había sido debido únicamente a la especial relación que mantenía con Lilith, pero ya no había remedio. Svenson no debía esforzarse demasiado para que la exhibición fuera un éxito porque Katrin ya disponía de los conocimientos suficientes para impresionar a la comunidad científica. Solo tendrían que convencerla de que tenía que trabajar.

El prestigio internacional de CNI-A estaba en juego, así que le sugirió a Svenson que se pusiera al día con la ingente documentación que había recopilado su

predecesora, así como con los conocimientos que había inculcado en su alumna. Debía olvidar las obviedades, tópicos y antiguas creencias acerca de los chimpancés, pues casi todas ellas habían sido refutadas en las últimas décadas. Si Katrin detectaba debilidades, las explotaría, y sobre todo si eran referentes a sus conocimientos, bien cimentados de por sí. También le advirtió de que era una verdadera profesional. Le aconsejó que intentara ganar su confianza en lugar de imponérsela.

Svenson asintió, sudoroso por los nervios. Se dio cuenta de que prefería trabajar con huesos y libros antes que con aquellos primates peludos e irritantes. No iba a ser tan fácil como creyó en un principio.

CAPÍTULO 7

Después de que Svenson la castigara por su desobediencia, Katrin se vio encerrada por segunda vez en la celda de castigo. Pero esa vez recordaba las palabras de Lilith y estaba preparada. Se hizo un ovillo en el suelo y se durmió arrojando al cocodrilo de peluche en su regazo.

Horas después llegó el banquete. Una manzana y un botellín de agua, aunque no esperaba mejor trato. Para iluminar la penumbra de la estancia se alongó a lo alto y le dio una vuelta de rosca a la bombilla, que seguía tal como la había dejado la última vez. A pesar del escaso bagaje de la cena, se sentía ilusionada por aquella segunda oportunidad.

Empezó a hurgar en su cocodrilo de trapo, y de un orificio de este extrajo el destornillador mientras pulsaba, imaginariamente, botones de su teclado...

—*Katrin, no, mala, Katrin, lista.*

Tal como había dejado escrito Lilith en la carta que le leyó Ulises, el cocodrilo escondía un regalo, lo que confirmó al comprobar el peso del muñeco. ¿Hasta qué punto Lilith y ella podían pensar de la misma forma? Se apresuró a examinar de nuevo la situación, pero tuvo que encajarse con dificultad en la esquina de noventa grados, ayudada de sus piernas, para alcanzar la rejilla. Desde esa posición intentó abrir los tornillos de la placa del techo, pero ninguno de ellos cedía. Se rascó su pensativa cabeza, luego se rascó el trasero, y durante otro medio minuto se rascó el brazo... Llevaba casi un cuarto de hora rascándose y pensando.

Al repasar la barbilla por tercera vez tuvo una idea, o la recordó. Recordó aquel sistema de tornillos tan complicado que le enseñó Lilith la noche en que se enfadó tanto. Tornillos dobles, dos destornilladores en las manos, uno trabaja en una dirección y otro en la otra. Pero ella solo tenía un destornillador, así que utilizó la única pieza sólida que podía sustituir a la segunda herramienta, uno de los ojos de plástico del cocodrilo. No era fácil, pero se animó al ver que con ese sistema y poco a poco, los tornillos iban cediendo. Al final la placa cayó y Katrin la atrapó antes de que llegara al suelo. Problema resuelto.

Extendió las manos hacia adelante con las palmas hacia arriba, esperando que alguien surgiera de algún lugar y le diera un trozo de manzana o de dulce. En realidad esperaba que Lilith fuera la primera en felicitarla, que le dijera: «¡Bien hecho, Katrin! ¡Has completado el juego final, ahora eres libre, dame un abrazo!». Seguía convencida de que después de todo nada había cambiado, que seguía en el centro trabajando con ella para siempre. Deseaba que todo eso de marcharse por orden de Meyer fuera «trampa, truco». —¡Trampa, truco, Lilith!— pulsaba repetidamente en su imaginación aquella sencilla serie de tres teclas. Quería que alguien surgiera de algún escondite o que se abriera alguna compuerta secreta. Debía tratarse de uno de

esos juegos que no tenían ningún significado para ella, pero que a los humanos tanto les apasionaban.

A pesar de todo el esfuerzo que derrochó para imaginar esa idílica situación, nadie acudió a premiarla por su pequeña proeza. Volvió a sentirse triste, y cuando se sentía triste, se enfadaba. Pero no quería gritar, no quería enfadarse y gritar. Quizás estaba equivocada y podía no estar siguiendo el guión de las extrañas intenciones humanas... Podía ser que no hubiera resuelto un juego, sino que muy al contrario hubiera roto una rejilla metálica. Podrían castigarla aún más. Pensó en colocarla de nuevo en su sitio para que no se enfadaran con ella, para que no le dieran cáncer o estrés como a los otros, para no desaparecer de repente, como Gandhi.

Pero antes de eso y durante un segundo sopesó la posibilidad de entrar en aquel estrecho agujero. Sostuvo el destornillador en su boca, pegó un salto, se agarró a los bordes e introdujo la cabeza. Sí —confirmó—, parecía poder acceder, no podía pasar nada. Solo avanzaría unos metros y regresaría. Ya tendría toda la noche por delante para seguir encerrada. Simplemente avanzaría unos metros y luego regresaría, solo quería ver que había al otro lado, solo unos metros... No podía evitar la curiosidad, Ellos se la habían inculcado.

Introdujo todo su cuerpo y emprendió el camino por el estrecho laberinto, cuyo primer tramo estaba inclinado hacia arriba. La superficie era metálica y resbaladiza, pero no tuvo problemas para superar aquella primera sección. Luego todo consistía en deslizarse en horizontal, como si se arrastrara por el suelo. Debido a la estrechez sintió que no había demasiado aire para respirar con comodidad, pero sí el suficiente. Estaba oscuro y no le gustaba la oscuridad, pero era mejor que permanecer encerrada.

Mientras culebreaba por el estrecho conducto reflexionaba sobre las enseñanzas que había recibido. Podía ser que Lilith se refiriera a lo que estaba ocurriendo cuando afirmaba que «cuidaría de Katrin». En los últimos días Lilith había puesto mucho énfasis en estos últimos ejercicios con los tornillos.

Mientras recorría aquel sendero interminable, pensaba en aquellos felices días:

—*¿Lilith, no, apunta, libreta, juego?*

—No Katrin, hay cosas que no apuntamos en la libreta, así solo las sabremos tú y yo. Como un secreto. No se lo digas a nadie, pero un día te puede hacer falta conocer estos detalles.

—*¿Un, día? ¿Eso, es, futuro, algún, mañana?*

—Sí, el futuro. Algún mañana. Puede que un día veas tornillos y necesites saber para qué sirven, como se extraen. A pesar de toda la tecnología del hombre, casi todo nuestro mundo se reduce a tornillos, bisagras y cuerdas. Al final no hay más que sencillos trucos y recuerdos.

Katrin pensó que todo lo que podría necesitar en el futuro, cualquier mañana, estaba a su alcance gracias a lo que Lilith le enseñó durante la última semana. Podía ser que fuera la única forma de cuidar de ella para siempre, como había prometido. Simplemente debía recordar todos aquellos juegos y sería suficiente, debía serlo.

Nada en el mundo de los humanos era abandonado al azar. Todo cuanto le enseñaron aquellos años debía obedecer necesariamente a algún propósito, para beneficio de ella, para cuidarla de la mejor forma posible.

Eso quería creer, y sin embargo todo era complicado y las ideas se encontraban en su cabeza.

Si era cierto que Lilith le había ayudado a escapar de la jaula de castigo, si en verdad su encierro no era trampa truco, le atormentaba pensar que lo que también sería verdaderamente cierto era que Lilith no volvería nunca más. Y por lo tanto también debía ser verdad que Meyer la echó del centro. Y también debía ser cierto que ya no tenía amigos, y que solo contaba con un Beethoven enfermo. Aunque todas esas ideas se contradijeran las unas a las otras, todas coincidían en un detalle. El futuro de Kat se presentaba desolador.

Ellos no deberían jugar con los chimpancés de esa manera, pensó. Adoptarlos, jugar con ellos unos cuantos años y luego marcharse para siempre. Los chimpancés también sufrían dolor y experimentaban fuertes sentimientos, más de lo que Ellos podrían imaginar. Por fin estaba descubriendo el verdadero mundo de los humanos desde dentro, y nada tenía sentido. No existían ni las promesas, ni los premios, y todo se regía por el interés. No tenía amigos, y por el contrario tenía en su contra al traidor de Meyer y a Mandrasian, quien la llamaba «trocitos» por motivos evidentes. Svenson no parecía ser tan malo como ellos, pero estaba segura de que no movería un dedo para auxiliarla en modo alguno.

Creyó vislumbrar cierta claridad en uno de los recodos del conducto, y se dirigió a ella con lentitud.

Siguió recordando la carta de Lilith. En ella le pedía que recordara todo cuanto le enseñó, sobre todo las últimas lecciones. Le dijo que debería ser fuerte, que debía aprender muchas cosas, enseñarle al profesor Svenson todo lo que sabía. Debía colaborar con él, pues si no le gustaba esa vida, no tenía más «alternativa» que la jaula de «castigo». Alternativa y castigo.

Katrin sabía que aquellas palabras representaban una pista, una pequeña ayuda a la incipiente imaginación de su hirsuta aprendiz. Podría intentar escapar, ese debió ser el plan que Lilith quiso preparar para ella. Pero no podía hacerlo, no quería abandonar a Beethoven porque sabía que él nunca haría algo parecido. Beethoven no era humano.

Por fin llegó al final del conducto de aire y los pequeños orificios comunicaban la claridad del otro lado. Esa vez no había tornillos. Intentó agitar la rejilla, pero sin resultado. Recorrió el cuadro de la reja con tranquilidad, como si se tratara de otro de sus ejercicios cronometrados. Vio unas pestañitas, las tocó, las intentó mover. Nada. Pero tenía el destornillador, aplicó la punta a la pestaña y consiguió que se fueran abriendo una por una. Podía ser que fueran placas antianimales, placas antichimpancés, pero desde luego no eran placas anti-Kat.

Sacó su cabeza por aquel hueco y se dejó caer acrobáticamente hacia el suelo, como los gatos. En su nueva situación pudo contemplar diversos pasillos coronados por carteles en penumbras, unas cuantas sillas y unos monitores. Frente a los monitores, un señor de uniforme azul, como el del vigilante de la entrada del CNI-A, sentado frente a un televisor encendido con el volumen bajo mínimos, cual canción de cuna. El hombre dormía plácidamente.

Katrin apoyó sus nudillos en el suelo, contoneó su cabeza hacia izquierda y derecha, hacia arriba y abajo, y abrió su enorme boca fingiendo emitir una tremenda carcajada que mostrara felicidad y burla. No había más tornillos, solo pasillos vacíos a su disposición. Nunca se había sentido tan libre.

Cualquier estancia que visitó aquella noche estaba iluminada por una serie de tenues «leds» luminosos en los techos que le mostraban levemente el camino, justo toda la luz que necesitaba. Abrió una puerta y entró en una sala muy fría con muchas estanterías en las paredes repletas de comida y frascos. Abrió un expositor y reconoció unos dulces que le solían dar como premio. Ella misma saldó la deuda de su mejor truco. Luego intentó acaparar muchas frutas, pero solo pudo tomar cuatro. Abrió otra puerta y entró en una nueva sala. Pero volvió sobre sus pasos y leyó la leyenda que figuraba sobre la puerta. Sí, el cartel indicaba exactamente lo que creyó leer. Unidad Vientre, desde la cual ningún animal había conseguido regresar para detallar su naturaleza.

Había jaulas, contó seis o siete. Pero solo tres estaban ocupadas, un chimpancé viejo y tembloroso con sus ojos cosidos, sin orejas, sin manos...; un macaco joven que no tenía piel desde el cuello hacia abajo; y un perro muy delgado, inmovilizado sobre una especie de silla metálica. La mitad superior de su cabeza carecía de hueso, motivo por el cual sobresalía una masa carnosa e informe, similar a la morfología que se podía encontrar bajo la cáscara de una nuez. Dejó frutas a cada uno de ellos, pero ninguno pareció alegrarse por su regalo. Pensó que mantenían el silencio para evitar que la descubrieran, pero no era así. Estaban demasiado drogados como para expresar emoción alguna.

Aquel aire no le gustaba a Katrin, percibía un intenso olor a algún tipo de sustancia química, un intenso olor a sufrimiento. Intentó abrir sus jaulas, pero no había llaves a la vista. Los barrotes eran muy gruesos, y tampoco había tornillos. Pensó en los conductos de aire, pero se le antojó una tarea demasiado difícil. Además, aquellos animales no parecían tener la menor intención de escapar, y no podría cargar con ellos. Esos personajes la miraban en la semioscuridad, como atravesándola, como si no les importara que estuviera ahí, como si su presencia no les fuera de gran ayuda. O como si Katrin solo fuera el fantasma de uno de sus confusos sueños.

Abandonó aquella sala atravesando unos pasillos interminables. A ambos lados había estanterías llenas de objetos que Katrin no sabría describir. Botes, miles de botes llenos de todo tipo de animales grandes y pequeños sumergidos en un líquido

trasparente. Una gata blanca, una gran serpiente, insectos, ratones, monos, unos enteros y otros eran trozos diseccionados, como la cabeza del gran oso pardo.

El periplo no era tan divertido como había pensado. Se sintió mareada, caminó con más rapidez y dejó de mirar a los lados para abandonar tales imágenes. Luego intentaría no recordar aquellas auténticas calamidades. ¿Ellos, los humanos habían hecho todo aquello?, se preguntó. Pero aún había más salas y su angustia iba creciendo a medida que avanzaba.

Otra de ellas era una especie de museo compuesto por calaveras, momias de muchos animales y chimpancés, muchos esqueletos e incluso un lagarto de más de diez metros asomaba su cabeza entre las penumbras. No mordía, no se movía, pero parecía vivo y sus ojos se arqueaban en una mueca cruel. Katrin no podía entender nada de lo que ocurría en aquel lugar. Desde luego, si alguno de esos seres abandonaba «Ventre» nunca volvería a ser el mismo.

Pensó en el famoso cirujano, Mandrasian. Decían que era tan cruel que sonreía cuando hacía sus experimentos. Lilith le llamaba Mengele, pero Kat ignoraba el motivo. Entró en una sala que dio a llamar la habitación de los escritorios. Cayó en la cuenta de que si era verdad que Mandrasian trabajaba en «Ventre», debía tener un escritorio parecido al de Lilith.

No dejó escritorio sin examinar, y uno de ellos llevaba el nombre de Svenson. Era extraño, a pesar de sus diferencias no le veía capaz de ser responsable de nada de aquello. Quizás para Ellos, todo cuanto sucedía en aquel centro no era más que una simple anécdota.

Por fin alcanzó lo que buscaba, un mueble cuya señal de propiedad era patente en la base de la mesa y en el nombre de las carpetas. Mandrasian. Había muchas de ellas, pero su atención se concentró en un documento especial, casi vacío, y como cualquier otra fijación, justo en el centro de la mesa.

Y en la portada figuraba el nombre de «Informe Kat Lieberman».

Abrió la carpeta. Los «leds» del techo no eran suficientes para leer, así que accionó el botón de un flexo de mesa y la luz inundó rápidamente el escritorio. Saltó fácilmente sobre la mesa, se puso de cuclillas y comenzó a leer. Si Katrin se esforzaba era capaz de entender la mayoría de las palabras simples que manejaba en su pantalla de ordenador. Se disponía a recibir otra lección. Katrin buscó y encontró en mitad del documento el folio de mayor importancia para ella. Ficha de Experimento:

«Objeto Katrin —entre paréntesis figuraba el apelativo trocitos, palabra que ella no consiguió entender a pesar de haberla escuchado—, edad diez años. Probablemente el cerebro animal mejor desarrollado y valorado entre la comunicad científica internacional. Experimento subvencionado por Fundación Americana de Neurología y Compañía Farmacéutica Europea (CEF). Fecha de experimento: La siguiente

posterior a exhibición, congreso internacional de inteligencia animal. Tomará denominación 72-M, relativo a experimentación cerebral.

Hija de Bernadette (experimento 33-M) y Zeus (diseccionado en distintas secciones del CNI-A). Bernadette muestra durante toda su vida unas excelentes dotes intelectuales. Tuvo tres hijos, Garibaldi (exitus por inoculación de sida), Junior (expiración experimento NASA) y por último Katrin, posteriormente conocida como Kat Lieberman. El día siguiente al parto de esta última, y por petición del que suscribe, Bernadette es viviseccionada en esta sección en beneficio de la ciencia con la siguiente síntesis experimental y patológica:

Primer día cerebro externo, conserva calma, conserva memoria, constantes vitales mantenidas a base de tranquilizantes. Segundo día, sufre crisis de estrés post traumático que pudo acabar con el experimento. La mencionada deficiencia es solventada por quien suscribe. A pesar de lo anterior, el objeto 33-M sufre constantes dolores, confirmando que incluso extirpando el lóbulo frontal el animal mantiene consciencia y signos vitales. Al tercer día el objeto Bernadette muere en medio de intensas convulsiones. Realmente un espectáculo delicioso. El Proyecto Kat Lieberman seguirá la misma línea experimental. El principal objetivo consistirá en prolongar la vida de la individuo 72-M durante la vivisección por un tiempo no inferior a las dos semanas».

Katrin cierra la carpeta, se acuerda del video de Bernadette y llega a algunas conclusiones:

Bernadette se desmayó para siempre. No se marchó como yo pensaba. Descubrí que tenía hermanos, y que Bernadette se reuniría con ellos, también héroes para los humanos. No sabía qué significaba convulsiones, no sabía qué significaba viviseccionar, no sabía qué significaba ciencia, ni tampoco sabía como una operación podía resultar «deliciosa». A pesar de no saber muchas cosas, presentí algo con total seguridad: parecía que sin Lilith a mi lado, Katrin iba a ir al cielo.

Katrin abrió otra nueva carpeta:

«Objeto 71-M —edad aproximada, 30 años—: Actualmente en desarrollo. Ejemplar cuadrumano. Atrapado y sometido a castigo físico continuado para simular una situación extrema durante conflicto bélico. En estos momentos permanece en la mesa de operaciones, atado de manos y piernas. Día uno...».

Katrin estaba cansada de leer tantas palabras complicadas. Pensó que si el experimento de ese tal 71-M se encontraba en desarrollo, no debería andar muy lejos. Sabía que debía darse prisa y marcharse enseguida, pues en unas horas se haría de día

y aún debía borrar todo indicio de su incursión. Era una especialista en no dejar pistas, una buena mentirosa. Tenía la ventaja de que, de la misma manera en que la subestimaban continuamente, cuando rompía algo, ella solo tenía que afirmar no haber sido y poner cara de niña buena, y todos la creían. Cuando Beethoven o algún otro rompían un jarrón u otro objeto, Katrin siempre era la encargada de enterrar los trozos y ocultar las pruebas.

Revisó uno por uno los tres cuartos que comunicaban con la sala de los escritorios.

Tras la tercera puerta se reencontró con él. ¿Pero cómo lo encontró? A pesar de poder verlo ante sus ojos no podría haberlo descrito. El cartel revelaba el código 71-M, pero Kat solo podía ver a su querido amigo Gandhi.

Fue un extraño encuentro. Estaba tendido en una mesa de acero inoxidable. Sus manos y piernas estaban atadas de forma que estiraban al máximo su delgado cuerpo. Sobre él pendían varias botellas de plástico que le proveían de diferentes líquidos de colores mediante tubos transparentes. A su derecha había una máquina con lucecitas que emitía un suave pitido intermitente. El frontal de la máquina estaba lleno de datos, letras, rayitas quebradas en movimiento y números.

Al parecer Gandhi ya no tenía nombre, a todos los efectos se había convertido en 71-M. Kat pensó que debía ser fácil robar sus nombres para asignarles números. Localizó una ficha en la parte superior de aquella máquina que relataba someramente algunos datos científicos del experimento, que obviamente tampoco alcanzaba a entender:

Diagnóstico: experimento tiempo previsto de supervivencia con apertura de caja torácica abierta: tres días, con asistencia humana y tranquilizantes suficientes para evitar un colapso nervioso por dolor. Fecha prevista de fallecimiento, setenta y dos horas. Katrin hizo cálculos, todavía quedaban otros dos días.

A pesar de las altas horas de la noche, Gandhi no dormía. Giró la cabeza gradualmente en dirección a Kat, y pestañeó, lentamente. El sencillo movimiento de abrir y cerrar los párpados se prolongó varios segundos, como si el macaco estuviera muy triste o enfermo. No expresó ninguna otra emoción especial, ni siquiera pareció alegrarse, simplemente parecía reconocer a Kat. Su cuerpo..., su cuerpo estaba abierto en canal desde la ingle hasta la base del cuello.

Katrin no sabía qué hacer, nunca había estado junto a un animal que podía ver como era su cuerpo por dentro, su latente corazón, sus huesitos, su estómago. Le tendió la última manzana que le quedaba, pero él miraba triste, cansado, como si tuviera noventa años. Katrin se recriminó interiormente por haberle hecho aquel ridículo ofrecimiento, pues estaba atado de brazos y piernas. Le soltó una de las correas, la de la mano derecha. Eres libre como el viento, decía la viva expresión de su amiga, quien gesticulaba nerviosamente. Pero el macaco no se movía, seguía mirando inapetente hacia la manzana, inapetente a cualquier estímulo. Era extraño verle tan callado, él que siempre había sido tan activo y alborotador. No podía dejarle

ahí, Gandhi había sido castigado por ayudarla, y «Ventre» no era un sitio muy bonito. Podría llevárselo... Puso la mano bajo la cabeza de 71-M. El mono hizo un gesto de dolor, expresó un débil gemido, y Katrin emitió un «uh, uh», de impotencia. Una vez, hacía años de eso, Katrin se rompió un hueso del pie y todavía podía recordar el dolor que sentía cuando el veterinario la examinaba. Y Gandhi estaba mucho peor, no podía imaginar siquiera todo el dolor que podrían producir tantos cortes. Incluso llegó a imaginar que su amigo debía sentir frío por dentro.

Katrin pensó que no era mala, que no era como esos chimpancés del documental, pero no sabía cómo ayudarle.

Soltó la correa de la otra mano, pero esta otra tampoco se movía. Le hubiera gustado quitarle los parásitos, hacer algo por él, Katrin no es mala, volvió a pensar. El macaco miró sus ojos, pestañeó de nuevo, y giró lentamente su cabeza, sin energía, hacia una serie de tubos que le unían a la máquina de gráficos indescifrables que iban cambiando sus valores numéricos. Katrin comprendió. En un tubo decía «morfina». Lilith le había hablado de ella, era buena para los dolores de Beethoven, así que ese tubo era bueno... ¿y los demás?

Se alongó hacia los tubos y posó su mano encima de uno de ellos, esperando alguna señal de su gran defensor. No hizo gestos con la cara, así que decidió indicar un nuevo mecanismo, un pequeño grifo acoplado en una bolsa roja. Gandhi emitió un pequeño espasmo de respuesta, y Katrin entendió que aquello le haría desmayarse para siempre. Era mejor desmayarse que vivir partido en dos, no tenía que ser muy inteligente para llegar a esa conclusión.

No le gustaba que los humanos necesitaran tantos héroes, héroes buenos como Gandhi. El cielo no podía ser tan bueno como para compensar tantos dolores. Le retiró un pequeño tubo que entraba por su boca, ajustado mediante una pequeña gasa, luego accionó el pequeño grifo y Gandhi por fin reaccionó, como si de repente le hubiesen arrebatado el aire. Al instante sus ojos parecían aliviarse por momentos. Sin esos tubos su vida se iba escapando en medio de lentos gemidos. Por fin el macaco Gandhi hizo un movimiento con todas sus fuerzas, y alargó la mano para acariciar la cara de Katrin, pero antes de alcanzar su objetivo, sus dedos cayeron hacia el acero emitiendo un frío traqueteo. Se desmayó, se fue, murió. Los humanos no lo saben, pero los chimpancés tienen glándulas lagrimales, por lo que Katrin podía llorar. Así lo hizo un buen rato. Cerró el pequeño grifo, ató de nuevo las manos de Gandhi y lo dejó tal y como lo había encontrado, pero olvidó volver a colocar el tubo dentro de su boca. Se llevó la manzana y se la comió de vuelta a la jaula de castigo.

Durante la última ronda el vigilante descubrió al macaco muerto y se puso muy nervioso. No hacía mucho tiempo le amenazaron con despedirle si seguía jugando con los animales. Nadie creería que el mono pudiera haberse quitado el tubo a sí mismo con las muñecas atadas. El principal inconveniente de trabajar con animales inteligentes era su alta imprevisibilidad. Se puso unos guantes, desató una muñequera y dejó espacio suficiente en la otra, como para que creyeran que el mono había

podido, por holgura, sacar la mano por sí mismo. Pensarían que había sido un simple error de los sanitarios de noche. Se sintió satisfecho de su creatividad.

Katrin tardó media hora en borrar sus huellas y regresar. Atornilló la rejilla y durmió pensando en su pequeño gran amigo Gandhi. Al menos él ya estaba en el cielo de los monos, con Hanuman, Bernadette y Zeus.

El profesor Svenson estaba plenamente convencido de que la tarea de domar a esa bestia no iba a resultar sencilla. Por defectos evidentes que procedían de su educación anterior se había vuelto consentida y orgullosa. Pensó en dejarla encerrada varios días en la jaula de castigo, pero se acercaba el Congreso Internacional y aún no sabía de lo que era capaz. A la mañana siguiente Katrin volvió al aula y notó enseguida que Svenson había retirado el nombre de Lilith del panel y del ordenador. Los cinco minutos que tardó el sueco en llegar al lugar le bastaron para volver a pintar sobre el pulsador de la pared el nombre de Lilith con un pintaúñas que se guardaba en su armario. En un primer momento Svenson no dijo nada al respecto.

Se miraron con mutuo desdén, se midieron, se desafiaron en silencio. En cierto modo descubrir que un primate podía escribir palabras con tinta resultaba un hecho asombroso, algo para lo que no les imaginaba capacitados. Pero debía imponerse y dejar de lado toda admiración. Svenson le indicó a un operario que volviera a pintar de nuevo sobre el nombre «Lilith». Katrin se sintió mal, no dejaría que el nuevo enseñante consiguiera molestarla de nuevo. No intentó oponerse a la tarea del operario, simplemente aquella mañana se negó a obedecer. No hizo nada, no contestó a nada, y se comportó como un chimpancé cualquiera, como si no le escuchara o no entendiera. Acabó en la jaula de su cuarto, la jaula de Beethoven.

Por la tarde y con todo el tiempo en contra, Svenson iba perdiendo la batalla de la paciencia. Mientras, Katrin se mantenía firme en su forzado confinamiento. El nuevo «adiestrador» decidió aceptar el consejo de Meyer y se acercó a su jaula con una pizarra y un caramelo. Se sentó, condescendiente, para que ambos estuvieran a la misma altura y sonrió:

—He visto que has escrito el nombre de Lilith en el panel. Es realmente admirable. ¿Qué te parece si escribes algunas palabras más en esta pizarra? A cambio te daré un caramelo.

El hecho de que se acercara con una sonrisa en los labios como si presentara su sincera amistad, ni mucho menos llegaba a convencerla. Pero al menos le daba la oportunidad de negociar y ella tenía mucho con lo que negociar, solo hacía falta que ambos lo supieran. Como no tenía su ordenador le hizo unas señales pertenecientes a la lengua de signos, pero Svenson todavía no parecía muy versado en dicho lenguaje. Así que simplemente señaló al aparato sobre la mesa, y Svenson se lo facilitó. Ya podían comunicarse.

—*Katrin escribe, Katrin hace trucos buenos y consigue muchos aplausos, en la exhibición, pero a cambio Svenson hace favores por Katrin.*

—Claro, Katrin. Podemos llegar a un acuerdo, trabajar juntos...

—*Svenson debe saber, Katrin no tonta. No trabaja junto a Svenson, no necesita caramelos. Katrin quiere nombre de Lilith en el panel. Quiere fotos de Lilith, y videos de Lilith y regalos de Lilith. Luego Katrin consigue que Svenson tenga aplausos. Katrin puede escribir muchas palabras en pizarra, y puede hacer muchas más cosas...*

Svenson decidió apartar momentáneamente su antropocentrismo y aceptó con un ligero movimiento de cabeza. No parecía haber otro camino. Contaba con la certeza de que al hablar desde dentro de la jaula, Meyer con sus cámaras no habría sido testigo de dicho contrato verbal. Tomó la llave maestra que abría todas las jaulas y le abrió. Katrin salió disparada, pintó de nuevo el nombre de Lilith en el panel, cogió la pizarra y comenzó a escribir, mientras Svenson se extasiaba ante tanta habilidad... ¡Por fin la he domesticado!, pensó.

Aquella tarde, una chimpancé de poco más de un metro, poseedora de un cerebro insignificamente pequeño, hizo tantos trucos y le mostró al antropólogo sueco tantas habilidades que este se convenció definitivamente de que no hacía falta su presencia para que la pequeña asombrara al mundo. Simplemente debía permitirle utilizar el ordenador en cualquier momento, darle unos videos para que ella se sintiera contenta, que acariciara la pantalla con nostalgia, y a cambio se aseguraba horas de impresionantes exhibiciones.

También le entregó los regalos que le pidió, entre los que contaban dos máscaras venecianas que le hicieron mucha ilusión. Realmente Lilith había hecho un gran trabajo e ignoraba por qué no lo había mostrado al mundo. Frotó sus manos con satisfacción, pues nadie impediría que se atribuyera el mérito de los logros de su nueva pupila, y el techo del Palacio de Congresos se caería ante tantos aplausos y reconocimientos.

Por otro lado, Katrin comprobó que Svenson era fácil de manejar. Todos los libros que había estudiado y los que había escrito no servían con ella. Debía aprender de nuevo, debía tratarla casi como a una semejante, pero una semejante que podría llevarle a la gloria, y a Svenson más le valía a entender dicha relación. Quien decidía si una exhibición triunfaba o fracasaba no era otra sino ella. Si era contradicha podía decidir pudrirse en una jaula toda la vida como cualquier otro chimpancé, no le importaba, pero en tal caso Svenson no tendría la fama que necesitaba, no tendría lo que podía obtener con su ayuda. Katrin sabía que podía hacer felices a las personas.

Svenson se avergonzaría de admitir que mantenía un contrato laboral con un simio, pero tenía la certeza de que ella no abriría la boca, y si lo hiciera nadie la creería. Era solo un chimpancé, pero la realidad del contrato dictaminaba que Svenson debía acatar la jerarquía de la que en realidad resultaba ser la mano de obra. Después del congreso y con la fama ganada podría retirarse al puesto de trabajo que deseara o vivir holgadamente de las rentas de sus libros.

Las desavenencias entre Lilith y Mandrasian le dieron la oportunidad de ocupar el puesto al que aspiraba. Dadas las circunstancias y una vez ocupado su lugar, se

arrepintió considerablemente, pero renunciar en aquellos momentos constituiría una deshonra para su ego. Muy al contrario tenía la ocasión de culminar la mayor exhibición de facultades que hubiera mostrado nunca un animal no humano, y solo existía un animal capacitado para lograrlo, con Svenson o sin Svenson.

Él solía decirse a sí mismo que el éxito no se trabaja, sino que se investiga. Y cuando parece que va a suceder, que va a aparecer desde detrás de alguna esquina, hay que situarse delante suyo y dejar que te atropelle. Escribiría un verdadero «Best Seller» —dirigido no solo a los círculos científicos. ¡Por fin traspasaría esas barreras! —, pasaría a la historia, y a otra cosa.

Varios días después y como el que pregunta acerca del tiempo, Katrin le comentó a Svenson:

—*Hace tiempo que Katrin no ve a macaco Gandhi... ¿se ha marchado?*

Svenson no contestó, se sintió incómodo e ignoró la pregunta. Hasta Svenson se quejó de dicho experimento, de hecho la mayoría de los que se desarrollaban en aquel centro no tenía visos de utilidad, y menos aún de humanidad.

Katrin seguía haciéndose la tonta, cortaba zanahorias y tomates mientras elucubraba suaves pensamientos, pensamientos inferiores. Luego, tras introducir los ingredientes en la cazuela, retomó el teclado y recalcó:

—*Quizás se ha ido a la selva, ¿verdad?*

—Quizás sí, —contestó por fin Svenson. En ciertas ocasiones se sentía como un pequeño juguete de Katrin, como su cocodrilo de peluche, como su leopardo de plástico, como su loro de yeso. Un sueco de peluche con quien Kat practicaba sus juegos de palabras recién aprendidas, palabras prestadas por interés de la ciencia.

No obstante, Svenson se sentía satisfecho de verla trabajar como nunca, como le pidió Lilith. Los ejercicios de Svenson —que ni siquiera era primatólogo— eran llamativamente sencillos, así que después de finalizarlos se dedicaba a fabricar lascas de piedra con precisión tal que Svenson se quedaba a su lado más horas de la cuenta, observándola con curiosidad. Luego, con las mismas lascas cortaba cuerdas. Esas cuerdas las ataba unas con otras, y con ellas dibujaba un corazón en el suelo. Luego hacía una reverencia al público, compuesto por un solo espectador sueco que ya no mostraba reparo en tomar notas, y en ocasiones incluso aplaudía con emoción.

Día tras día se repetía el mismo ritual. Svenson proponía una prueba o hacía algunas preguntas, cada vez más difíciles. Nuestra amiga contestaba con excelente precisión cualquier asunto relacionado con el lenguaje, y resolvía los juegos y los trucos propuestos. Eran sus tres especialidades: Lenguaje, juegos y mecanismos. Luego procedía a realizar algunos de los trucos más difíciles que había aprendido con Lilith. Simplemente utilizando algunos de estos, el éxito estaba garantizado. Se dio cuenta de que los rumores eran ciertos, que esa chimpancé era una mina de oro. Solo las espartanas condiciones que exigía Lilith en cuanto a seguridad, dignidad y derechos de los animales, le impidieron conseguir los fondos necesarios para asegurar su trabajo de por vida. Simplemente de haber aceptado las numerosas ofertas

cinematográficas recibidas, Lilith seguiría ocupando su lugar y gozando de una fama ilimitada.

Katrin llegaba incluso a reflexionar acerca de las pruebas que en mayor medida satisfacían a Svenson. Era el típico investigador que instigaba el instinto de supervivencia para asociarlo a la obediencia, de los que hacían pasar hambre al animal para conseguir que trabajaran en cierta dirección.

Seguro que a este tipo de científicos no les impresionaría tanto vernos caminar por un alambre a cincuenta metros de altura. Una vez escuché que cada vez nos parecíamos más a Ellos. Esto no era del todo cierto, como me explicó Lilith. En realidad son Ellos los que se parecían a nosotros, Ellos fueron mutando constantemente durante millones de años, para diferenciarse de nosotros, los originales. Ellos eran los mutantes y ahora pretenden que nosotros utilicemos sus palabras, que nos asemejemos a ellos. ¿Necesitaban a alguien con quien hablar? Este tipo de científicos sometían a mis congéneres a constantes pruebas que para nosotros no tenían el menor sentido, nos comparaban con niños de cuatro, seis, ocho años..., con objeto de determinar nuestro nivel dentro de su escala. Nada de pruebas relacionadas con trepar a un árbol y extraer miel de un panal, nada de cruzar un río sobre un fino tronco, y menos acerca de huir del ataque de tres agresivos machos adultos. No, en el mundo de los humanos todo se reducía a puzles, tableros, ordenadores, zanahorias, cuerdas, mecanismos automáticos que había que descifrar. Luego una golosina —o una descarga eléctrica si no estabas concentrado— y juegos manuales que ellos dominaban con sus dedos especializados tras millones de años de mutaciones. Intentaban estimularnos por el hambre, pensaban que era la única manera. Lilith sabía, y ahora Svenson también, que yo siempre consigo el objetivo con o sin premio. Siempre averiguo la naturaleza del mecanismo.

Pero lo que Svenson no sabía, era que también averiguo las intenciones de mis cuidadores, su mecanismo. Y tampoco sabía que sabemos mentir.

La tarde anterior a la famosa exhibición conversé con Beethoven. No sabía si sería la última vez que hablábamos, pues era probable que tras la clausura del Congreso Internacional automáticamente pasara a pertenecer a Mandrasian. Beethoven no lo sabía, pensaba que él sería el siguiente en desmayarse, en «marcharse». No le hubiera gustado averiguar que sería al revés, se habría enfadado mucho.

Me hablaba de Mandrasian, de su olor a colonia desagradable, fría y ácida. Solía venir a buscarlo con Ulises u otro operario, Mandrasian no se atrevería a quedarse a solas con él, pues Beethoven podía descubrir en sus ojos el miedo que le tenía. Pero sabía de sobra que no podía atacar a Ellos, Lilith nos lo había inculcado convenientemente. Los huesos se les rompían y se les salían de su lugar con facilidad. Muchas veces tenían que dormir a Beethoven antes incluso de salir de nuestro departamento porque le iban a poner inyecciones o a hacerle daño de muchas formas.

Beethoven prefería enfadarse para que le drogasen, al menos así no le dolería, no tanto.

A veces, cuando le drogaban, tenía la sensación de que era la última vez que dormía, que quizás no despertaría nuevamente. Como si se tratara de un moribundo confeso, las cotas de sufrimiento que llegaba a alcanzar hacían que muchas veces deseara no despertar. A veces estaba inconsciente, pero no estaba dormido... y podía ver. Sentía que Mandrasian estaba enfadado con él, le pegaba porque no le gustaba que fuera amiga de Katrin. Él no podía defenderse, no le dolía, pero le molestaba que un ser como Mandrasian se aprovechara con cobardía para golpearle de esa manera. Beethoven deseaba estar a solas con él, sin drogas... se acabarían los sufrimientos de Beethoven y de otros animales para siempre.

Aquella última noche Kat salió al jardín envuelta en una capa de desesperanza, temiendo incluso la posibilidad de quedarse dormida. Sintió con placer como el frío le atravesaba el espeso pelaje. Miró al cielo, contempló las estrellas y, tal como hacía a menudo para practicar, comenzó a contarlas. No podía imaginar cuántos metros de cuerda necesitarían Ellos para colgar tantas luces en el cielo, el entramado de ingeniería necesario para conseguir aquella iluminación artificial.

De repente localizó una estrella en movimiento, venía en dirección Este, así que calculó que debería estar justo encima de la ciudad. Por ser más brillante que las otras, decidió caminar en su misma dirección, acompañándola con el dedo. Cuando estuvo segura de que estaba a punto de desaparecer por encima del muro, se despidió de ella agitando la mano. Deseó poder llegar tan alto como ellas, colgarse de sus cuerdas para llegar al «Ventre» del cielo, y luego desde allí saltar sobre aquella estrella en movimiento, tan brillante y fugaz. Deseó convertirse en otra viajera estratosférica, como el primer ser que llegó al espacio y sobrevivió, quien no era otra cosa que un chimpancé, un primate inferior como ella. Aquel legendario chimpancé llegó a ver todo un planeta bajo suyo sin realmente darse cuenta de la importancia de su hazaña.

Pero eso ya no ocurriría. La intrépida y juguetona Katrin se había quedado por el camino para ser sustituida por una pesimista chimpancé capaz de comprender su trágico e inminente final. Actuarían con ella como con Gandhi, le afeitarían, colorearían líneas a rotulador sobre su cuerpo, perdería su propio nombre y le asignarían un número. Se daba perfecta cuenta de su triste situación, de que no estaba jugando ni aprendiendo como una niña, y de que como afirmó Mandrasian, Katrin nunca sería nada parecido. Sus privilegios fueron solo temporales y nunca había dejado de ser otro de los esclavos de aquel centro experimental contra animales. No solo tenía en contra a un científico, sino a toda una sociedad humana que conspiraba contra ella, que solo le otorgaba el derecho a morir por Ellos. Un derecho indiscutible que se cernía como un guante sobre su pequeñísimo mundo y no la dejaba respirar. No existía una sola ley a su favor en aquella jungla social diseñada por los humanos, ni un argumento contrario a que Kat Lieberman fuera cortada en trozos en nombre de

la ciencia. Lilith ya no estaba con ella, Svenson no intercedería, Beethoven ya ni siquiera quería jugar porque sus dolores eran demasiado intensos; Skipper de viaje, de rodaje; Gandhi muerto, masacrado por Mandrasian. ¿Era ese el futuro que le esperaba a Katrin?

Aspiró con fuerza a través de su chata nariz y sintió el aire cargado de oscuros presagios, de entre los cuales el menos trascendental auguraba inminentes lluvias que por su condición salvaje era capaz de predecir. Observó como una enorme bandada de pájaros provenientes del sur surcaba el cielo en una creciente franja central. La luna llena era tan brillante que conseguía alumbrarlos con suficiencia. Aquello no era lo que Katrin esperaba cuando solo era una pequeña bola peluda, ya no había diversión, ni trabajo, ni habrían más portadas de revistas. Solo le quedaba esperar su turno en la mesa de operaciones sin saber con seguridad si la abrirían en canal, si le darían cáncer, si le rajarían el cráneo como a Bernadette o si pasaría a ser carne de hamburguesa.

En pocos minutos la bandada de pájaros acabó por teñir el cielo completamente de negro, ocultó la luna y las estrellas, y los graznidos de las aves se mezclaban con sus pensamientos. Cualquiera de aquellas aves era más afortunada, pues aunque no conocían trucos ni palabras, eran libres para ir y venir cuando quisieran. Al día siguiente daría comienzo el Congreso Internacional y tendría que participar en su última exhibición. Después comenzaría a morir despertando de un letargo de ilusiones y fantasías. La gran quimera, el gran despertar. Pensó que quizás si lo hiciera muy buen frente al mundo su suerte podría cambiar, alguien se compadecería de ella y Mandrasian no se haría con su cerebro.

CAPÍTULO 8

EVOLUCIÓN

El silencio era sepulcral. La sala no presentaba ni un solo asiento libre y las tres primeras filas estaban ocupadas por las altas autoridades y principales nombres de todas las procedencias. Como si de una asamblea de las Naciones Unidas se tratara, cada espectador disponía de unos auriculares que traducían las intervenciones en cinco idiomas diferentes. El presidente del país, altos dirigentes políticos y los más reputados empresarios, mecenas y personalidades científicas de varios continentes se congregaban en aquel acontecimiento tan largamente esperado. Acudir a semejantes simposios científicos otorgaba al espectador un halo de refinamiento, honor acrecentado por la presencia de veintisiete canales de televisión. Los más espectaculares animales y los más experimentados adiestradores traían bajo la pata — o el brazo— lo más selecto de su repertorio. Después de la presentación del evento por parte del alcalde de la ciudad, el primero en hacer acto de presencia debía ser el Doctor Matías Svenson, el adiestrador de Katrin.

—Buenas noches, damas y caballeros. Señor Presidente —agachó la cabeza en muestra de solemne respeto—. Agradezco, y creo que hablo en representación de la organización, a todos los concurrentes el grato honor de su presencia, y presumo que serán bien recompensados por todo cuanto aquí se presenciará.

Svenson llevaba más de veinte años impartiendo conferencias y simposios de todo tipo, por lo que el peso de la distinción del público no le causaba presión alguna. Extendió sus apuntes sobre el púlpito con parsimonia y comenzó el discurso relativo a la tarea científica que le traía al congreso.

—Supongo que algunos de los presentes ha oído hablar de la chimpancé Katrin. La primera vez que me encontré con ella era un animal consentido y en estado semisalvaje. Me dije a mí mismo que sin duda yo sería capaz de recuperarla para la humanidad y convertirla en un ser absolutamente admirable. Así pues, cuando su anterior cuidadora, Lilith Lieberman, abandonó voluntariamente el Centro Nacional de Inteligencia Animal al temer por su propia seguridad —los chimpancés pueden ser agresivos si no sabes tratar con ellos—, el CNI-A pensó en mí y en mis múltiples reconocimientos en otros campos científicos, y solicitó mi colaboración para encauzar al pobre y atormentado animal. Me sentí obligado a apartar temporalmente mis proyectos y conferencias al verme tan espléndidamente loadado, y acepté asumir el nuevo reto. Hoy en día tenemos a una nueva Katrin y, como podrán observar, mi trabajo no ha sido en balde. Dicen que el origen de su inteligencia global puede proceder del tamaño de su cerebro, algo más voluminoso de lo habitual en un

chimpancé adulto. No se preocupen todavía, el nuestro sigue siendo el doble de grande. ¡Katrin no nos quitará el trabajo! —carcajadas y aplausos—. Pero este dato no es vinculante, el cerebro de Einstein no era llamativo por su tamaño, únicamente tuvo que orientarlo y aprovecharlo con primor y estudio. Eso es lo que hace mi alumna. Con datos estadísticos en la mano, deducimos que Katrin es una mutante. Su tubo digestivo es más corto de lo normal, lo que facilita su aprovechamiento energético. Al margen del tamaño de su cerebro, su corteza prefrontal está llamativamente desarrollada para un individuo no humano. Puede haber influido el hecho de que proceda de varias generaciones de animales de laboratorio, nunca lo sabremos. Los datos científicos todavía no son capaces de explicar sus habilidades y lo único que podemos hacer es apreciarla y disfrutar de sus dotes.

En ese momento sacó un pañuelo de su bolsillo y se secó la frente para establecer una estratégica pausa antes del clímax. Svenson paladeaba cada segundo de gloria y no le preocupaba el hecho de haber basado su presentación en los estudios de Lilith, los cuales tras su marcha pasaron a pertenecer al centro.

Después de mis ímprobos esfuerzos —prosiguió—, ahora no solo comprende una palabra, sino que comprende dos y tres, y cuatro y cinco, y dichas todas juntas, Katrin comprende la frase entera sumando los significados, incluidos los verbos. Improvisa muy variadas contestaciones a nuestras preguntas de forma que me sorprende incluso a mí. Lo que yo les pueda anticipar nunca será suficiente. Tendrán que verlo por sus propios ojos, los trabajos que hemos compartido en el laboratorio harán conocer su nueva dimensión. ¡Con ustedes, la diosa de los monos, la cuasihumana, el prodigio de la inteligencia animal, la chimpancé-sapiens, la increíble Katrin Svenson!

Cuando el ayudante del centro, el bata blanca de la barba, dio la señal convenida, Katrin se levantó del taburete, apoyó los nudillos en el suelo y emprendió su torpe andar hacia el escenario, dispuesta a hacer lo único que sabía hacer, lo único por lo que era apreciada.

Katrin pensó al respecto de la disertación de Svenson que probablemente no era la más lista de los chimpancés, pero estaba segura de ser la que mejor interpretaba las intenciones y palabras humanas.

Al hacer acto de aparición recibió un estruendoso aplauso, más debido a la épica presentación del doctor Svenson, que a cualquier otro atisbo de singularidad. La aturdida Katrin se dirigió al púlpito con timidez, se detuvo a medio camino, giró la vista a la derecha e hizo un barrido en dirección al público para calcular alrededor de un millar de asistentes, y siguió su camino. Los visitantes, expectantes, se sumieron en un místico silencio.

Como si de un acto cotidiano se tratara, se desprendió rápidamente de una especie de bolsa adherida a la espalda, sacó su ordenador y lo desplegó sobre una mesa dispuesta por la organización. Acto seguido se alejó de este y se dirigió hacia el borde del escenario, como si fuera a saltar hacia las butacas, y allí se posó como si fuera un

murciélago. Su cuerpo comenzó a oscilar acompañando a su cabeza durante el proceso de evaluación, a izquierda y derecha, con un pronunciado balanceo.

—¡Sus ojos son tan humanos! Es evidente que son como nosotros, que representan al más puro estado del ser humano, sin aditivos. —Aludió un comentarista de televisión.

Desde la nueva perspectiva de Katrin, aquel inmenso local seguía igual a como lo recordaba, aunque engalanado para recibir a las más ilustres personalidades.

Recordó aquel último acto que protagonizó con Lilith en el mismo escenario, el Palacio de Congresos de la ciudad, solo que esta vez no había ningún niño presente. Contabilizó las amplias cortinas de color fresa de quince metros que colgaban desde los ventanales hasta el suelo; miembros de seguridad con uniformes azules que ocupaban posiciones en las entradas frontal e izquierda, y algunos individuos ataviados con impolutos trajes oscuros distribuidos en puntos estratégicos laterales, con pinganillos que salían de la oreja y se arrimaban a los labios.

Si, tal como había dicho Svenson, el presidente había acudido al Congreso, debía ocupar un lugar privilegiado, seguramente con buena visión. Un presidente es el líder de una manada, debe ser el que mejor come, y quien ocupa los asientos más destacados. Katrin no lo concebía de otra forma.

En ese momento y según el plan fijado por Svenson, debería acercarse a la mesa y escribir sobre una pizarra la palabra: «Bienvenidos» con un rotulador especial, de tal forma que una cámara proyectaría el desempeño de su mano sobre la gran pantalla que coronaba el escenario. Buscó a Svenson con la mirada. El doctor gesticulaba con nerviosismo en una esquina mientras apuntaba a la mesa. Aquella dilación no estaba prevista. No imaginaba que Kat pretendía saltarse esa previsión y todas las demás.

Se dirigió a la mesa, activó una tecla del ordenador y a través de los altavoces del ordenador comenzó a sonar una de las canciones de la banda sonora de «Flashdance», una de sus preferidas. Y como si estuviera frente a un espejo, comenzó a bailar despreocupadamente.

Al observar tan «excéntrico» comportamiento, el murmullo se hizo general. Una vez los humanos se miraron los unos a los otros para asegurarse de que lo que veían sus ojos no seguía guión alguno, el murmullo se convirtió en risas.

Un destacado comentarista de televisión no daba crédito y, ofendido, opinó que nadie había acudido a aquel Congreso Internacional para ver como bailaba un chimpancé. Afirmó con rudeza que no sabía cuántos millones se habían gastado para desarrollar esa horrible coreografía, y que si aquello era lo que había prometido Svenson y Kat Lieberman estaba en lo más alto de la escala evolutiva primate, más valía que la confinaran en un zoológico y que allí la hartaran a cacahuetes.

Sabemos que la ejecución artística de nuestra amiga no era digna de elogio, que solo disponía de una coreografía, y que era utilizada indistintamente para cualquier estilo musical, pero al menos sentía la música y se expresaba con emoción. Levantaba las manos y saltaba sobre una pierna, y sobre la otra, y movía la cabeza de izquierda a

derecha sin compás al ritmo. Luego vinieron sus clásicas volteretas hacia atrás y hacia adelante, y acabando una de ellas vio cómo el ayudante de la barba entraba en el escenario. Quería sacarla de allí. Sabía que se acababa el *show*, pero todavía le dio tiempo de apoyar una mano en el suelo, levantar las piernas al aire y ejecutar un trompo completo. Esto provocó el deleite de un público entregado, que aplaudió este movimiento por encima de cualquier otro. Le dio tiempo de plegar el ordenador — con lo que cesó la música— antes de que el ayudante se la llevara a la esquina de Svenson, que se echaba las manos a la cara en señal de ridículo y descrédito personal. A solas con ellos, entre bambalinas, se expresó en los siguientes términos:

—*Katrin, perdón, Katrin mala, mala, Katrin mala, se equivoca. ¡Katrin ahora porta bien...!*

Suplicaba la criatura con desesperación mientras Svenson trataba de encontrar el ritmo de respiración adecuado. Si al menos hubiese pronunciado tales palabras sobre el escenario... ¡Ojalá nunca hubiera oído hablar de ella!

Sin embargo los dos humanos y la chimpancé giraron sus cabezas hacia el púlpito para comprobar que los asistentes seguían aplaudiendo vigorosamente. Svenson al menos sintió el consuelo de que aquella alimaña siempre conseguía caer bien, hiciera lo que hiciera.

El presentador pidió disculpas, «son cosas del directo», «riesgos que se corren al trabajar con animales».

Y después de disculparse por el comportamiento de Kat, presentó a Alfred, el increíble y verdadero rey de los primates inferiores. Katrin sintió una tremenda curiosidad y prestó mucha atención.

Alfred era un bonobo que caminaba erguido, principalmente porque el hombre oriental que guiaba su correa enganchada a una corta cadena al cuello, le forzaba a una posición parecida al caminar humano. Un dato característico que le distinguía era su vestimenta, pues llevaba un traje de chaqueta y corbata hecho a medida. Aquello le asemejaba más todavía a la raza humana, como si ya hubiese sido aceptado en el club. Respecto al vestuario, la desvestida y cuadrúpeda chimpancé no podía siquiera compararse a él. Además, Alfred no daba la nota, era correcto, callado y servicial. Llevaba en el pecho un ordenador similar al de Katrin. Lo desplegó y se presentó ante todos.

—Hola a todos, bienvenidos. —Y el público enmudeció, por fin se encontraban frente al extraordinario animal que ansiaban conocer.

El presentador le anunció como un prodigio de la ciencia capaz de rivalizar, e incluso superar a la conocida Kat —¡aunque quizás no en cuanto a sus incomparables pasos de baile!—, puntualizó el maestro de ceremonias, dato que provocó un nuevo arranque de hilaridad entre los asistentes. El ayudante de la barba informó a Svenson sobre aquel primate, Katrin también era toda oídos.

Alfred era un bonobo de quince años que venía desde Japón únicamente para darse a conocer al mundo en un exclusivo acontecimiento orientado a la inteligencia

animal y al progreso. Había sido tratado desde su nacimiento por un experto grupo de científicos —genetistas, ingenieros y neurólogos japoneses de reconocido prestigio—, con la implantación de células madre en diversas áreas de su cerebro, modificaciones genéticas y estimulaciones eléctricas orientadas a zonas concretas. También contaba con el más complejo chip cerebral creado por el hombre, capaz de optimizar el funcionamiento neurológico global. Un prototipo que, según las estimaciones de los creadores, en algunas décadas podría ser utilizado por un diez por ciento de la población mundial. Podía caminar de pie y era capaz de articular veinte palabras humanas con su propia voz. Respecto al lenguaje de los signos o mediante su teclado había memorizado tantas palabras como Katrin —aunque todavía no pudiera enlazarlas con la misma facilidad—, y las últimas estimaciones le daban un cociente de inteligencia similar. ¡Y además tocaba el piano!

Katrin, aún sin entender los términos científicos, no daba crédito a lo que veía y escuchaba. Quizás aquel chimpancé bonobo fuera el ser más parecido a ella que podría encontrar nunca, y seguramente también estaba atrapado entre dos mundos.

Puso los pies en el asiento y el trasero apoyado en la espaldadera de la silla, entre Svenson y el ayudante. Desde aquel lugar privilegiado pudo observar la exhibición de Alfred. Era extraordinariamente hábil fabricando lascas y cuerdas, uniéndolas para formar figuras. Además podía hacer trucos de magia, y ejecutaba series de números en una pantalla de ordenador a una velocidad extraordinaria, mayor que la de cualquier humano.

Aquel extraño coetáneo del otro extremo del mundo le estaba arrebatando los aplausos que siempre le habían pertenecido. También pudo contemplar como Svenson enarcaba los ojos y fruncía los labios ante el duro competidor que estaba descubriendo. El doctor había oído hablar de los bonobos, de que a pesar de su parecido podían incluso ser más inteligentes que los chimpancés. A tenor de lo contemplado sobre el escenario, aquella teoría quedaba sabiamente constatada.

Lo que sucedió después acabó por desestabilizar definitivamente el sistema nervioso de Svenson, pues el presentador solicitó la presencia de Katrin para participar en una competición entre primates. El adiestrador japonés aseguraba que Alfred vencería con facilidad, siempre y cuando el Doctor Svenson consintiera, por supuesto.

Svenson, desmoralizado por la actitud de su pupila, negó con la cabeza. No quería perder el poco prestigio de que aún disponía. Pero en un arrebato, Kat salió disparada al escenario de una forma tan inesperada que nadie pudo detenerla. Una vez dentro Svenson tuvo que resignarse, ¡pero quería morirse! No quería aparentar cobardía, pero sabía que incluso si Kat actuara con total dedicación, aquella especie de duelo improvisado olía a encerrona.

Katrin avanzó a cuatro patas con la decisión propia de un vaquero del viejo oeste que se disponía a medir sus armas contra un hábil enemigo, y desplegó el ordenador a medio camino. Se cruzó con Alfred y este apenas le dedicó una mirada fugaz, acto

seguido concentró su atención sobre el tablero de damas que tenía a su frente. Katrin se sentó delante de él y le contempló con una curiosidad inacabable, luego vio cómo él iniciaba con la primera jugada. Le daba lástima verle con un collar en el cuello y vigilado de cerca por el ceñudo adiestrador que le obligaba a caminar de pie.

Al ver que no había respuesta por parte de las negras, Alfred la miró con seriedad, emitió un sonido de impaciencia chimpancé e hizo gestos con la mano abierta, animándola a contestar. Al no conseguir nada, insistió golpeando con los nudillos sobre la mesa, invitándola a prestar atención al tablero de una vez por todas. Katrin pulsó teclas:

—*Hola, me llamo Katrin. ¿Cómo te llamas?*

Alfred puso las manos detrás de la nuca, pensativo. Había venido a jugar, no a conversar. Miró a su adiestrador para solicitar su consejo, y al no recibir mensaje alguno pulsó el teclado con la misma destreza que ella. Observó que el ordenador era el mismo que el suyo, probablemente Alfred hubiera sido el primero en usarlo.

—Alfred. ¡Tú, mueve! —Contestó con velocidad y volvió a gesticular ostensiblemente. El presentador volvió a pedir silencio entre el público, pues temía que sus murmullos perturbaran a las bestias.

—*Katrin no quiere jugar...*

Muchos espectadores deslizaron al unísono sus dedos hacia los auriculares para asegurarse una correcta audición de la traducción simultánea. Se trataba de una situación totalmente surrealista, no podían creer que a tan corta distancia dos simios mantuvieran una conversación, y menos todavía que Katrin se negara a participar. Si lo estuvieran presenciando a través de la televisión, jurarían que debía tratarse de algún truco.

El siguiente acontecimiento superó todas las previsiones y asombró a los comentaristas, que voceaban desde sus cabinas con nerviosa locuacidad. Las cotas de audiencia alcanzaron límites increíbles.

Katrin se levantó de la silla y puso su dedo sobre la cabeza de Alfred, justo donde comenzaba una cicatriz que nadie había percibido anteriormente. Comenzaba en la frente, cruzaba el parietal derecho y llegaba hasta la sien:

—*Alfred, pobre. Alfred, duele.*

A continuación se acercó más y con sus manos rodeó el cuello del bonobo. El adiestrador japonés se puso en alerta al temer por la seguridad de su proyecto, aunque Alfred era mucho más grande que Kat. En un rápido movimiento liberó su cuello y sostuvo el collar en alto, en dirección al público, en señal de protesta. Alfred estiró el cuello aliviado por su parcial liberación. Katrin entendía que con aquel collar obligaban al bonobo a caminar erguido, y tal posición no debía ser cómoda solo porque lo fuera para Ellos. A pesar de que por naturaleza estaban más erguidos que los chimpancés, los bonobos tenían las piernas bombeadas para compensar su posición avanzada, la posición natural de chimpancés y bonobos. Posiblemente Alfred fuera tal como Ellos decían, un prodigio, pero para Katrin simplemente

representaba una ridícula parodia de los hombres que se divertían vistiéndolos a sus animales como Ellos, haciendo que caminaran como Ellos, que hablaran como Ellos. ¿No había suficientes hombres en el mundo que necesitaban fabricar más? ¿Es que buscaban a alguna otra especie con quien hablar a través de los barrotes de una jaula? Ella se negaba a participar en aquella parodia, estaba muy enfadada.

Dejó caer aquel collar y tecleó:

—*Katrin no quiere jugar... Katrin quiere hablar con presidente. Quiere hablar sobre experimentos.*

Giró su ordenador a la espalda, apoyó sus nudillos y saltó del escenario hacia el área de butacas provocando una atmósfera de estupefacción y extendiéndose un clamor de alarma por lo insólito del hecho.

Cuando escuchó nombrar el título de todas aquellas personas famosas entre el público, incluso el del presidente, empezó a planear ciertos ligeros cambios relativos a la actuación prevista. Entonces decidió que quizás no iba a ejecutar los trucos que había preparado y que, a pesar de que se enfadaran con ella, nadie la iba a castigar tanto como lo haría Mandrasian en muy poco tiempo. No tendría otra oportunidad.

Svenson estaba completamente fuera de sí y descendió apresuradamente a la platea con intención de sacarla a rastras. Algunos agentes de negro desde sus posiciones salieron al paso de Kat mientras pedían instrucciones por radio, pues temían que aquel animal pudiera representar un riesgo para la seguridad del presidente. Varios de ellos se situaron delante de él con objeto de protegerle, y fue así como Katrin averiguó su paradero. Era un hombre serio.

La gente aclamaba a Katrin y ella se dedicaba a chocar palmas con todos aquellos que querían tocarla mientras caminaba hacia él. El presidente levantó la mano en señal de invitación y pensó que Katrin bien podría convertirse en una líder de masas si tuviera menos pelo. Por el camino dispuso el aparato en posición de escritura, se detuvo unos segundos a la altura del embajador chino y le tocó los ojos. La imagen fue aumentada a través de la gran pantalla y los espectadores la aplaudieron con entusiasmo. Luego se acercó al hombre serio y nuevamente desplazó sus largos dedos sobre el teclado.

—*Tú, ¿Presidente, jefe?*

Nadie se atrevió a sonreír tal acercamiento, todos esperaron que surgiera una reacción general a la que adscribirse. Los escoltas sintieron una gran inquietud mientras ese pequeño ser de apenas un metro cruzaba entre ellos para situarse justo a dos palmas del gran hombre del país.

—*Lilith dice que jefes autorizan cáncer para animales. Tú jefe país, no cáncer para animales. Beethoven es chimpancé, es amigo, es bueno, y tiene dolor.*

Su atrevimiento turbó a la desorientada asistencia y al mismo presidente como si de repente se hubiera detenido el tiempo, por lo incómodo de la petición. Svenson no estaba mucho más lejos y se la hubiera llevado si los escoltas no le estuvieran controlando con ambas manos. El hombre serio le hizo desistir con un simple gesto:

—Señor Svenson, ha hecho un buen trabajo, pero permita que pregunte lo que desee. Por vez primera puedo mantener una conversación con un integrante del mundo animal, y me resulta agradable que también por vez primera alguien proteste sin solicitar ninguna subvención o beneficio personal. —Estrechó entre las suyas la mano de la primate, agachó su tronco para quedar a su altura y la miró a los ojos—. Haré lo que pueda, te lo prometo. Si tengo tiempo, el próximo mes concertaremos una entrevista.

Después de escuchar aquella promesa, Katrin se deshizo del apretón y le dio la espalda, sin genuflexiones u otros gestos protocolarios. No sabía si las promesas de los hombres siempre se cumplían, pero estaba claro que no habría entrevista el próximo mes. Le iban a abrir la cabeza como a Bernadette. Primero pensó que tendría suerte si le dieran cáncer como a Beethoven, pero dedujo que Mandrasian podría incluso aplicarle ambos tratamientos. Ellos optimizaban las utilidades de cualquier objeto animal.

Acto seguido el presentador de la noche se colocó a su altura, micrófono en mano. Aquella improvisación no le pareció una escena de mal gusto, sino un documento extraordinario protagonizado por una actriz nada común. Se desplazó solo unas pocas butacas a la izquierda, y se encaramó de un salto a las rodillas de un hombre vestido con una larga túnica blanca. Volvió a mover sus dedos con agudeza:

—*Tú Said, tú quieres comprar Katrin. Katrin no quiere bosque, Katrin no es mascota, solo quiere aprender cosas, con Lilith.*

El jeque se sorprendió de su excelente memoria y enrojeció al ser objeto de toda la atención de la sala. Al no esperárselo, tampoco acertó a decir una sola palabra al micrófono que le ofrecía el presentador. Se sintió realmente aliviado cuando la chimpancé se alejó hacia otro grupo de asombrados espectadores.

Esta vez se dirigió hacia un lugar menos principal, en la cuarta fila. La chimpancé apuntó a la oreja como seña de reconocimiento. Se acordaba de su aparato auditivo.

—*Katrin te conoce. ¿Te llamas Robert?* —Recordaba a aquel sobre quien Lilith dijo que, a propósito, hacía preguntas malas para engañarla.

El periodista cogió el micrófono y aprovechó su momento de gloria:

—Me llamo Robert Carolingi, del London Nature Express —dijo alto y claro, más para darse a conocer entre el resto de enviados y autoridades que para contestar a la pequeña.

—*Lilith dice, Robert Gente Tonta. Hace preguntas malas para confundir a Katrin. Robert dice que Katrin solo sabe hacer trucos. Pregunta, Robert.*

Este obedeció sin dilación:

—¿Crees que eres una persona, Kat?

—*Katrin ser chimpancé. Revista* —se refería al artículo de la revista Science— *dice que ser la mejor de los chimpancés. Pero Katrin prefiere ser la peor de los hombres. Hombres son malos con chimpancés.*

Por vez primera el hombre pequeño dejó de lado su egocéntrico discurso. No sabía que otra pregunta hacerle, pero daba igual. Dijera lo que dijera estaba consiguiendo un gran documento periodístico.

—Katrin, ¿qué piensas acerca de los que hacen daño a los animales?

—*Katrin nunca hace daño a animales, animales buenos, menos leopardo.*

—¿Entonces te gustaría ser como nosotros? ¿Cómo te gustaría ser?

—*Katrin es un primate inferior según doctor Svenson. Katrin es una pequeña persona según Lilith. Katrin es un animal según Robert. Katrin dice: «primate inferior» es una «pequeña persona» en mundo de «animales».*

—Vaya, Katrin, me sorprendes. Me gusta ver como eliges tus respuestas.

—*Katrin no elige respuesta, solo contesta. Lilith dice que cualquier respuesta es buena, solo alguna pregunta es mala. ¿Periodista elige preguntas?*

—Confieso que sí, Katrin. Desde luego a mi me has convencido, no eres un animal corriente, no eres un fiasco, eres brillante.

—*Si esto lo dice periodista Robert, es muy bueno. Katrin duerme bien esta noche.*

—El público entusiasmado respondió con una carcajada a la fina ironía, inconsciente o no.

Nuevamente se alejó sin despedirse, pero acompañada de grandes aplausos. A Kat ya no le satisfacían los aplausos.

Svenson tomó el micrófono y agradeció las muestras de cariño dirigidas a su estudiante, la gran «Katrin Svenson», afirmó. Kat le miró con los ojos abiertos como platos y recordó una cosa. Le arrebató el micrófono, lo acercó a los altavoces y proclamó:

—*Me llamo Kat Lieberman. Lilith es maestra de Kat, y Svenson...*

Dejó de acariciar el teclado sin acabar la frase, encontró una mejor idea para expresarse. Plegó el ordenador e hizo una meditada y pronunciada pedorreta con los labios, tan larga que Svenson se la tuvo que llevar del brazo en medio de las carcajadas del público. Kat sabía que para triunfar sobre un escenario bastaba una simple pedorreta. Desde su posición sobre el escenario, Alfred perdió su habitual corrección, se levantó sobre la silla y protestó con energía un acusador —uh, uh, uh—, mientras la señalaba con el dedo, como si nadie más se hubiera dado cuenta de la mala educación de aquella chimpancé.

Efectivamente la exhibición de Katrin resultó ser inolvidable, pero no en los términos que Svenson esperaba. Tras ocultarse por fin de las miradas de la gente, el antropólogo dispuso que su ayudante la aislara en el cuarto de seguridad dispuesto por la organización para los supuestos de mal comportamiento animal, o actitudes similares de desobediencia. Durante todo el camino Katrin siguió soltando continuas pedorretas, comportamiento más acorde con lo que todo el mundo podía esperar de un chimpancé común.

Después de las actuaciones de Alfred y Katrin, el Congreso Internacional continuó durante otras dos horas más, amenizado por las increíbles actuaciones otros

muchos inteligentes animales: cuervos, cerdos, perros e incluso del loro Damocles. Ni los organizadores del evento pudieron prever un éxito tan rotundo. Hasta el menos apto de los animales enseñó al mundo características que generalmente se hubieran considerado impensables. Se sentaron las bases que redefinirían el concepto de inteligencia animal e incluso la humana. Y lo más importante era que los laboratorios y científicos especializados de las más prestigiosas organizaciones habían sacado excelentes conclusiones para establecer las futuras líneas de experimentación con animales.

Como broche final al espectáculo se debía hacer entrega del galardón especial del congreso al animal que hubiera demostrado la mayor lucidez y las más espectaculares habilidades. En concreto se buscaba al individuo que, en un futuro no muy lejano, pudiera llegar a percibir la realidad de una forma lo más cercana posible al equivalente humano.

El segundo lugar le correspondió a Katrin, y con gran diferencia el ganador fue el bonobo Alfred. «Quien representa al ideal de nobleza dúctil que el mundo de la ciencia requiere para constituirse como la mascota perfecta».

Fue evidente que la falta de obediencia de Katrin, su carácter impulsivo y lenguaraz dio lugar a una puntuación mucho menor que la que merecía. Además, sus murmuraciones contra la experimentación y el hecho conocido entre los miembros del jurado de que Katrin sería objeto de disección en próximas fechas, impidieron otorgarle dicho galardón. No sería popular proclamar este último experimento a los medios de prensa. Un segundo puesto no sería excesivamente sospechoso para todos aquellos que asistieron al congreso y vieron de lo que era capaz.

En cualquier caso el público exigió mediante aplausos y ovaciones que el segundo galardón no fuera recogido por Svenson tal como se había anunciado. Resultaba evidente que el público quería volverla a ver, así que el presentador solicitó al doctor que permitiera su salida, sin ordenador, para que recibiera los últimos aplausos. Svenson concedió y solicitó a su ayudante que de nuevo acompañara a la chimpancé hacia el escenario.

Durante la espera el público seguía aplaudiendo y coreando su nombre, y Svenson pensó que su gesto sería reconocido como una muestra de magnanimidad. Pasado un minuto se volvió a solicitar por megafonía la presencia del segundo animal más brillante del planeta, pero del lugar donde se concentraban todas las miradas y por donde tenía que hacer su aparición un pequeño simio peludo de poco más de un metro, solo surgió la figura de un nervioso ayudante con barba, que retorció con un pañuelo el sudor de su frente. Se acercó a Svenson y le comentó algo al oído.

Su rostro se retorció en una mueca nerviosa, luego se tornó lívido y envejeció veinte años debido a la impresión. Con su dedo corazón ajustó la montura de sus gafas en su posición, llenó los pulmones de aire con decisión y para no prolongar la agonía, tomó el micrófono y declaró:

Katrin... Katrin, la chimpancé Kat Lieberman —suspiró nuevamente antes de continuar—, ¡ha huido!

CAPÍTULO 9

Cuando el ayudante de Svenson entró en aquel cuarto comprobó con horror que el cristal de seguridad de la ventana estaba hecho trizas, no dio crédito. No podría haber imaginado que Katrin pudiera tener tanta fuerza como para destrozarlo con las manos desnudas, no había objeto contundente alguno en la habitación. Se asomó a dicha ventana, descubrió los fragmentos de cristal en el exterior y también comprobó como la valla que rodeaba al recinto era tan baja que incluso él sería capaz de saltarla. Segundos después varios escoltas del perímetro se acercaron y le preguntaron qué había ocurrido. Uno de ellos, tras escuchar el relato, confesó que efectivamente sintió un ruido en esa dirección y posteriormente vio cómo un animal peludo saltaba la valla, que no hizo nada puesto que no representaba una amenaza directa contra el presidente. En realidad mantuvo tal afirmación para que nadie le riñera por haber ido a hacer sus necesidades en ese momento, descuidando su zona. Fue entonces cuando el ayudante de la barba corrió hacia Svenson para comunicarle la evasión.

Los servicios de seguridad del edificio, policía y grupos gubernamentales de Medio Ambiente peinaron los jardines del edificio y las inmediaciones, sin resultado. La búsqueda se prolongó toda la noche, pero se trataba de una zona atestada de urbanizaciones, jardines y arboledas. El alcalde solicitó a los ciudadanos que extremaran la seguridad y evitaran salir a la calle durante aquel periodo festivo, aunque no se atrevió a suspender ninguno de los actos previstos. A su vez estableció una orden de búsqueda y captura en toda la comarca y se solicitaron voluntarios para emprender un minucioso barrido por el denso bosque. Ante la presión de la prensa, el alcalde, que una vez honrara la figura de la propia Katrin con un monumento, ordenó además que en los carteles figurara la sentencia: se busca, viva o muerta.

Diversos medios de prensa se hicieron eco del suceso. Un periodista llamado Robert Carolingi se erigió como el baluarte de su persecución, escribió un *dossier* acerca del tema, e hizo especial énfasis en lo que empezó a llamarse: la caza de «La Bestia». En un amplio artículo incorporó numerosos casos de personas atacadas por chimpancés salvajes y expuso alguna foto de las víctimas después del ataque. El autor del reportaje afirmaba que él mismo tuvo suerte de salir con vida de aquel infierno —refiriéndose al CNI-A—, y expuso la foto de Katrin ocupando media página. Quien figuraba en la imagen de la portada no era ella, sino un vigoroso chimpancé macho de no menos de cuarenta años que embestía de forma terrorífica con sus grandes colmillos bañados en sangre. Un chimpancé colosal de un metro ochenta al que habían retocado con un programa fotográfico para ampliar los colmillos y añadir unas garras de león, con objeto de incrementar su efecto. De hecho, la figura de Kat Lieberman había pasado de una reconocida genio animal de diez años, a convertirse en una implacable bestia que infundía tanto pavor como las fotos trucadas del famoso

abominable hombre de las nieves, en quien se inspiró Robert para concluir su artículo. Añadió que en el CNI-A le solían dar de comer gatos y perros, que había desmembrado a un ayudante humano con facilidad, pero el centro había echado tierra sobre el incidente a causa de la fama de la chimpancé. Robert se hizo eco de la petición del centro y solicitó la colaboración de todo ciudadano para localizar a aquel «¡monstruo de anormal instinto salvaje cuya fuerza es cuatro veces superior a la de un hombre adulto!». ¡Qué Dios nos guarde!, concluía el artículo.

Casualmente los tornillos del conducto de aire de aquella habitación eran idénticos al de la jaula de castigo del CNI-A. Lilith no pudo salvar a Katrin, pero conocía el Palacio de Congresos y al Oficial de Mantenimiento del mismo, que casualmente era el pluriempleado bedel de CNI-A, Ulises. Nadie insinuó siquiera la posibilidad de examinar aquellos conductos, pues se daba por sentado que Katrin no pudo hacer otra cosa que escapar por aquella ventana rota, a pesar de que nadie hubiera encontrado el objeto utilizado para ello. «Los chimpancés son cuatro veces más fuertes que nosotros», afirmaban con suficiencia para explicar los hechos.

Ellos eran capaces de menospreciarla una vez tras otra y aquello tenía sus ventajas. Una vez dentro, Kat extrajo el destornillador de su cocodrilo, lo utilizó y se dio cuenta del peso de la rejilla que tenía en sus manos. La utilizó para destrozar el cristal de seguridad mediante enérgicos golpes —aprovechando con astucia aquellos momentos en que público aplaudía a Alfred y otros invitados—. Se introdujo en el conducto del aire como ya hizo en el centro y atornilló de nuevo la rejilla, aunque evidentemente tuvo que dejar las cabezas por dentro y en aquella posición quedaron fijadas. Ulises entró al mismo tiempo que los vigilantes y se «pispó» al momento, pero nadie más lo hizo. Ya no «*alucinaba*» con Katrin, atusó su melena pelirroja, se ajustó sus «*molongas*» gafas de sol y los auriculares y silbó una canción «*debuten*» perteneciente a la banda sonora de «El Fugitivo». Pero ni siquiera Ulises pudo imaginar el inesperado siguiente movimiento de su amiga.

Permaneció oculta en aquellos tubos durante más de veinticuatro horas, hasta que otra vez cayó la noche, cuando los hombres dormían. Volvió a entrar en la habitación de «castigo», donde la abertura de la ventana había sido tapiada con listones de madera. Abrió la puerta y desanduvo el camino hasta entrar de nuevo en la sala de conferencias, oscura y silenciosa. Trepó por las largas cortinas rojas, se paró un segundo cerca del cuadro de La Creación, de Miguel Ángel, y se columpió de forma que con su dedo consiguió rozar el dedo del dios de los humanos. Quería conseguir la chispa de la que le habían hablado, pero no lo consiguió, nada cambió en ella. Simplemente experimentó desde su interior una tremenda curiosidad por conocer que habría fuera de aquellos muros. Siguió trepando hasta los altos ventanales y, tal como había observado en otras visitas, confirmó que se abrían y cerraban mediante un sistema de poleas y engranajes desde algún panel de control, pero también eran

susceptibles de abrirse manualmente con una manivela, como así lo hizo. Descolgar del edificio resultaba tarea sencilla para cualquier criatura arborícola, y saltar la valla no lo fue menos. Lo que no resultó tan sencillo fue esquivar a dos policías que con sendas linternas daban interminables vueltas alrededor del Palacio de Congresos.

Después de dicho inconveniente no encontró mucha gente por las calles y alcanzó con facilidad el CNI-A. Había observado el recorrido por las ventanas de la furgoneta durante los trayectos que efectuaba al finalizar alguna exhibición, y tenía una excelente capacidad de orientación. Extrañamente, y después de escapar de sus captores, de aquel museo de los horrores y de conseguir por fin su ansiada libertad, buscaba introducirse nuevamente entre sus muros. Pensaba que quizás no fuera una gran idea, pero tenía que arriesgarse porque, después de todo, allí dentro se encontraba todo cuanto le quedaba en el mundo.

Tenía que trepar un muro liso de cuatro metros de altura que carecía de salientes o puntos de agarre, pero aquella no sería la tarea más complicada que encontraría. Eligió una sólida rama, la más alta que encontró y la apoyó de pie sin base ninguna. En principio no sería suficientemente larga, pero a ella no pareció preocuparle. La agarró con fuerza y, como una pértiga, comenzó a trepar por ella con un movimiento de ascensión rápido y equilibrado, y venció la altura. Increíblemente, en lugar de separarse de la pértiga al impulsarse, la sujetó con su pie prensil y subió con la misma en su poder. Una obra magna de destreza que sería difícilmente igualable, e incluso imaginable para un humano.

Mandrasian permaneció hasta bien entrada la madrugada trabajando en el experimento, ultimando los últimos preparativos del día grande. Era un hombre de recursos y siempre contemplaba una alternativa a las contrariedades. Habiéndose escapado esa sabihonda de Katrin no le quedaba más remedio que acortar los sufrimientos de Beethoven y acostarlo en la mesa de quirófano para abrirle el cráneo en su lugar. Tenía que cumplir los plazos de sus patrocinadores.

Sobre la mesa de juegos de su fugitiva compañera preparaba las inyecciones que debía suministrar al animal antes de atarlo por última vez a la mesa de operaciones. En el futuro debería buscarse otro chimpancé para divertirse, eran sus preferidos. — ¡Su sufrimiento resulta tan humano!—, pensó con deleite.

Si bien su ayudante se encontraba en la Unidad Vientre, no había ningún otro miembro del personal científico en el centro, por eso se extrañó al sentir una brisa de aire estrechamente coordinada con el suave murmullo de unas bisagras en movimiento. Cuando miró atrás la vio.

—Vaya, vaya, «trocitos», ¿me estabas echando de menos, verdad? Sabía que no querías perderte la mayor de tus aportaciones a la ciencia.

La chimpancé no emitió ningún sonido en respuesta, pues tenía su pequeño ordenador guardado en la funda de su espalda y en las manos solo llevaba su viejo cocodrilo de peluche. No esperaba encontrar a Mandrasian en aquel lugar y mucho

menos manejando tantas agujas, así que la sorpresa fue similar para ambos. Beethoven estaba sentado en una esquina de su jaula, temblaba ligeramente y giró la cabeza en su dirección. Los gestos de su cara se expandieron con admiración, él sabía que lo que Ellos decían no era cierto. Katrin no se escaparía sin él. Y se aferró a los barrotes con agitación, parecía rogarle a Katrin que huyera por donde quiera que hubiera venido. Ella le ignoró y volvió a contemplar con desprecio al doctor Mengele. Vio cómo este se acercaba extendiendo una mano como señal de confianza mientras que, contrariamente, seguía profiriendo amenazas.

—No hubiera sido lo mismo sin ti, Beethoven hubiera podido servir, pero el dolor ya es demasiado familiar en él y yo no disfrutaría tanto. Dame la mano y ocupa tu sitio en nuestro mundo. Tendrás un lugar privilegiado en nuestros museos, y cuando acabe de coser tus costuras, nadie sospechará lo que tuviste que sufrir para conseguir la gloria. ¿No querías eso? ¿Ser una pequeña humana? Te quedarás con nosotros para siempre, en nuestras vitrinas...

Dijo esto acariciando la mejilla de la primate. Ella le apartó y con sus dedos pinzó su nariz, en señal de repugnancia. En contestación Mandrasian le asestó tal manotazo de castigo que la tumbó al suelo. Sería fácil imaginar lo que el lector podría pensar en estos momentos, aquello que se suele afirmar, que un chimpancé es cuatro veces más fuerte que un hombre. Pero no creáis lo que dicen. Katrin no era más fuerte que nadie.

Sintió un fuerte dolor de cabeza y un pitido en los oídos, pero aún así se levantó con presteza mientras veía como la mayor de sus pesadillas se abalanzaba de nuevo sobre ella.

Dio unos pasos hacia atrás y blandió su cocodrilo de peluche como advertencia. Mandrasian se rió —estúpido animal—, murmuró entre dientes. Y abalanzó sus manos para cogerla del cuello. Katrin pensó en lo que le dijo Ulises, el motivo por el cual alguien se convertía en un cirujano como Mandrasian. Por su habilidad con las manos, ese era su secreto...

Y con este pensamiento en mente clavó el cocodrilo en una de ellas, en la derecha. Mandrasian dudó un segundo y dio unos pasos atrás. Al ver brotar su sangre sintió una gran dosis de confusión, y comprobó como el cocodrilo de trapo se quedó en la palma de la mano mientras por el dorso asomaba la punta de un destornillador. Al parecer, hasta ese momento estaba resguardado en el interior de su inocente juguete. Para Katrin era un juego de niños utilizar trucos parecidos relacionados con el arte de la ocultación y el engaño. Ya hemos dicho en cuanto se asemejaba su destreza para el engaño con la que demostraban los humanos, pero la suya era aún más efectiva cuando era menospreciada como chimpancé. Mandrasian se arrancó el destornillador y lo dejó caer. De repente se sintió aturdido y se sentó en el suelo. Tomó un pañuelo de su bolsillo y se hizo una suerte de torniquete. Luego sacó su escalpelo con asa de marfil de su bolsillo, se levantó y cuando volvió a mirar hacia Katrin, volvió a amenazar con la misma energía:

—Hoy no volverás a salir del centro, te diré lo que contaré. Contaré que entraste, me atacaste con tus feroces garras animales, me tiraste al suelo con alevosía, me golpeaste repetidamente y me clavaste un destornillador. Y me creerán. Diré que no pude hacer otra cosa más que sacar este escalpelo y clavártelo en el ojo. Sería tal mi nerviosismo que probablemente lo sacaría y volvería a clavarlo en el otro ojo, porque eso es lo que va a pasar. Pero no morirás, tengo experiencia. Luego aprovecharé tu cuerpo y tu cerebro, porque obviamente no voy a dañarlo. Es algo que nos une a los dos, pues ambos lo queremos intacto. ¿Qué tienes detrás de ti? ¿Qué escondes a tu espalda? ¿Más trucos? Demasiado tarde. ¿Me vas a agredir con tus palabritas? ¿Con que te defenderás antes de comenzar a convertirte en trocitos?

Nuevamente sus pasos metálicos se dirigieron hacia ella, pero lentamente, con precaución y blandiendo el famoso escalpelo con mango de marfil.

Cualquiera diría que Katrin se mantenía serena a pesar de entender todas las partes del discurso del doctor Mengele, y máxime cuando lo que tenía en su espalda no podría usarse en ningún caso para su defensa. Tranquilamente sacó la mano cerrada, dirigió la palma hacia arriba y extendió los dedos para descubrir su pequeño secreto. Mandrasian identificó inmediatamente aquella pieza metálica, una llave, y lo primero que pensó fue que ese minúsculo objeto en ningún momento podría competir con su escalpelo. Esa maldita chimpancé se la debió arrebatar del bolsillo al momento de clavarle el destornillador. Pero cuando calculó los posibles usos del instrumento, abrió los ojos con tanta fuerza que parecieron querer salirse de las cuencas, como si hubiera detectado un repentino peligro que requiriera de toda su atención. Luego desvió su mirada hacia la jaula y sus temores fueron confirmados.

Estaba abierta, y cuando vio a Beethoven detrás de él, observándole con gran concentración, se le adelgazó la mirada. Cualquier humano ajeno a las circunstancias diría que su pose solo podía representar tranquilidad, pero sus ojos revelaban con precisión la altura de sus oscuros pensamientos. Su lenguaje corporal era inconfundible, balanceándose sobre sus pies inmóviles, de izquierda a derecha. Posición equivalente a la que adoptan los felinos cuando se agachan y se preparan para saltar. De su garganta surgieron unos suaves ronquidos guturales de enorme fuerza simbólica. Mandrasian llevaba cerca de un año torturando a aquella bestia, pero en ese momento no estaba drogado, no estaba atado y no había ayudantes. — ¡No es justo!—, pensó.

Aún con todo Mandrasian reaccionó rápido y le amenazó con el escalpelo, pero no fue tan rápido como el primate, para quien tal objeto representaba una fijación fácilmente comprensible. Le golpeó la mano con tanta fuerza que el instrumento cortante se clavó en la pared.

Por cierto... ¡Beethoven sí que era cuatro veces más fuerte que un hombre!

El terror se plasmó en su cara e intentó salir corriendo, pero el simio se acercó rápidamente, le atrapó la pierna, le golpeó con la mano abierta y lo zarandeó hasta hacerle perder el equilibrio. En esa posición Beethoven lo proyectó arrastrándolo por

toda la habitación hasta que lo dirigió como si fuera una honda hacia el cubo de basura.

No pudo evitar expresar un grito de victoria, pues llevaba tiempo deseando hacer aquello. En la siguiente acometida le cogió del brazo y empezó a arrastrarlo hacia atrás mientras le soltaba algunos manotazos. Katrin, después de recoger las máscaras venecianas que le regaló Lilith, el ensangrentado cocodrilo y un mechero, le detuvo e impidió que le despedazara, no tenía suficiente temperamento como para presenciar la violencia de su amigo contra Mandrasian, por mucho que se lo mereciera.

Le dijo que tenían que marcharse lo antes posible. Beethoven contempló a aquella criatura arrastrada que se hacía un ovillo de protección, y se dijo que era una lástima desaprovechar aquella oportunidad, pero Katrin era la jefa. De cualquier manera le introdujo en su jaula, cerró con llave y adoptó una posición adecuada, con la pelvis adelantada. Un chorro de orina humeante, magníficamente controlado, cubrió el cuerpo del doctor Mengele. Para despedirse le mandó un beso volado y salió corriendo detrás de Katrin. De esa forma le agradeció al hombre todos sus esfuerzos encaminados a convertirle en un «héroe».

Cuando llegó a la siguiente sala se sorprendió al contemplar como una fina lluvia cubría toda la habitación, Katrin estaba de pie sobre una mesa y luego saltó desde lo alto para retornar al suelo. Pudo entender su nuevo golpe de ingenio en la siguiente sala, donde volvió a subir a la mesa y encendió el mechero contra el sensor de calor, provocando así que los aspersores de agua apagaran un fuego imaginario. Tal como había calculado, las distintas alarmas del centro comenzaron a emitir un fuerte sonido agudo e intermitente.

La normativa europea, tan permisiva en otros aspectos, era tajante en materia de fuegos. En caso de producirse un incendio, todas las celdas debían quedar abiertas para que los animales pudieran escapar. Katrin supuso que el fuego en varias salas distintas debía ser considerado incendio. En realidad Ulises no era muy discreto en los asuntos concernientes a los mecanismos que instalaba. Al menos los otros animales tendrían otra oportunidad, dos contando con las dificultades que tendría Mandrasian para operar con la mano perforada.

Alarmado por la situación, el vigilante del interior acudió para comprobar las zonas afectadas y se encontró de bruces frente a dos animales peludos fuera de sus jaulas. Se disponía a informar por radio del incidente, pero desistió cuando el fuertemente musculado Beethoven se acercó a él y negó con la cabeza. Este, dócil y sabedor de la fuerza del animal, le entregó la radio y voluntariamente esposó su muñeca a una robusta tubería. Katrin aprovechó para usurparle las llaves maestras y su teléfono móvil. Aquella inesperada aparición facilitaba el plan de huida, pues con la envergadura de Beethoven difícilmente se hubiera podido colar por el conducto de aire de la celda de castigo, como hizo ella.

Antes de marcharse tomó prestados dos chubasqueros de agua y los introdujo en la mochila de su ordenador. Una vez fuera, las capuchas junto con las máscaras

venecianas les ayudarían a pasar desapercibidos. Atravesaron una ventana de seguridad que fracturaron ayudados por el extintor de incendios y llegaron al exterior del edificio, solo quedaba superar el muro perimetral.

En ese momento Beethoven escudriñó al cielo que se extendía sobre su cabeza y se detuvo en seco. Por un momento pareció no querer seguir avanzando.

—Corre Beethoven, no te detengas ahora —parecía indicarle ella con gestos nerviosos.

El gran Beethoven se vio, por primera vez en su vida, realmente en libertad. Sus prioridades mentales no estaban tan claras como las de Kat, ni era igual su determinación. No esperaba encontrarse en esa situación, pues no llevaba planeando todo aquel proceso durante una semana. Sintió el peso de lo imprevisto, de lo extraordinario y temió consecuencias. Temió que les capturaran y Ellos se enfadaran mucho, y cuando Mandrasian se enfadaba, dolía. Kat temió que el miedo le paralizara, así que dedicó unos segundos a tranquilizarle con el lenguaje de los gestos. Le decía que también estaba asustada, que nunca había estado en libertad.

—Ya nunca volveremos a tener la misma vida que antes. O escapamos ahora o nos cortarán en dos —afirmó.

Beethoven respondió «uh, uh» y le dio la mano en señal de confianza. Dejó que lo guiara.

Minutos después los dos se habían descolgado desde los muros del CNI-A. No resultó difícil, eran chimpancés.

Una vez consumada la huida sintieron como el aire se dulcificaba al no estar rodeados de muros y rejas de seguridad. No echaron de menos las inyecciones, los horarios, las obligaciones y reglas que nunca llegaron a pedir, como tampoco solicitaron ser héroes para los humanos. Fueron libres por primera vez en sus vidas, sintieron el espíritu de Gandhi y recordaron sus anécdotas en las calles de Jaipur. Su libertad estaba condicionada al anonimato, cierto, pero era mejor ser libres fingiendo ser hombres, que ser ellos mismos en la mesa de acero inoxidable con correas del doctor Mandrasian. Se vistieron los amplios chubasqueros, se calzaron las máscaras y consiguieron unos disfraces ciertamente convincentes.

A pesar de las altas horas de la noche percibieron extraños ruidos. Se encontraron con algunas personas en la calle y todos estaban muy contentos. Con aquellas vestimentas podían ser confundidos con niños u hombres pequeños, así que no les reconocerían siempre que caminaran erguidos —lo que les obligaba a ciertos esfuerzos y frecuentes descansos—. La ropa resultó ser más grande de lo que pensaba la chimpancé, así que debieron mantener levantada la caída delantera con una mano para evitar pisarla y tropezarse.

A la altura de unos altos edificios y asomado a la ventana del piso bajo, descubrió a un niño humano que comía una manzana. El niño posó su vista en ellos y no les

prestó mayor importancia. Se metió dentro de la casa dejando la manzana sobre el alféizar, a su alcance. A Katrin también se le ocurrió tomar prestada aquella fruta. Como la altura era baja no le costó robar la pieza, pero la puerta anexa a la ventana se abrió justo cuando ella aterrizaba. Ahí estaba de nuevo el niño, mirando hacia ellos con extrañeza, como si estuviera confirmando un importante descubrimiento.

—Ahora sí, Katrin, deber, ser, disfraz. —Dijo divertido el niño pelirrojo con pecas, imitando la voz informatizada de la chimpancé. Katrin creyó reconocerlo, el niño de aquella ya lejana conferencia, aquel que afirmaba que Katrin llevaba un disfraz. Ella se quitó la máscara y su compañero la imitó.

—¡Yo tenía razón! Papá decía que te cogerían enseguida, pero yo sabía que no. Puedes comerte la manzana, ¡esperad! —volvió un minuto después y les ofreció pan y embutido, que ellos devoraron con ansia—. Coged más comida, os la doy. Se lo explicaré a mi madre, ella también está de vuestro lado. Nadie cree lo que cuentan los periódicos. Él debe ser Beethoven, ¿no solo has escapado, sino que has montado una fuga colectiva? ¡Genial! Y él tampoco parece como el de la foto... —El niño quería seguir hablando, pero de pronto se vio interrumpido por una voz autoritaria que surgía desde el interior de la vivienda.

—¡Mario!, ¿qué haces en la calle? Anda, entra. Ya es hora de dormir.

El niño les bajó la máscara y se despidió, no sin antes dar un beso a los dos chimpancés.

—Suerte, Katrin y Beethoven. Me gusta vuestro disfraz. Adiós.

Y volvió a introducirse en la casa. Katrin se sintió afortunada de que se tratara de aquel niño y no de ningún otro. A pesar de las advertencias catastrofistas de las autoridades y del periodista Robert Carolingi, la ciudad estaba despreocupada, y disfrutaba con tranquilidad aquel periodo festivo. Si a alguien conocían bien aquellos ciudadanos era a su más famosa habitante, a la que habían visitado por doquier y que congregaba todas las simpatías, por muy peluda que fuera.

En la dirección que tomaron, indeterminada, cada vez veían más y más personas. Todos iban vestidos de formas muy raras, como monstruos, fantasmas, animales, ninjas y otros muchos disfraces. ¡Qué favorable casualidad! Pensó Kat.

Había oído hablar acerca de aquella costumbre humana, lo llamaban Carnaval, pero Ellos no parecían querer escapar de ninguna injusticia.

Todas aquellas personas estaban tan contentas que, entre las botellas de alcohol, la multitud y su apropiado atuendo, no llamaron su atención. A medida que iban superando calle tras calle, adquirieron confianza y dejaron de estar nerviosos. Cada vez se hacía más audible una música que parecía proceder de una plaza abarrotada de gente que bailaba. Se acercaron al lugar y vieron todos esos disfraces, máscaras y antifaces riendo y tomando muchos tipos de bebidas de colores en plena calle. Pudieron percibir los efluvios bacanales de la noche y el extraño comportamiento de Ellos. Les pareció divertido, semejante a las antiguas fiestas que ellos mismos

organizaban en ciertas ocasiones. Como otros meros participantes, la tentación les resultó irresistible e hicieron aquello que tanto les gustaba hacer, bailaron.

Durante más de un cuarto de hora se entretuvieron bailando e imitando los estilos humanos al ritmo de la orquesta que presidía la plaza.

Pero esa pequeña dosis de diversión finalizó cuando Katrin sintió una mano aferrando su trasero. Bajo la máscara, Katrin arrugaba la nariz en señal de desaprobación. Se giró y vio a un humano muy fornido, pero vestido con prendas de mujer, pinturas femeninas en la cara, peluca rubia y gafas sin cristal. Un aspecto realmente cómico. Llevaba en una mano un vaso de color amarillo y un cigarrillo en la otra. Beethoven cogió de la mano a su compañera y la apartó a un lado. A pesar de su enfermedad, Beethoven era mucho más fuerte que ella y ponía mucho cuidado en no hacerle daño. Por supuesto todos sabían que nadie debía hacer daño a Katrin, o siquiera molestarla, pues era la única manera de hacer que Beethoven perdiera su carácter pacífico. Por tanto, cuando comenzó a balancearse bajo su disfraz en un movimiento característico suyo, Katrin temió que pudiera atacar. El humano comprobó la agitación de la máscara triste y dijo:

—No te enfades, hombrecito. Era una broma, no quería ofender a tu pequeña amiga.

Sonrió y extendió con seguridad su mano hacia la figura de Beethoven, a quien confundía con un pequeño humano de metro y medio. Con aquel futuro apretón pretendía limar asperezas y dejar aquel encontronazo en algo banal. Beethoven vio esa mano y sacó sus cinco dedos, alargados y peludos. El hombre sintió el fuerte apretón y su cara adquirió un rictus repentino de sorda agonía.

Obligado por Beethoven, comenzó a agachar su cuerpo hasta que las rodillas se posaron en el pavimento. Le mantuvo en esa posición y comenzó a tomar lo que necesitaba. Le usurpó el cigarrillo de la boca y lo introdujo en el hueco bucal de su máscara. Mientras, Katrin le arrebató la cartera de un bolsillo y la caja de tabaco de otro. Tuvo otra idea. Beethoven consideró que también tomaría prestada la peluca, se echó la capucha atrás y se la colocó mientras el humano, horrorizado, distinguió el cráneo peludo que sobresalía por encima de la máscara. La gente seguía bailando y bebiendo sin darse cuenta de nada, y Beethoven acabó por soltarle después de arrebatarse el vaso de alcohol para bebérselo de un solo trago. Una vez consumado el expolio, se alejaron a buen paso. Katrin había localizado una señal vertical para humanos que indicaba la situación de la estación, y consideró que la cartera les vendría bien si tenían que pagar el tren, como hacía Pankun en sus videos. Atrás, y apagados por la música, sintieron unos gritos lejanos y delatores:

—Monstruos, ¡me han robado los monstruos!, —lamentos a los que, por proceder de un borracho travestido y tirado por los suelos, nadie prestó oídos.

Por fin llegaron a la estación y observaron durante unos segundos la disposición del personal y mecanismos. Entregaron cincuenta euros al dependiente del mostrador

y Katrin señaló uno de los carteles de salidas. Este les pidió más detalle y ella entendió mal.

«Más detalle». ¡Eso debía significar...! Le entregó otros cien euros y volvió a señalar. El cajero sonrió al ver semejante cantidad y señaló otra dirección distinta. Le informó que solo restaba por salir el último tren en dirección a una ciudad lejana cuyo nombre no entendieron, y añadió que si se daban prisa todavía podían tomarlo, tres horas de viaje.

Los chimpancés agitaron sus máscaras arriba y abajo mostrando conformidad. Recogieron los *tickets* y pasaron por debajo de la barrera giratoria, sin introducir los billetes en la máquina. El vigilante se dirigió hacia esos extraños viajeros y les gritó que se detuvieran. Kat se asustó, dejó caer los billetes al suelo y salieron corriendo a cuatro patas en dirección a un tren que en ese justo momento estaba saliendo hacia un destino desconocido. Se subieron sobre la marcha.

Al día siguiente Svenson contactó con Lilith y le contó todo lo relativo a las «dos» huidas de Katrin. Hablaba en nombre de Meyer, quien solicitaba su participación en la búsqueda. Ella, evidentemente, no estaba interesada en colaborar al respecto. Antes más bien se jactó de la incompetencia de aquellos que la echaron y despreciaron las capacidades de su pupila.

—¿Qué se ha escapado doctor? ¿A una eminencia como usted? Yo le admiraba, antes de conocerle en persona, claro. Pero me ha decepcionado y me ha demostrado que para escribir libros de primatología solo es necesario un lápiz. Katrin le ha superado de nuevo, a todos nosotros en realidad. Como usted dijo cierta vez, «parece que piensa», ¿no cree?

Dos horas más tarde varios agentes de policía hicieron acto de presencia en la estación de tren y preguntaron, con total seriedad, si por casualidad no habrían visto pasar por allí a un par de chimpancés. El vigilante y el dependiente se extrañaron ante la absurda pregunta y no dudaron en responder negativamente. En pleno carnaval muchos pasajeros viajaban disfrazados, pero ellos estaban seguros de que podrían diferenciar a un hombre de un animal. De cualquier forma, y según la hora de la huida que los agentes refirieron, solo habrían podido colarse en el último tren. Este disponía de un sistema de pilotaje automático y en breve alcanzaría la estación del Mega Centro Comercial, la última parada. El trabajador de la estación les informó además de que, según las cámaras interiores de los vagones, no había pasajeros a bordo, ni por supuesto chimpancés.

—Mejor todavía —afirmó con tranquilidad uno de los policías—. Las autoridades están atendiendo a los informes del Instituto Geográfico Nacional y han decretado la alerta en toda esa región. Los datos sísmicos indican gran actividad, por lo que es probable que en las próximas horas o días se produzca un terremoto de gran magnitud. Los servicios de emergencia estatales ya están procediendo a evacuar la zona.

CAPÍTULO 10

Recuerdo como nos alejábamos a toda velocidad del CNI-A sobre aquel caballo de acero y con qué admiración observábamos, a través de las ventanas, la cadena de casas humanas, árboles y montañas apareciendo y desapareciendo como fantasmas en medio de la oscuridad. Una señal de megafonía emitía ininteligibles advertencias de terremotos, evacuaciones y otras noticias relativas al pánico y a los militares en la calle, al mismo tiempo que rogaba a los pasajeros tranquilidad y civismo.

A cada parada, más y más gente desaparecía con nerviosismo del vagón, hasta que nos quedamos solos. Como he dicho, no entiendo muchas palabras humanas. Terremoto, evacuación y alerta tampoco formaban parte de mi escueto vocabulario. Una vez nos quedamos solos, nos relajamos y nos sentimos audaces. Retiramos nuestras prendas de ropa y máscaras, y pudimos respirar con alivio. En una de las paradas tuvimos una extraña sensación, como si la tierra se moviera bajo la máquina. Al mismo tiempo percibimos algún tipo de ruidos en la lejanía, como truenos de la tierra. El mundo de los humanos parecía muy divertido. ¡Muérete de envidia, Pankun!

Beethoven decidió que quería tomar el aire, e intentó abrir una ventana. El mecanismo de la misma era muy complicado y yo tampoco supe darle mejor solución que la suya, quien decidió arrancarla de cuajo. No siempre consciente de su propia fuerza, giró la cabeza hacia ambos lados con gesto de culpabilidad, pero acto seguido cogió otro cigarrillo, se lo puso en la boca y lo encendió con nuestro mechero. Me indicó que le siguiera y, mientras el vagón comenzaba a salir con lentitud de otra nueva estación, desapareció a través de la claraboya. En esos momentos no supe a donde se dirigía, pero no podía ser peor que una tarde con Mandrasian. Cuando asomé la cabeza localicé sus pies colgando del techo del vagón, y no tuve problemas para encaramarme y situarme a su lado.

Sentimos una brisa agradable que cada vez era más densa, pero resultaba emocionante. Su cigarro acabó por apagarse, justo antes de ver como su pelo comenzaba a ser golpeado por el viento. El vagón iba cada vez más rápido y él orientaba su cara hacia el frente, sintiendo como sus ojos se cerraban ante la fuerte brisa y su cómica mueca hacía parecer que iba a estornudar de un momento a otro. De pronto su cigarrillo desapareció parcialmente y se quedó únicamente con el pitillo firmemente atrapado entre sus dientes. Sin embargo, asintió en señal de chulería.

En ese momento comencé a valorar el gran riesgo de nuestra nueva situación, no sabíamos con precisión la velocidad que podría alcanzar aquella máquina, ni los efectos que dicha velocidad podían producir sobre nosotros, quienes manteníamos tranquilamente los pies colgando, como si los refrescáramos en una piscina de aguas tranquilas. Él se puso de pie sobre el vagón mientras que su cuerpo se agachaba hacia

adelante para compensar la presión, se divertía. Yo le grité con preocupación, pero no me oía.

Adquirimos tal velocidad que de repente una curva casi me escupió hacia afuera, así que me agaché y me aferré con fuerza, podría haberme matado. Beethoven me vio, se preocupó y se situó sobre mi espalda. Sus brazos se asieron a unos salientes con férrea tensión y me mantuvieron tan segura como si estuviéramos paseando por la orilla del río. Los dos sentíamos como el aire nos golpeaba con fuerza, pero estábamos cómodos. Tan cómodos estábamos que conseguimos un estado de relajación inesperado, él mucho más que yo.

Muchos días hacía que yo no tomaba las pastillas, las que evitaban que me excitara, y en ese momento había dejado de importarme. Las clases se habían acabado para siempre y el pacto con Lilith se podía considerar anulado. Así que en esa posición copulamos por primera vez mientras el sol asomaba su coronilla por las montañas de oriente, a toda velocidad. Fueron los mejores quince segundos de mi vida y lo mejor que había hecho Beethoven en la suya, después de pegarle a Mandrasian, claro.

Algunos minutos después del acaloramiento anterior empezamos a sentir como aquel aire, por un lado tan divertido, comenzaba a congelar nuestros cuerpos de forma progresiva. Noté que mi nuevo novio comenzaba a dar muestras de cansancio, y sus dedos comenzaban a perder firmeza en el agarre. Por suerte, la velocidad del tren volvió a descender, así que aprovechamos para soltarnos y descender por la ventana, de nuevo al interior del vagón. Para volver a entrar en calor volvimos a ponernos nuestros disfraces, justo en el momento en el que el tren estaba a punto de alcanzar un nuevo andén.

Antes de abrirse las puertas tomamos nuestras cosas, nos pusimos las máscaras y nos dispusimos a salir, pero una marabunta de personas nos lo impidió al precipitarse con locura hacia el interior del vagón. Nos habíamos relajado tanto que habíamos dejado de vigilar. Ellos gritaban y empujaban, cargaban con pesados bultos, y cuando logramos encontrar un hueco por el que filtrarnos hacia el exterior, gracias a nuestro pequeño tamaño, nos detuvimos para contemplar el extraño comportamiento de los asustados humanos.

Cientos de personas, miles, se aglomeraban en aquella estación. De nuevo sentimos los temblores bajo nuestros pies. No supe interpretar aquella situación porque nunca experimenté algo parecido, pero aquellos movimientos resultaban agradables, como cuando me encaramaba sobre el secador de la ropa en funcionamiento. Quizás algo muy bonito estaba sucediendo fuera de allí, y toda la gente se marchaba a contemplar el espectáculo. A Katrin también le gustaba ver las cosas bonitas, pero Beethoven no podía viajar más, necesitaba descansar.

Las personas de esa estación eran normales, no estaban disfrazadas, pero sin embargo había otros muchos hombres disfrazados de uniformes todos idénticos, y

todos parecían enfadados. Daban órdenes y gritaban para que ninguna persona quedara fuera, pero nosotros no éramos personas, así que no hicimos caso.

Nos escabullimos de su vista y saltamos una valla, hacia una zona de campo abierto y en dirección a los edificios. También allí había hombres uniformados, y uno de ellos salió de detrás de una caseta, cogiéndome el brazo y gritando palabras que no entendí. Me puse muy nerviosa, pero pude comprobar que Beethoven lo estaba aún más. El hombre acercó su mano a mi cara para quitarme la máscara y Beethoven se la apartó bruscamente. El hombre me soltó y nos dijo que nadie podía quedarse en aquel lugar. Como respuesta, Beethoven agarró un tronco del suelo y comenzó a esgrimirlo sobre su cabeza con habilidad. A pesar de nuestra «aparente» falta de coordinación, somos capaces de coger un palo con las dos manos y golpear con fuerza. Beethoven dio muestra de ello cuando casi derribó al hombre, no me dio tiempo de impedirlo. Este gritó palabras feas que no se debían decir y nos dijo que hiciéramos lo que quisiéramos. Nos llamó locos y otras palabras más feas todavía antes de salir corriendo. Al parecer él también debía coger nuestro tren. Nos quedamos para ver como se subía a bordo, y contemplamos como este comenzaba a moverse en silencio, introduciéndose en la neblina matinal. Nos extrañó que nadie subiera al techo del vagón, con lo divertido que era.

Por fin nos quedamos solos, extrañamente solos. Absolutamente nadie había dejado de acudir a aquel lugar donde imaginé que debían estar sucediendo aquellas cosas tan bonitas que conseguían vaciar ciudades enteras, y me daba rabia saber que me lo iba a perder. Desde que salimos del vagón el sol ya ocupaba un lugar en el cielo y disipaba toda la oscuridad.

Su dios era muy bueno, pues después de inventar la tierra, las estrellas y la luna, inventó el sol para acabar con la oscuridad y darles calor. Me pregunté qué hacía Hanuman mientras tanto.

Caminamos largo rato, pero la ciudad estaba muerta. Coches atravesados en las calles, las puertas de las casas estaban abiertas y el silencio era tan profundo que solo parecía deparar situaciones de peligro.

Después de un buen rato de camino leí las grandes palabras de un inmenso cartel, Mega Centro Comercial, y recordé que allí era donde Lilith iba a comprar «de todo», o eso dijo en alguna conversación. Puede que allí encontrara una cura para Beethoven. En una inmensa zona de aparcamiento había otros muchos coches aparcados, un camión que había derramado una gran cantidad de naranjas, y muchos restos de basura por todas partes desplazándose al antojo del viento. Beethoven cogió una de esas naranjas y me confesó, mientras se comía la fruta fresca con cáscara incluida, que aquel lugar le gustaba. Abandonamos los chubasqueros allí mismo, pero guardé las máscaras en la funda, junto al ordenador, el mechero y el cocodrilo con su destornillador. Nos dio la impresión de que, al no estar Ellos, ya no habría nada que

temer, así que volvimos a ser nosotros mismos. Apoyamos nuestras falanges sobre el suelo y ya no dejamos de trotar como cuadrúpedos que éramos.

Mientras recorríamos el perímetro del centro comercial, una gran puerta de cristal se abrió automáticamente a nuestro paso, lo que interpretamos como una invitación de entrada. En mi interior, y supongo que también Beethoven tenía pensamientos parecidos, sentí el temor de que en el momento menos pensado un numeroso grupo de batas blancas con pistolas de dardos nos rodearía y nos enviarían de nuevo a las jaulas para castigarnos y convertirnos en héroes, de esos héroes que se desmayan para siempre. Pero si Beethoven lo pensaba, no parecía estar preocupado, sobre todo en el momento de atravesar las compuertas de cristal. Aspiró con fuerza y sintió una gran gama de deliciosos olores que irrumpían directamente en su estómago.

A pesar de la poca visibilidad del recinto, no tuvimos problema para iniciar un largo recorrido por entre los pasillos de altas estanterías llenas de objetos de bonitos colores, de formas y figuras llamativas. Beethoven tomó prestada una caja que contenía una sustancia que confundió con chocolate en polvo. Los chimpancés vemos muy bien en la oscuridad, pero él se dejó llevar por su glotonería. Le intenté arrebatara aquella caja, pero no pude evitar que introdujera un buen puñado dentro de su boca. Luego tiró el recipiente de cartón con disgusto y comenzó a escupir nubes de café, tosiendo y gruñendo, mientras yo le preguntaba con mi voz más suave e irónica, si la próxima vez me dejaría leer el exterior de aquello que tenía intención de probar.

Establecido definitivamente mi liderazgo, encontramos lo que a partir de entonces sería nuestro lugar de encuentro. Nuestro nuevo refugio era una especie de jardín con hamacas para tumbarnos, con piscina y hierba de mentira, donde había muchos aparatos de recreo que parecían destinados a las crías humanas. También había un gran tragaluz que dejaba entrar la luz natural del sol —a Beethoven le entusiasmaba el sol— y unas palmeras artificiales que, a duras penas, daban la sensación de que nos encontrábamos en una pequeña jungla.

Depositamos allí nuestros bártulos e iniciamos una patrulla de avituallamiento que tuvimos que interrumpir enseguida, cuando volvieron los dolores de Beethoven. Buscamos un sitio donde descansar y elegimos una pequeña cafetería con amplios ventanales que proporcionaban una gran luminosidad natural.

Beethoven saltó al otro lado del mostrador e inmediatamente corrió hacia los surtidores de bebidas. Olfateó cada una de las cuatro cañerías para acabar decidiéndose por la primera. Arrimó su boca a lo que creía que era una especie de cañita similar a las que nos ponían en el CNI-A para sorber el contenido. Apartó la boca con desilusión, pues por mucho que chupaba y sorbía no obtenía el manjar esperado. Me alongué y empujé una palanca, lo que sirvió para que de aquel surtidor brotara un espumoso líquido amarillo. Él, entusiasmado, situó su boca en el extremo durante más de un minuto, hasta que se hinchó de cerveza. Apartó el morro, se secó la espuma con el antebrazo y mostró toda su dentadura en señal de agradecimiento. Luego acudió a sentarse a uno de los cómodos asientos de cuero que rodeaban una

mesa de comensales. Parecía aliviado, pero sobre todo, somnoliento. Pensé que si se echaba una siesta yo podría disponer de algunas horas para comenzar a buscar el remedio contra el cáncer.

Cuando emprendía un juego o una misión siempre lo hacía convencida de mi éxito, pues el optimismo siempre conducía a las soluciones de los problemas de Lilith. No imaginé en ningún momento que ni siquiera en aquel lugar mágico encontraría lo que buscaba. Eché un vistazo alrededor, a todas aquellas paredes cubiertas de imágenes que adornaban la cafetería. Había fotos de hombres y mujeres alegres, de coches bonitos y paisajes exóticos, pero aún así sentí tristeza, como cuando visitaba la solitaria jaula de Gandhi y sabía que ya no volvería a verle porque se había ido al cielo.

También había cuadros. Me levanté y descolgué cuatro o cinco, los más bonitos, paisajes. Los situé alrededor de la mesa para posteriormente adornar nuestra nueva guarida. No solo sabía reconocermme ante el espejo, sino que había averiguado que todas esas pinturas también representaban acciones humanas. Lo que más les gustaba a Ellos eran las representaciones humanas, y después, los paisajes, los cuales constituían la primera de mis predilecciones. A falta de escenarios parecidos a nuestra jungla, me gustaba imaginarme dentro de aquellos paisajes, surcando sus lagos en barca, o paseando en aquellos bosques llenos de flores de muchos colores junto a Beethoven, a quien pensaba llevar a la jungla una vez que hubiese conseguido curarlo.

No era la primera vez que saltaba imaginariamente dentro de aquellas representaciones. Una vez, en el CNI-A, me había imaginado a mí misma charlando con esa chica deforme que tiene los ojos bajo la nariz y las orejas encima de la boca, tratando de alegrarla. Recuerdo que observando aquella imagen le comenté a Lilith:

—*Lilith, niña, dolor, dolor* —pensé que una mujer con semejante disposición física debía sufrir mucho, pero ella me explicó que la había pintado un humano llamado Picasso, y que a aquella chica en realidad no le dolía nada.

Tomé de la mano a Beethoven mientras comenzaba a adormilarse sobre la mesa, cuando de pronto una melodía muy triste irrumpió en aquel silencio espectral y le sacó de su somnolencia. Él pensó que provenía de mi ordenador, pero yo sabía que estaba apagado a mi espalda. Entonces miré hacia una de las ventanas y distinguí el reverso de una cabeza humana recostada contra el cristal, que soplaba un instrumento parecido a una flauta. Al parecer, no había percibido nuestra presencia. Quizás debimos haber huido, pero aquella melodía era la más armoniosa que habíamos oído en mucho tiempo. Nos extrañó encontrar a uno de Ellos cuando ya estábamos plenamente convencidos de habitar una ciudad fantasma.

Lo observé de perfil y pude observar que era un hombre de pelo muy largo y amplia barba que vestía prendas amplias de vivos colores, demasiado desaliñado para ser un humano. Era un hippy. A su lado descansaba una amplia mochila de viaje en la que debería guardar todas sus pertenencias.

Hacía sonar aquella deliciosa melodía para sí mismo, sin imaginar que contaba con dos admiradores muy especiales. Aquella triste cafetería dio lugar a una de las amistades más especiales que disfrutamos en el mundo de los bípedos. Beethoven se sintió tan extasiado que se olvidó de ocultarse, se puso de pie sobre la mesa y apoyó las manos contra el cristal.

Debido a la ligera vibración producida por el movimiento de Beethoven, el hombre notó su presencia y miró hacia atrás. Esbozó un suave gesto de sorpresa pero no dio un bote, ni nada parecido. Parecía ser un hombre fuera de lo común, y no tardó en retomar su partitura, aunque ahora en nuestra dirección, mirándonos a través del cristal. Ya he dicho que Beethoven también era muy inteligente, no le costó nada averiguar el mecanismo de la ventana, la abrió y sacó la cabeza para mirarle fijamente y escuchar mejor. Por supuesto que yo estaba de acuerdo, era la fiesta de Beethoven y ese hombre era especial. Dejó de tocar y aceptó la invitación. Introdujo la mochila y consiguió colarse por la ventana con algo de dificultad. Entró en nuestro mundo.

El hombre les dedicó una amplia sonrisa y se presentó con educación:

—Hola, señor chimpancé, ¿señora chimpancé? Sois una atípica pero hermosa pareja. Seguro que vuestra historia es mucho más interesante que la mía. Tocaré solo para vosotros, si me lo permitís.

Observó a su alrededor y examinó los cuadros que rodeaban a los chimpancés, orientados principalmente a paisajes, lagos y florestas; Monet, Renoir, Cezanne... Al parecer la extraña pareja se sentía inclinada hacia el arte impresionista francés. Se sentó junto a Beethoven y siguió haciendo brotar notas de su instrumento de viento como si todos los días se enfrentara a situaciones parecidas.

Después de unos minutos Kat sacó su funda trasera y extrajo el ordenador. El hombre dejó de tocar inmediatamente, pues ese gesto sí que llamó profundamente su atención y observó aquella suerte de ordenador con sumo interés. Tanto interés que no pudo evitar extraer su pitillera, que a su vez despertó la atención de Beethoven. La caja que habían tomado prestada al chico del carnaval ya estaba vacía.

—*Yo soy Katrin, él es Beethoven. También soy Kat. Así llaman los humanos a nosotros.*

—He oído hablar de vosotros, sois famosos. Las fotos del periódico no os hacen justicia —extrajo de su mochila el ejemplar de una revista publicada tras la fuga y les mostró la primera página. La firmaba un tal Robert Carolingi.

—*Esa no Katrin, Beethoven quiere tabaco.*

—¿Cambio de tema? De acuerdo. Se lo daré, pero no debería hacerlo, fumar produce cáncer.

—*No importa, él ya tiene todo el cáncer, por eso nos escapamos. Katrin quiere curar cáncer de Beethoven. Luego nosotros vamos a la jungla de África.*

El hippy observó con detenimiento al chimpancé y comenzó a percibir algunos bultos en su cuerpo, cicatrices de su cara, pecho, costados..., y sobre todo percibió el

dolor que se dibujaba en los surcos de sus ojos. Algo en su expresión decía que no era el primer día que aquel animal sufría. La chimpancé parecía hablar muy en serio.

—Si es así, le daré otra clase de tabaco «especial». Creo que le gustará.

Seleccionó un cigarro liado y se lo ofreció a Beethoven, quien se apresuró a iniciarlo. Beethoven fumaba mucho porque era bueno para el cáncer, pero aquel, aunque olía extrañamente, además conseguía suavizar su dolor.

—*¿Eres Jesucristo? Katrin ve algunas fotos tuyas en libro.*

—*¿Te lo parece?, no eres la primera que me confunde. Tengo barba y pelo en abundancia, pero creo que no soy hijo de ningún dios. Me llamo Heraldo.*

—*Chimpancés también tienen un dios. Se llama Hanuman.*

El hombre volvió a sonreír. Comprendió que Katrin tenía conversación para rato, y contestó:

—Confieso que entiendo lo básico acerca de lo místico, pero me alegro por vosotros. Por otro lado, si es verdad que el hombre comparte con los chimpancés más de un 98 por ciento del ADN, y teniendo en cuenta que Dios hizo al hombre a su imagen y semejanza, ¿no sería científicamente aceptable afirmar que Dios comparte un 98 por ciento de su código genético con vosotros? —afirmó alisando los labios en señal de ironía.

El hombre utilizaba palabras complicadas y así resultaba imposible entenderle, pensó Kat. Lilith debería haber estado allí para explicarle que debía utilizar palabras y expresiones simples. A pesar de todo, su voz era tranquilizadora y sus ojos amables. Extrañamente le resultaba atractivo, quizás fuera porque llevaba el pelo tan largo y una barba tan espesa que parecía un poco chimpancé.

—*Me gustan tus ojos* —dijo ella.

—Gracias, a mí también los tuyos. Dicen muchas cosas de ti, todas son buenas. Son especialmente expresivos.

—*Katrin mira los ojos de personas, pero nunca le dicen nada. Por eso se concentra en manos y en palabras.*

—Pues puedes conseguir grandes cosas observándolos y sabiéndolos utilizar. Los ojos son la parte más auténtica y viva de nuestro cuerpo, la única capaz de transmitir la verdadera dimensión de nuestra personalidad. A través del negro de los ojos se pueden calibrar los pensamientos, es donde se intuye el mecanismo que los mueve, y es, por lo tanto, el catalejo del capitán, el mapa del general, el radar del submarino..., es en definitiva el centro de operaciones. Si no los observamos fijamente descuidamos el objetivo y otros pueden apreciar nuestras debilidades. Cuando hablamos, nos miramos a los ojos y cuando un depredador observa a la presa, la enfoca con la misma proporción al objetivo. Los ojos no engañan, solo el resto del cuerpo, en conjunto, puede darnos una pista equivocada.

—*Katrin no entiende. Heraldo dice palabras difíciles. Di palabras sencillas. Katrin tonta, Heraldo inteligente.*

—Perdona, no me hagas mucho caso. A veces hablo demasiado, sobre todo cuando me coloco —afirmó al tiempo que levantaba su cigarrillo especial, gesto que ella tampoco entendió—. A partir de ahora intentaré hablar con sencillez. Pero no es cierto que sea más inteligente que tú. ¿Realmente es más inteligente un ordenador que una tostadora?

—A Katrin le gusta Heraldo, la voz y la barba. Katrin sigue sin entender.

—Pues gracias —respondió nuevamente con satisfacción. Se trataba de la conversación más apasionante que había disfrutado nunca.

La chimpancé plegó el ordenador y le indicó que les acompañara a su guarida. Les ayudó a llevar los cuadros y tomó una de esas hamacas para sí. No sabía de ningún lugar mejor para pasar la noche.

Les explicó que la ciudad estaba vacía porque había temblores en la zona y existía una alta probabilidad de terremoto. También les contó que un terremoto era una cosa muy mala que había ocurrido otras veces en el país, y por eso la gente estaba asustada y huía. En zonas de mucha actividad sísmica, como en algunas islas de Japón, la población abandonaba islas enteras hasta que se restablecía la normalidad, lo que podía llevar incluso años. Katrin se alegró de conocer esa noticia porque así podría disponer de más libertad para cuidar de Beethoven, pero no sabía por qué Heraldo no se había marchado con los demás. Heraldo confesó que era un antisistema, y que rechazaba continuamente las órdenes gubernamentales. Si el presidente decretaba que en algún lugar determinado iba a producirse una catástrofe, conociéndole como le conocía, seguramente aquel lugar sería el más seguro del mundo.

—Algunos hombres son buenos —expresó Katrin—. *Se acerca un desastre y hacen que la gente se marche para protegerlos. Por eso gritaban en la estación de tren. Pero otros son malos como Mandrasian, que mató a muchos animales después de darles mucho dolor.*

El ser humano se tomó un segundo para pensar, dirigió sus ojos hacia el tragaluz y su rostro se clareó. Pensó de nuevo en los dioses humanos y dioses chimpancé, y en las calamidades que les hacían sufrir a animales indefensos como Beethoven. Reflexionó acerca del mercadeo cruel que los hombres efectuaban sin compasión cuando se suponía que ya habían llegado a la excelencia moral. ¡Nada más lejos! Se le hacía extraño que el hombre se preocupara tanto de los dioses cuando había tanta injusticia en el mundo. Heraldo se preguntó si existiría en algún planeta del universo otro ser que tuviera dioses muy por encima, animales muy por debajo, y ellos justamente en el centro, beneficiándose de ambos. Concluyó que los hombres eran incapaces de controlar a ningún dios. Podrían controlar una religión, una iglesia, unos cuantos papeles oficiales y sagrados y a unos cuantos millones de feligreses, pero ese dios seguiría escapándose de sus manos. Llevó su extraño pitillo a la boca, exhaló una pequeña nube de color gris oscuro y opinó:

—Nosotros, los hombres, tenemos tendencia a sentir empatía «solamente» hacia las tremendas desgracias y «solamente» en determinadas circunstancias. Lo demás no

existe.

Tras escuchar semejante afirmación, Katrin volvió a quedarse pensativa. Seguía sin entender, así que no pudo expresar ninguna opinión al respecto. Se dio la vuelta y se marchó sin contestar. Heraldó pronto se acostumbraría a esa tosca manera de finalizar las conversaciones. La joven simio decidió comenzar a buscar entre las estanterías una medicina para Beethoven. El hombre le iba a ofrecer otra calada al enfermo, pero ya estaba profundamente dormido. Entonces pensó que mientras Katrin encontraba un remedio efectivo, quizás él debería ponerse manos a la obra y aportar todo cuanto sabía al respecto, debía compensar de alguna manera tan buena acogida. Se levantó, salió del centro y recorrió unas cuantas calles. Ahí se encontró frente al laboratorio farmacéutico.

Katrin descubrió unos carritos con ruedas e imaginó que servirían para que ella pudiera cargar con las medicinas y tratamientos. Aquel lugar era increíble y a cada momento descubría más y más cosas útiles conjuntamente con otras cuya utilidad nunca llegaría a conocer. Comenzó a introducir comida y diversos utensilios que podrían utilizar para sus fines y para completar las necesidades de su estancia. Un extraño instinto, previsión femenina, quizás, le hizo cargar con más cosas de las necesarias. Luego volvió y se acostó al lado de Beethoven, también llevaba muchas horas sin dormir.

De pronto se encendieron las luces y se despertó alarmada. Tuvo que taparse los ojos ante tanta claridad, debía llevar muchas horas durmiendo. Beethoven sin embargo llevaba un rato despierto y temblaba mucho.

Heraldó apareció muy sonriente, decía que traía regalos para todos. Además de localizar la centralita de energía del centro y de activar toda la iluminación y sistemas eléctricos, trajo chocolate, caña de bambú, caña de azúcar, arbustos de decoración, un aparato de música y unos discos. Su carro estaba indudablemente mejor surtido que el de Katrin, y ella no pudo evitar sentir cierto desagrado por ello. El hombre se acercó a Beethoven y le preguntó por su estado. Este hizo unos gestos que él no comprendió y Katrin le tradujo a través de su máquina.

—*Le duele, siempre le duele.*

—¡Pues eso hay que arreglarlo! —correspondió Heraldó con alegría.

Y comenzó a disponer sobre una mesita de jardín algunas cajas con medicamentos y jeringuillas. Rellenó una de estas y la manipuló hasta que una gota brotó de la aguja. Beethoven se sintió inseguro al reencontrarse con las agujas y miró a su compañera en busca de opinión. Ella asintió.

Parecía tener cierta soltura con el material sanitario y descargó el contenido dentro del organismo de Beethoven sin ninguna dificultad. Este sintió un alivio inmediato, se recostó sobre la hamaca y emitió unos sonidos cortos y agudos de felicidad.

Katrin se sintió estúpida al darse cuenta que aquel hombre conseguía mejores resultados que ella, quien ni siquiera había comenzado su tratamiento. De todas

formas se lo agradeció con un abrazo y un beso, que Heraldo admitió sin poder evitar cierto sonrojo.

Los días siguientes fueron muy positivos para Beethoven, quien alternaba estados de felicidad absoluta, actividad y ganas de jugar, con algunas etapas cortas de somnolencia y cansancio. Pero gracias a los cigarrillos y las jeringuillas de Heraldo, ya no sentía dolor.

A la mañana siguiente elegí mi primer traje y usé mi primer bolso. Beethoven se decantó por un traje de chaqueta gris de diseño italiano y corbata que ató groseramente a su cuello, todo ello retocado con un elegante sombrero al más puro estilo de los vaqueros de película. Quizás se trataba del primer vaquero descalzo que habíamos visto, pues ninguno de aquellos zapatos le entraba bien debido a los desastrosos modelos diseñados por los sastres humanos. Al vernos de tal guisa, Heraldo decidió que teníamos que casarnos.

El hippy improvisó un altar uniendo mesas y sillas repletas de muñecos que hacían la función de invitados en un amplio espacio entre las secciones de ferretería y mobiliario. Beethoven se inclinaba por olvidar aquella cosa extraña de la boda y visitar la sección de helados.

—Típico. —Añadió Heraldo con ironía. Al final se decidió que trasladarían a los invitados a la sección de helados, donde se celebraría el acto y posterior banquete nupcial. Beethoven solo aceptó el cambio de planes cuando vio la tarta que, afirmaba Heraldo, correspondía a la celebración de la boda. Inició el acto con tono ceremonioso, pero sin abandonar sus vestimentas informales y desgastadas:

—Haciendo uso del poder que me ha sido concedido por la cúpula gubernamental temporal de la ciudad, y en virtud de amor que se profesan los aquí presentes...

En ocasiones tuve que interrumpir su sermón para pedir a Heraldo que usara palabras sencillas y así poder traducir por gestos a Beethoven. Heraldo le pidió al novio que introdujera el anillo, el más caro anillo de diamantes de la ciudad, en el dedo de la novia para consumar el matrimonio. Beethoven, previamente, lo olfateó y lamió para acabar descartando su consumo, y luego lo deslizó suavemente a lo largo del interminable dedo de la novia. Luego aplaudió como si aquello hubiera sido algo importante. En ese momento vino aquello de que por fin éramos marido y chimpancé, y que estaríamos juntos toda la vida.

Hago aquí un inciso para explicar la siguiente anécdota. El novio sacó bíceps y mientras miraba de lado a lado, asintió con suficiencia. Luego Heraldo permitió al novio besar a la novia, y esta se olvidó de traducir para pasar a la acción. Del beso se pasó al abrazo, y ante la mirada atónita del maestro de ceremonias, consumaron la noche de bodas en aquel mismo altar.

Lo primero que hicimos después de nuestra boda fue lo que Heraldo llamó «Luna de Miel». Se trató de un acto sencillo, que consistió únicamente en una cita dentro del centro comercial. Salimos pues de compras como las parejas humanas, vestidos como tales y empujando el carrito con distinta suerte según el peso y la trayectoria a tomar.

Cuando desfilábamos por la sección de yogures, carnes y congelados notamos cierto olor a putrefacción, debida principalmente a la desconexión de las neveras hasta el momento en que Heraldo intervino. Como cualquier pareja humana paseábamos, imitábamos sus maneras entre risas y seleccionábamos de las distintas estanterías los objetos que mejor aspecto presentaban y las comidas más ricas que permanecían comestibles, que eran muchas. Sentimos que de aquella forma estábamos recuperando parte del tiempo que nos habían robado, que podríamos compensar el daño causado y cobrar los sueldos que Ellos nunca consideraron necesarios en pago por nuestra esclavitud y sacrificios.

A veces descartábamos algunos productos en medio de airadas discusiones, como si al final fuéramos a tener la obligación de pagar la cuenta. Lo bueno de las discusiones era que acababan en cópula a pesar de la dificultad que entrañaba hacerlo con vestimentas humanas.

La tercera parte de la ciudad, el representante de la raza humana, aceptaba nuestro comportamiento con total normalidad. Siempre y desde cualquier lugar del centro podíamos escuchar sus melodías en la distancia. Heraldo era una banda sonora de dos piernas que nos proporcionaba paz y tranquilidad cual pastor de nuestro rebaño, y sentíamos que nada malo nos podría ocurrir en su presencia.

La jornada comenzó a estropearse al cruzar la sección de bebidas alcohólicas cuando, dado su poco recato y autocontrol, comenzó a beber con tal desmesura que tuve que llevármelo a rastras. Por el camino pasamos por la sección de deportes e intentó tragarse una pelota de tenis que presentaba en realidad un color delicioso, pero se lo impedí. No pude evitarlo sin embargo con una pelota de Bádminton, que él confundió con un pájaro por aquello de las plumas.

Cuando por fin conseguí tumbarle en la hamaca, ayudado por Heraldo, Beethoven le arrebató la flauta. Intenté que se la devolviera, pero el hombre de barba me dijo que no importaba, que se la regalaba. Habían muchas más en el centro.

Mientras Beethoven ponía a prueba sus dotes musicales mediante, todo sea dicho, una técnica no muy depurada, Katrin se sentó al lado de hombre y hablaron. Siempre le agradaba intercambiar palabras con los humanos.

Le habló de Lilith y de cómo la echaba de menos, incluso le enseñó unas imágenes en las que ambas jugaban juntas.

También le relató detalles de su estancia en el centro, de los experimentos de Mandrasian, de cómo cada mañana trasladaba a Beethoven a una sala revestida de un blindaje especial para atarlo a una mesa y exponerle durante horas a una lluvia mortal de ondas electromagnéticas. ¿Para obtener qué? Pensaba Katrin. Lilith afirmaba que a veces algunos chimpancés morían para buscar antídotos a peligrosas enfermedades que acosaban a los humanos, porque eran los animales más parecidos a Ellos. Kat lamentaba esas enfermedades, pero más lamentaba parecerse a Ellos. ¿Los chimpancés tenían la culpa? ¿Sería distinto que sacrificara a cuatro o cinco humanos para intentar curar el cáncer de Beethoven? ¿Estaría mal?

También le contó como descubrió a Gandhi y como averiguó lo que le iban a hacer a ella misma. Por ese motivo decidió escapar y llevarse a Beethoven, sabía que al marcharse, Mandrasian iría a por él. Se cansó de los humanos y decidió que no permitiría que los científicos que sustituyeron a Lilith destrozaran a Beethoven.

Finalmente le contó como escaparon y como le pidió a Beethoven que no matara a Mandrasian. Heraldó opinó que si lo hubieran hecho, tampoco habría estado mal.

—*Lilith dice que no se debe golpear a humanos.*

—Seguro que su norma tenía excepciones, pero yo no soy quien para hablar de Lilith. Hizo un buen trabajo contigo y además te ayudó a escapar. Si quieres puedo intentar llamarla... ¿Qué te parece? Podrías hablar con ella. Vendría a buscarte, estoy seguro de ello.

Los ojos de Kat se tornaron tristes y pensativos, pero finalmente le pidió que no lo hiciera. Lilith ya tenía otros chimpancés y ella ya no estaba preparada para vivir más tiempo con los hombres. No quería muros, jaulas o lecciones. Solo quería descansar los días suficientes para curar a Beethoven y marcharse a África.

—Respeto tu opinión y haré lo que me pides —contestó el hombre—. Pero, debo hablarte de algo que me preocupa. Debes comenzar a pensar en... —se detuvo y tragó saliva, no sabía cómo expresarse—, existe una posibilidad, Katrin, de que Beethoven no se ponga bien, que no recupere la salud que tuvo en otros tiempos...

—*¡Beethoven se cura, está feliz!* —afirmó con autoridad, le miró fijamente, con energía y determinación, para luego continuar de la siguiente manera—. *Tus medicinas funcionan. Se está curando, ¿verdad?*

—A medias, Katrin. No es culpa tuya. Ninguna persona, ni los mejores científicos podrían conseguir curar a Beethoven en este estado...

Katrin volvió a interrumpir.

—*Svenson dice, Katrin curaría el cáncer si fuera humana. Por eso Katrin está aquí.*

Heraldo nunca hubiera imaginado que participaría en un diálogo con un animal en base a unos términos tan surrealistas, pero Kat era mucho más que un animal. Era una pequeña persona y le resultaba extremadamente difícil transmitirle tan malas noticias en lugar de hablar sobre cosas más divertidas. Lamentablemente la vida de Katrin no debía estar plagada de anécdotas divertidas que contar, su condición genética no la predestinaba a ello.

—Siento decirte que a pesar de tu inteligencia, tu gran corazón y tus muchas virtudes, en este mundo hay problemas que son imposibles de resolver. Como que la morfina cure a Beethoven, como que las personas vivan bajo el agua, de la misma forma que ni los hombres ni los chimpancés pueden tocar el cielo... ¡Es imposible, Katrin! ¡No puede ser!

Le dijo apoyando la mano en el hombro de su amiga, intentando hacerle comprender. Quería que lo fuera aceptando poco a poco, que aquel disgusto no la cogiera desprevenida.

Katrin le miró primero con sorpresa, luego con irritación. Lilith le solía decir que Katrin se enfadaba cuando escuchaba algo que no se ajustaba a sus parámetros de realidad, le costaba aceptar ciertos principios básicos. Por eso se controló y no gritó, pero miró a otro lado, con desdén. Luego se levantó, le dio la espalda y pulsó sus teclas antes de marcharse...

—*Heraldo es gente tonta. ¡Chimpancé ya tocó el cielo!, ¡antes que hombres!*

Katrin se acercó a la hamaca en la que Beethoven se bronceaba ataviado con unas gafas de sol y su sombrero vaquero. Allí depositó su ordenador y le tomó la mano con dulzura, convidándole a dar una vuelta por el centro, tenía una sorpresa para él.

El macho no se opuso, pero antes le apetecía comer un sándwich, y se dirigieron a la panadería. Ella eligió uno de tortilla y él uno que había caído fuera del expositor, podrido y lleno de gusanillos. Beethoven apartaba los restos de pan y salsa, y se echaba los gusanos a la boca. A pesar de ser un comportamiento normal para un chimpancé, a Kat le daba cierto reparo.

Tras el ligero refrigerio le condujo al departamento de colchones y le tumbó en una cómoda cama. Luego sacó un aparato a pilas, pulsó el encendido y la superficie ondulada comenzó a girar y a dar calor. Beethoven no sabía de qué podría servir aquello, pero obedeció y se puso de espaldas. Katrin comenzó a aplicarle un relajante masaje zen y Beethoven sintió una sensación muy agradable y gratificante. A veces tendía a resistirse y a agitarse debido a las cosquillas, y otras brincaba de repente y se reía a base de aullidos compulsivos. Tras una hora de tratamiento su cliente ya estaba totalmente relajado, pero en cambio ella empezaba a cansarse y, además, aquel aparato parecía no surtir efecto sobre los bultos.

Le levantó y cambió de táctica. Le dijo que se quedara quieto, le iba a aplicar una crema hidratante sobre la piel. El prospecto aseguraba que proporcionaba salud y ejercía un efecto «milagroso» en la piel. Katrin sabía que los milagros eran buenos. Además, las imágenes publicitarias donde los humanos posaban antes y después del tratamiento no dejaban lugar a dudas, la crema funcionaba.

Cuando Beethoven comprobó que en verdad se disponía a untarle ese líquido blanco por todo el cuerpo, salió corriendo y chillando que ni hablar. No estaba dispuesto a semejante humillación, pero Katrin emprendió su persecución mientras le gritaba que se detuviera, que le iba a gustar. Heraldo saboreaba un exquisito Dom Perignon sentado a una mesa de la segunda planta y emitió fuertes erupciones glóticas —carcajadas— mientras contemplaba la cómica escena.

Kat, cansada de perseguirle, se plantó frente a un espejo y decidió aplicarse ella misma todo el bote de crema sobre su cuerpo peludo. No estaba segura de si en verdad se trataba de un producto milagroso, o de si estaría más guapa, pero al menos le proporcionaba una sensación de agradable frescor. Beethoven se acercó a poca distancia y la señaló con el dedo con objeto de burlarse de su pringoso semblante, pero volvía a retroceder por miedo a que su embadurnada amiga cumpliera la amenaza y le abrazara. Después de un rato de juegos y amenazas, Katrin se introdujo

en una de las mamparas de ducha que se ofrecían mediante un cartel de oferta a 1199 euros, con hidromasaje. Experimentó el éxtasis de los efectos del hidromasaje y se sintió afortunada de haber podido descubrirlo a tiempo. Saber leer tenía sus ventajas. Poco después Beethoven se asomó a la puerta de la ducha con una toalla en la mano, en gesto de disculpa. Katrin abrió la puerta de la mampara, le cogió la muñeca y le atrajo bajo el agua caliente, con toalla y todo. Y copularon otra vez, en medio del vapor. Puede que no fuera la parte más curativa del tratamiento, pero al menos a Beethoven sí se lo parecía.

Katrin recordaba las enseñanzas de Lilith. En cierta ocasión le comunicó una noticia que la puso muy triste. Le dijo que el director no volvería, y que le iba a presentar a su sustituto, el señor Meyer.

—*¿Director enfermo? ¿Viene la próxima semana? ¿Algún mañana?*

El nuevo director se sorprendió al comprobar sus habilidades lingüísticas. Tenía excelentes referencias acerca de Kat Lieberman, pero verla en persona y respondiendo con tanta frescura y habilidad impresionaba de veras. Su primer diagnóstico profesional coincidía con el de Lilith, probablemente se beneficiaba de una posible variante —o un equivalente— del gen FOXP2 aún no descubierta, responsable del lenguaje en los humanos.

—No, ya no vendrá más —continuó Lilith—. Está en un sitio muy bonito, en el cielo, donde va la gente buena.

—*Gente, buena, ¿Katrin, Gente? ¿Katrin, cielo?* —La maestra dudó, debería haber previsto el carácter inquieto de su menuda aprendiz.

—Sí, los chimpancés tienen un cielo, es un sitio con árboles muy altos, con mucha hierba, plátanos, manzanas, pasteles y muchas hormigas. Es una jungla sin ejercicios, sin profesores, sin problemas, y Katrin ha sido muy buena, muy buena.

Luego Meyer también añadió que los animales iban al cielo si se portaban muy bien en el centro, si estudiaban mucho, obedecían y ayudaban a los humanos.

Aquella idea le agradó, pero algo no salió según lo previsto. Ya no tenían que estudiar y portarse bien.

Cuando aquella mañana vio la cara de preocupación de Herald y este le confesó que las medicinas se acababan, que había buscado por toda la ciudad y no había conseguido nada, Katrin se rindió a la evidencia. Pero ella siempre iba más allá, y pensó en la posibilidad de conseguir un cielo para Beethoven. Había trabajado y sufrido mucho para los hombres, pero ahora estaban enfadados porque se habían escapado y seguramente le retirarían todos sus derechos sobre el cielo. Ella le daría uno, por si Hanuman también pensaba que había sido malo y no iba al de verdad. A pesar de todo, sentía el convencimiento interior de que no sería así, que lo único que había hecho era jugar, copular, dormir en jaulas y recibir inyecciones y tratamientos dolorosos. Katrin creía que eso le convertía en bueno, pero Ellos no siempre veían las cosas de la misma manera.

El jardín del centro comercial había alcanzado el aspecto de una pequeña jungla. Había hierba, mucha comida, piscina, palmeras, arbustos, piedras de imitación, e incluso una boca de luz que les permitía tumbarse al sol durante muchas horas al día. Heraldó había descubierto que aquella pequeña piscina también contaba con cascadas y chorros de agua interminable, y activó el sistema hidráulico como si inaugurara una gran obra pública, con frutas, pasteles, bebidas y mucho tabaco, pues el cielo de Beethoven debía estar lleno de tabaco. Además, Heraldó siempre tocaba para ellos. Se entretenía contemplando su vida y se reía a mandíbula batiente mientras ellos llevaban a cabo sus juegos y extrañas ocurrencias. Les contaba sus historias y diversas teorías mientras los chimpancés descansaban disfrutando del calor del día con los pies sumergidos en la piscina. Kat pensó que aquel lugar debía ser muy parecido al cielo de Lilith.

Katrin tradujo las palabras de Heraldó y le contó a su amigo que las medicinas se acababan, y Beethoven acogió la noticia con serenidad. Incluso en su mente animal existía un lugar para la percepción de lo inevitable, de que un hecho trascendental se escapaba de su control. Determinó entonces que la posición más valiente que podía adoptar sería asumir lo que viniera con resignación, como un elefante que, sabiéndose viejo, se encaminaba al cementerio. Tomó una botella de champán y lo descorchó con sonoridad. El tapón desapareció de su vista y el río de espuma que venía detrás se derramó dentro de su garganta. Se acercó a Katrin y Heraldó, y les abrazó.

Aquella misma noche, antes de la cena, comenzó a comportarse de forma extraña, y su semblante era demasiado serio y pensativo. Echaba ojeadas a sus acompañantes, una vez tras otra, como si estuviera ocultando algo muy urgente y no se atreviera a anunciarlo. Kat se acercó, le acarició la cabeza y le preguntó que le pasaba. Él hizo un gesto con la mano, arriba y abajo con fuerza y compulsivamente, como hacían los humanos cuando existía una gran preocupación y esta les superara, cuando querían decir: ¡La que se va a armar! Un gesto muy de chimpancé.

El hombre del pelo largo no comprendía los signos que intercambiaban los primates, pero en aquel caso podía intuir su significado. Beethoven le hizo saber a Katrin que no quería sentir más dolor. Katrin dijo que iba a buscar un remedio, y Beethoven repitió con sus gestos de lenguaje de sordomudos. «No, dolor. No, cura. ¡Basta!».

Las expresiones de Katrin reflejaron una contrariedad indescriptible, pero también deseaba respetar sus deseos. El hombre no necesitó entender el lenguaje de sordomudos para adivinar la intención de Beethoven. En algunas ocasiones el lenguaje resultaba ser una herramienta universal que no diferenciaba entre hombres o animales. Vio cómo, víctima de la desesperación, Kat salió corriendo de allí aullando y gruñendo en forma de protesta. Él tampoco sabía exactamente qué hacer, pero al menos tenía una respuesta preparada. Una última jeringuilla.

No permitiría que aquella chiquilla asumiera un cometido tan duro, tan ingrato. Beethoven contempló la jeringuilla, siguió con la vista como aquel hombre la

preparaba. Aprendió a relacionar las jeringuillas de Heraldo con el alivio del dolor. Dio otro sorbo a la botella de champán, se abotonó con corrección la chaqueta de su elegante traje, se ajustó las gafas de sol, su sombrero vaquero y asintió con la cabeza. Hizo la señal de gracias —que el hombre desconocía—, y luego extendió su brazo para recibir aquella que sabía sería la última aguja que atravesaba su piel.

En otro lado del centro comercial Kat rebuscaba nerviosamente una salida, siempre había otra salida, decía Lilith. Había fallado en su propósito y no había podido encontrar un remedio contra el cáncer. Pero sabía de qué forma podría acabar con el dolor, como hizo con Gandhi. ¿Estaba acaso destinada a finalizar todos los horrorosos experimentos que Mandrasian daba inicio?

De repente se dirigió a un comercio que había localizado en una de sus solitarias expediciones. Saltó el mostrador, rompió un sólido cristal y tomó dos ballestas expuestas en el expositor. El mecanismo parecía sencillo, accionó el gatillo y un corto proyectil de acero atravesó una pared del probador, un madero de dos dedos de grosor. Una vez hecha la prueba tomó la segunda ballesta, también montada, y se dirigió trotando sobre los tres miembros restantes.

Al regresar, comprobó que Beethoven seguía tumbado en la hamaca con las gafas de sol puestas y los pies en la piscina. Se acercó por su espalda para que no la viera llegar, meditó un segundo, pero después consiguió abstraerse de sus verdaderos deseos. Recordó la decisión de su amigo, y desde un metro de distancia apuntó directamente a su cabeza.

El humano la avisó con la mano, no era necesario. Katrin le miró, y luego posó la vista en la extraña quietud del gran chimpancé. Le quitó las gafas de sol y descubrió que aquellos ojos ya no tenían vida.

Katrin no emitió ni un solo gemido. Soltó la ballesta en el agua, se sentó en la hamaca a su lado, le tomó la mano y le volvió a colocar las gafas oscuras. No le gustaba contemplar sus ojos abiertos, tan diferentes a los de minutos antes. Luego descubrió la manga remangada y la jeringuilla clavada en su brazo. El hombre no la extrajo para que ella supiera que había muerto sin dolor. Pero ella no entendía nada..., o no quería entender.

La decisión que había tenido que tomar por necesidad —aunque se hubiera culminado mediante otros medios—, le afectó más que cualquier otra que hubiera elegido en su vida. Se preguntó si en verdad era mala, si los humanos hubieran imaginado una respuesta tan sangrienta en una situación similar. Levantó su mirada hacia el tragaluz, volvió a reposarla en Beethoven y meditó un minuto, dos, tres..., paralizada. Solo sus ojos se movían, aunque con extraordinaria sensibilidad, contemplando una y otra vez, de arriba abajo, a su mejor amigo, como si quisiera grabar en su mente cada detalle, cada uno de sus rudimentarios pensamientos o recuerdos.

Tras esos minutos consideró necesario acicalarle por última vez, levantó sus pesados brazos sin vida y buscó parásitos e impurezas. Dedicó horas solo para este

cometido. Luego siguió dándole besos y abrazos, murmurando quejidos ininteligibles. Sostuvo su peso y le movió de adelante y atrás, como una madre acunando a su bebé. Katrin ya sabía que la muerte no consistía exactamente en desmayarse para siempre, como antes pensaba. Sabía que cuando ya no existía movimiento en el interior de un cuerpo, no había vida, pero no lo sabía por instinto, sino porque aplicaba una suerte de recursos matemáticos: respiración, latidos, parálisis, etc. Al igual que ocurría con los humanos, no resultaba ser un reconocimiento instintivo, sino que era fruto de la experiencia y el aprendizaje. Básicamente veían lo mismo que las personas: alguien se caía, no se levantaba, no se movía, no se reía, no lloraba, no sufría... Las definiciones y conclusiones posteriores eran, únicamente, poesía humana.

Heraldo intentó abrazarla y consolarla, pero ella no le veía. No desviaba su atención ni siquiera un momento hacia otra cosa que no estuviera relacionada con el cuerpo inerte del chimpancé.

Desde el punto de vista de Heraldo, aquel comportamiento no difería de toda esa gama de ritos humanos que se practicaban ancestralmente, antes de ser perfeccionados con fórmulas más modernas. Heraldo recordó algunos documentales de animales en los que madres chimpancés o gorilas se aferraban a un hijo muerto y cargaban con él largo tiempo, le desparasitaban, le limpiaban y le daban calor durante semanas... Hasta que por fin aceptaban que ese pútrido trozo de carne momificada ya no era su hijo, y acababan por abandonarlo.

Heraldo comprendía la dimensión de la personalidad de Katrin, sus emociones, sus sofisticados pensamientos y disertaciones, su altruismo (aunque sin una base científica seria, su desesperada búsqueda de un remedio a la enfermedad podría no tener precedentes en el mundo animal), sus costumbres y rituales especiales. No le cabía duda de que la chimpancé tenía las mismas virtudes y los mismos defectos que un hombre medio. No se trataba en absoluto de una especie moralmente inferior, se dijo a sí mismo.

A diferencia de aquellos documentales, Katrin no intentaba alimentarle, ni intentaba ponerlo de pie, ni realizar cualquier otro acto o maniobra orientada a forzar una resurrección, pero a medida que iba pasando la tarde fue desplazando la hamaca que mantenía al pesado cuerpo de Beethoven, buscando los rayos del sol que se desplazaban con el paso del tiempo. Heraldo tardó en comprender porque iba moviéndolo poco a poco. Quizás un instinto dormido le revelara que el sol producía un efecto curativo que contrastaba con el frío, o que los muertos debían descansar al sol, o puede que simplemente se acordara de la predilección del gran simio Beethoven por el astro rey.

A pesar de la diferencia de percepción de Katrin, a pesar de que no lloraran igual, su dolor también alcanzaba cotas insospechadas. Tras aquellos días de convivencia le resultó evidente que cualquier sentimiento que experimentaban los chimpancés, tales

como el amor, odio, agresividad, felicidad o tristeza lo sentían más intensamente que el hombre.

Katrin no pensó que le iba a echar tanto de menos, pero de repente se sintió muy sola y confusa por todos aquellos planes que guardaba, y que se veía forzada a abandonar. Veló al muerto más de veinticuatro horas, sin comer, sin dormir, y sin hacer caso de las súplicas de Heraldo, quien la intentaba convencer de que debían marcharse. Si por ella fuera, no se movería de allí, aunque el mismo Mandrasian acudiera a prenderla.

Según las últimas noticias se había levantado el estado de alerta, falsa alarma. La ciudad se repoblaría en pocas horas y Kat corría el riesgo de que la mandaran al centro o algo peor. El hombre de pelo largo le propuso enterrarlo, como hacían los hombres... «Para que pueda ir al cielo» —afirmó, con gran acierto por su parte.

Por fin Katrin, al escuchar estas palabras, despertó de su letargo y volvió a fijarse en él. Inmediatamente salió corriendo a cuatro patas y regresó cargando su mochila, desplegó su ordenador y pulsó una serie de teclas:

—*Cielo de chimpancés, es jungla.*

El hippy dudó, debía tener cuidado con las palabras que debía utilizar:

—Sí, claro. Debemos enterrarlo para que pueda llegar a la jungla, al cielo de los chimpancés.

—*Katrin entierra a Beethoven... ¿Entonces Beethoven feliz en jungla? ¿Sin dolor?*

—Sí, Katrin. De eso estoy seguro.

Le encantaba la idea de que un hombre le prometiera que iba a ir al cielo, un hombre tan parecido a Jesús. Estaba segura de que no mentía, coincidía con la historia que le había contado Lilith años atrás.

Entonces cargaron al pesado chimpancé a un carro y Kat lo condujo personalmente hacia el jardín exterior del centro, mientras Heraldo cavaba un agujero muy profundo. Luego plantaron arbustos y flores sobre él para que nadie descubriera la tierra removida, y Heraldo le dijo que aquel era el mejor sitio. Ella insistió, por alguna extraña razón, en enterrarlo con su máscara de la cara triste de Venecia, sus gafas de sol, su sombrero vaquero, con tabaco, mechero, champán y chocolate...

—*Por si se levanta con hambre* —añadió inocentemente.

Luego sucedió algo que a pesar de sus conocimientos Heraldo no pudo comprender. Katrin tomó su teclado, sacó sus dientes como si esbozara una gran sonrisa y escribió: *Katrin tiene hambre. Comer mucho, luego marcha a Jungla.*

Parecía estar muy animada, feliz e incluso dicharachera, como si hubiera olvidado lo que acababa de ocurrir. Una vez enterrado su amigo, el dolor se esfumó. Entonces Heraldo pensó que, por ser más simple, el mecanismo de una tostadora podía ser en muchos aspectos más eficiente que el de un ordenador.

CAPÍTULO 11

El humano no parecía satisfecho con la decisión de Katrin y le propuso otras alternativas. Acompañarla a África o establecerse en Europa, buscando algún escondite bajo su cuidado. Afirmaba conocer a gente importante. También volvió a sugerir la posibilidad de contactar con Lilith. Estaba convencido de que ella sabría tomar la mejor decisión.

Pero Katrin rechazaba de plano todo cuanto no se ajustara a su plan inicial, en África y sin compañía. «*Los hombres siempre se cansan de chimpancés*», sentenció.

Increíblemente sabía que debía ir al muelle y una vez allí ocultarse dentro de uno de los muchos cargueros que navegaban regularmente con dirección a África. Debería leer muy bien todos los letreros para averiguar cuál de ellos cumplía con sus requisitos, podía leer los horarios en uno de los ordenadores con conexión a internet del centro. Heraldo se mostraba sorprendido por tan elaborado plan, pero consiguió convencerla de que, al menos, aceptara su apoyo, de lo contrario encontraría demasiados problemas.

El hombre desapareció para hacer unas llamadas telefónicas y media hora después le comunicó que el asunto del pasaje estaba solucionado. El hombre ofreció fletar un camión a su nombre, dentro del cual viajaría Kat pertrechada con todo lo necesario para soportar los diez días que duraba la travesía. Una vez en mitad de África no sería difícil llegar a la selva. Luego, todo dependería de ella.

El hombre de pelo largo eligió un amplio y moderno vehículo del centro comercial y condujo durante horas en completo silencio. A mitad del trayecto, Katrin se vio obligada a ocultarse en la cámara trasera tras descubrir con desagrado como comenzaban a aparecer personas y vehículos por todas partes, y el tráfico adquiría su habitual nivel de fluidez.

Si Heraldo hubiera prestado algo más de atención hubiera detectado la presencia de un coche que les seguía la pista desde que salieron de la ciudad.

Llegaron al muelle con varias horas de antelación, muy entrada la noche, y se sentaron mirando el mar, cerca del camión.

Heraldo se sintió culpable de ser excesivamente protector, la misma razón que él esgrimió contra su padre durante largo tiempo y que le convirtió en un radical antisistema. Pero no podía evitar seguir trasmitiéndole una enorme cantidad de consejos, intentando exponerle los mayores peligros que podría encontrarse, que para una chimpancé eran millones, tantos como personas.

—Ahora debes aprender a valerte por ti misma, debes ser más fuerte y eliminar a tus enemigos —refiriéndose a la debilidad que mostró no dejando que Beethoven matara a Mandrasian—. Para los herbívoros el temor es una cualidad decisiva. Pero tú no lo eres.

Katrin seguía sin entender las palabras de aquel hombre, entornó los ojos para concentrarse, pero fue un esfuerzo en vano. Heraldó seguía insistiendo:

—Tú eres fuerte, Katrin. Lo veo en tus ojos, eres especial. Yo no soy más que un vagabundo que solo se preocupa de fumar marihuana y afiliarse a causas perdidas. Pero como te he dicho, detecto un gran esplendor en tu interior. Al igual que tienes una gran bondad e inteligencia, tienes la posibilidad de olvidarte de ella y ser más... —buscó una palabra suficientemente explícita para que su amiga pudiera entender—, ¡ser más mala! Es necesario.

De nuevo Katrin echó de menos a Lilith, se acercó al chico y le pidió que le escribiera la palabra «Marihuana», como anteriormente hacía su maestra. Había dejado de escuchar a partir de esa extraña palabra y se perdió en mitad de la disertación del chico. Heraldó se sonrió y se dio cuenta de la poca atención que le prestaba esa joven chimpancé.

Heraldó se marchó, vestido como el primer día, cabizbajo. En pocos minutos un mozo subiría al camión y lo conduciría hacia el interior del buque. Recordó las palabras que Katrin le formuló como despedida. Qué era guapo, que encontrara una hembra y tuvieran crías, que sería un buen padre. El hombre convino en que ese básico plan representaba el mejor de los consejos, al margen de la especie a la que perteneciera.

—*Heraldó, bueno, ayuda mucho a nosotros, Katrin no devuelve favor. Katrin triste. Abrazo.*

Aquellas palabras acabaron por romperle el corazón. Quizás le hiciera caso.

Robert Carolingi sospechaba que los dos chimpancés debieron ocultarse en las cercanías del centro comercial. Fue el único que prestó oídos a un joven travestido y beodo que denunció un atraco cometido por parte de unos monstruos de otro mundo, dos seres pequeños y terriblemente fuertes que vestían largos chubasqueros.

En la prensa, la fuga de unos chimpancés pasó a muy segundo plano cuando el foco de atención se volcó en la evacuación de toda una región en el sur del país, a causa del estado de alerta sísmica. Por supuesto pasaron de largo el caso de los monstruos atacadores de travestidos que actuaban durante las noches de carnaval. A su vez, relacionó este hecho con los dos pasajeros que adquirieron varios billetes en la estación, pagando por ello ciento cincuenta euros, exactamente la cantidad robada. Aunque no pudo viajar al lugar a causa de las prohibiciones gubernamentales, mantenía el convencimiento de haber encontrado a los dos chimpancés.

Una hora después de que el camión estacionara en la zona de carga del recinto portuario, aparcado a poca distancia, Robert Carolingi observó salir del mismo a un extraño hippy de pelo largo y barba espesa. Entró en la oficina del muelle y volvió a salir diez minutos más tarde. El hippy echó un vistazo en todas las direcciones y Robert tuvo suerte de no ser localizado, pues no estaba a más de veinte metros de su posición. Introdujo la mano en el departamento del copiloto, y a esta mano se le

aferró otra similar, solo que peluda y larga. ¡Bingo! Exclamó Robert con satisfacción cuando vio descender del vehículo a la joven prodigio animal.

No vio ni rastro de Beethoven, por lo que dedujo que algo debió haberle ocurrido al hospitalario animal. Ya en el exterior, la chimpancé extendió su teclado y hablaron un buen rato mientras Robert tomaba fotos y pensaba en el «Pulitzer». Luego Katrin fue introducida en la parte trasera del camión. Ya no albergaba ninguna duda, iba a tomar un barco.

—¡Hija de puta, has encontrado un cómplice de dos piernas! ¿Cómo consigues ser tan encantadora? Pero ahora estás tratando con el sagaz Robert Carolingi, la ambrosía de la evolución. Haré justicia, le daré la vuelta a la tortilla y pondré a cada uno en el lugar que merece, tú en la jaula y yo en las portadas de las revistas.

Observó como el hombre se alejaba pensativo, cabizbajo. Esperó a que desapareciera de su vista y se dirigió a la cabina portuaria para informarse del destino de los coches de la explanada. Cuando escuchó al operador, se ajustó el pinganillo de la oreja.

—¡No es posible! —expresó en voz alta.

Una extraña idea rozó de soslayo su cabeza. Subió al coche y llamó por teléfono.

Al otro lado de la línea un hombre respondió, algo contrariado por recibir una llamada a altas horas de la madrugada.

—Jefe, ¡tengo una noticia para la primera plana, un bombazo! Pero... ¡Qué demonios...!

Literalmente el corazón se le salió del pecho cuando una cabeza peluda surgió de abajo hacia arriba, asomándose por la ventanilla abierta del piloto. Katrin exhibió su más cordial dentadura en señal de simpatía, y a continuación le ofreció una flor.

—Bueno, si se trata de un verdadero bombazo, puedes despertarme todas las noches que quieras. ¿De qué se trata? —concedió el redactor jefe.

Robert aceptó el ofrecimiento con timidez, examinó el rostro de la pequeña prodigio, olió la flor y su corazón, maquinalmente, se enterneció. Era imposible odiarla, por ello no vio otra opción, y tuvo que mentir. Contestó al micrófono:

—Las flores, las flores, jefe...

—¿Has bebido, Robert?

—Pues quizás sí, un poco sí, jefe... ¡Mucho! —balbuceó.

Y colgó sin esperar respuesta. Apretó los dientes y miró al techo de su vehículo, intentaba convencerse de que estaba haciendo lo correcto. Por fin abrió la puerta del acompañante y la invitó a subir. Kat se incorporó dócilmente al asiento del copiloto y le analizó detenidamente. Sabía que aquel hombre podía entregarla, pero por algún extraño motivo se sintió confiada.

—Robert llamas a jefe, ¿para decir donde Katrin?

El periodista negó con la cabeza. La situación parecía surrealista, aunque no mucho más que todas las anteriores. Soltó un bufido de arrepentimiento y contestó con resignación:

—Pues sí. Iba a denunciarte para conseguir el Pulitzer.

—¿Quién es Pulitzer?

Tras cada una de las frases de Katrin, Robert siempre guardaba algunos segundos de silencio, intentando asimilar una situación que le llevaba a charlar de tal manera con un animal, cuando nunca había intercambiado ni una sola palabra con su bóxer o los dos gatos con los que convivía desde hacía años. Luego respondió:

—Es un premio que se les concede a los humanos cuando completan adecuadamente los juegos. Prueba y fallo. Castigo o recompensa, como los juegos y los premios de Kat.

Robert utilizaba el lenguaje de manos que los humanos solían exhibir para dar más énfasis a sus palabras, queriendo así facilitar a su interlocutora el mejor entendimiento posible. Ignoraba que con ello lo único que conseguía era confundirla por inclinarla a permanecer atenta a sus palabras y, a su vez, a aquellos trazos manuales que Kat creyó pertenecientes al lenguaje de los signos, teoría que pronto descartó por completo.

—Robert gente tonta. ¿Por qué Robert no denuncia a Katrin?

—Pues no lo sé, la verdad —dudó el periodista—. Podrías haberme hecho ganar mucho dinero y los periódicos se pelearían por mí, pero no puedo hacerlo. Puede que no sea tan malo como parezco, o puede que me parezca demasiado a ti. Puede que en el fondo te admire por todo lo que haces. ¿Sabes?, para un chimpancé es muy fácil salir de África, simplemente hay que acercarse demasiado a un poblado humano, ser imprudente y despreocupado y coger una o dos de sus patatas, o emitir algún sonido delator cerca de nuestras casas o pueblos. Es fácil dejarse capturar y salir de la selva, pero la mayoría de las veces esos chimpancés salen del bosque con los pies por delante. Es una expresión humana que quiere decir que salen cortados en trozos para coleccionistas. Todas las partes de tu cuerpo están muy bien pagadas, y más a medida que los medios proclaman vuestra inteligencia. Salir de África es fácil, y salir vivo no lo es tanto.

Incluyó una pausa a propósito, para acentuar la siguiente afirmación.

¿Pero escapar de un centro de experimentación y trasladarse en barco desde Europa hasta África? ¡Ah, amiga! ¡Eso no se ha visto todavía!

—Gracias.

—De nada. Confieso que no he conocido a ningún otro ser de tu talla. Además de todo —volvió a dudar si resultaba propio sincerarse de tal manera ante una chimpancé adolescente—, te ayudo porque soy... Bueno, digamos que mis abuelos murieron por culpa de gente como Mandrasian. Mandrasian no es gente tonta, es gente mala.

—Mandrasian es el monstruo de Beethoven, de Gandhi y de Katrin —contestó con enfado, tras tener que escuchar de nuevo su nombre.

—Y de muchos más, créeme.

El periodista no creyó conveniente relatarle los números de Mandrasian, las investigaciones que hizo acerca de tan oscuro personaje mientras escribía sobre Katrin y sobre el CNI-A. Nunca había relacionado ambos mundos. Para Robert los chimpancés no eran más que animales sin conciencia, hasta que pudo dialogar con ella y comprobar que efectivamente no solo tenía cerebro, sino también corazón. Los datos negativos del CNI-A representaban cifras espeluznantes que ella no podría comprender, ni tampoco la ayudarían en lo más mínimo. Katrin tenía bien clara la idea general que representaba aquel científico asesino. Mandrasian representaba todo un servicio integral de disecciones y torturas, y todas las penalidades y tormentos descritos acerca de los infiernos debían tener cabida en sus hábiles manos. Katrin interrumpió sus pensamientos y dijo:

—*Beethoven muerto, Cáncer. ¿Tú escribes en revista que Beethoven no es como foto, que es bueno? Así todo el mundo lo sabe, así puede ir al cielo.*

Robert echó su cabeza atrás y se restregó los ojos con pesar. Se sintió malvado e injusto por cada una de las mentiras que había escrito.

—Lo siento mucho, de veras. Sí, contaré la verdad sobre vosotros, y la verdad sobre el CNI-A. Puede que me despidan por ello, claro. Me gustaría hacerte una entrevista, una de verdad, ahora que te conozco.

—*Katrin debe marcharse. Hombre conduce camión dentro del barco. Pero hombre no puede ver a Katrin.*

—Sí, tienes razón. La próxima vez, quizás —e inmediatamente después de pronunciar dicha frase estalló en una carcajada. Sabía perfectamente que no habría próxima vez, y sabía que Katrin no viviría demasiado tiempo.

La chimpancé salió del coche, cerró la puerta de un portazo y volvió a acercarse a la ventanilla del conductor. Ofreció su mano, Robert la estrechó y se despidió así:

—Somos amigos, ¿verdad, Katrin?

Ella volvió a exhibir su sonrisa de artificio, rozó las manos del periodista y se marchó sin más preámbulos. Sus fórmulas de despedida siempre resultaron un tanto toscas, al menos desde el punto de vista de los humanos. Nuevamente se introdujo en su vehículo y Robert escuchó el mecanismo de un cerrojo que la encerraba por dentro.

Así fue como por primera vez en su vida Robert Carolingi actuó con ética. Cambió un insignificante «Pulitzer» por una verdadera amiga cubierta de pelo, de poco más de un metro de altura, boca de porta-CD y que comía plátanos. No esperaba sentir una satisfacción similar, pues por vez primera se dio cuenta de que en realidad un «Pulitzer» no representaba el valor que antes le había dado.

La otra cara de la moneda era que por desgracia, y tan pronto la descubrieran, sería desmenuzada para colgar su cabeza y hacer ceniceros con sus hábiles manos. A su juicio y mal que le pesara, desde que Katrin nació solo estuvo destinada a ese propósito u otro similar.

No se consideraba mal pagado. Le concedía a Katrin su libertad a cambio de una flor. Pero tras ese pensamiento se preguntó a sí mismo si era él quien le otorgaba la libertad.

—¿La raza humana te ha perdonado? —pensó—. Quizás desde que naciste hemos decidido que tu libertad nos pertenecía, pero tú siempre has sabido lo contrario y por eso te comportas con tal rebeldía.

Permaneció en aquel mismo lugar por más de una hora, reflexionando sobre sus siguientes pasos, sobre su futuro. Se quedó incluso para ver como aquel gélido barco de mercancías se separaba de Europa llevando consigo un inmenso tesoro para la ciencia y para los que tuvieron el privilegio de conocerla, zarpando con dirección a África. Y él se quedaba sin reportaje.

—Has vuelto a tener suerte —decía Robert a través de la cortina de humo de su cigarrillo, como si todavía pudiera escucharle—. Y tu acierto, o tu fortuna, se debe a uno de los mayores errores del hombre. Los diferentes holocaustos no distan demasiado unos de otros.

Diez días daban para pensar mucho, y tuvo tiempo para recordar los acontecimientos más importantes de su vida. Heraldó le había provisto de todo lo necesario. Un mapa, una gabardina para el frío, blocks para pintar, auriculares para escuchar toda su música y visualizar sus vídeos, luz y algunos consejos importantes. El camión estaba muy bien equipado con entradas de aire, comida y bebida para todo el trayecto, e incluso un depósito químico para hacer sus necesidades.

A los cuatro días sufrió una crisis de soledad. Su ordenador se apagó debido a la falta de luz solar que alimentara sus baterías y pensó que se iba a volver loca. Tuvo que salir del camión y caminó por entre los coches y mercancías del vientre del gran buque. Localizó unas escalerillas metálicas anexas a una esquina que conducían a una escotilla situada en lo más alto de la bodega. Como era de noche se atrevió a penetrar en cubierta para tomar el aire que tanto necesitaba. Mientras valoraba esta pequeña licencia de libertad, examinó atentamente su situación y la del personal de a bordo, así como cualquier posible ruta de escape, hasta que el sol comenzó a salir.

Al volver a su pequeño camarote le dio muchas vueltas a su anillo de boda, volvió a acordarse de Beethoven y de lo mucho que le hubiera gustado compartir aquella aventura con él. Sintió pena al recordar la suerte de sus otros congéneres, atrapados brutalmente y encerrados en pequeñas jaulas durante meses para acabar en otras jaulas de circos y «CNI-As» del mundo, sin las comodidades que ella había tenido. Sabía que en tales condiciones y al igual que muchos de ellos, no aguantaría un trayecto similar. Katrin era inteligente, pero no fuerte como los ejemplares africanos.

A menudo dibujaba el mapa de la inmensa África sobre un papel, como hizo Lilith cuando le explicó de donde provenían sus orígenes, la madre de Bernadette, y esa imagen se grabó a fuego en su cabeza. Dibujó una y otra vez el trayecto que le indicó Heraldó desde el lugar de ataque hasta donde se encontraban los grupos de chimpancés, en las inmediaciones del Lago Tanganica. Una vez en la ciudad viajaría

por la noche para evitar a los humanos, tan distintos los unos de los otros, pero en general peligrosos. Heraldó calculó que el trayecto podría llegar a durar meses e intentó disuadirla de ello, pero como ya sabemos, no tuvo éxito.

Según fecha y hora prevista comenzó a percibir un inhabitual rumor de sonidos metálicos resoplando por todas partes, cambios de dirección del buque y una sucesión de voces humanas dando instrucciones a gritos.

Los operarios del muelle de destino penetraban en las entrañas del buque para mover las mercancías hacia el exterior. Según el plan de Heraldó, Katrin debía esperar a que un mozo volviera a subirse a la camioneta y la ubicara nuevamente en una explanada. Aprovechando la noche tomaría sus pertenencias y se apresuraría a adentrarse en la primera zona arbolada que encontrara, que la llevaría a alcanzar las afueras de la ciudad. Pero llevaba encerrada más de diez días y no podía soportar por más tiempo tan agobiante situación.

Así pues se colocó la mochila pertrechada con su ordenador, cocodrilo y destornillador, máscara veneciana y mapa de Heraldó, y se cubrió con la gabardina humana. Cerró la puerta tras de sí y se dispuso a escapar del barco para encontrarse con los suyos. En aquellos momentos ni tan siquiera imaginaba cuánto de caro le resultarían sus planes.

Por segunda vez trepó las escalerillas metálicas y salió a la superficie a través de la pequeña escotilla. El olor a agua salada volvió a impregnarle los pulmones y su piel se erizó debido al crudo frío de la aurora oceánica. Enseguida se dio cuenta de que la oscuridad europea distaba mucho de la africana. Contempló bajo las luces borrosas del muelle una pequeña ciudad de contenedores metálicos de grandes dimensiones que se apilaban a muchos niveles, y calculó la ruta más discreta por la que descender a tierra.

Deambuló erguida sobre la cubierta con la capucha de la gabardina sobre su cabeza, cuando de pronto surgió del interior un marinero que se tambaleaba cruzándose en su trayectoria. Katrin evitó dar muestras de pánico, se encaramó a la barandilla fingiendo ser uno más, y el marinero se situó a su lado. Cuando observó de reojo que la cara del marinero era completamente negra, no pudo evitar dirigir su rostro directamente hacia él. Un instante después se dio cuenta de que su curiosidad era peligrosa y nuevamente agachó su cabeza. Mas aquel hombre no se dio cuenta de su presencia y se limitó a vomitar groseramente por la borda.

Aprovechó el trastorno intestinal del hombre para sortearlo tras su espalda, y pudo perderlo de vista gracias a la parábola que dibujaba la cubierta. Otra vez a solas concentró su atención en una cuerda de grandes dimensiones que se asía al muelle, sujetando al barco en una posición paralela a la instalación portuaria. Definitivamente debía deshacerse de la gabardina, pues con ella no sería capaz de descender con seguridad. Temía caer y ahogarse, pues además de que el agua debía estar congelada, no sabía nadar. Se desnudó de aquella prenda y de un salto se encaramó a la cuerda que la llevaría en suave pendiente hasta su África soñada. Imaginó que tal peripecia

se asemejaba al momento en que surgió de las entrañas de Bernadette mediante el cordón umbilical, pero en sentido inverso.

La extrema precaución de la pequeña polizonte no impidió que alguien detectara su maniobra de evasión. Un individuo humano de grácil complexión la observaba a través de unos modernos prismáticos de visión nocturna, encaramado a la cabina de una grúa estibadora a más de cincuenta metros de altura.

Usaba un oscuro y elegante traje de chaqueta de alto diseño y factura italiana, tipo ejecutivo. Sus finos rasgos faciales se completaban con un elegante corte de pelo de raya a un lado a modo Yale. El hombre admiró como la habilidad del animal permitía que pareciera sencillo descender por la maroma de atraque que la conducía a tierra.

Una vez dejó atrás el encierro y el mareante vaivén del trayecto, Katrin apoyó con gesto de tranquilidad manos y pies en el suelo, y emprendió una serie de saltos sobre sus cuatro extremidades sin poder contener su alegría. Pero volvió a regresar a su instinto de conservación al escuchar la cercanía del ruido de un motor, y se escondió detrás de uno de los contenedores de mercancías. Uno de los camiones, que provenía del grupo de hombres que descargaban el interior del buque, pasó a su lado y frenó de repente, dos metros después de pasar a su altura. El conductor ni siquiera sacó la cabeza, pero ella observó su zona posterior, a un punto determinado sobre la matrícula, e inesperadamente cambió sus planes. Se encaramó a las escalerillas de la parte trasera, abrió la portezuela y se introdujo en su interior.

El hombre elegante del traje oscuro separó los prismáticos de sus ojos y sonrió. Seguramente Katrin no le reconocería sin su barba y pelo largo. Sin su flauta y sin los alegres coloridos de su vestimenta hippy seguramente ya no le resultaría tan hermoso.

Aquel camión —junto con otro coche de apoyo—, conduciría doce horas hacia la dirección indicada sobre la matrícula posterior del camión: «La Jungla de Katrin y Beethoven», que la chimpancé leyó con extrañeza, pero que la convenció de subir al mismo.

Como Heraldo temía, todavía seguía mostrando una peligrosa inocencia, por ese motivo no quiso dejarla justo dentro de un núcleo de población de chimpancés, sino a una semana de camino de ellos. Había estudiado el comportamiento de aquellos grupos en libertad y lamentablemente no parecían diferir en mucho de los grupos humanos. No dudaba que ella se desenvolvería sin dificultad a solas en medio de la espesura africana. Por ello, deseaba que no consiguiera encontrarles.

Con su gesto no pagaría todos los perjuicios que la humanidad le había causado a ella y a sus otros congéneres, pero respetaba sus deseos y decisiones. La dejaba en el punto de partida, en el lugar al que verdaderamente pertenecía, donde debió haber nacido y vivido, sin conocer absolutamente una sola palabra humana. Ahora todo dependería de su instinto de supervivencia.

Movido por unas intensas convicciones y su lucha por ciertas causas perdidas, Heraldo no podía permitir que llegara a África sin una pequeña supervisión. Por eso

vendió todo lo que tenía, sus ideales, a cambio de un billete de avión y cierto apoyo logístico.

Descolgó el teléfono, despertó al presidente y le comunicó que todo había salido según los planes. Los dos miembros del servicio secreto tomarían su vuelo de regreso al día siguiente, y él también. Nuevamente se dirigiría a la residencia universitaria, de la cual faltaba desde hacía semanas.

—Cumpliré lo que acordamos. Un trato es un trato, gracias papá.

Desconectó el teléfono y persiguió con la mirada el recorrido del pequeño convoy.

—Quizás en África aprendas a ser una depredadora —le deseó Heraldó antes de hacer unos gestos de despedida recién aprendidos. Adiós y suerte, en el lenguaje de los sordomudos.

Cuando Katrin entró en el camión y, a pesar de rechazar sus anteriores ofrecimientos de ayuda, saltó y gritó de alegría al escuchar la grabación de Heraldó. Le decía que respetaba sus deseos y que la acercaría a su destino con un nuevo mapa de la próxima situación. El conductor era amigo suyo y era un buen tipo, no debía temer. «Gracias por todo cuanto me has enseñado y suerte en la jungla. Heraldó».

El conductor no llevaba conduciendo ni una hora, cuando de pronto un animal se descolgó desde el techo hasta el interior de la cabina. Maldijo varias veces ante la inesperada sorpresa, e incluso sintió la tentación de echar mano a la pistola que tenía dispuesta para el caso de encontrar molestos asaltantes de caminos.

Heraldó estalló en continuas carcajadas al escuchar en boca del agente la crónica del encuentro, y la fuerte impresión que le provocó aquella pequeña chimpancé de la que nunca había oído hablar.

—¡A plena luz del día sacó un ordenador de su espalda, y comenzó a hablar! ¡A hablar, Heraldó! —le gritó mientras le tiraba del brazo, como si sus palabras fueran difíciles de creer.

También le contó que no dejaba de abrazarle, lanzarle piropos darle besos. Revisó toda la cabina, localizó una caja de tabaco dentro de la gaveta y la lanzó por la ventana con cara de asco. Gritaba, gruñía y aullaba mientras sacaba medio cuerpo fuera de la ventanilla, apuntando a las grandes zonas verdes del interior de África para demostrar la inmensa felicidad que le reportaba aquel trayecto. Al llegar al punto pactado, ella pulsó la tecla gracias y se marchó fríamente. Heraldó reconoció la típica forma de comunicarse de la chimpancé, sin traumas, sin emociones.

El conductor del servicio secreto reconoció finalmente la tristeza que le inundó al separarse de ella, y que el camino de vuelta le resultó profundamente aburrido.

Una vez la hierba alcanzó a cubrirle medio cuerpo, volvió atrás la mirada y contempló la silueta de los dos vehículos alejándose en la espesura. Cuando el sonido de los motores se extinguió en la lejanía pudo comprobar que no había un alma en los alrededores y sintió la tentación de gritar de alegría. Había conseguido su propósito y

solo tendría que encontrar a sus nuevos y verdaderos amigos. «La búsqueda ha terminado» —pensó erróneamente.

Katrin volvió a dibujar el mapa de África en el suelo y lo comparó con el que le había dejado Heraldo en el camión. Era un mapa muy detallado que indicaba con precisión las partes verdeadas que señalaban las zonas selváticas que debía seguir, un itinerario más seguro para ella que las ciudades o poblaciones humanas también marcadas en el plano. No obstante, decidió abandonarlo al cabo de un kilómetro, pues era demasiado grande y complicado para una chimpancé. Se limitaría a evitar las ciudades incluso haciendo zigzag, y tarde o temprano llegaría a su objetivo. A fin de cuentas no necesitaba mapas, ni situar mentalmente los puntos cardinales mediante el sol o las estrellas, no era humana.

Se dejaría llevar por su instinto, como si hubiera recorrido otras veces ese camino. Si los perros eran capaces de viajar cientos de kilómetros rastreando un olor u orientación indeterminada, ella también sería capaz. Quizás no podría volver a encontrar por sí sola la estación de tren, pero se dio cuenta de que su sistema de orientación poseía nuevas peculiaridades, apagadas en Ellos miles de años atrás.

Finalizando aquel día sufrió el primer inconveniente, debido principalmente a su inexperiencia.

Una vez la luna se asomaba inmensa al Este, una serie de chozas de barro fueron iluminadas por la misma, a menos de quinientos metros de su posición. La población estaba situada de una forma tan poco propicia, que evitarla le haría perder varios días de ascensos y descensos a pronunciadas elevaciones geográficas. Decidió simplemente bordear aquella población, aunque ya podía distinguir elementos humanos tan familiares como tierras labradas, montones de piedras, vallas de finos alambres metálicos..., y una cuerda humana que descendía de la rama de un árbol y se enterraba bajo la tierra.

Aún así, siguió caminando y... ¡zas!

Fue rápido, igual que una sacudida, como si fuera propulsada por una catapulta hacia el cielo...

De repente la sobrecogió una irracional sensación de terror y confusión, pues por vez primera había introducido la pierna en una trampa humana, una de esas que se activaban al pisarlas. Haciendo balance de lo sucedido, comprobó que un alambre metálico aprisionaba dolorosamente la base del tobillo y la mantenía colgada boca abajo, y a pesar de su marcada discreción no pudo evitar gemir ruidosamente de impotencia ante la nueva y desagradable situación. Consiguió descolgar la mochila, sacó su destornillador y dejó caer el resto del equipaje. Encogiendo su cuerpo se alongó hacia aquel mecanismo e intentó zafarse mediante la herramienta. Imposible.

El alambre además exhibía numerosas púas atravesadas, y resultaba imposible trepar por él. Luego pensó en otra posibilidad, que podría haber utilizado la funda del ordenador como guante, pero ya era inalcanzable, a metro y medio de distancia en el suelo. Lo intentó todo, balancearse hacia los lados, morder el metal, pero nada servía.

Por primera vez en su vida se dio por vencida, sin planes, sin esperanzas, solos ella y el dolor. Volvió a abandonarse boca abajo, balanceándose incontroladamente, arrepintiéndose de haber pasado al lado de aquella cuerda que representaba poco menos que la muerte, y a la que ni siquiera había considerado digna de atención.

Tras diez minutos, el dolor se intensificó de manera incalculable debido a su propio peso y a la finura del lazo, y sintió como le iba cortando la circulación y desgarrándole la piel cual filo de una navaja. Sabía que iba a perder el pie, así que quizás no le quedara otra opción que intentar arrancárselo ella misma. Sumándose a todo lo anterior, se sentía profundamente mareada, y su cuerpo ya estaba aterido del frío y de impotencia.

Tras sopesar nuevamente el duro planteamiento de la automutilación, sintió una presencia. El ligero movimiento pendular que le transfería la soga provocó que pronto apareciera en su campo de visión. Vio a una pequeña niña negra vestida con unas humildes faldas anchas y una rebeca hecha jirones. En la cabeza unos mechones de pelos ensortijados sobresalían de un pañuelo que le permitía cargar con un pequeño cuenco de barro. La niña contemplaba, los ojos abiertos como los de una pequeña zombi, como aquel chimpancé colgaba boca abajo, tan lejos de donde solían habitar. Katrin no hizo nada, estaba en estado de *shock*, y simplemente esperó con abatimiento a que vinieran los otros y acabaran con ella. Se lamentó de haber viajado tanta distancia para morir de aquella forma.

Pero la persona que acudió al reclamo de la niña no fue un cazador, sino un fornido hombre de casi dos metros que se llevó la mano a la cabeza al valorar el tipo de presa que habían capturado los furtivos de la zona. Sacó un machete de su ceñidor y Katrin preparó su cuello para recibir el tajo metálico.

Contrariamente, aquel hombre abrazó el tronco del árbol y trepó con unos extraños movimientos simultáneos de pies y manos para superar la altura de la vencida criatura. Inmediatamente Katrin comenzó a sentir como iba descendiendo, no hacía ningún movimiento, se sentía confusa y débil.

Una vez tendida en el suelo, la niña roció su boca con agua y observó con preocupación la herida de su pie. Gritó algunas palabras ininteligibles y nerviosas en dirección al gran hombre, quien la tranquilizó al llegar a su lado acariciándole la cabeza. Sacó otra herramienta de su ceñidor, una especie de tenazas, y se agachó. Perdió un segundo al reconocer con estupefacción como al lado suyo, en el suelo, había una pequeña funda humana, y a un metro de esta, un destornillador. Apartó su vista de aquellos elementos y procedió a cortar limpiamente el alambre asesino. La chimpancé se vio liberada pero seguía víctima de la confusión y no se vio capaz de responder con ningún gesto. Tampoco tuvo ganas de tomar su ordenador para dar las gracias a los dos seres oscuros, pues aún ignoraba cuál sería su suerte. Si quisieran llevársela no tendría ninguna fuerza que oponer contra el hombre fornido.

Por fin se levantó lentamente, alternó su mirada a los ojos de uno y de otra, blancos como la plata. Se acercó a la niña, que era de su altura, y la abrazó con

dulzura. A pesar de no conocer las costumbres de los chimpancés, a la niña se le antojó que aquel comportamiento no debía ser muy natural entre animales. Luego se acercó al hombre y le hizo unos extraños gestos con las manos que Ellos no entendieron, pero tales señales provocaron que el hombre y la niña se miraran, confusos. Kat comprobó que no entendían sus gestos, así que señaló las tenazas que el hombre portaba en su mano. Él si había visto chimpancés en sus tiempos de juventud y conocía el místico halo de humanidad que desprendían, pero aquella pequeña hembra parecía una niña como la suya, y decidió regalarle las tenazas que solicitaba. Katrin la tomó y cojeó visiblemente hacia su mochila para guardarla en su interior, junto con el destornillador.

El hombre fornido resopló de extrañeza al ver como se colocaba la bolsa a la espalda, pero la mayor sorpresa se produjo cuando la chimpancé se acercó de nuevo a la niña, dio varias vueltas a un pequeño objeto metálico que llevaba en su dedo, meditó un segundo y se lo entregó. Esta miró el anillo con asombro y dirigió unas nerviosas palabras a su padre, para que observara el brillante presente. Este se acercó y lo observó con cuidado situándolo entre la luna y sus ojos, y acabó gritando unas palabras que denotaban una clara mezcla de entusiasmo y agradecimiento. Se puso de rodillas en dirección a la primate, pero ella ya se estaba distanciando, con la cabeza gacha y una ligera cojera.

Un minuto después la niña salió en su búsqueda, gritando a todas partes, con unas frutas en las manos. Katrin la vigiló desde arriba, encaramada a lo alto de una rama. Los pasos de la niña eran graciosos y delicados en contraposición a la solidez de su padre, pero no delató su situación. Estaba tan dolida por su torpeza que no tenía ganas de hacer nada. La niña pronunció una nueva serie de palabras, cortas como hachazos, pero dulces como ninguna otra voz que hubiera escuchado jamás. Vio cómo dejaba aquellas frutas en el suelo, su cena, y como se alejaba nuevamente con aquella carrerilla suya tan alegre y agradecida.

Unos días después el hombre volvió de la ciudad. Había obtenido mucho dinero vendiendo el anillo a la mujer de un generoso comerciante blanco. En medio de una reunión en torno a la hoguera, su hija describió con ilusión el encuentro con el espíritu de la selva, que les puso a prueba y les regaló un presente magnífico a cambio de su ayuda. Aquella noche dos pequeños ángeles conocieron otra cultura, pero pensaron recíprocamente que, sencillamente existían espíritus amables que les vigilaban.

Sin llegar a saberlo, la fama de Kat Lieberman también se extendió por todas esas latitudes en proporciones mágicas. Sencillamente fue confundida con un ser milagroso, y no con un simio escapado de un laboratorio experimental europeo.

Minutos después de que la espesura de la selva se tragara a aquella niña, intentó concentrarse en juntar las piezas y en analizar sus errores, pero el nerviosismo se lo impedía. Desde su improvisada guarida nocturna pensó en Gandhi, en sus aventuras y sus advertencias sobre lo difícil que resultaba sobrevivir en el mundo de los hombres.

Nada más poner los pies en África su vida había corrido un gran peligro y de nada sirvieron sus viejos trucos. A esas alturas, la ilusión de atravesar tan inmensa franja de continente africano para encontrar sus raíces le resultaba, únicamente, un sueño sin ninguna base sólida.

La somnolencia la asaltaba con impaciencia, pero ella se resistía a perder la consciencia de forma voluntaria. Durante los largos minutos que estuvo colgada del lazo se vio sumergida en una ensoñación brumosa donde creyó vislumbrar los aullidos de Beethoven y Gandhi, hasta que aparecieron los ojos de aquella niña. Su cuerpo insistía y seguía pidiéndole descansar, le prometía que le haría sentirse mejor, así que se rindió.

Si hubiera tenido tiempo hubiera dispuesto algunas ramas en forma de colchón, como hacían otros primates, pero su debilidad y una especie de fiebre asolaban su cuerpo y su mente. Aquella noche durmió profundamente, recostada sobre una rama y apoyada la espalda en una hendidura del tronco. Al igual que las horas anteriores, sus sueños no resultaron agradables, como si le recordaran que aún podría ser peor.

Al despertar sentí los agobiantes haces de luz de ocho focos que me apuntaban directamente, calor y más miedo. Intenté moverme con todas las fuerzas que tenía, pero estaba atada de pies y manos. Ulises y Lilith aparecieron por sendos lados ataviados con gorros y mascarillas de enfermería para asegurarse de que no pudiera escapar. Intenté pronunciar alguna palabra o aullido en forma de queja, pero una mano de cortos dedos y sin pelo tapaba mi boca. Pude oler su sangre seca a través de la tela.

Luego ellos desaparecieron de mi ángulo de visión y encima de mí surgió otra cabeza de ojos fríos y alargados. En un principio no pude reconocerle, pues llevaba las mismas prendas de quirófano que mis dos amigos, que tapaban la nariz y la sonrisa que surgía bajo su labio derecho. Supe que era Mandrasian porque una venda rodeaba la mano que le atravesé con el destornillador, y porque exhibía un escalpelo muy bonito que se reflejaba en sus ojos, con mango de marfil. Los humanos eran muy capaces convirtiendo en figuras artísticas incluso los más afilados instrumentos de tortura.

Pude levantar mi cabeza unos centímetros, lo suficiente para contemplar mi cuerpo completamente rasurado. ¡Qué fea me sentí! Una enfermera manejaba un bonito rotulador y dibujaba rayitas de colores sobre mi piel, e incluso sentí cosquillas cuando llegó el turno de que la punta fina granate recorriera mi cráneo de lado a lado. Pero como he dicho, no podía moverme, ni chillar. Mandrasian esperaba pacientemente y escondido tras la máscara de la ciencia su turno para hundir el acero bajo mi piel con extraordinaria pericia, y desprenderla como solo los más experimentados eran capaces. Estaba contento porque por fin me había convertido en 72-M.

Lilith volvió a asomar su cabeza, desplazó su máscara hasta el cuello y descubrió sus hermosos labios rojos, consolándome momentáneamente. Me dijo:

—No te asustes, Katrin. En el fondo él te tiene mucho miedo, necesita matarte para librarse de tu imagen, para olvidarse de donde procede.

Entonces Lilith también desplazó la mascarilla que cubría la boca y nariz de Mandrasian sin que este pudiera evitarlo. Pero detrás de ella surgió una nariz aplastada y negra con grandes orificios y una mandíbula peluda, de porta cedés... Al verse así, esa figura que antes era Mandrasian abrió sus fauces horrorizado, y chilló como un verdadero chimpancé... y a mí se me heló la sangre y se me erizó la piel. Mandrasian era el verdadero monstruo de los chimpancés.

Me desperté. Miré a mi alrededor y me situé nuevamente en algún lugar al Este de África. Comprobé como el sol iluminaba mis manos y pies, peludos y libres, y como mi tobillo permanecía herido, dormido bajo el perseverante hormigueo de mil agujas mientras pequeñas avicillas compartían mi tronco y me consolaban con su alegre canto. Estiré los brazos e intenté mover todo el cuerpo, no podía permitirme descansar todo un día.

Había tenido una nueva pesadilla, otra de humanos. Me abracé a mí misma para paliar la necesidad del cariño que me podrían haber dado Skipper, Lilith, Beethoven, o Gandhi..., todas esas cosas buenas que saqué de su mundo. Me pregunté cuánto tiempo debería vivir en la jungla para poder soñar únicamente con cosas bonitas, con mis amigos y el nuevo mundo que me recibía.

Me había evadido de su mundo, pero aún así, me di cuenta de que nunca me desharía de Ellos. Nunca volvería a ser un chimpancé sin pesadillas, sin palabras, sin trucos. Debería vivir con eso, con Ellos para siempre. Quizás Ellos también debieran vivir para siempre con pesadillas de chimpancés, de cazadores y presas, de juegos y castigos.

CAPÍTULO 12

Al ponerse de pie sobre la rama sintió como el dolor retornaba para atenazar todo su cuerpo, y no solo el tobillo y las articulaciones sometidas a la dolorosa experiencia.

Se descolgó del árbol y dio cuenta de la comida que le regaló aquella niña para recuperar fuerzas. Caminó alejándose del lugar y se detuvo en un árbol determinado, le llamó la atención su característico olor. Trepó con la poca disposición que le concedía su extremidad herida, con dos manos y un pie, y se acomodó en una de las ramas de la copa. Volvió a olfatear las hojas que allí había y decidió masticar un puñado de ellas. Tragó unas cuantas y luego comenzó a formar una gruesa pasta en su boca. Luego pasó el bolo alimenticio a su mano y, a pesar del incómodo picor que le infería la reacción del contacto, lo extendió con cuidado por el surco sangrante que el lazo le había ocasionado. Sonrió y asintió al advertir un inmediato alivio esperanzador. Nadie le había enseñado nada parecido, no había visto nunca hojas como esas... ¿entonces por qué actuó de tal manera?

Metió un buen puñado de aquellas hojas en la funda de ordenador, por si no las encontraba en otro momento, descendió del árbol y comenzó a andar con precaución.

Además del medicinal descubrimiento, extrañamente tuvo la sensación de saber exactamente dónde encontrar agua, que hojas podía comer y cuales la harían enfermar.

Tras aplicarse el ungüento sintió una mejoría, pero durante los días siguientes tendría que marchar a un ritmo más lento del que había calculado, así que aplicó todos sus conocimientos a los nuevos trucos. Aprovechaba la lentitud ocasionada por la lesión para hacerse más observadora, lo que llegó a convertirse en una verdadera obsesión. Aprendió a observar con mayor atención todo cuanto pareciera extrañamente inofensivo y a no menospreciar cualquier objeto o detalle que le recordara ligeramente la idea de la intervención humana.

Su pensamiento no era tan simple como el estándar salvaje. La portada del «Science» constituía el ejemplo conocido que mejor se adaptaba y complementaba a la inteligencia humana, y en poco tiempo se hizo una experta en detectar trampas. Descubrió que las tenazas del hombre negro llevaban además una navaja y una pequeña sierra, y constituyeron un complemento idóneo que completaba su set de desarticulación de mecanismos.

No resultaba extraño que al aventurarse en determinadas rutas examinara durante largos minutos las huellas, los detalles y los objetos extraños. A veces se desviaba de su camino simplemente porque un lugar determinado parecía idóneo para capturar animales desprevenidos. Iba, desactivaba el mecanismo con un palo, una piedra o sus herramientas humanas, y luego retomaba su camino con satisfacción.

Ciertos científicos asegurarían que los chimpancés no serían capaces de... Bueno, ¿a quién le importa lo que aseguren ciertos científicos?

Los furtivos maldecían a los cuatro costados y blasfemaban contra las recientes habladurías populares que anunciaban extrañas apariciones de seres mágicos en forma de animales. Redoblaron sus esfuerzos por sustituir los artificios desactivados, pero todos eran yermos. Los habitantes de los pueblos vecinos colaboraron para destruir las artes ilegales, no querían ofender al nuevo espíritu que vigilaba las montañas.

Una vez repuesta del primer incidente grave, ya en perfecto estado de forma, Katrin sintió el segundo, la naturaleza.

A la tercera mañana despertó en un agujero natural del suelo, protegida por troncos, pero con terribles picores. Su cuerpo estaba cubierto de incómodas pulgas que se abastecían para los meses siguientes, chupando con tanta ansia que parecía que Katrin se fuera a acabar. Inmediatamente su entretenimiento principal pasó a ser la búsqueda de aquellos pequeños huéspedes inflados de sangre, y planificar un mejor criterio de elección de zonas de descanso.

Mientras los días iban pasando descubría que el continente de África era más duro de lo que esperaba, y a medida que se adentraba hacia el interior del continente las lluvias eran más intensas y el aire tan frío que su boca no paraba de desprender humo blanco. Perdió algunos días simplemente refugiándose de la lluvia, no quería que se estropeará su ordenador, principal entretenimiento y modo de comunicación con los humanos. Lo consideraba una parte imprescindible de sí misma.

Su dieta comenzó a adoptar hojas de árboles desconocidos, tallos de plantas y muchas clases de insectos. La fruta que encontraba en los árboles no era como la europea, así que la masticaba y sorbía su jugo, tal como hacía Beethoven en el centro, para posteriormente desechar las partes sólidas y menos digeribles. Cuando tenía sed subía a unos árboles determinados y encontraba agua en pequeños huecos entre los troncos o en su interior. Utilizaba esponjas naturales o unas vainas vegetales a las que les extraía el interior con los dientes, quedando en su mano una especie de caña con la que sorber líquidos, estrategias habituales entre chimpancés. Pero aún así seguía preguntándose como sabía hacer aquellas cosas. ¿Cómo podía saber que frutos comer y cuáles no, cómo podía entender a los chimpancés de los documentales sin haber interactuado nunca con ellos? Poco a poco se daba cuenta de que a pesar de las dificultades de integración, aquel era su hogar.

A pesar de no estar acostumbrada a largas caminatas, los juegos en el patio, su juventud y poco peso la dotaban de una buena resistencia física que le permitía avanzar a muy buen ritmo.

En mitad de las arboledas podía trotar tranquilamente a cuatro patas o trepando de rama en rama. En los espacios descubiertos se veía más desamparada, fuera de la cubierta natural y de la protección de un árbol al que saltar en caso de surgir otro peligro inesperado. Atravesaba con nerviosismo dichas explanadas solo después de

un determinado estudio y de hito en hito si había ocasión. Durante el día solía trotar velozmente durante buenos tramos, y en los descansos aprovechaba para examinar cualquier ruido o extraño olor y ponerse a cubierto si le surgiesen dudas. A veces encontraba un pequeño manantial o un riachuelo de agua limpia y aprovechaba para relajarse y frotarse enérgicamente el cuerpo con cepillos naturales apropiados, en recuerdo de los huéspedes chupasangre que tanto daño le habían causado anteriormente.

A partir de determinado punto las poblaciones humanas eran casi anecdóticas, solo siendo perceptibles a decenas de kilómetros en la distancia, pero a pesar de la lejanía siempre encontraba alguna trampa, lo cual la distraía.

En cierta ocasión pescó un poderoso cepo de acero con una gruesa rama y luego se sorprendió a sí misma escrutando los alrededores con tristeza. Esperó con inocencia que Lilith brotara como una flor, surgiera del fondo de un manantial o apareciera bajo una roca y la premiara con un: ¡Bien hecho, Katrin!, como si siguiera disfrutando de las mejores condiciones educativas del CNI-A. Luego se autoinfringió una palmada de castigo en la cabeza y pensó en las teclas «*Katrin, tonta*».

De la mañana a la noche y casi sin darse cuenta, el paisaje se transformó en una inmensa sucesión de troncos, lianas, arboledas que muchas veces cubrían el cielo, superficies cubiertas de musgo, plantas trepadoras y arbustos casi impenetrables. Kat por fin entendió por qué en aquellos documentales los chimpancés no usaban piedras para partir las nueces, sino troncos de madera obviamente menos pesados y eficaces. Advirtió ese detalle porque Ulises se lo consultó y ella no supo que decir. ¿Cómo podría? No podía saberlo si ni les conocía, ni estaba en su lugar, pero por fin lo estaba averiguando. Utilizaban madera porque la ingente cantidad de hojas que caían de las copas cubrían la superficie y acababan por convertirse en sedimentos, por lo que... ¡en la jungla casi no había piedras!

Llevaba la cuenta de siete días de camino y sabía que se acercaba a su destino. Presentía esa cercanía como si la soltaran en una habitación desconocida, le vendaran los ojos y aún así supiera exactamente donde estaba situada una estufa a pleno rendimiento.

Dadas las anteriores circunstancias, cada día en su ruta que transcurría sin problemas era un buen día, pero no podía evitar aburrirse. Estaba de cuclillas, jugando con su destornillador a dibujar letras humanas en la tierra cuando sintió un movimiento a su espalda. Se dio la vuelta esgrimando la herramienta con fuerza, pero no vio absolutamente nada. Levantó su hocico lo máximo que pudo y olfateó aquel extraño olor, pero solo pudo sacar en claro que no provenía de un hombre. De repente, a su derecha percibió una sombra fugaz que cruzaba de un árbol a otro, pero cuando dirigió allí su mirada, volvió a encontrar otro idílico cuadro de inmovilidad y naturaleza muerta. Tomó una piedra en su mano y la lanzó hacia donde calculó que se escondía aquella figura espía, hacia la base de aquel árbol.

Nada ocurrió, al menos en ese momento, pero segundos después y solo a pocos metros de ella se descolgó desde una rama un extraño ser negro de majestuosa agilidad y rapidez. Cuando Kat comprobó su presencia, soltó el destornillador en señal de paz, pues aquel ser era menos corpulento que ella y sus ojos no parecían representar una amenaza inminente. Se examinaron mutuamente.

Era un primate más pequeño que Kat, pero estaba dotado de unas extremidades mucho más gráciles. Algunas especies presentaban diferentes variedades cromáticas como el rubio o blanco, pero en aquel caso su cuerpo era negro, y alrededor de su cara se dibujaba un círculo blanco, como hecho a propósito, y sus manos y pies eran del mismo color. Un gibón.

Kat reconoció inmediatamente su hermosa figura, pues había algunos gibones en otro módulo del CNI-A, y todos se ganaban el cariño del visitante debido a sus interminables ganas de jugar, sus graciosos movimientos y su asombrosa agilidad. Consegúan el equilibrio perfecto entre la corpulencia y el equilibrio, lo que les convertía en malabaristas sin parangón. Sus movimientos recordaban a los gimnastas humanos (aunque aumentada en gran medida su destreza) por su manejo de la gravedad y la facilidad que exhibían al pasar de estar colgados a desfilas con la gracilidad de un funámbulo sobre las más delgadas ramas. Las altas copas de los árboles formaban un mundo en el que eran dueños y señores, y nadie se sentiría capacitado para subir a él y hacerlos bajar.

Sin embargo en tierra firme eran algo más torpes y se desplazaban a base de pasos cortos y rápidos, como saltitos, mientras extendían sus interminables brazos hacia los lados para controlar el equilibrio. En este movimiento parecían mostrar sus uñas a hurtadillas, como si fueran a hacerles la manicura, o como si exigieran un beso en la mano. Kat los comparaba con las antiguas muñequitas a pilas y con las graciosas geishas de las películas humanas, dando saltitos con la cabeza agachada. Y debido a la costumbre que adquirió entre los humanos de dar un nombre a todo ser vivo, para sus adentros le llamó Ninja, en honor a sus característicos andares y a su increíble agilidad.

Una vez repuesta de su sorpresa inicial Kat decidió hacerle un regalo, acudió a su mochila y como muestra de amistad le entregó su máscara veneciana de sonriente semblante. El gibón dio un saltito hacia atrás, colocó sus dedos en forma de espasmo, emitió un agudo grito de pavor al contemplar lo que reconoció como la piel arrancada de una cabeza humana e intuyó problemas. Ante la aparente naturalidad que exhibía la chimpancé, accedió a aproximarse con precaución para rozarla primero con un dedo y luego con la punta de la nariz. Fue cogiendo confianza en el acercamiento y acabó por acostumbrarse a su tacto artificial. Pronto se mostró muy feliz con su nuevo juguete.

Katrin se acercó un poco más, se la ajustó en la cara y le indicó que se mirara en un charco. Ninja obedeció y, al verse reflejado, adoptó nuevamente el gesto de espasmo en sus dedos, como si fuera a tocar las teclas de un piano imaginario, y acto

seguido emitió otros nuevos chillidos agudos que asustaron a la chimpancé, pero que eran de alegría, y dedicó a su nueva amiga una serie de piruetas de alto nivel para acabar aterrizando frente a ella, cual sombra, y darle besos y abrazos de agradecimiento.

Le preguntó de qué clan de chimpancés procedía y Katrin le contestó que venía del «clan europeo», pero que deseaba encontrar un grupo nuevo donde establecerse. Se dio cuenta de que ambos tenían en común más de lo que se podría imaginar, pues Ninja también había escapado de los humanos.

Ninja pertenecía al clan asiático. Fue capturado con pocos meses de vida e ingresado —tras un largo y penoso viaje del que aún guardaba malos recuerdos— en un zoológico situado a muchos kilómetros al norte de donde se encontraban. Un día, pocos años antes, quiso comprobar si podía llegar a saltar el muro que le separaba de aquellos humanos que le lanzaban comida, y lo logró. Pero su proeza no se vio recompensada como esperaba, Ellos comenzaron a gritar y pudo escuchar desde muy cerca las cañas de fuego del hombre, esas que mataban.

Ninja se asustó e hizo lo que mejor sabía hacer. Trepó a un árbol, y de este a otro... Crispado por el pánico trepó y saltó a tanta velocidad que parecía volar, y aquellos hombres subidos a sus máquinas con ruedas no pudieron seguirle mucho tiempo. Al final consiguió salir de la ciudad y se alejó de Ellos para acomodarse en aquella tranquila zona donde las únicas criaturas peligrosas «solo» eran los leopardos. El único inconveniente que encontraba en su nueva situación consistía en ser el único de su especie.

Ninja le advirtió que los chimpancés estaban a algunos días de camino y que además no eran simpáticos como ella, sino que eran serios y agresivos. Siempre estaban nerviosos porque los hombres iban detrás de ellos sin descanso para cazarlos y exponerlos en mercados de carne y jaulas pequeñas donde se volvían locos. Kat le dijo que ella estuvo en jaulas y no se volvió loca —eso creía—. También le dijo que no había problema porque ella era inteligente, que no todos los chimpancés eran malos, y que además... ¡no tenía otro sitio a donde ir!

Le propuso que se quedara con ella para así cuidarse mutuamente, pero este se negó. Se ofreció a guiarla, pero cuando vieran a otro congénere de su raza, Ninja se marcharía sin despedirse. Gracias a su habilidad entre los árboles podía tomarles el pelo a leopardos, leones y otros peligrosos animales terrestres, pero su precaución era máxima cuando se trataba de humanos y chimpancés. Katrin le ofreció la mano para aceptar sus condiciones y en muestra de agradecimiento infinito. Ninja inspeccionó la mano que ella le extendía para examinar si había otro regalo, pues él no tenía ninguna costumbre de estrechar manos. En ese mismo momento emprendieron el camino.

Ninja se vio obligado a esperar a Katrin muy a menudo, pero aún así se sintió orgulloso de su nueva amiga chimpancé. La chica europea parecía estar dotada de una fina inteligencia, pues él se ofreció a chillar a los chimpancés para advertir su presencia y que iban en son de paz —los gibones podían ser muy ruidosos y se les

escuchaba fácilmente a un kilómetro de distancia—, pero Kat lo desaconsejó. Deberían ser discretos para no delatar su presencia a los humanos u otros depredadores. Ninja hizo caso del sabio consejo, pero a pesar de todo comenzó a sentirse preocupado por Kat y por sus extraños modales refinados, más propios de un humano de buena cuna que de unos excelentes cazadores como los chimpancés. Aquella zona era diferente a lo que ella conocía, no era un centro de investigación con jaulas separadas y tres comidas al día, según le explicó. Dudó que sobreviviera, pero se guardó su opinión para sí mismo porque según Kat, no tenía otro sitio a donde ir.

Los días siguientes fueron los mejores desde que salió del Centro Comercial. Le reconfortaba observar como aquella grácil figura avanzaba braquiando espléndidamente entre las ramas mientras emitía un suave gorgorito más propio de algunas especies de aves. Luego su compañía y sus bromas la hicieron olvidar la tristeza de la pérdida de Beethoven, y además tenían muchas cosas que enseñarse el uno al otro.

Cuando la primera noche Kat puso en marcha su ordenador y comenzó a pulsar teclas, Ninja volvió a poner las manos a modo de espasmo, emitió un terrible ruido y salió huyendo. Volvió un rato después, convencido de que la voz humana procedía de su amiga, y se incorporó a su lado con temblores por todo el cuerpo, ¡fue divertidísimo!

Ninja le enseñó a cazar pájaros y pequeños mamíferos y, aunque Katrin no se sentía cómoda comiendo aquellas cosas, fue incluyéndolas poco a poco en su dieta. Pensó que África le abría el apetito, pues que desde que puso los pies en el continente se sentía mucho más hambrienta que en cualquier otro momento de su vida.

El gibón también le advirtió acerca de las armas de los cazadores, que lanzaban fuego y mataban a grandes distancias. Katrin a cambio le enseñó a comer termitas y hormigas mediante tallos alargados. Le arrancaba las hojas, masticaba el tallo y lo extendía para incrementar la superficie que estos insectos mordían. Si tenía algún panal a su alcance, lo untaba en miel y así las hormigas o termitas se quedaban pegadas y no podían escapar. Lo había aprendido de los documentales, al igual que la forma de introducirse en la boca evitando en lo posible sus, en ocasiones, terribles mordeduras. A Katrin le entusiasmaba poner en práctica sus amplios conocimientos extraídos de unos y otros grupos de chimpancés del mundo, e instruir a Ninja. También le enseñó a apuntar y a lanzar piedras y maderos para defenderse y cazar; a sortear las trampas de los hombres y a esconderse primorosamente bajo la tierra o haciéndose un disfraz con hojas y arbustos. De esa manera era indetectable para Ellos. Ninja alucinaba con la chimpancé de laboratorio.

Otra de las noches y después de un largo día de camino ella activó un video musical y pretendió enseñarle a bailar. Pero no hizo falta, pues cuando la vio moviéndose la imitó durante un rato, para luego acabar improvisando algunos pasos

propios. Ninja se daba cuenta de lo mucho que le gustaba a la chimpancé su forma de moverse, y sabía hacerla reír con extraordinario criterio cómico. ¡Era tan gracioso!

La última noche le habló de su gran amigo Beethoven, de Skipper y Damocles, y le enseñó un video de su amiga humana, Lilith. Ninja nunca había visto ese tipo de imágenes en movimiento, pero advirtió que la mujer de los labios rojos era bastante guapa para no tener pelo. Luego subieron a un árbol muy alto, Katrin hizo una cama de ramas y hojas, y durmieron juntos.

Al amanecer siguiente había desaparecido, como una sombra. Bajó del árbol, olió la tierra bajo sus pies y oteó el horizonte entre los tocones, pero solamente percibió un extraño silencio. La ausencia de los habituales cantos de madrugadores pajarillos la llenó de inquietud. Se encontró en un alba cálida y perfumada, y las copas de los grandes árboles ya permitían el paso de abundante claridad.

Emitió unos gritos de llamada para Ninja, pero quienes respondieron fueron unos seres muy distintos.

Quizás hubiera completado la mayor odisea jamás contada desde las imparables acometidas territoriales de Alejandro Magno, pero nadie podría dar fe de ello ni publicidad del hecho. Les había encontrado, chimpancés en su hábitat natural.

Los chimpancés suelen vivir en comunidades variables de diez a quince individuos denominados tropas o grupos. Katrin Lieberman hizo un examen visual y contó doce, una de los cuales sostenía a una pequeña cría temblorosa que no debía superar el palmo de altura. Más de la mitad eran grandes ejemplares machos, y de entre ellos destacaba el que ahora se acercaba a Kat, cuyo pelo en algún momento hubo de ser blanco del todo, pero que se presentaba tendente al amarillento por el contacto con la naturaleza. Así decidió llamarle, Blanco.

El chimpancé blanco la miró de arriba abajo, más bien midiéndola. Blanco era tan alto y ancho como Beethoven, debía ser muy fuerte; su toro supraorbitario era muy pronunciado y la cara estaba regada de cicatrices. Carecía de media oreja izquierda y de un sector del labio, por lo que la mitad de sus colmillos estaban siempre a la intemperie, lo que sumado a su inusual color le hacía aún más temible. No debió ser fácil llegar a adulto siendo tan diferente y, de hecho, Katrin desconocía que existieran chimpancés de otros colores.

El líder la olió con atrevimiento y la rodeó con expresión amenazadora mientras ella agachaba la cabeza con nerviosismo. El grupo emitía ruidos positivos y negativos a partes iguales, pero era Blanco quien parecía tomar las decisiones. Miró al grupo y gesticuló al tiempo que gruñía expresiones de suficiencia. No era rival para él —decía—, además, ¡miradla!, expresó al resto de su camarilla señalándola con un gesto de cabeza, ¡está aterrorizada!

Y era cierto, se sintió tan fuera de lugar que si hubiera podido huir, habría intentado cruzar el océano a nado para regresar al CNI-A. Pero quizás la mayor equivocación de Kat Lieberman, más incluso que embarcarse en su aventura africana,

fue intentar impresionarles con su magia, y la brutal consecuencia fue la que se relata a continuación.

La extraña chimpancé extrajo desde una bolsa a su espalda una insólita especie de caja, la abrió y empezó a manipularla. El gran chimpancé Blanco desconfió y echó dos pasos atrás mientras analizaba con extrañeza aquel artilugio... Pero cuando la extravagante criatura pasó sus dedos por la caja, y esta emitió las palabras características de Ellos...

—*Katrin es amiga, amiga, buena...*

¡Peligro!

Blanco dio otro paso atrás y todo el grupo fue víctima repentina de un indescriptible pavor psicológico. Cada uno de ellos se dispuso a adoptar actitudes hostiles y a emitir sonidos espeluznantes de terror y amenaza. La selva se convirtió en un manicomio y Katrin era víctima de la estrategia defensiva de los chimpancés.

Escuchó sus protestas y bajó la cabeza al ver como Blanco caminaba de un lado a otro, poseído por la rabia. Todo su cabello se erizó por la crispación dando la impresión de ser aún más grande de lo que era. Se convenció de haber cometido un tremendo error. El clan en conjunto adoptó una defensa inicial en fila india, y a continuación comenzó a moverse con coordinación, creciendo y menguando a pocos metros del macho alfa, tomando posiciones como si se tratara de un solo organismo vivo.

Casi todos los machos esgrimieron algún tipo de arma natural en prevención del posible ataque humano. Algunos emitían gritos cortos y secos, y otros exclamaciones estridentes y alargadas, pero en ambos estilos sus rostros se contraían en grotescas proporciones dispuestos a apoyar a su líder. Ciertos ejemplares levantaban nubes de polvo con sus manos como parte de la disuasión, otros golpeaban el suelo con manos y pies, y los más osados lanzaban algún tronco o piedra con evidente mala puntería, pero con fuerza. La extraña había sido oficialmente repudiada y estuvo a punto de defecar a causa del terror.

Quiso no haber actuado así y decidió cerrar la tapa de su ordenador, pero ya era demasiado tarde. Blanco se abalanzó sobre ella como una exhalación y le soltó un manotazo tan fuerte que la impulsó varios metros hacia atrás... Kat se incorporó rápidamente y trató de huir, pero Blanco ya se había anticipado e impidió su fuga. Animado por el ensordecedor estruendo de la tropa, golpeó aquel artilugio maldito y lo pisó repetidamente. Katrin Lieberman se agachó y le dio la espalda en señal de sumisión..., en aquel momento casi todos los miembros del grupo guardaron silencio.

Aquella pequeña chimpancé ya no parecía tan peligrosa, pero él la agarró por los pelos de la espalda y la arrastró muchos metros en dirección al grupo, en dramática escena de llantos y súplicas de nuestra protagonista. Él también gritaba, pero para hacerse merecedor del rango de líder. Katrin intentó desasirse por todos los medios y sus cuatro manos, de la poderosa zarpa del rival. Por segunda vez en su vida se olvidó de las palabras y los trucos, solo chillaba y se revolvía para defenderse.

Se arrepintió de haber querido llegar a la jungla, pues si todos los miembros de su especie eran como aquel, prefería volver a una jaula. ¿Por qué eran tan diferentes?, pensó.

Echó de menos las enseñanzas de Lilith, el valor de Skipper, los prácticos consejos de Gandhi y la fuerza de Beethoven. ¿Hubieran echado ellos de menos la inteligencia de Katrin? Puede que no, pues con ella no pudo evitar que se marcharan. Kat siempre se quedaba sola.

El gran chimpancé blanco dirigió sus fauces al cuello, pero Katrin consiguió mantenerlo a distancia durante unos segundos, hasta que uno de los chimpancés jóvenes decidió interceder y le apartó de un empujón.

El que desafiaba su liderazgo era un macho joven y audaz, pero mucho más pequeño que Blanco. En sus mangas exhibía sendas manchas albinas que posteriormente provocaron que Katrin le bautizara como Croupier. Por las manchas, su atrevimiento y su lenguaje corporal, Katrin dedujo que debía ser pariente de Blanco, probablemente su hijo. Pero aquello no le daba suficiente derecho para discutir sus decisiones, y menos aún empujarle como lo había hecho. El grupo volvió a dirimir expresiones divididas ante el nuevo desafío, pero el asunto no llegó a convertirse en un verdadero desafío. Croupier se envalentonó y volvió a embestir a Blanco, quien esa vez no se movió ni un centímetro, se encaró con él y se engancharon. Katrin vio esperanzada como Croupier le asestaba a Blanco tres golpes en la cabeza, pero estos solo provocaron que la ladeara imperceptiblemente con objeto de ganar tiempo, hasta que pudo descargar varios de los suyos con rotundidad y emitiendo rugidos de fiereza incalculable. Croupier fue derribado con estruendo, su ataque había sido rechazado con facilidad.

El retador se apartó desolado y de nuevo Katrin se encontraba a su merced.

Sin embargo la valentía de Croupier no fue baldía, pues contaba con muchos amigos y partidarios que parecían apoyar su gesto, así que se decidieron a intervenir y gritar, «no es un humano, no es un humano... ¡es una de los nuestros!». Blanco estaba enfurecido, pero se dio cuenta de que no podía matarla sin ganarse la disconformidad de su grupo.

Los humanos habían descubierto mucho tiempo atrás que entre los chimpancés también existía, a un nivel básico, cierto concepto de la estrategia política. Blanco también valoró que no podría mantener su liderazgo con facilidad si hacía oídos sordos a la opinión popular y a sus principales aliados. Por estos motivos se inhibió de ensañarse con la recién llegada y se limitó a golpearla por última vez, con objeto de demostrar que las decisiones le correspondían solo a él, como si se tratara de un castigo intermedio.

Luego le dio la espalda a la chimpancé de laboratorio más brillante del planeta, y ordenó abandonar el lugar. Croupier la miraba con lástima al tiempo que se lamía sus propias heridas, y fue el último en abandonar la escena. Finalmente desistió de ayudarla y se marchó tras el grupo, no era conveniente medir de nuevo la paciencia

del macho alfa. Durante algunos días debería mantenerse a una distancia prudencial, pues aunque Blanco solía ser pacífico en circunstancias normales, cuando luchaba o cuando algo le recordaba mínimamente a los humanos, perdía la capacidad de raciocinio.

Después de recibir la paliza y a pesar de comprobar a través del rabillo del ojo como Blanco se alejaba dirigiendo a Croupier severas advertencias, Katrin no terminaba de separar los codos de su cara. En ciertas ocasiones los chimpancés, al estar tristes, cuando están a punto de ponerse a llorar o, simplemente, para dar pena, esconden su cara levantando los brazos y anteponiendo los codos en un genuino gesto de protección. Kat no lo hizo debido a la gravedad de sus heridas, pues Blanco podría haberla matado de un solo manotazo si lo hubiera querido. Se cubría como si no quisiera que nadie contemplara su tristeza y nueva humillación. No quería levantarse para descubrir las nuevas sorpresas que le deparaba aquella selva terrorífica. Tal vez fuera mejor tenderse y esperar a que otra de aquellas salvajes criaturas acabara lo que Blanco había comenzado.

Recorrió lentamente sus brazos y piernas con la esperanza de descubrir alguna fractura que la hubiera dejado inútil, para abandonarse definitivamente, pero no fue así. Sintió muchos rasguños, raspaduras y el labio superior hinchado; también le dolía el ojo, el hombro y la espalda, pero sería capaz de levantarse. Finalmente reposó las manos en su vientre y sintió algo, una pequeña vibración. ¿Podría ser...?

Encontró una nueva razón para luchar, y la explicación a la repentina voracidad que venía mostrando desde que atracó en un puerto africano. Supo entonces que llevaba una cría de Beethoven en su interior.

Katrin recordó ciertas palabras entre Lilith y Robert, «Si tuviera forma humana, no se diferenciaría de un niño de ocho años». Acató aquel recuerdo como si se tratara de un nuevo consejo de Lilith y le sirvió como acicate para saltar esa barrera, superar la edad y el estado emocional de un niño de ocho años, y transformarse en «la salvaje Katrin». Ni la admirada genio chimpancé, ni la portada del «Science», ni la jugadora de damas, ni la experta en lenguajes humanos, ni la cocinera, ni la aplaudida Kat Lieberman la ayudarían en aquel inhóspito lugar.

Se arrastró hacia el ordenador con las pocas fuerzas que le quedaban, e intentó luchar contra el intenso mareo que asolaba su cabeza. Quizás esperaba encontrar alguna respuesta en aquel aparato, alguna indicación que le curara las heridas, alguna explicación que aclarara cuales fueron sus errores. Solo pudo contemplar su propia imagen, y una fecha. Cuando se recuperó de la confusión se sentó ante él y, mesándose la barbilla, reflexionó. Aquel día se cumplían once años desde su nacimiento.

Bernadette la trajo al mundo bajo el signo del hombre. Once años eran suficientes, se dijo a sí misma mientras arrancaba la pantalla del ordenador sin

inmutarse, para darse cuenta de que todo lo que había aprendido, ya no era de utilidad.

A través del cristal de la pantalla, el animal dolorido contempló el reflejo de Katrin Lieberman, quizás por última vez, y le pareció que ese mismo reflejo también observaba al animal dolorido. Decidió cambiar su vida y matar a la estrella. De un golpe quebró la pantalla contra el espolón de una roca. Volvió a mirarse, y la pantalla le devolvió entonces los fragmentos distorsionados de su imagen, como si le dedicara una mueca de sarcasmo que se burlaba de forma cruel. Le propinó un nuevo golpe y los cristales se dispersaron varios metros a la redonda. Luego tomó la segunda sección del ordenador y comenzó a vapulearlo enérgicamente contra el mismo mineral, como si aquel instrumento fuera culpable de todo cuanto le ocurría. Una vez, otra más, tres... El resistente material no estaba preparado para un maltrato tan intencionado, y con ocasión del cuarto impacto la caja se hizo añicos al mismo tiempo que se hacían añicos los recuerdos de su pasado. Todo lo que había sido se rompió en mil pedazos, y ya no podría averiguar en cuál de aquellos fragmentos residiría la música, en cuál se ocultaban los labios rojos de Lilith, ni donde se depositaban las palabras y los juegos de su infancia ya pasada...

Se dio cuenta de cuán inútil resultaba aquel instrumento, del que no fluyeron como de una lámpara mágica las imágenes de Bernadette y Zeus, sino estúpidas piezas de plástico y metal. Únicamente salvó la pieza que más utilidad parecía tener —disco duro, decía su etiqueta—, y se dedicó a limarla con total concentración contra la misma roca durante casi una hora, hasta que acabó por modelar una afilada pieza triangular. No sabía para qué fin habría servido anteriormente, pero tras el tallado y enrollada con el fino cable de cobre de una bobina interior, y en la punta de una vara de un metro, constituía un arma. Con sus incisivos destrozó la pulsera del código de barras de su muñeca, e hizo un pequeño orificio en la funda para portar la vara mientras se iba desplazando.

Se acercó a un charco, se agachó para tomar agua con su mano y volvió a mirar el reflejo de la maravillosa Katrin, la que nació entre humanos, la que parecía estar en todas partes. Le tocó el turno al cocodrilo. Extrajo el destornillador y dejó al reptil flotando sobre la superficie. Finalmente se hundió con toda su humanidad, un lastre infantil que tampoco le sería útil, y definitivamente el resto de ella salió a la superficie. Guardó las herramientas en la bolsa afirmó la lanza en su mano, y comenzó a andar, sin despedirse, como en ella era habitual.

Nadie más golpearía a la que una vez se llamó Kat Lieberman, y si aquel chimpancé blanco lo volvía a intentar, debería estar muy atento, o se ahogaría en su propia sangre.

CAPÍTULO 13

Un elevado cociente intelectual resultaba inútil en la jungla, y sus conocimientos fueron refutados con dureza por el más simple de los machos, donde la fuerza predominaba sobre cualquier otra virtud.

Encontró otra trampa, la olió. Era reciente, pero también olía a muerte. Seguía siendo capaz de resolver problemas y decidió que no renunciaría a esa virtud.

En aquella zona había muchas más trampas de las habituales. Ingeniosas algunas, ingenuas las otras. En unas pocas horas encontró un suelo de mentira que cedía cuando era pisado y te arrastraba al interior de un profundo agujero cuyo fondo estaba cubierto de afiladas estacas en punta. —¡Trampa, Lilith, trampa!— volvió a pensar con indignación. También encontró un alambre parecido al que casi acabó por amputarle el pie. Eliminó las nuevas trampas furtivas, pero dejó alguna preparada. Quería compartir sus conocimientos con Blanco.

La experiencia de Katrin se veía coartada por los innumerables cambios y descubrimientos que iba encontrándose en su camino. Las amenazas nunca parecían ser las mismas, su variedad era inacabable. Confió en que alguna vez las conocería todas y su vida podría ser un poco más tranquila, esperaba sobrevivir lo suficiente para alcanzar ese punto. Felizmente se encontró con una higuera y consumió algunos de sus frutos, luego se hizo un nido en lo alto de un árbol y descansó. Debía recuperar fuerzas para el siguiente día, un día decisivo en su vida.

Fruto de la impaciencia y la rabia, ya estaba despierta antes del amanecer. Se descolgó del árbol para acudir a su encuentro. Tras más de una hora de camino se tropezó con ellos, casi sin querer.

Croupier estaba a solas, sentado sobre una roca, mirando fijamente un riachuelo que descendía musicalmente. Un ligero temblor recorría su cuerpo, sus brazos y sus piernas. Parecía tan triste que Katrin temió que Blanco le hubiera castigado por defenderla. Se acercó a él y se dio cuenta de que gemía en silencio. Había percibido la presencia de Katrin, pero tardó unos segundos en mirarla.

Lo que Croupier vio en ella fue muy diferente a la criatura delicada del día anterior. Sus labios estaban comprimidos en un rictus de enérgica decisión y sus ojos estaban inyectados en sangre, enarcados, como si estuviera dispuesta a librar una feroz batalla. Ambos estaban muy cambiados respecto a su anterior imagen. No necesitó que ella hablara, sabía lo que quería averiguar e indicó con el brazo a un lugar tras él, a cien metros de distancia, luego volvió a concentrarse en el riachuelo.

Katrin trotó hacia aquel punto con mucha precaución, pues notó algo aún más inquietante que la posible presencia de Blanco. Detectó unas inconfundibles huellas

humanas y el rumor de un profundo zumbido de moscas, síntoma de un festín en descomposición.

Al entrar en una aparente área de descanso para chimpancés, analizó la terrorífica escena con frialdad y, de repente, olvidó todo el resentimiento que había sentido hacia el jefe del grupo.

No muy lejos de donde Blanco la había atacado cuando se presentó, se encontró sus restos. Le habían cortado la cabeza, manos y pies, pero también faltaban otras muchas partes de su cuerpo, dejando sus huesos tirados en varios montones, junto con numerosos harapos de su pelaje blanco, ahora teñido de sangre oscura, coagulada. Una nube de humo negro se elevaba de un montón de restos carbonizados. Podía distinguir, mezclados entre montones de cáscaras de nueces, restos de pelos, huesos, vísceras y sangre por todas partes.

El hedor a carne y pelo quemados, a los restos en descomposición, le resultaba insoportable, y la densa presencia de insectos a través de la cual tuvo que penetrar casi consiguió hacerla vomitar. Habían despedazado a machetazos su cuerpo y seguramente habían devorado parte de él allí mismo. No era noticia que los africanos se comían a los chimpancés, aunque también se daba el caso de que algunos europeos sin escrúpulos pagaban cantidades exorbitadas de dinero para disfrutar de su carne recién cazada. Seguramente a Blanco no pudieron capturarlo con vida, ella sabía que no. Por un momento pensó que por eso le castigaron arrancando sus manos, pies y cabeza. Los efluvios de la masacre seguían penetrando en sus pulmones, los ojos le picaban y le lloraban debido alguna extraña emanación mortuoria.

El rostro albino —su piel— que el día anterior había aterrorizado el corazón de Katrin había sido finamente separado del resto de su cabeza, y colgaba de un tronco como muestra de humillación, o como advertencia. Había sido clavado a la madera a través de los huecos de sus ojos...

A su alrededor, otro remolino de moscas pegándose un festín.

Las apartó de varios manotazos al aire para poder contemplar con mayor detenimiento el rostro que la llenó de tanto terror. La limpieza del corte le parecía sorprendente, la perfecta delineación de los ojos, y el macabro diseño de una boquita triste como hecha a propósito, semejante a una máscara veneciana.

Apartó su mirada y la esparció hacia todos los puntos cardinales. Pudo reconocer los cadáveres de otros dos miembros del grupo: no muy lejos del líder, otro macho joven; y algo más retirada, la madre de la pequeña cría asustada del día anterior. Era un hecho bien conocido que las madres luchaban hasta la muerte por defender a sus crías, como las madres de todas las especies. Estaba apoyada en un tronco como si echara una siesta, pero tenía dos agujeros en el pecho que dieron lugar a un charco de sangre ya coagulada. Ambos también carecían de manos, pies y cabeza. Las amputaciones no resultaron ser un castigo contra Blanco, resultaba ser el procedimiento habitual.

El resto del grupo había desaparecido. No había trozo de madera o brizna vegetal que no constituyera un indicio de la carnicería allí acontecida, un lugar que posteriormente llamaría «El Cementerio». Le hubiera gustado cerrar los ojos de Blanco como hizo con Gandhi, como hizo con Beethoven. Pero no los tenía, en su lugar solo había un remolino de moscas.

Tres buitres se habían acercado al lugar y, viendo que la zona aún no estaba despejada, esperaron su turno de pasar a la mesa desplegando ocasionalmente sus alas sin despegarse del tronco hueco y marchito sobre el cual estaban posados. Ella los vio, pero no le molestó su presencia ni sus intenciones. Todo lo que hicieran cuando ella se marchara no podría resultar de ningún modo tan aberrante como la forma en que se desarrolló aquella inenarrable cacería.

Quizás en aquel momento pudo alcanzar a comprender el desdén que Blanco sentía por todo lo que tuviera relación con los humanos.

Una vez salió de El Cementerio, se encontró a Croupier en la misma posición y se sumó a su desazón. Este la miró de nuevo y comprendió que aún con todo seguía teniendo cuentas pendientes. Croupier confirmó lo que Kat ya imaginaba, que fueron Ellos, que se llevaron a muchos de los suyos y que él se salvó por que quien se enfadaba con Blanco no estaba seguro durmiendo con el grupo. Por eso no cayó en la emboscada.

Katrin le tomó de la mano convidándolo enérgicamente a que se levantara, quería que le mostrara el camino. Su mirada daba a entender que había venido a pelear hasta la muerte, no importaba con quien fuera. Él tenía miedo, lo percibía en su rostro desencajado y en el temblor que recorría su cuerpo. Vaciló, se llevó las manos a la cara en gesto de desesperación, pero finalmente se puso en pie y comenzó a trotar a modo cuadrúpedo, aquejado de un nervioso tambaleo. Escuchó tras él los pasos de aquella pequeña pero brava chimpancé que le seguía con la mayor de las decisiones.

Durante casi una hora no perdió de vista el trasero de Croupier. Le resultaba cautivadora su pasmosa habilidad para seguir una pista como aquellos indios de las películas. Se paraba de repente, se ponía de pie, agachaba la cabeza al suelo y olisqueaba. Luego miraba hacia atrás, hacia ella y continuaba caminando, era la señal de que iban por buen camino. Una y otra vez retomaba el rastro en los troncos, en la misma tierra, encontraba las huellas y averiguaba la dirección que había tomado el objetivo. Resultaba evidente que cuando rastreaba analizaba múltiples variantes. No caminaba al azar.

No muy lejos de la carnicería, de repente, arrancó a correr y Kat tuvo que hacer grandes esfuerzos por seguir su estela. Cincuenta metros más adelante encontraron otro cuerpo sin manos ni pies. Sí tenía cabeza, una cabeza vieja con ojos enfermos, pero aunque no la hubiera tenido, a Croupier también le habría resultado fácilmente reconocible. Al ser viejo debieron pensar que su carne no se pagaría bien, y que no valía la pena cargar el peso de quien, seguramente, valdría diez veces menos que un ejemplar joven.

El guía se sentó a su lado y le miró con resignación y respeto. Le intentó levantar el brazo, pero la articulación estaba tan anquilosada que no pudo moverlo ni un centímetro. Se había convertido en muñeco de yeso. Croupier miró a Katrin e intentó desentrañar sus ojos fríos, parecía no sentir otra cosa más que impaciencia por continuar la búsqueda.

De nuevo se levantó, miró a izquierda y derecha, y comenzó a trotar saliéndose del camino con aparente decisión. Parecía conocer un atajo. Katrin estuvo segura de conocer aquella zona, la había transitado en alguno de los días anteriores.

A las pocas horas, al filo del mediodía, salieron a dar al margen de un valle irregular y se ocultaron en unos arbustos. Divisaron la caravana, aunque desde aquel lugar sus figuras se percibían como miniaturas. A unos doscientos metros de altura por encima de su nivel, un grupo de cuatro porteadores negros con armas cargaban dos carromatos con ruedas donde supuestamente habrían chimpancés. Al frente de todos ellos marchaba un hombre blanco con el atuendo típico de los exploradores de las antiguas películas: ropa clara, pantalones cortos, rifle en mano, casco y hasta un machete en la espalda. Seguían un caminito para humanos a través del cual un artilugio con ruedas podía superar fácilmente las inclemencias de tan accidentado terreno.

El accidente topográfico tenía una forma parecida a la de una simple silla de grandes dimensiones que hubiera sido esculpida en la montaña. Una silla aislada por los costados escarpados cuya espaldera era impracticable y se prolongaba otros doscientos metros de pared vertical. En el sector central de dicha pared se deslizaba una suave corriente acuífera que nacía de la cima.

Katrin calculó que, a ese ritmo, en pocos minutos cruzarían un puente colgante de madera y cuerdas de fabricación humana que les llevaría al asiento de esa silla imaginaria del tamaño de varios campos de fútbol, y que estaba cubierto de una no muy densa arboleda. Al otro extremo del primer puente se encontraba otro de similares características. Por lo tanto, Katrin dedujo que aquellos dos puentes eran los únicos accesos y salidas útiles para sortear el cerro.

Según Croupier, la última vez que sufrieron una cacería, los humanos habían utilizado el mismo camino, y descansaron en aquel lugar entre puentes porque disponía de una pequeña laguna natural alimentada por la corriente acuífera. Aquella última vez «solo» se llevaron unas cuantas crías y la carnicería no fue tan brutal. El grupo de chimpancés volvió a la zona —una zona colmada de grandes recursos alimenticios— después de un año de destierro voluntario, pensando que el peligro había pasado y los hombres ya se habían olvidado de ellos. No fue así.

El guía le indicó un pequeño acceso por un lateral de la montaña que les podría llevar al lugar, pero le aterraba ponerse a la vista de los hombres, quienes no dudarían en matarle. Kat también consideraba imprudente acercarse, pero aún así quiso que le mostrara el camino.

Según el plan, Croupier volvería a descender a la base y ella intentaría liberar a los chimpancés. Presumía de conocer a los humanos como nadie. De tal manera también quiso tranquilizar su propio ánimo, pero no lo consiguió. La sangre le hervía de ira, pero también de miedo.

La caravana se detuvo a la orilla del pequeño lago, a mitad de camino entre puente y puente, y el hombre blanco ordenó descansar por una hora. El calor y la dureza del terreno habían acabado con su aliento a pesar de que eran los cuatro porteadores quienes cargaban con todo el peso. Mayé, el porteador más joven, ya era un hombre a pesar de contar con solo quince años de edad.

Accedió a acompañar a su tío para ganar una cantidad dos veces superior al sueldo medio de un mes, por solo cuatro días de trabajo. En su descargo deberíamos decir que cuando aceptó, no sabía qué tipo de trabajo tendría que realizar. A pesar del duro esfuerzo físico que representaba remontar los carros a través de la escabrosa naturaleza, su mayor preocupación no era otra que haber sido testigo de un espectáculo tan lamentable.

Contempló la arboleda de «miombo» típicamente africana, respiró el agradable frescor que proporcionaban las copas anchas de las acacias y observó a los siete aterrorizados simios que apenas podían respirar en semejante hacinamiento. La cría no sobreviviría mucho tiempo sin su madre. Además, necesitarían leche para amamantarla.

Aquella resultaba ser la mejor época para adentrarse en esa jungla, pues el clima de otras estaciones era tan ardiente que los hombres blancos se derretían. La vegetación no era densa y las acacias se separaban una media de cuatro metros entre unas y otras, lo que de día proporcionaba buena visibilidad en un radio de treinta metros. La hierba seca alcanzaba la altura de sus rodillas y contrastaba con la típica imagen manglar que dominaba el interior y perímetro de la pequeña laguna, de no más de veinte metros, situada en la base de la pared casi vertical que la alimentaba.

Su tío Thimba no era un hombre cruel pero se resignaba a su profesión, era un excelente guía y rastreador, y la delicada situación económica de su país no le proporcionaba mejores posibilidades. También asumía los cargos de traductor, contratista y enlace con el hombre blanco.

Los dos hombres que completaban el grupo, Jaali y Kanu, se deshicieron de sus camisetas, se subieron sobre las jaulas, encendieron un pitillo y entablaron una conversación banal. Eran delgados y fornidos, y demostraron ser muy diestros en el uso del machete, desmembrando animales. Raro era el mes en que no cazaban cinco chimpancés, al margen de matar otros cinco o diez. Complementaban sus ingresos como cazadores con diversas artes de furtivismo, y el riesgo de que los exigüos servicios de vigilancia del parque les cogieran era tan insignificante que el sueldo lo colmaba sobradamente. El hombre blanco era cruel y pagaba bien, por lo que tampoco tuvieron problemas con las autoridades.

«Bwana» se empeñó en comer el cerebro del gran chimpancé blanco mientras todavía respiraba, extraño antojo de hombre civilizado. A pesar de que le habían disparado en un hombro, fue imposible reducirlo, y uno de los furtivos recibió tan fuerte manotazo durante el forcejeo que el hombre blanco desistió. Para evitar males mayores le cortó el cuello de un solo tajo en cuanto tuvo oportunidad. Mayé nunca olvidaría como entraron en aquel lugar disparando con silenciosos dardos tranquilizantes a todos aquellos desprevenidos chimpancés, quienes iban cayendo como pesos muertos desde las grandes alturas de los árboles. Pero pronto algunos cayeron de las ramas en gesto agresivo, como el chimpancé blanco.

Cuando uno de ellos hacía ademán de defender al grupo le disparaban balas de verdad, sin contemplaciones. Más angustioso fue el momento en que acorralaron a la madre para arrebatar a la valiosa cría de sus brazos sin dañar a esta última. La fiereza que mostró la hembra les obligó a aprovechar la mínima oportunidad para dispararle en el pecho. Todavía respiraba mientras empezaban a cortarle manos y pies, antes de arrancar su cabeza con dos fuertes tajos.

La cría era tan pequeña que no alcanzaba a entender por qué la cabeza que siempre le besaba y las manos que cargaban con ella, eran separadas del tronco al que se encaramaba para trasladarse de un lugar a otro. También ignoraba por qué eran luego introducidas en un baúl junto con otras manos y cabezas, ni por qué la encerraban en una jaula tan pequeña con otros tres chimpancés. Resultaba extraño que esa gran chimpancé de la que nunca se separaba hubiera dejado de moverse. ¿Quién la protegería y la alimentaría?

Mayé recordó las historias de antiguas épocas, cuando civilizaciones de todo el mundo visitaban esas tierras para recolectar hombres negros y esclavizarlos en cualquier lugar del mundo. La historia no dejaba de repetirse.

Mayé tardó en reaccionar porque no daba crédito a sus ojos, pero fue el primero en dar la alerta. El puente de madera que debían tomar, el que habían utilizado la noche anterior, había desaparecido. Los demás no prestaron atención a su repentino y extraño lamento inicial en swahili: ¡Jini, Jini!

Al sentirse ignorado, volvió a hacer grandes aspavientos hacia el resto de expedicionarios, que parecían contemplar los lamentos de un pobre loco, y gritó de nuevo: ¡Jini, Jini!

Thimba fue a su encuentro con la escopeta en posición de uso. Pensó que el asunto de los guardias del parque estaba resuelto —habían pagado bien—, pero Mayé aludía a un acontecimiento aún mayor importancia. Mayé inició un acalorado monólogo y gesticulaba con brusquedad, como si estuvieran siendo castigados por su comportamiento, y afirmó que el espíritu de la jungla les vigilaba. Thimba no entendía nada de lo que decía y le pidió que se tranquilizara, cosa que no pudo hacer ni él mismo cuando el joven le preguntó qué camino tomarían para salir de aquel lugar. Al final su tío comprobó el estado del puente y comprendió la gravedad de la situación. Se trataba de una construcción de seis metros, un simple puente de madera

y cuerdas que él mismo había ayudado a levantar años atrás. Las cuerdas de su lado del puente se habían desprendido de alguna forma para dejarse caer hasta la pared opuesta. Avisó rápidamente a Bwana.

Los cinco contemplaron el desastre en que se había convertido la expedición, y Jaali afirmó que así no podían continuar. Mayé siguió emitiendo nerviosos comentarios que Thimba no conseguía aplacar y que provocaron que el hombre blanco perdiera la paciencia. Bwana gritó silencio y el joven calló. No utilizaba su voz muy a menudo, pero cuando lo hacía imponía un profundo respeto:

—No existen los espíritus, tranquilidad. No hay ningún problema. Lanzaremos un lazo hacia el puente y, cuando lo hayamos asido, tiraremos de él para repararlo. Tenemos cuerdas y material suficiente, tranquilos.

Thimba repitió con energía sus instrucciones y logró apaciguar el nerviosismo del grupo.

De repente Bwana dio media vuelta, caminó velozmente a la caravana..., y se vieron nuevamente las caras.

Detrás de un arbusto localizó a un chimpancé de poco más de un metro, con tenazas en una mano y una expresión de incredulidad en su cara, Kat Lieberman.

Inutilizando los anclajes del puente, la chimpancé consiguió que los hombres se alejaran de los carros y luego se introdujo en la pequeña pieza de terreno saltando de arbusto en arbusto para liberar a los presos, o al menos comprobar el tipo de cerradura de las jaulas. Pero aquel hombre blanco la sorprendió en su camino y se miraron la una al otro. El hombre blanco tenía una mirada fría, y guantes blancos. Se sacó un guante, descubrió una mano vendada y luego sonrió por debajo del labio derecho. Las dudas y la inmensa incredulidad del animal se disiparon de repente, en un golpe de terror.

Mandrasian.

En contraste a la sonrisa del hombre, el odio se apoderó de Katrin y a su vez sus gritos y aullidos se apoderaron de toda la jungla. No sabía qué hacer, si atacarle o si huir. La voz tranquila y segura de Mengele la convenció de lo segundo:

—Thimba. Diez mil euros para quien me traiga a esa chimpancé con vida. Diez mil euros, ¡lo juro!

La voz del guía también se apresuró para transmitir las órdenes a los dos furtivos, quienes jamás habían visto ni la décima parte de esa cantidad. Mandrasian había visto la excelente forma física de aquellos dos hombres, que además conocían muy bien el terreno, y no se sorprendió cuando le superaron en cuestión de segundos. Jamás conoció a tan veloces hombres. Uno llevaba un arma semiautomática en su espalda y puntualizó con su gran volumen de voz.

—¡Viva, la quiero viva! —orden que nuevamente transmitió Thimba como si se tratara de su eco.

Cuando descubrí la cara de Mandrasian, frente a mí, en África, responsable de otra nueva masacre, me atropelló un torrente de desgraciados recuerdos, perdí el

control y grité de tal forma que todos giraron sus cabezas hacia mí, delatando mi posición. Otra nueva imprudencia.

Sentí una gran desesperación al descubrir que el mundo no era tan grande como afirmaba Robert. Serían grandes las maldiciones que me hubiera gustado proferir de haber tenido tiempo y palabras, pero creo que acerté al correr para enmendar mi error. Cuando Mandrasian gritó que me quería viva, yo ya estaba cruzando el puente a toda velocidad, y luego escuché como uno de los hombres armados vociferaba, traduciendo al amo en el extraño idioma de aquella lejana niña negra. Adiviné rápidamente la tensión y la sorpresa de todos ellos, y que mi odio no serviría de nada si no sobrevivía al primer envite. Dejé de correr en zigzag, pues me ralentizaba y resultaba inútil si ya no tenían intención de dispararme. Percibí como dos hombres oscuros sin camiseta me perseguían con gran agitación. No podían usar sus armas y eso era una ventaja a mi favor, en principio. Pero si me atrapaban Mandrasian me haría sufrir más que a Gandhi, Blanco y Beethoven juntos.

Esos hombres de color negro sabían moverse mejor que los hombres blancos, y por eso me lancé entre la maleza más espesa, me encaramé a los más altos terraplenes y me dejé caer a toda velocidad por una barranquera que me llevó a una vereda muy determinada dentro del valle. Eran muy rápidos, saltaban los mismos accidentes que yo e incluso en el suelo sus delgadas piernas eran más veloces y hábiles que las mías, pero no faltaba mucho.

Percibí como se daban indicaciones y se separaban a ambos lados para abarcar más terreno. Los chimpancés utilizamos la misma estrategia para cazar, por eso supe que me trataban de conducir a un punto determinado, querían acorralarme. También conocían el terreno mejor que yo, pues era más su tierra que la mía, así que enseguida habían recortado toda la ventaja con la que partí.

Dejé de correr, trepé a un tronco y comencé a saltar de rama en rama. Aquellos dos hombres siguieron corriendo por el suelo a menor velocidad, persiguiéndome con la mirada. Uno de ellos asió una larga vara y esperó la oportunidad de derribarme en cuanto me descuidara durante el acto de brincar de un lado al otro, como veía hacer a Ninja tan primorosamente. El hombre del palo me seguía con precaución, vigilándome y controlando el suelo que pisaba. Estoy segura de que sabía que cerca había una trampa colocada por ellos mismos... y efectivamente así era.

Con la certeza de conocer exactamente su situación, siguió corriendo por el centro de la vereda mientras yo me situaba estratégicamente dándole la ilusión de que, de un momento a otro, me situaría en una rama algo más baja, a su alcance. Pero entonces se sintió atrapado, primero cayó al suelo acompañado de un fuerte estruendo y luego su pierna se comenzó a elevar rápidamente para acabar colgado a varios metros, en la misma forma en que lo hice yo misma en tiempos no muy lejanos. En ese momento cesó la persecución y me esfumé entre la espesura, con tranquilidad.

El otro hombre se detuvo para descolgarlo. Se gritaban y hablaban enfadados. No les entendí, pero seguro que uno recriminaba al otro que no recordara donde había

ocultado el lazo bajo la tierra seca. El hombre boca abajo tenía razón en su enérgica defensa, pues lo recordaba perfectamente. Fui yo quien lo cambió de lugar, no era un mecanismo excesivamente complicado. Por fin le ayudó a deshacerse de la trampa de la misma forma en que el padre de la niña me descolgó a mí. Una vez abajo, el rescatador miró a los lados y se echó la mano a la cabeza como si hubiera olvidado algo importante. Gritó con incredulidad. Para subir al árbol había dejado su arma apoyada en su base..., y esta ya no estaba.

Ya sabían contra quien se estaban jugando los diez mil euros.

—¿Has abandonado el arma? ¡Estúpido! Sabía que un día iba a pasar algo así —recriminaba esta vez Jaali, dolorido del tobillo a pesar de usar unas botas altas.

—No pasa nada, es solo un «sokwe». El arma está asegurada y sin montar.

Ambos, sentados en la tierra percibieron que la teoría de Kanu comenzaba a perder peso cuando vieron como una boca de cañón sobresalía a diez metros de ellos, entre dos ramificaciones de madera de un árbol que formaban una «Y» griega, y el rostro de un pequeño chimpancé detrás, situando un largo dedo dentro del gatillo.

De pronto decidieron cambiar de profesión y gritaron Jini, Jini, mientras emprendían el camino de regreso, en zigzag. Esquivaban los tiros que, muy mal dirigidos, iban sobrevolando sus cabezas. Las balas iban incrustándose y levantando trizas en los troncos que después superaban en la huida hasta que la munición se agotó, lo cual no hizo que dejaran de correr. Ese punto confundió a Katrin, pues pensaba que aquellos artilugios disparaban eternamente.

—¡Estúpidos, les dije que no la mataran! ¡No pagaré ni la décima parte! —recriminaba el hombre blanco al jefe de los porteadores cuando comenzó a escuchar el eco de los disparos en la distancia.

Sin embargo, su ira se fue transformando en incompreensión al ver como Jaali y Kanu regresaban mostrando sus rostros desencajados, como si hubieran visto a un fantasma, bañados en sudor, sin chimpancé... ¡y sin arma! Se dirigieron a Thimba y se disculparon con la cabeza gacha, alegando múltiples razones que imposibilitaron la caza de aquella sokwe.

—Bueno, no importa. Arreglemos el puente y marchémonos —ordenó Bwana.

No pasó mucho más tiempo cuando se oyó un estruendo en dirección al lugar por el que habían regresado Jaali y Kanu. Acababa de caer el otro puente. Se miraron los unos a los otros durante unos incómodos instantes.

Fue Mayé, el porteador que provenía de las montañas bajas, quien rompió el silencio para apuntar a su tío en swahili:

—¡Diez mil euros solo buenos para quien puede gastarlos! —dijo—. Espíritu de la selva que domina las trampas, los diamantes y castiga a los furtivos nos vigila. ¡La naturaleza siempre utiliza a espíritus para equilibrarse!

Concluyó marchándose de aquel lugar descendiendo por la pared casi vertical, ayudándose únicamente en las raíces que sobresalían de la inconsistente tierra. Jaali y

Kanu, después de sufrir tan sobrecogedora experiencia, tomaron la misma decisión, asieron sus pertenencias y le siguieron sin decir una palabra más.

Mandrasian, que no entendió ni una palabra, pensó por un momento que volvían para intentar capturarla, pero finalmente se convenció que sus rostros acobardados no indicaban tal intención. Entonces miró a Thimba y esperó una aclaración. El enlace miró al cielo, cogió un puñado de la tierra que había pisado la chimpancé, la olió y dijo:

—¡Yo ir a buscar hombres, Bwana! ¡Tú no mover!, ¡tú no mover!

Mandrasian vio cómo antes de descender tomaba su mochila personal. Era evidente que no la necesitaba para ir a buscar a los hombres, y que por lo tanto no pensaba regresar. Tan pronto como vio que se descolgaba por el lateral del cerro troncocónico, fue tras él para intentar seguirle, pero se vio incapaz de descender aquella pendiente casi vertical y sin agarraderos. Se maldecía a sí mismo por haberles pagado la mitad por adelantado. Thimba estaba solo a cuatro metros de distancia, pero cuatro metros inaccesibles para un hombre blanco sin experiencia en escalada. Esa vez no le gritó, le rogó:

—Cincuenta mil euros si me sacas de aquí. ¡Cincuenta mil euros!

El africano respondió casi colgando como una araña de la pared:

—Bwana, esto es Jini, Jini. Tú mata espíritu de la jungla. Tú quieres a él, él quiere a ti. Nosotros lejos.

—No es ningún jodido espíritu de la jungla, ¡es solo una chimpancé de laboratorio, estúpido! ¡Yo maté a su madre!

—Thimba conoce miles de sokwe-chimpancés. Comportamiento de sokwe no es cortar puentes, colocar trampas y disparar escopeta. Puede que Bwana no sepa tanto como cree sobre los sokwe, ni sobre jungla. Puede tú en laboratorio. Pole sana, Bwana —se disculpó antes de retomar el descenso.

Mandrasian alcanzó su rifle, lo montó y quiso apuntarle. Thimba hizo un rápido movimiento y desapareció insulsamente de su ángulo de visión. No obstante, ante la imposibilidad de matarle, al menos oíría unas cuantas palabras.

—¡Maldito estafador hijo de cien gorilas tarados! Yo mismo descenderé con una cuerda y te atraparé. Tengo cuerda para llegar hasta Bruselas, y cuando vuelva a verte, ¡te sacaré la piel a tiras, te arrancaré los ojos y luego te mataré!

Una vez se hubo desahogado con sus tradicionales amenazas inspiradas en sus discutibles prácticas, respiró y analizó la situación. No podía utilizar el teléfono en esas latitudes, así que tenía que arreglárselas solo. Fabricaría una simple tirolina, descendería y, con ayuda de la brújula, en día y medio alcanzaría algún poblado.

Al otro lado, de repente, los chimpancés comenzaron a gritar, debían estar nerviosos. Ya se sabe como son, uno se pone nervioso y le contagia el grito a los demás, Ley del Contagio. No tenía miedo a las bestias ni a la maldita chimpancé, sobre todo porque contaba con un maravilloso escalpelo, un machete de medio metro

y un rifle, además de la sofisticada inteligencia de un hombre de ciencia. No había de qué preocuparse.

Eso fue lo que pensó antes de llegar a la caravana, antes de comprobar que... ¡qué la cuerda había desaparecido al igual que las alforjas con herramientas y la comida! Además de eso levantó el pie y comprobó que estaba pisando un generoso donativo de estiércol de chimpancé, y que los residentes de las dos jaulas estaban comiendo frutos del tamaño de bolas de golf que antes no estaban en su poder. ¡Su fruta!

Los reos le miraban con misterio, masticaban el jugo y escupían la pulpa. Realmente ellos estaban tan sorprendidos como él.

Evidentemente Mandrasian seguía menospreciando a Katrin, pues de otro modo no habría denunciado a viva voz su intención de descender usando las cuerdas. Croupier se había animado y llegaron juntos a la caravana. Ante la fortaleza de las jaulas, el plan principal dejó de ser liberar a los chimpancés, y se convirtió en la tarea de dejar a Mandrasian atrapado. Después de regalar unas frutas a sus compañeros, quienes emitieron aullidos delatores de agradecimiento, Katrin tomó un cabo de la cuerda y empezó a cruzarla entre las asas de las mochilas y las bolsas para poder llevarse todo el material de la manera más rápida posible. Con la fuerza de ambos pudieron escabullirse y descorrerse por la cornisa, y establecieron un pequeño refugio en una cueva a mitad de la pared, como un centro de operaciones inaccesible para el humano.

Horas más tarde el cielo comenzó a oscurecerse y a convertirse en una gran nube tenebrosa que sembraba la tierra de sombras. Junto con Croupier, volvió a subir por última vez ese día y estableció contacto visual con el humano. Vio cómo la desilusión y la contrariedad hacían mella en su ánimo, que no en su imperturbable rostro. Una vez que ambos cruzaron sus miradas, Kat, con la ayuda de un dedo, fingió taladrarse la mano para recordarle el doloroso percance del destornillador. Mandrasian descolgó su rifle y, aunque vio que los dos chimpancés desaparecían rápidamente, no se resistió a disparar dos veces para desahogar su creciente tensión. Bang, bang.

Mandrasian descubrió entonces que los chimpancés también podían exhibir una hiriente ironía, y Kat descubrió que Mandrasian no tenía tanto poder como creía.

Al deshacerse de los portadores Mandrasian se había quedado solo y sin escolta, así que resolvió minar su cabeza en vez de atacarle inmediatamente. Resultó aparentemente sencillo, solo tuvo que cortar las salidas y privarle de todos sus «recursos humanos». Aún con todo, seguía poseyendo un arma de fuego, machete y aquel escalpelo que Katrin situaba sin duda en su bolsillo.

La escarpada montaña impediría escapar al neurocirujano como hicieron los portadores locales, así que solo le quedaba esperar a la llamada satélite de su contacto en la ciudad, afortunadamente un hombre blanco del que se podía fiar. Al ver que Mandrasian no daba señales de vida —hecho que ocurriría a lo sumo en cuarenta y ocho horas—, le localizaría a través de una llamada vía satélite. Solo debía alimentarse y esperar. No creía que la chimpancé se acercara.

Pensó en las habladurías de los porteadores locales, esas estúpidas supersticiones acerca del malvado dios de los monos, un espíritu maligno al que esperaban desde hacía no años, sino generaciones. Dudaba mucho que hubiera alojado a un dios africano en uno de los módulos del CNI-A, cuyos padres fueron mutilados cruelmente. Además, los feroces y vengativos dioses africanos no tenían costumbre de jugar con cocodrilos de peluche.

Katrin por su parte también dedicó parte de su tiempo a meditar sobre algunos acontecimientos de su vida. Existía la posibilidad de que finalizaran las posibilidades de hacerlo, si acababa desmayándose para siempre.

Pensó que quizás todos los seres, peludos o no, tenían un motivo para vivir, que habían sido depositados en la tierra con un cuerpo o con otro para cumplir un cometido muy concreto. Pudiera ser que Bernadette pariera a Kat con el exclusivo fin de morir en manos de Mandrasian, como todos aquellos animales del centro. O tal vez para que se encontraran en la selva, en terreno neutral, y demostrar quién de los dos era el más hábil asesino. Katrin ya había tenido tiempo de perder la inocencia y no le quedaba duda de que tenía que matar para sobrevivir. Aspiró hondo el todavía caliente aire de la noche, intentó recordar todos los conocimientos que aprendió de Lilith, la filosofía que le intentaba inculcar Herald en el centro comercial, los cuentos de Ulises, la obsesiva protección de Beethoven, la experiencia de Gandhi... Recordó incluso la enseñanza de una pequeña gata blanca de nervios de acero que, en cierta ocasión, la observaba con ojos de lechuza de forma tan persistente, que consiguió que Katrin le cediera la tira de carne que estaba comiendo. Pudiera ser que esa gata le enseñara la mejor de sus lecciones, la paciencia.

Respiró hondo, se sentó entre la arboleda del cerro y orientó sus sentidos en dirección al primate superior. Sus ojos no percibían gran cosa en medio de la noche, solo un verde oscuro muy intenso y una neblina espesa también oscura, simplemente diferentes tonalidades de sombras. Pero según la torpeza de movimientos que exhibía, resultaba evidente que Mandrasian podía ver mucho menos. Percibía su olor corporal incluso entre la espesura de tan variada flora, y creía poder escuchar los latidos de su corazón a pesar de la coraza de sonidos que inundaban la noche, especialmente el constante fluido del agua que alimentaba al lago y la infinidad de ruidosos insectos de todos los tamaños y colores, los verdaderos dueños de la noche. Sus camaradas sabían que uno de ellos estaba ahí fuera, la recién llegada, una inexperta chimpancé de un metro de altura que a punto estuvo de morir tras una paliza el día anterior. Pero aún así esa pequeña representaba su única esperanza, así que le gritaban, le decían...

—Eh, eh... tenemos miedo. Eh, eh, ¿por qué solo queda un humano? Eh, eh, ¿puedes sacarnos de estas cajas?, eh, eh, cuidado con su arma, dispara fuego...

Pero Katrin no podía contestar, no podía denunciar su posición, ni la tensión que sentía en su cabeza. Tampoco se atrevía a denunciar el instinto natural que la inundaba, que le aconsejaba olvidarse de ellos y huir. Había algo que seguía retenéndola allí, el instinto natural de agotar sus posibilidades, la esperanza de que

cayera al abismo, que muriera de hambre o poder escuchar cómo se rompía su cuello dentro de la boca de algún chimpancé macho... El olor de la sangre de Mandrasian superaba a cualquier otro planteamiento que la llevara a disfrutar de una cómoda vida, deseaba esa sangre con desesperación...

Dejó de pensar, copuló con Croupier, luego vomitó —pensó que estando ya embarazada quizás no fuera necesario copular— y luego se dispuso a dormir, pero no dejaba de pensar en aquella frase que Heraldo le enseñó: Katrin y Mandrasian, hasta que la muerte os separe.

Acarició el filo de su lanza y se concentró en densas preocupaciones, en oscuros y sangrientos pensamientos. Ahora vería exactamente de que eran capaces las hábiles manos de Mandrasian fuera del CNI-A. Durmió las últimas horas, luego empezaría la caza.

En ese preciso momento la doctora Lilith Lieberman hacía su primera aparición pública, en París, más de un mes después de que «El Caso Katrin» conmocionara a los expertos de todo el mundo.

No era la primera vez que un chimpancé escapaba de un centro o zoológico, pero tras completar la parte más complicada, los peludos forajidos se limitaban a irrumpir en algún bar y subirse a la barra para robar comida a los perplejos clientes, o por el contrario vagaban sin dirección y eran abatidos a tiros por el policía de turno que se ponía nervioso al observar las llamativas exhibiciones de estos animales.

Pero lo singular del caso no resultó ser el simple hecho de que se escapara, sino que posteriormente no hubiera sido localizada. Aunque descartada por ciertos etólogos y estudiosos del comportamiento, la teoría más aceptada se basaba en que de alguna forma la chimpancé y su acompañante habrían llegado a la zona sur del país, que fue evacuada durante algunos días, lugar donde se les habría perdido la pista.

Hasta ese momento se había echado en falta la opinión de la mujer que mejor conocía al animal, la instructora que la llevó a dominar un lenguaje increíblemente sofisticado y una vasta gama de trucos y recursos.

La expresión adusta de la primatóloga reflejaba el profundo hastío que le producía enfrentarse a un gran número de periodistas y curiosos, que en su mayoría desconocían la diferencia entre un chimpancé y un bonobo, y aún así pretenderían desentrañar las motivaciones de un animal tan sorprendente.

La primera pregunta que le hicieron fue directa y acusadora, como las balas a quemarropa.

—Buenas noches, doctora Lilith. Entre las muchas teorías que circulan en los medios, destaca sobre las demás una que la implica directamente a usted, relacionada con la educación que le facilitó a Katrin. Diversas fuentes aseguran que la instruyó con tanta eficacia que, incluso incluía entre sus clases indicaciones que la ayudarían a escapar de sus cuidadores en caso necesario. ¿Es eso cierto?

Lilith miró hacia arriba, hacia los altos ventanales que casualmente también coronaban aquel recinto, y formó un travieso mohín con la boca, como si existieran

partes del pasado que no deberían entrar en materia de conferencia. Se formó un ligero murmullo entre el público asistente, que finalizó cuando ella contestó:

—La instruí según un plan de estudios diseñado por un comité de expertos que iba siendo modificado mensualmente. Sí, le enseñé a atornillar y desatornillar distintos tipos de tornillo, como figura en dicho plan de enseñanza. Todos los datos, informes y grabaciones están contenidos en los archivos que el centro posee, pueden solicitarlos si lo desean. También la instruí durante muchos años en diversas materias, dando como resultado una suerte de aprendizaje bastante exitosa. Una chimpancé de diez años puede ser en algunos aspectos más capaz que una niña de diez años... Pero no la enseñé a trepar por las cortinas hasta llegar a unos ventanales semejantes a estos —señaló hacia arriba—, ni a saltar el muro perimetral del CNI-A. No la enseñé a mentir, a ocultar, a encadenar planes, ni tampoco a utilizar la estrategia. Esa capacidad se tiene o no se tiene, y, caballeros, los chimpancés la poseen con suficiencia. Tampoco la enseñé a regresar al centro a buscar a su amigo Beethoven, no la enseñé a ocultar un destornillador en un muñeco de peluche —en esa parte Lilith no mintió exactamente—, ni la enseñé a cruzar el CNI-A de punta a punta atravesando los conductos de aire; no la enseñé a usar las máscaras venecianas que le regalé, ni a atravesar sin llamar la atención una ciudad entera llena de personas disfrazadas en pleno carnaval...

A pesar de las dudas que comprensiblemente algunos periodistas puedan seguir albergando, no la enseñé a ocultarse dentro de un mundo de humanos, y de hecho fui expulsada del CNI-A por mi supuesta falta de capacidad para dirigir su instrucción. Siempre he dicho que la mentalidad de Katrin supera todo lo comprensible, incluso mis propias previsiones. Créame, si yo hubiera diseñado su plan de escape, no lo habría dispuesto de una forma tan brillante, ni por supuesto habría sabido como incluir a Beethoven en él. No, amigos. Me gustaría haberlo hecho, haber tenido el valor de ayudarla, pero no puedo apropiarme de una idea tan brillante y audaz como la suya. No puedo apropiarme del valor que mostró, y del que yo carecí, aunque ahora me arrepienta por ello.

—Otra pregunta, Lilith, ¿qué opinión tiene acerca de aquellos que piensan que un chimpancé no puede alcanzar el límite intelectual que Katrin alcanzó sin sufrir grandes traumas psicológicos? ¿Piensa que su alumna se pudo volver loca?

—Opino que forzar hasta el extremo la adquisición de conocimientos podría llegar a perturbar cualquier psique, por lo que la teoría que usted menciona tiene unas bases razonables. De cualquier manera, Kat no llegó al límite. Cuando alcanzó un nivel determinado decidimos que no seguiríamos forzando su memoria. Sobre la posibilidad de que acabara trastornada... Posiblemente sí, desde nuestro punto de vista. Pero a veces los trastornos tienen una finalidad únicamente defensiva, de autoprotección contra un mundo que, en general, tiende a oprimir al individuo. Exactamente como suele suceder con nosotros.

—Doctora Lilith, ¿acaso defiende usted cierta legitimidad en el hecho de que Katrin utilizara la fuerza con humanos, incluyendo la salvaje agresión que sufrió el Doctor Mandrasian? Se sabe que los chimpancés son muy agresivos.

—No más agresivos que nosotros, que quede claro, pero Katrin es capaz de dominar sus bajos instintos. A pesar de la leyenda negra que rodea a los chimpancés con respecto a algunos casos de canibalismo, de infanticidio, de crueldad con sus congéneres, guerras, etc., a Katrin nunca se le ha observado ni un solo comportamiento agresivo. De hecho parecía la madre del resto de criaturas del instituto y podría remitir casos extraordinarios al respecto. Solo se defendió cuando vio peligrar su vida, por eso y porque la conozco muy bien, siempre defenderé sus actos. Ni el ser humano ni el chimpancé se conforman dócilmente con estar encerrados en jaulas sin ningún motivo. ¿Si ustedes supieran que al día siguiente iban a ser diseccionados, no habrían atacado al cirujano para escapar? Doy por hecho que sí, y aún con todo le dejaron con vida. Doy mi brazo por ella y sé que no me lo juego. Lo que hizo para escapar fue un ejercicio legítimo que todos hubiéramos valorado positivamente si conociéramos lo que iba a ocurrir. E iba a ocurrir que la iban a diseccionar —no sé si conocían ese dato—. ¿Qué hirió al doctor Mandrasian? Repito —y no volveré a opinar al respecto—: hizo lo que tenía que hacer y apoyo todos sus actos como si hubieran sido los míos. Esa es la diferencia entre ella y nosotros. No le importaron las consecuencias, pero como quien iba a diseccionarle era humano, hay quien opina que un chimpancé no debe tener derecho a defenderse. Ella sabía, no sé cómo, que la iban a matar y actuó en consecuencia. Por motivos como ese es por lo que la considero aún más brillante de lo que podemos pensar.

Y otra cosa más, habiéndoles conocido, si me dan a elegir entre salvar al «doctor» Mandrasian y a la chimpancé Katrin, no duden que dejaría morir a Mandrasian cien veces. No es cuestión de cuál es el humano, sino de cual tiene la razón.

—Doctora, háblenos de ella. ¿Por qué se parece a nosotros? ¿Qué la hace tan especial?

—Respecto de Kat, alguna particularidad genética debió influir de forma determinante en las zonas de su cerebro que controlan el lenguaje y otras habilidades cognitivas. Obviamente no de la misma forma que un humano adulto, pero sí como un niño. Pero dejándola a un lado, un chimpancé no es especial de ningún modo, es como nosotros, quienes sí exageramos nuestra propia valía. Hay quien piensa que uno de nosotros se levantó de repente de entre los simios, puso los brazos en cruz y planeó crear una civilización distinta, un mundo nuevo lleno de microondas, partidos de fútbol y comida rápida, pero no fue así. Tendemos a comparar sus méritos con nuestros últimos quince mil años de historia, el arte, la espiritualidad, la tecnología... Pero incluso varios millones de años después de habernos separado de la línea madre, la mente de unos y de otros no había diferido demasiado —el uso de herramientas y cueros para taparse del frío son conocimientos que podrían ser asequibles para los chimpancés de hoy en día.

Solo marcamos ciertas diferencias cuando pudimos controlar el fuego, y solo cuando comenzamos a practicar la agricultura y ganadería —hace unos diez mil años—, nos diferenciamos verdaderamente en el aspecto tecnológico. Todo el conocimiento se establece según el entorno y la especialización. Y dudo que lo que estamos haciendo en estos momentos pueda denominarse «comportamiento inteligente». Aplacemos esta conversación hasta que comprobemos el estado del mundo dentro de cincuenta años.

Mírelo de este modo. El noventa y ocho por ciento de sus genes proceden originalmente de un tatarabuelo suyo medio chimpancé, y el otro dos por ciento procede mitad de mamá y mitad de papá. En seis millones de años, solo un dos por ciento, ¡no hemos cambiado tanto! Diariamente los primates derriban los postulados antropocentristas que nos caracterizan. El problema es que no estamos presentes para comprobarlo, y los científicos que si están no son escuchados. No es interesante descubrir que no somos tan importantes.

Por cierto, durante esta conferencia he hablado de Kat en presente porque estoy convencida de que de alguna forma y en algún lugar, sigue con vida...

Mandrasian recordó una conversación con Meyer, justo después de que Lilith abandonara el centro.

—Quizás deberíamos tener compasión, Katrin es un genio, un salto evolutivo semejante al que experimentamos cuando salimos a la superficie del agua para respirar.

—Compasión, piedad, cultura, moral... Meyer, esos son los recursos de los débiles, los que carecen de la fuerza y el control, y quieren que el sistema sea justo con ellos, quieren derechos a medida que compensen su inferioridad con el fin de sobrevivir. Todos esos sentimientos enmohecen nuestros instintos. El que sea fuerte, ¡pues que sobreviva!

Dedicó las últimas horas del día a examinar el terreno que le había tocado habitar, y se sintió tan lejos de la civilización que incluso perdió gran parte de su antigua seguridad.

Había seguido a Katrin a través del GPS que su ordenador llevaba incorporado, y estuvo a punto de dar con ella cuando de repente la señal dejó de emitir. No desaprovechó la oportunidad de capturar un buen grupo de animales para sus experimentos «extraoficiales», experimentos que incluso en el CNI-A se considerarían abominables. Se divertía mucho participando en tales actividades, y en cierta forma así suavizaba la decepción de no poder capturar a la chimpancé que atravesó su mano. Daba por sentado que Beethoven ya debería estar muerto, nadie mejor que él podría estar tan seguro. Pero le resultaba inconcebible que una chimpancé tuviera la capacidad de llegar hasta África, siempre presumiendo que no hubiera alcanzado el continente por error, la teoría más razonable.

No obstante, el destino los volvió a unir, pero el terreno ya no le era tan favorable. La jungla era demasiado arrogante para él, se sentía atrapado en medio de una jaula

natural, cuyos guardianes eran dos pequeñas alimañas. No veía el momento en que su apoyo le llamara, varios helicópteros arribaran al lugar y le ayudaran a masacrar a su pequeña *alter ego*.

La noche estaba cayendo, pero volvía a sentirse seguro. Tenía mantas para superar la noche, pues estas se escondían en el falso fondo de una jaula, bajo el baúl refrigerado que contenía manos, cabezas y pies de chimpancés.

En el falso fondo de la otra guardaba una pistola de señales y algunas pocas herramientas, pero echó de menos la comida que Katrin le robó. Pensó en subir al más alto de los árboles de tal forma que si llegara a dormirse, sería inaccesible a cualquier ataque, pero desechó esa idea al considerarla muy drástica y cobarde. Había buena luna, así que no le resultaría difícil detectar cualquier presencia animal. Además tomó la precaución de juntar un buen montón de piedra volcánica para rodear la zona donde dormiría, así cualquiera que la pisara, por fuerza tendría que hacer ruido.

Pero todos sus planes se comenzaron a desvanecer cuando, horas después de la medianoche, un inconveniente nubló sus planes y precauciones. Una intensa niebla se adueñó del lugar de tal forma que no podía divisar nada que estuviera más allá de dos metros. Había perdido sus ojos.

Lilith volvió a despertar de otro mal sueño. Se sentó en la cama de su parisina habitación de hotel, frente a la Torre Eiffel, y decidió que no volvería a intentar dormir. Repentinamente y como dotada de una inhabitual clarividencia, se sintió extrañamente agitada y empezó a sentir malos augurios. Se levantó de la cama y comenzó a escribir lo que formaría parte de su siguiente conferencia.

«La visión del chimpancé es binocular, estereoscópica, sus ojos enfocan en la misma dirección y les proporciona el dominio tridimensional. Nuestra vista no ha cambiado mucho desde que nos desligamos de la rama que nos une con los “simios u otros primates”. Ellos ven casi como nosotros y guardan características similares: cálculo de distancias, visión de profundidad, distinción de los colores, enfoque único desde dos puntos de vista distintos, el derecho y el izquierdo. Resulta ser una característica habitual entre casi todos los depredadores y distinta a la visión periférica de los herbívoros... Son capaces de enfocar a la presa e idear un plan. Por eso se dice que los chimpancés son capaces de cazar igual (o mejor. Hay que verlos en acción, cazando en grupo, utilizando sorprendentes estrategias y seguimientos) que cualquier otro eficaz depredador carnívoro conocido, como los tiburones, como el león, el lobo o la serpiente... ¡Como el hombre! Para adaptarnos a la civilización hemos dejado atrás muchos instintos, y ellos no. Sus ojos, al contrario que el hombre, no han perdido la excelencia en la detección cromática, y en un entorno de cerrada oscuridad captan mejor las gamas de verdes, rojos y oscuros. Por tal motivo hacen mucha vida nocturna, porque se encuentran cómodos. ¿Os imagináis a un cazador como un chimpancé, con su fuerza, con sus sentidos, con sus instintos..., y que además fuera inteligente?».»

Interrumpió su escritura y se dirigió al servicio. Se refrescó la cara y se dijo a sí misma, frente al espejo: Siento que no estás muerta. ¿Qué estarás haciendo ahora, querida Kat?

CAPÍTULO 14

EL ESPÍRITU DEPREDADOR DE LA JUNGLA

Katrin se despertó de repente en mitad de la noche, por algún motivo, acordándose de Lilith. Recordaba mejor las caras después de haberlas soñado. Se desprezó teniendo cuidado de no despertar a Croupier, e intentó cargar con el rollo de cuerda. Pero pesaba tanto que decidió desatar uno de sus cabos y comenzó a trepar deshilvanándolo a medida que ascendía.

Una vez alcanzó la cresta comprobó que la niebla se había asentado profundamente en la cima. Sabía que Mandrasian no dormiría aquella noche y ella ya había descansado todo lo necesario. Trepó a uno de los árboles, tiró muchos metros de la cuerda y luego dio unas vueltas con ella, rodeando el tronco. Luego bajó al suelo e hizo lo mismo con el siguiente árbol. Estaba creando una pequeña red de accesos por el aire, por donde el sofisticado científico no podría localizarla. Ella era más hábil en la oscuridad, sin focos, sin ayudantes; oía mejor, tenía un fino olfato, mejor visión nocturna y estaba mejor conectada con la tierra y los árboles... Mandrasian sería un profesional con el escalpelo, pero en su jungla era un primate inferior.

No le costó localizarle, denunciaba su posición mediante una tenue luz amarilla, estaba fumando. Todavía le quedaban muchos metros de cuerda que enlazar, pero dejó de avanzar para no arriesgarse a ser descubierta. Pero la rama en la que se apoyaba se quebró inesperadamente, lo cual provocó un sonido delator. Vio cómo aquella lucecita en medio de la oscuridad caía al suelo y de repente contempló fugaces fogonazos. Bang, bang, bang. Por suerte Mandrasian disparaba de oído y erró en sus disparos, pero consiguió que el corazón de Katrin traqueteara con nerviosismo. Alarmada por el escándalo, la noche se despertó en forma de gruñidos de alarma de los chimpancés —incluido el pobre y asustado Croupier—, aves y otros animales indeterminados, pues el sonido de un disparo en tales circunstancias alcanzaba distancias incalculables. Tuvo otra idea.

Se descolgó de nuevo hasta la cueva —descender en la oscuridad le resultó más complicado— y rebuscó entre las mochilas. Encontró lo que buscaba.

La noche devastaba los nervios de Mandrasian.

Trató de acostumbrar su visión a la oscuridad para de esa forma optimizar sus sentidos, pero una luz le iluminó de repente, una linterna. Dirigió su arma hacia el haz deslumbrante y de nuevo disparó a discreción. Cuando el resplandor se desintegró por uno de los impactos, dejó de disparar y abrió el oído. Esperaba haberla matado o al menos herido, pues había utilizado demasiada munición. Además,

semejante claridad le había deslumbrado de tal forma que le costaría volver a acostumbrarse nuevamente a las penumbras. Solo podía oír sus propias pisadas, pues en su desconcierto se descubrió pisando el mineral volcánico que ahora servía para delatar su posición. Se paró y abrió la mandíbula para escuchar mejor, debía agudizar todos sus sentidos, no solo la vista. De pie, asustado, aterido de frío, decidió intentar tomar la iniciativa y vociferó:

—No sé cómo has llegado aquí, trocitos. Pero no me iré del continente sin haberte arrancado las entrañas, como hice con Gandhi...

Katrin apareció detrás de él, entre la tiniebla, pero cuando Mandrasian comenzaba a girarse para disparar, ella ya se había ocultado detrás de un tronco. Bang. Silencio. El cirujano escuchaba atentamente, pero el repentino aullido conjunto de los animales de las jaulas y algunas aves nocturnas le impedían orientarse por el oído. Escuchó un ligero murmullo procedente de unos matorrales secos justo en dirección contraria. Volvió a dirigir el cañón, Bang, bang. Bang, bang... Katrin dirigió unos gritos intencionados, y todos los chimpancés comenzaron a emitir sonidos estridentes y continuados. La orden que les dio fue que intentaran hacerle perder los nervios.

—Fui yo quien despellejé a Zeus, tu padre, aunque antes lo volví loco —continuó con su labor psicológica—. ¿Conoces el significado de despellejar? No, todavía no, pero pronto lo harás. Te convertiré en trocitos de carne como a ellos, pero sin morfina, sin anestesia... Gandhi también era tu amigo, ¿verdad, princesita? En cierto modo tú y yo tenemos muchas más cosas en común de las que creemos, llevamos vidas paralelas, conocidos mutuos. Sé que me entiendes, así que escúchame. Me estoy enfadando contigo, así que ven, acércate, no te haré nada, te perdonaré si obedeces. Eres lista, se buena...

Un piedra cayó en su casco.

—Bang, bang...

—¡Hija de puta...! Solo deja que aparezca la luz del día y te...

Otra piedra... Bang... los gritos de los chimpancés le enloquecían y le hacían actuar con precipitación.

—Callaos, cabrones. —Disparó en dirección a las jaulas, bang, y Katrin temió por ellos.

Abandonó sus señales para no ponerles en peligro y dedicó algunos minutos a reflexionar. No debía ser prudente permanecer en el mismo lugar mucho más tiempo, pero se sentía satisfecha por haber conseguido que malgastara muchos cartuchos y ella permaneciera entera. Decidió finalizar la jornada de caza, aunque él no lo sabía. Mandrasian pasaría el resto de la noche pensando que Katrin se podría esconder detrás de un árbol, o acercarse por su espalda en cualquier momento, o espiarle desde las copas de los árboles... Siempre es más fácil atacar que defender. Katrin era omnipresente, y no lo sabía.

Esperó acontecimientos al otro lado de aquella hectárea, mientras Mandrasian vigilaba con inseguridad. Podía sentirle en ese preciso momento, a escasos metros de

distancia, la bestia sin garras, ni colmillos, la bestia sin pelo, la bestia con un cerebro dos veces mayor que el suyo, el monstruo de los chimpancés que la seguía llamando trocitos, que quería culminar, de una vez por todas, un experimento que él consideraba un derecho inalienable.

Quería acercarse y asestarle alguna herida de muerte, pero en cambio descendió de nuevo a su cueva, al lado de Croupier y siguió revolviendo entre sus recuerdos.

Había tenido suerte. No había perdido el tiempo en ningún momento de mi vida, había recibido la mejor instrucción que podría recibir un animal. Pero también reconocía que no era suficiente, y mi objetivo no dejaba de ser desproporcionado.

El gran oso pardo, Zeus, Beethoven, Blanco, el leopardo..., todos ellos irían a por la presa y seguramente la despedazarían, con su fuerza. Pero Katrin no tenía fuerza y por lo tanto llevaba las de perder. Sentí que si no actuaba con astucia tendría todos los boletos para ser degollada por el afilado escalpelo de un brillante humano, superior a ella en todas las facetas de la inteligencia.

Por otro lado, podría hacer otra cosa. Olvidarme de todo, de Lilith, del CNI-A, de Zeus, Beethoven, Bernadette... Podría ayudar a Mandrasian a marcharse, a encontrar el camino a través de las montañas, a través del desfiladero. Olvidar. Podría devolverle las cuerdas, indicarle una vía de escape y seguramente me desharía de él. Podría mentirme a mí misma e imaginar que ese hombre era una buena persona, que seguramente buscaba solución a las enfermedades humanas. Podría olvidarme de mi paso por la humanidad y de lo que había aprendido, ayudarle a sobrevivir y a seguir siendo bueno. Yo sería feliz. Sería lo mejor para mí, sería lo mejor para él, sería lo mejor para aquellos chimpancés, pues me aseguraría de que conservaran la vida. Entonces... ¿Por qué no lo hacía? ¿En verdad Robert tenía razón al afirmar que Katrin era mala, qué era una asesina? ¿Por qué Katrin no olvidaba?

La mañana siguiente se desplegó sobre ella inusualmente fría. La claridad no la cegaba como en otras ocasiones porque la húmeda neblina de la noche no había acabado por levantarse. Esa pequeña aportación celestial continuaba haciéndole un gran favor.

Un pajarillo de alegres colores piaba en su dirección, agitando su cabeza de lado a lado, como si la desafiara. Y estaba en su derecho de protestar, pues al parecer Katrin se había acostado sobre su diminuto colchón de ramitas y hierbajos, un pequeño nido circular. Eso le dio otra idea. Alzó su mano para tocar al ave, pero esta remontó el vuelo con desconfianza y no volvió a asomar su pico.

Kat volvió a ascender para comprobar cómo se encontraba su enemigo. Croupier también se decidió a subir, pero manteniendo una distancia de precaución. Todos aquellos disparos de la noche anterior le habían atemorizado hasta el límite. Cuando terminaron las hostilidades y la vio regresar con vida se sintió feliz, aunque al mismo tiempo había algo que no encajaba. Un chimpancé hembra que desafiaba a los humanos y volvía sana y salva no encajaba dentro de sus simples parámetros

mentales. Si Croupier hubiera tenido la capacidad de creer en los espíritus, hubiera gritado: ¡Jini, Jini!

Se adentró en la loma asiendo firmemente su lanza como si atravesara una nube de poca visibilidad y buscó una ruta alternativa que la llevó hasta la laguna. A los chimpancés no les gusta el agua, pero cuando escuchó los familiares ladridos de los prisioneros, decidió que tenía que arriesgarse para intentar explotar el factor sorpresa. Mandrasian no esperaría semejante maniobra.

Calibró algunas de las ramas que encontró en el suelo, decidió que su propia lanza podría cumplir la función que buscaba y se introdujo lentamente en el agua. Fue palpando el fondo con aquel instrumento avanzando delante de ella, cual bastón de ciego, asegurándose de no hundirse al paso siguiente. El agua estaba tan fría que casi dio marcha atrás, pero la animó el hecho de poder ver a través de la espesa neblina y a escasos metros, la orilla más cercana del asentamiento humano. Desgraciadamente en ese punto su bastón dejó de tocar fondo. ¿Se acabó el camino? ¿Se estaba congelando para nada? Hundió su cabeza para examinar un trecho mayor, pero aún agachándose y conteniendo la respiración seguía sin averiguar la verdadera profundidad de aquel lugar. Con todo su cuerpo empapado no pudo resistir el intenso dolor que le producía la baja temperatura del agua, calculó la distancia de una rama sobre ella, se encaramó sobre su lanza y se impulsó a través de esta para saltar hacia la rama. Pudo salir del lugar y sintió que la única forma de entrar en calor era escapar a toda prisa, haciendo el ruido que tuviera que hacer.

Mandrasian escuchó la agitación de su huida, determinó que debía tratarse de un animal grande y ejecutó otro disparo, pero el humano seguía disparando como los ciegos. Aquella maniobra podría haberle costado muy cara a Katrin, pero sintió que tenía que intentarlo. Volvió a la cueva y se acurrucó junto a Croupier, quien al ver sus temblores no dudó en abrazarla para darle calor. Hasta ese momento no se dio cuenta de que había dejado su elaborada lanza clavada en el fondo de la laguna.

Comenzaba a darse cuenta de lo complicado que sería encontrar una solución al problema de Mandrasian, un truco mayor que cualquiera de los anteriores, una partida difícil de ganar incluso en el mejor de los terrenos posibles. Y debía darse prisa, pues cuando las condiciones de visibilidad variaran un tanto mínimo, ella volvería a ser la presa. Acurrucada en el regazo de su compañero se dejó vencer nuevamente por el sueño.

Despertó desanimada, débil y enferma, cuando al sol solo le quedaban unas horas para esconderse de nuevo. Masticó las últimas hojas medicinales que le quedaban y luego ambos compartieron la comida que robaron a los cazadores, pero se sintió triste por no poder acceder a aquellos chimpancés que debían sentir tanto miedo y hambre.

Trepó nuevamente a la cornisa con la funda de su viejo ordenador en la espalda y volvió a analizar la situación. La densa niebla seguía adentrándose entre la arboleda, pero solo cubría unos tres metros desde el suelo. Comenzó a trepar para acceder a su entramado de cuerdas que unía seis o siete ejemplares de acacias, y se sentó en la

rama más alta que pudo encontrar, donde el sol calentaba más y cerca de Mandrasian, solamente quería observar y esperar.

Croupier también se incorporó sobre aquella rama a quince metros de altura, se sentó a su lado y le trajo un aperitivo. Parecía una rata. No pudo evitar otro nuevo ataque de náuseas, lo que se iba convirtiendo en algo habitual. En cierto modo pensó que aquel amable chimpancé la estaba cortejando, y le agradeció el gesto, pero lo que hizo fue lanzarla con gran fuerza hacia Mandrasian, cayéndole muy cerca. Este vio llegar al roedor muerto y escudriñó entre la niebla que le cubría para calcular desde cuál de aquellas ramas le observaba la chimpancé.

No pudo averiguar su posición exacta, por lo que decidió ahorrar munición. Tomó a aquel bicho por la cola y exclamó quejidos de asco. Pero un minuto después los chimpancés vieron como procedía a efectuarle unos cortes, le arrancaba la piel y la cabeza, y se comía la rata cruda. Luego dedicó otras nuevas amenazas de desafío que Katrin no interpretó como una señal de fuerza, sino más bien de todo lo contrario.

El comportamiento de Mandrasian se alejaba a pasos agigantados de la frialdad que exhibía en CNI-A, y parecía ajustarse progresivamente al comportamiento de cualquier otro animal salvaje. Extraño experimento aquel, pues demostraba que el aislamiento de un humano le alejaba del refinamiento. Kat no contestó a sus provocaciones, pero se acercó un poco más y dejó caer sobre él —para luego huir a toda prisa— la cara de Blanco, que ella había guardado con celo como recordatorio.

El cirujano se sobresaltó al ver el rostro ya acartonado de aquella bestia que el espíritu de la jungla le enviaba para atormentarle. No estaba acostumbrado a que los miembros amputados de sus víctimas cayeran sobre él tras el denigrante desayuno de una rata, y disparó a todo lo que se movía maldiciendo y emitiendo nuevos gruñidos y amenazas. Katrin ya no estaba asustada, y Lilith aseguraría que Mandrasian estaba efectuando una exhibición.

Muchas horas después todos ocupaban la misma situación. Unas tenues mariposillas de alas blancas revoloteaban alrededor de Kat, Croupier le hacía la corte y el resto del grupo ya la aceptaba, claro que tampoco les quedaba otra opción. Empezaba a sentir que verdaderamente aquella era su casa, y que por fin tenía un objetivo realmente acorde con los de su especie. Pero aún le quedaban cosas por aprender.

Mandrasian se movió hasta perderse de su vista, los chimpancés volvieron a aullar, y el hombre regresó cargando un pequeño hatillo de tela. Lo lanzó hacia las inmediaciones de donde calculaba que debía esconderse su enemiga, y se marchó diciendo en alta voz:

—Bestia, ahí tienes un regalo de tu mejor amigo humano, para agradecer que colmes mis necesidades alimenticias. Baja cuando quieras y enfréntate a mí de una vez. De un momento a otro localizarán mi teléfono, entonces esto se llenará de furtivos con armas, ¡y verás lo que es bueno!

La curiosidad les venció y, sabiéndose lejos del cirujano, se deslizaron hacia la base del árbol. Observaron el curioso bulto con precaución y Croupier utilizó una rama fina para moverlo de un lado a otro con el fin de descifrar su contenido. Convencido de su inofensiva naturaleza lo tocó con el dedo y apartó un trozo de tela, luego otro. Luego apareció la cabeza de la pequeña cría, la angelical y pálida cría de chimpancé, muerta.

Katrin no sabía qué relación le unía con aquel pequeño animal, pero Croupier la observó como si de repente se hubiera convertido en figura de cera. Luego enfocó entre las ramas, como a través de un cristal opaco, a la pequeña figura del hombre. Esperaba con la escopeta en sus rodillas, esperando una furiosa embestida, enseñando su sonrisa bajo el labio derecho. Cuando Croupier se repuso y asumió la pérdida, colmó la jungla con sus alaridos lastimeros y furiosos. Aquellas amenazas no solo consiguieron apagar su sonrisa, sino que también perturbaron el ánimo del científico.

Justo en ese momento el sol teñía de intenso rojo una gran porción de cielo y Katrin consideró que aquella señal presagiaba sin duda buenas horas de cacería.

Las horas pasaron como centellas y cada vez se sentía más despierta. Media noche. Mandrasian permanecía en silencio en la misma posición, gobernando con sus armas la hectárea más pequeña que había conocido.

Kat Lieberman debía darse prisa. Sabía que ese humano valía más que un centenar de chimpancés y, si recibía la llamada que decía esperar, en pocas horas aquello se llenaría de helicópteros y soldados armados.

Ellos eran un misterio, pensó, la forma en la que expresaban sus opiniones, como decidían que algunos fueran considerados tan buenos y otros tan dañinos, unos tan valiosos y otros tan prescindibles, y que otros solo sirvieran para morir por la ciencia. Y sin embargo seres detestables como Mandrasian eran elogiados por cortar a Beethoven cuando estaba dormido, despedazar a Gandhi, matar al gran oso o torturar a todo tipo de animales sin motivo alguno.

Pero aquel momento y aquel lugar se encontraban fuera del concepto de justicia humana, y era el tubo de ensayo de Katrin, el primer experimento inverso con humanos como víctimas. Sí, cuando se trata de humanos es posible combinar la palabra «experimento» con la palabra «víctima», y no a la inversa.

Sentía como los pensamientos se amontonaban en su cabeza y esperaban el turno de ser valorados uno tras otro, pero ninguno le indicaba una pista clara a seguir, solo niveles de riesgo y probabilidad. Pensamientos que se traducían en sentimientos, que se traducían en sensaciones. Esos pensamientos podían resultar ser tan sólidos que llegó a imaginar la hoja del escalpelo que sintió Bernadette, sintió el silencio después del último suspiro de Gandhi en la mesa de operaciones, con su corazón bombeando débilmente a la intemperie. Intentó averiguar los pensamientos del valiente macaco, ¿qué último deseo le pediría? Podía sentir su propia indignación al contemplar la media sonrisa bajo el labio derecho del neurocirujano.

También podía sentir la impotencia del orgulloso Beethoven cada mañana, justo después de ser acertado y vencido por un dardo tranquilizante, cuando sabía que iba a ser sometido al tratamiento de Mandrasian, a pequeñas raciones de muerte, a cortes, rayos, pinchazos y radiaciones. Podía sentir incluso la frialdad con la que su amigo ocultaba su dolor cuando jugaba con ella, para que no se preocupara. Volvió a recordar la furia que empleó contra todo lo que encontraba a su paso cuando aquella mañana vio que le iban a practicar a ella las mismas pruebas que le hicieron a él la primera vez, solo una pequeña fracción de sus largos meses de tortura. Katrin sintió que Beethoven también le pediría que fuera mala. Salió a por él, directamente, como harían ellos. Por la mañana el sol haría cuentas, y se convencería de que la luna había borrado a uno de los dos del mapa.

Katrin sintió que Bernadette la había traído al mundo con el único fin de que se comportara con valentía durante las siguientes horas, sintió que había esperado esa oportunidad durante toda su vida, y en esa ocasión nadie iba a recibir aplausos.

Mandrasian sentía frío y hambre. Solo podía ver algunos pocos árboles a su alrededor, a dos o tres metros de distancia, y se entretuvo observando la parsimonia con la que sus troncos se bifurcaban hacia el cielo dibujando mil cabriolas. Escuchaba cientos de rumores provenientes de la tierra, grillos, cigarras, aves nocturnas, la brisa agitando la hierba, el goteo incesante que abastecía a la laguna. Nunca había permanecido tanto tiempo a la intemperie, y le resultaba descorazonador.

Cuando vio a aquella cría muerta de tristeza o de hambre —su madre no estaba allí para amamantarla—, se sintió decepcionado. Debería haber sido él quien la hubiera matado, pero para los chimpancés el efecto sería el mismo. Sin embargo, los gritos aterradores que escuchó a continuación consiguieron turbarle aún más, era evidente que su vida no corría ningún riesgo amenazado por dos criaturas tan simples. ¿El espíritu de la jungla? Nunca había necesitado de espíritus para ganar dinero o diseccionar a sus animales y permitirse sus lujos y cacerías por el mundo. Los espíritus eran creados para la gente con miedo. Muchas culturas como la de los indios americanos, la sintoísta, la budista proclamaban unos valores basados en el respeto al medio ambiente. Él basaba su cultura en un único estandarte, el espíritu de: ¡toma todo lo que puedas cuanto antes, que la vida es corta!

La llamada de su contacto en la ciudad debía estar al llegar, pues el tiempo pactado para una posible emergencia ya se había cumplido. Ni siquiera se le había pasado por la cabeza liberar a los animales, pues aquella expedición le había costado un dineral. Y en cuanto a Katrin, ya le daba igual si la diseccionaba o la mataban allí mismo. Debía reconocer que había llegado a percibirla de forma muy distinta a como lo hacía en el CNI-A, aquella primate repipi que unía palabras y aprendía trucos. Su impertinencia le estaba resultando demasiado incómoda.

Sobre esa incomodidad estaba reflexionando cuando un arbusto se movió con rapidez de una acacia a otra, a unos diez metros. En un extraordinario *flash* de

visibilidad pudo incluso vislumbrar una rudimentaria lanza de madera. No le dio tiempo a disparar, pero sabía que estaba oculta tras de aquel árbol. Se incorporó muy despacio y caminó haciendo el menor ruido posible en aquella dirección, hasta que sintió una nueva sombra en la niebla surgiendo oculta tras el arbusto móvil y el sonido característico de una figura cruzando la hierba seca, y disparó. Uno de los dos chimpancés había muerto, el macho, pues no creía que de repente hubiese sido tan fácil acabar con ella. Disparó de nuevo hacia el arbusto inmóvil.

En ese momento, como siguiendo un plan, los chimpancés volvieron a chillar todos a coro. Volvió a perder el oído, volvió a sentirse lejos de la naturaleza, lo que resultaba desesperanzador cuando lo único que le rodeaba era la naturaleza. Volvió a escuchar el lastimero aullido de aquel macho chimpancé en libertad, seguramente les animó a que le acompañaran en ese momento tan inadecuado. No pudo evitar que un escalofrío de miedo recorriera su cuerpo, se sintió indefenso... ¡y en mitad de una celada!

Previamente había atado la cuerda en la base de un árbol, dibujé con ella un círculo en el suelo de unos dos metros de radio, la oculté con tierra y esperé a que la niebla se levantara lo suficiente. Eso ocurrió tras una hora de espera, e hice pasar el arbusto que mejor imitara mi figura delante de su radio de visión, movido por otro segmento de cuerda.

Tras disparar y acudir a confirmar a su víctima, sin saberlo se había situado en una pendiente muy desfavorable. Los chimpancés gritaron de nuevo al oír mi señal y busqué el cabo de la cuerda que ya rodeaba sus pies. Sabía que yo estaba ahí y noté su miedo, noté como su corazón se batía con fuerza contra su pecho y como con su escalpelo lanzaba tajos al aire. Volvió a disparar su escopeta, una bala pasó rozando mi cabeza, y luego sucedió lo que yo esperaba. Su arma emitió de repente un brusco sonido metálico de encasquillado, como una tos mecánica. Se había quedado sin munición.

A distancia suficiente para no ser percibida entre la densa neblina sujeté con fuerza el cabo de la cuerda y me dirigí al precipicio con la mayor decisión. La cuerda iba conmigo, y se tensó de tal forma que las dos vueltas de cuerda ahorcaron los pies de Mandrasian, que perdió el equilibrio y cayó al suelo.

Empezó a caer hacia la fuerte pendiente, lastrado por mi peso, atrapado por mi truco. A medida que era irremediablemente arrastrado hacia el precipicio, su desesperación le llevó a lanzar un profundo alarido de miedo ante el incierto final que le esperaba si seguía descendiendo detrás de un peludo demonio.

Afortunadamente para él, su escalpelo estaba tan bien afilado que, alongándose hasta sus pies, cortó las dos cuerdas de un solo tajo y dejó de descender. Se había quedado a menos de un metro de la mortal caída. Cogió la pistola de bengalas que tenía en el cinto, la disparó al aire, y la oscuridad se disipó. Me vio en la pared, a diez metros de distancia, donde yo había dejado de caer, adonde había querido llevarle. Observé, no sin cierta decepción, la inmensa claridad que había improvisado el

cirujano a su alrededor, no contaba con ello. Decidí esperar lo que hiciera falta para que aquella luz del cielo se apagara, no pensaba dejar de aprovechar la ventaja de la oscuridad.

Mandrasian volvió hacia atrás para recuperar su rifle a pesar de haber agotado su munición. Loco de terror escapó del lugar donde aquella criatura educada por humanos, de poco más de un metro de altura, le tendió una trampa mortal. Un metro repleto de espíritu depredador de la jungla.

El *shock* que había sufrido le afectó de una forma fatal, pues se dio cuenta de que ya no se trataba de un juego, y de que estuvo a punto de morir despeñado, atraído por un estúpido cebo. En ese momento no sabía qué hacer, tenía hambre y sueño y no confiaba en sobrevivir otra nueva noche bajo las mismas condiciones. Si subía al árbol, como había calculado el primer día, pasaría demasiado frío y tampoco dormiría. ¿Defenderse en un árbol de dos chimpancés? Era una idea tan ridícula que se ofendió interiormente por el simple hecho de haber pensado en ello. Solo le quedaba un machete y el escalpelo como armas ¿sería suficiente?

—No. —Concluyó con pesar.

Llevado por el terror o por el cansancio, y con el deseo de poder dormir unas pocas horas decidió cometer lo que pronto se mostraría como un nuevo error y, aunque ya no estaba tan seguro de su superioridad, volvió a menospreciar a Kat Lieberman.

Se situó frente a los chimpancés de una de las jaulas, de la cual anteriormente había extraído el cadáver de la cría, y abrió la sólida puerta de barrotes. Los tres animales recibieron esa inesperada liberación con desconfianza y se mostraron recelosos de moverse, convencidos como estaban de que allí había gato encerrado. ¿Qué planes tendría el humano? Mandrasian les gritó que salieran y les golpeó con su escopeta, con lo que los animales se vieron obligados a salir. Lo que ocurrió después les desconcertó más todavía que su libertad, pues el humano entró en la jaula, cerró la puerta y sacó una mano entre los barrotes para introducir una llave en la cerradura. Se estaba encerrando por propia voluntad.

Animada por los avisos de Croupier, Katrin no tardó en hacer acto de presencia, acercándose con precaución e intentando localizar algún rastro del neurocirujano. Vio a Croupier junto con otros tres chimpancés frente a una de las jaulas, vociferando descontroladamente y corriendo de un lado a otro, agitados por algún extraño suceso. Se dirigió a la caravana con lentitud, alerta a todo cuanto la rodeaba, hasta que... Se restregó los ojos al comprobar que Mengele, el monstruo de los chimpancés, estaba encerrado en una de sus jaulas. Kat aspiró aire con extrañeza. ¿Se trataría de una nueva trampa para atraerles? ¿Habría recargado su arma y les habría atraído desde dentro?

Mandrasian no la había visto llegar, pero no estaba concentrado en el exterior. Estaba de cuclillas —en realidad la altura de la jaula no permitía que pudiera incorporarse en mayor medida—, y con su escalpelo parecía trabajar sobre una

especie de tornillos en la base interior de la jaula. También tenía junto a él una manta, el rifle y el machete. Pero, por el semblante del hombre, Kat dedujo que ese rifle ya no dispararía más truenos. No obstante y dada su naturaleza desconfiada decidió extremar las precauciones, actitud que no compartía el resto del grupo.

Uno de ellos se aferraba con fuerza a los barrotes de la otra jaula, pero no conseguía abrirla para liberar a sus amigos. Otro macho de unos quince años la olfateaba a ella, y le transmitía gestos de agradecimientos, la abrazaba y le hacía la corte a pesar de que ella no le prestaba atención. Por otro lado Croupier y un joven chimpancé gritaban a Mandrasian, se mantenían lejos por miedo al machete, pero buscaban en su entorno alguna herramienta que poderle dirigir. Le lanzaron continuamente ciertos trozos de rama seca, pero con tan mala puntería que no solían atravesar los barrotes, y cuando lo hacían, Mandrasian los apartaba con su arma sin dificultad.

En uno de estos rechaces se dio cuenta de la presencia de Katrin, y se volvieron a mirar fijamente. La niebla había comenzado a difuminarse, solo una fina capa lechosa se asentaba a ras del suelo. La ligera claridad de la luna permitía que el humano contemplara su nariz achatada y sus escudriñadores ojos. Era frente a esos ojos cuando debía estar más atento.

Katrin comenzó a acercarse sin interrumpir a los lanceros aficionados, pero Mandrasian no perdió un segundo y volvió a la labor de destornillar esa pequeña pieza metálica. De repente sonó un timbre, lejano, acolchado, tenue, y ambos giraron con fuerza sus cabezas, pues un timbre de naturaleza humana en aquel lugar siempre era un acontecimiento a tener en cuenta.

El chimpancé de quince años se acercó a un bolso del que creía que debía proceder ese ruido, lo olisqueó y luego lo vació entre la hierba. El teléfono móvil cayó al suelo con su pantalla iluminada, y el chimpancé salió corriendo. En esos momentos de tensión temía que cualquier objeto desconocido tuviera la misma capacidad de destrucción que un machete o un rifle. Katrin se acercó, lo tomó y volvió a la jaula con el estridente timbre fluyendo desde dentro de su alargada y peluda mano.

Permaneció pensativa frente a él, y escuchó como el hombre le suplicaba que se lo diera. Katrin se lo ofreció, alargó la mano pero el hombre blanco no se atrevía a cogerlo. Katrin agitaba la mano adelante y atrás, animándolo a que lo tomara. Pero con la otra mano hacía el gesto de la llave. Sabía que Mandrasian no dominaba el lenguaje de los gestos, solo el de cortar, pero el gesto de la llave debía ser suficiente para que entendiera el trato. Si le daba la llave de la otra jaula, ella le entregaría el móvil y se marcharían. Él comprendió, extrajo la llave del bolsillo de su chaleco e intentó sorprenderla, abalanzándose con velocidad sobre el móvil, sin éxito. Se hubiera evitado semejante contrariedad si hubiera sabido algo más acerca de los fantásticos reflejos de los chimpancés.

Katrin negó con la cabeza en señal de decepción y lanzó el aparato hacia el agua de la laguna, donde dejó de brillar y su timbre desapareció en las profundidades. Si bien a los chimpancés no les agradaba el agua, eran capaces de utilizarla de muy diferentes formas, como la prueba del cacahuete cuando la visita de Robert al CNI-A. Ningún mecanismo interior seguiría funcionando bajo ella, pues tarde o temprano el agua era capaz de inutilizar toda la ciencia humana.

Mandrasian le dirigió otra serie de insultos y comentarios poco agradables. Nunca se había mostrado tan enfadado. En cambio Katrin dirigió nuevas órdenes, cual pequeño general, mediante gestos y ruidos naturales, y nadie osó rebatirla en ningún aspecto. Mandó a Croupier a buscar todo el material que escondían en la cueva, y a los otros a buscar las ramas de mayor tamaño que pudieran encontrar, pues no había piedras lo suficientemente grandes para ser utilizadas como instrumento arrojado. Una vez todos armados, Croupier con el destornillador, y los demás con pesadas ramas, se sentó frente a la jaula cruzando las piernas como los orientales, posición que solía adoptar para resolver complicados problemas.

La situación se había declinado contra el humano. La chimpancé se fijó en la fuerte cerradura, los sólidos barrotes y paredes del pequeño recinto. Sus ojos comenzaron a moverse curiosamente con objeto de buscar la forma de abrir las jaulas, pero Mandrasian siempre se encontraba en el centro de sus pensamientos. Movía sus inquietos ojos marrones hacia arriba, hacia la derecha...

Quien la viera en ese momento sonreiría y diría «¡qué mona!», pero esta vez, la monada no quería jugar. Estaba concentrada en la presa. Mandrasian recordó la mirada que proyectaba en el CNI-A cuando buscaba la solución a un problema, esa mirada tan humana, y la facilidad que tenía para encontrar el camino más eficaz, desechando otras opciones que también podrían ser válidas. Esa mirada le hizo temer a la propia naturaleza y le impulsó a mover todos los hilos a su disposición para intentar abrir su cabeza.

De cualquier forma, los objetos naturales que le lanzaban no eran peligrosos y Mandrasian sabía que no había forma de hacerle salir de allí, era imposible, no contaban con herramientas que pudieran alterar el acero forjado de la jaula.

Tras un breve lapso, Mandrasian observó como Katrin asentía ligeramente, como si no debiera representar un gran problema para ella, y no debiera abrir la jaula para solucionarlo.

De repente se levantó y corrió hacia la laguna mientras el resto de primates la observaban con curiosidad. Cuando volvió empapada y con la lanza de disco duro que había abandonado el día anterior en el agua, los chimpancés emitieron ladridos de extrañeza, un tronco tan fino no debía doler mucho, no debía ser muy eficaz, pensaron. Se sintió cómoda en su nuevo rol, de nuevo tenía nuevos problemas que resolver, y aunque no tendría aplausos, los suyos ya la admiraban.

Sus opiniones cambiaron cuando vieron como lo lanzaba a modo de prueba contra el tronco de un árbol, clavando el extremo con firmeza. Lo desclavó y con una

navaja sacada de las mochilas comenzó a sacarle más punta.

Mandrasian la desafió con otra nueva serie de insultos y desprecios, pero lo único que consiguió fue que Katrin se detuviera momentáneamente para comprobar que la presa seguía en su sitio, luego continuó con su hábil creación. Debía ser una punta perfecta, un buen trabajo humano, digno para el escalpelo más hábil del CNI-A. Pensó que ojalá hubiera podido compartir aquel momento con Gandhi y con Beethoven, con Bernadette y Zeus.

Acabados los retoques se acercó a la jaula y los chimpancés gritaron de excitación, les producía una profunda emoción ver enfrentados a esos dos seres que, algo que Katrin desconocía, eran tan diferentes a ellos.

El esfuerzo no resultó suficiente, pues cuando empuñó su arma a media altura para lanzarla con fuerza, se descubrió el plan defensivo del hombre, quien levantó la base de la jaula. Era una lámina metálica que había desanclado de la base aflojando sus tornillos, y la colocó de tal forma que cualquier ataque sería repelido. Desilusionada, la chimpancé siguió con el plan y lanzó con fuerza el proyectil, pero ni siquiera se clavó como lo había hecho anteriormente en la madera. Mandrasian estaba casi herméticamente cerrado, ese era su plan. Los gritos de los animales subieron de intensidad ante la estupefacción de la chimpancé humana.

Definitivamente no sería tan fácil como había planeado. Si aparecían los helicópteros tendría que apresurarse, pero aún tenía tiempo. Se sentó otra vez frente a la jaula y los demás primates daban vueltas alrededor, o dormían a la espera de una nueva tentativa. Pero la chica nueva no les veía, absorta como estaba en sus asuntos y en los fantasmas de sus amigos que asolaban su mente de consejos y mensajes de ánimo. Nuevamente se levantó como un resorte, rebuscó entre las mochilas y encontró una nueva treta, algo inocente esta vez. Un cepo de invención humana, abierto.

Ató una cuerda a la base y retiró el seguro. Si conseguía atrapar bien la lámina metálica, los chimpancés tirarían y ella podría probar de nuevo con su lanza. Por un momento Mandrasian temió lo peor, pero supo manejar la situación. Justo cuando el cepo atravesaba los barrotes, bajó la lámina y con la punta del rifle presionó el mecanismo. Este se cerró contra el cañón produciendo un estridente sonido metálico. Unos chimpancés no sabrían como abrirlo de nuevo.

—No es suficiente, «trocitos» —afirmó con suficiencia el humano, enseñando su sonrisa bajo el labio derecho—. Recuerda quien es el primate superior. Vete, esto es un empate... esta vez vas a tener que dejar un juego sin acabar.

En esos momentos la noche tocaba a su fin y la luz empezaba a habitar tímidamente la jungla como si fuera un fantasma primerizo. Katrin no estaba dispuesta a abandonar el juego de Mandrasian. Al contrario, tenía otra nueva idea.

Esta vez rebuscó entre las ramas que le trajeron los chimpancés, y encontró una que encajaba con las características que buscaba. Podría decirse que no era una rama, sino un tronco suficientemente sólido. Lo apoyó en una gran roca anclada al suelo y

situó un extremo bajo el cuerpo del carromato. Luego varios chimpancés se subieron al otro extremo y tras varios intentos el carro dio una vuelta completa. Habían fabricado una palanca...

Mandrasian se llevó algunos golpes, pero aparte de la confusión, seguía sintiéndose seguro, así no conseguirían abrir la jaula. Entonces se acercó a los barrotes e investigó el comportamiento de los primates. Vio cómo entre todos reunían varios troncos y todo el material que encontraban para formar otro punto de apoyo. Comprobó como Katrin situaba otra vez el tronco sobre aquel punto de apoyo artificial y situaba nuevamente la palanca bajo el carromato, con tranquilidad. El neurocirujano giró la cabeza hacia el lado inverso y se quedó petrificado al comprobar lo que había a pocos metros.

¡La laguna!

Tardó poco tiempo en averiguar que estaban decididos a ahogarlo en aquella masa de agua. Reflexionó acerca de los comentarios que hacían los primatólogos del centro durante los aburridos almuerzos de trabajo, acerca de la habilidad de estos animales para encontrar soluciones a los problemas relacionados con el agua, relacionados al entorno que les rodeaba. No era justo. ¡Katrin no correspondía a ese entorno!

Durante aquel corto cautiverio, Mandrasian tuvo tiempo para pensar en el fin del mundo. Recordó los avances de la ciencia que iban dirigidos a proporcionar algunos avances a la humanidad, y también los denigrantes tratos a millones de animales en los laboratorios de todo el mundo y que no habían servido para nada. Pensó en los grandes desastres naturales de la historia, tales como glaciaciones, meteoritos, sequías, la escasez de recursos provocada por los humanos y las guerras consiguientes por controlarlos, pensó en la peste que asoló a la población europea durante la edad media, en las especies extinguidas por el hombre... ¿Y todo para qué? ¿De qué le servían ahora? ¿Dónde estaba la ciencia y qué lugar exacto ocupaba él dentro del amplio espectro de la naturaleza?

Era cierto que la naturaleza se regulaba a sí misma, independientemente de la ciencia humana. La línea que separaba a la vida salvaje de la del hombre civilizado era por momentos muy borrosa, igual que la de la vida y la muerte en términos absolutos. Iba a morir, y los ejecutores serían aquellos que fueron sus víctimas durante toda su vida. Era cautivo de sus esbirros y dependía de su bondad. En ese caso, si eran tan iguales a los humanos, ¿qué podría esperar de la piedad y compasión de Kat Lieberman?

Nada. Él tenía razón, y todo se reducía a lo mismo. Una jungla de depredadores y presas cuyos roles se intercambiaban de forma tan regular que solo nuestro olvido, nuestra inconsciencia, podía otorgarnos un irreal estatus de superioridad. Le habían vencido los trucos y engaños de una chimpancé adolescente. ¿Era acaso injusto?

—¿Ciencia o naturaleza?, ¡elige Mandrasian! —se dijo a sí mismo, aunque ambos caminos le conducirían a un destino similar.

Extrajo la llave, abrió la cerradura y se puso en pie frente de cinco chimpancés, cuatro machos y una hembra.

Todos estos se quedaron estupefactos.

Katrin cambió de herramienta, dejó de lado el tronco y asió su pica afilada cual alabarda. Se acordó de las palabras de Lilith, no debía hacer daño a un humano.

Ellos son mis maestros, mis amigos, mis parientes, mis asesinos, y yo les admiro a pesar de todo. Lo siento, Lilith, pero debo hacerlo. ¡Debo! —Pensó.

Mientras, Mandrasian asía en ambas manos el largo machete y el afilado escalpelo, pero tras verse rodeado por todos los sectores se dio cuenta de que no eran armas suficientes.

Asediado por una estrategia primitiva basada en gritos de intimidación, lanzamiento de pesadas ramas, aproximaciones y repliegues, formaban un único ser vivo envolvente que buscaba su espalda, allá donde él la situara.

El chimpancé de quince años saltó desde la jaula y cayó sobre él. El escalpelo le hizo tal corte que casi le cercena el hombro, aunque no dejó de morder al médico con sus fuertes incisivos. Katrin no pudo evitar que hirieran a su congénere, pero aprovechó el desconcierto para embestirle con su lanza. Segundos después el problema estaba resuelto. ¡Bien hecho, Kat!

Tras saborear la sangre de su enemigo, su mirada pasó a mostrarse siniestra. Sus nuevos amigos la observaban con admiración y se preguntaban cómo debió haber sido el pasado de aquella criatura salpicada de ramalazos humanos que defendía a los suyos con una decisión poco menos que despiadada. La chimpancé de laboratorio, antes llamada Katrin Lieberman, acabó liderando a todos los chimpancés de la región, fuesen del grupo que fuesen, y acabó por ser conocida entre los suyos como la chimpancé criada por humanos que sabía poner trampas y hacerlos huir, la que era dulce pero sabía ser cruel.

Una vez resuelto el problema, Katrin se encaramó a lo alto de una de las jaulas. Llevaba puestas las gafas de leer de Mandrasian, su chaleco blanco, su casco, y sostenía en el extremo de su brazo ensangrentado hasta el codo, el famoso escalpelo con mango de marfil. Desde aquella elevada perspectiva contempló su nuevo hogar, y de entre sus fauces ensangrentadas brotó un terrorífico grito de rabia hacia el valle, hacia las tupidas extensiones verdes a su alrededor. Gritó por segunda vez y todos los miembros de su manada gritaron a coro, en honor a la nueva líder del grupo, quien curiosamente exhibió una serie de extraños gestos humanos.

Extendió larga y repetidamente los brazos en posición de culturista, sacando bíceps, luego los posó en la cintura y asintió la cabeza con solemnidad y chulería, de izquierda a derecha. En memoria de Beethoven, el padre de su futura cría.

CAPÍTULO 15

—VEINTE AÑOS DESPUÉS—

Algunos especialistas solían llamarla la mujer chimpancé, pues cuando jugaba con ellos era capaz de imitar a la perfección sus sonidos y movimientos. A veces, como cualquier estudiante de idiomas, mostraba dejes de chimpancé, pequeños gestos reminiscentes fruto de tantos años de cohabitación.

Aquellos veinte años habían dejado unas marcadas huellas en forma de pelo encanecido y un desproporcionado aumento de prestigio internacional. Aquella joven Lilith llegó a convertirse en la famosa Doctora Lieberman, y llevó a buen puerto casi todos los propósitos que se marcó en su vida, —salvo el ya mencionado—. Pero aún seguía conservando ciertas manías.

Le seguía molestando que le preguntaran constantemente por aquella genial chimpancé que escapara del CNI-A tantos años atrás, y cuya herida nunca logró cerrar. A pesar de su dolor, trataba de responder a las preguntas con la mayor diplomacia. No podía dar la espalda a su pasado, ni tampoco renegar de la criatura más sorprendente que había conocido, cuya memoria defendería a capa y espada, algo que no hizo en su momento, y que le atormentaba un día tras otro. ¡Cuánto se acordaba de ella! ¡Cuánto soñaba aún con sus apasionantes ocurrencias!

Volvió a enfrentarse a un público temeroso de las ideas que portaba, y que en cierta manera les convertía en seres sin trascendencia especial, hecho muchas veces difícil de aceptar.

—Doctora Lieberman, usted ha afirmado en incontables ocasiones que repudia el descontrol internacional existente en materia de experimentos con chimpancés, pues asegura que todos provenimos de la misma familia.

—No solo estoy en contra de los experimentos con simios, puntualizo. Todas las matrices maternas que han parido a quienes concurrimos a esta sala son idénticas a las de los grandes simios actuales —monos, como usted los llama—, sin excepción. También esos «científicos» que torturan, amputan y destrozan finamente los huesos para insertar en sus cerebritos sus pequeñas maquinillas que proporcionan dolor. Ellos también partieron desde el punto en el cual uno de nuestros parientes lejanos tuvo una cría y esta a su vez tuvo otra, y así cientos de miles de veces hasta que dejamos de llamarlos crías —ahora los llamamos hijos—, y aquí estamos usted y yo.

Un ligero desvío podría habernos convertido en monos y podríamos haber acabado en un laboratorio mientras un científico sin pelo nos taladra la rótula o la mandíbula. ¿Y quién sabe?, hasta los perros podrían haber subido a los árboles y haber acabado andando sobre dos patas y haber tenido perros sapiens. Según las

versátiles encrucijadas de la evolución podríamos haber acabado siendo koalas, gatos, perros, conejillos de indias o Rhesus, y acabar siendo mutilados lentamente. ¿Le gustaría vivir en una jaula día tras día siendo torturado una y otra vez durante años para que alguien descubra..., nada? Imagínese en una guerra, siendo capturado y torturado por un enemigo cruel —todos los enemigos son crueles—. Pues eso es lo que sucede a diario en esos centros de experimentación, pero sin una previa declaración de guerra.

La raza humana ha hecho grandes progresos —aún más en occidente—. Hemos suprimido muchas injusticias pasadas que, de solo imaginarlas, podrían hacernos sentir mareos y náuseas. Pero todavía no hemos podido corregir la cuenta pendiente que más nos pesaría en la «conciencia», si es que poseyéramos este don fantástico. ¡Un mínimo de humanidad! ¿Qué somos? Qué nuestra mayor virtud, la mejor perfeccionada a lo largo de la historia, causar dolor y muerte, sea todavía disculpable; qué no tengamos moral o la intentemos disfrazar de legitimidad, es algo que muchos no logramos entender.

Imagine lo que sentiría si le atravesaran el globo ocular con una aguja, o le abrieran la caja torácica, dejaran sus órganos a la intemperie y los trataran con productos químicos o ácido. No es difícil imaginar que como mínimo, uno se siente mal. Nuestra laxa legislación solo conduce al dolor, pero parece que si miramos a otro lado, ese dolor deja de existir. No andamos sobrados de empatía, y esta podría arreglar el mundo.

Los afilados comentarios de Lilith no dejaban a nadie indiferente, o la odiaban o la adoraban. Afortunadamente aquellos que creían en un cierto equilibrio medioambiental estaban de su parte, y eran cada vez más.

Tras el acto se formó al azar un heterogéneo grupo de conferenciantes de diferentes procedencias y especialidades. Se sentían tan cómodos en medio de la improvisada tertulia sobre ningún tema en particular, que acordaron seguir la conversación mientras tomaban un refrigerio en la cafetería del centro.

No tardó en llegar el momento esperado. Siempre y fuera cual fuera el tema, alguien se desviaba y hablaba de ella. En este caso fue Hans, un topógrafo holandés, rechoncho y risueño, quien la mencionó. Había leído, en particular, uno de los libros de Lilith, dos veces. En él mantenía que existían muchas probabilidades de que Katrin se encontrara con vida en algún lugar, que se las habría arreglado de alguna manera gracias a su prodigiosa inteligencia.

Lilith contestó con resignación.

—El libro del que me habla fue escrito hace muchos años, pero le seré sincera, ahora no pienso igual. No sé qué habrá sido de ella, pero lo más probable es que no haya sobrevivido ni un mes fuera del centro. Si la hubieran encontrado viva se habría hecho público, pero dudo que todo este tiempo se haya podido ocultar de los humanos, o vivir lejos de ellos en un entorno salvaje, tal como sostiene algún especialista.

—Pero usted afirma que era un ejemplar muy inteligente.

—Y lo era, pero eso no siempre es suficiente. Nació y se educó entre humanos, un hecho que indudablemente debió afectar a su naturaleza animal. Creo que esa situación, más que una ventaja ha resultado ser un lastre con el que tuvo que lidiar dentro y fuera del CNI-A.

Se han conocido interesantes casos inversos que demuestran que ciertos niños que han vivido su infancia en un entorno salvaje, sin una educación social adecuada a nuestras características culturales, no fueron capaces posteriormente de recuperar unas capacidades normales de relación, de cognición, o incluso de habla. Nos descolgamos, pues, del resto de humanos con respecto a nuestra sociedad. No ocurre como en la película «Greystoke», que seguramente habrá visionado, los niños Tarzán. Si pierdes el tren cultural —la cultura de la especie para la que estás dispuesto genética y específicamente— desde la infancia, tu mente pierde muchas habilidades. De la misma forma intuyo que diferentes niveles de aprendizaje —o entorno— originan diferentes niveles de inteligencia o problemas cognitivos en la sociedad humana, pero ese es un tema diferente al que quiero explicarle.

Siguiendo este lógico razonamiento, mantengo que Katrin sufrió el efecto inverso. En el CNI-A habría perdido, digamos, su instinto básico de supervivencia, totalmente necesario en el mundo de los animales salvajes. Después de que me obligaran a abandonar el centro, no tardó ni una semana en ilusionarme con su supervivencia, justo cuando se escapó... ¡dos veces! Pero otra cosa es sobrevivir sin protección en un mundo de hombres, o en un mundo salvaje. Como los niños Tarzán, los chimpancés humanos —y Katrin es el ejemplo más representativo— carecen de habilidades propias para adaptarse a su entorno natural.

—Puede que entonces me equivoque —rebatía Hans—, pero le expondré mi caso. Hace dos meses aterricé en Tanzania en virtud de un convenio de colaboración con el gobierno local con el fin de actualizar la topografía de una zona selvática cercana al lago Tanganica.

Merced al tiempo libre que me permitían mis cometidos decidí alejarme del campamento para dar un paseo de unas horas con el objeto de relajarme. ¡Dios sabe que un topógrafo no se pierde en la jungla! Cuando en medio de esa excursión me encontré rodeado de repente por un grupo de chimpancés que debieron andar observándome durante algunos kilómetros.

Como usted bien sabe, lo que le estoy contando no resulta extraordinario ¡así que vayamos al grano! Todos sabemos que quien dirige el grupo es el macho dominante, no como en el mundo de los bonobos, donde la hembra adquiere una mayor importancia.

—Y en el de los bípedos las mujeres también mandamos —interrumpió irónicamente una colega de Lilith.

—Bueno, de eso no me cabe duda, tengo mujer —dijo Hans sonriendo, antes de continuar—. Pues para mí resultó ser una experiencia interesante, no eran agresivos.

Me llamó la atención constatar el hecho de que la líder de la manada era una hembra. Una hembra mayor, de unos cuarenta años... aproximadamente la edad que tendría Katrin ahora...

—Se equivoca, Katrin debería tener treinta años. De cualquier forma no sería el primer caso en que una chimpancé lidera un grupo. Pero además, Katrin... ¿en África?, ¡apunta usted demasiado lejos, querido Hans!

—Lo sé, Lilith, pero aquel ejemplar exhibía una inteligencia asombrosa, de hecho pensé que me estaba leyendo la mente. No sé la edad que tenía, no soy buen fisonomista de primates, pero esa hembra parecía, no sé cómo explicarlo... ¡creo que de alguna manera su amiga Katrin llegó a África y se estableció en un grupo de chimpancés!

—Existen muchos chimpancés y monos cuya inteligencia puede llegar a sorprendernos sin necesidad de haber estado jamás en contacto con los humanos, y de hecho...

—Déjeme acabar. ¡Esta en concreto ha estado en contacto con los humanos!

—¿Cómo puede afirmar ese punto con tanta seguridad?

—¡Lo afirmo principalmente porque llevaba un destornillador en la mano!

Fue entonces cuando Lilith perdió sus fuerzas y casi se le derrama el café de sus manos. El hombre vio cómo esa mujer de fuerte carácter, de repente, parecía no poder contener el temblor de sus dedos, y como tuvo que depositar la taza en la mesa.

—¿Se encuentra usted bien, doctora?

—Sí, estoy bien... Siga, por favor. Me ha convencido, ¡soy toda oídos!

—Pues he trabajado en muchos países africanos, me he encontrado con gorilas, leones, y otras muchas especies interesantes, pero los chimpancés siempre me han llamado la atención, de ahí que haya leído algunos de sus libros. Y es el primer caso que he conocido en el que el jefe de la manada y varios de sus congéneres pueden comunicarse con gestos del lenguaje de los sordomudos. Me hizo una foto con mi cámara, me desabrochó los zapatos, me buscó la cartera y me sacó unos dólares... ¡Una verdadera odisea, y muy divertida!

Se entretuvieron más de una hora jugando conmigo, a pesar de que yo desconocía ese lenguaje de signos. Me sentía como si estuviera siendo abducido por un extraterrestre. Parecía increíble, pero luego me acordé de su libro, de Katrin y de cómo se escapó en medio de una exhibición. Y por poco no relaciono ambos casos, porque habían pasado muchos años desde que leí su libro, ¡pero sus habilidades eran tan asombrosas...! Recordé que llevaba muchos años desaparecida, leí que posiblemente muerta. Les hice unas fotos, pero en ellas no hacían nada espectacular, así que no tengo testigos ni pruebas. Además, me daban la espalda, no les gustaban las fotos.

—Yo le creo, y no le quepa duda, era Kat... ¿Dónde dice que la encontró?

El topógrafo no tuvo problemas para improvisar un detallado mapa de Tanzania, y le mostró el lugar del encuentro. También le enseñó las fotos que sacó, pero en ellas

la mayoría de chimpancés se ponían de espaldas, como si conocieran el funcionamiento de las cámaras o estuvieran instruidos al respecto. Por eso Lilith no pudo verificar dicha historia por entero.

Lo que le extrañó al topógrafo fue que no volvió a verla a pesar de haber contratado, gracias a la colaboración del parque nacional, una batida de experimentados rastreadores de chimpancés de la zona. Después de aquel encuentro permaneció un mes más en el lugar alternando su trabajo con la búsqueda de ese ser que tanto le impresionó.

—No habrá escapista mejor desde Houdini. Le agradecería a todos los presentes que no mencionaran este hecho en ningún otro lugar. Creo que podría tomarme unas vacaciones, Tanzania es un país muy interesante. No sé si la encontraré, pues a pesar de mi interés y buena voluntad, ella podría seguir creyendo que no la podría proteger de la expectación que podría provocar. Y no la culparía por ello.

—¿No le parece increíble que haya enseñado a sus compañeros a comunicarse?
—le inquirió su colega.

—Nada de lo que haga Kat me parece increíble, ya lo hizo en el centro con Beethoven. Dejé de sorprenderme a sus dos años de edad.

Lilith ni siquiera volvió a Japón, donde trabajaba, sino que solicitó que le enviaran por correo su viejo equipo y otros aparejos necesarios a la delegación consular de su país en Dodoma, la capital tanzana.

Adquirió diversos materiales que le sirvieron para componer un equipo básico y ligero, y reservó un billete para el primer avión que pudo conseguir, que saldría en cuarenta y ocho horas.

Le costaba controlar sus nervios, pues después de tantos años de búsqueda, de investigación, de esperanzas rotas envueltas en angustia y tristeza, por fin Kat volvía a dar muestras de su genialidad.

Durante muchos años y por desgracia, sintió que el mundo humano no era el único que podía dañarla, pues el de la selva no resultaba ser mucho más apacible. Katrin no nació con el stress habitual de los nacimientos en primates, no tenía necesidad de comer a toda costa, de sobrevivir, de la misma forma que tampoco los bebés humanos tienen esa necesidad. Simplemente juegan e investigan.

Se suele alegar que los primates no son inteligentes por el simple hecho de que no efectúan acciones o no acceden a nuestras peticiones si no son premiados con una recompensa. Vamos, que no actúan como nosotros si no les pagamos. ¡Nunca paraba de escuchar tonterías! A los chimpancés les resulta tan ridículo que los humanos pretendamos que hablen y escriban, como nos lo resultaría a nosotros si unos seres del espacio sideral se divirtieran abduciéndonos y pidiéndonos que nos tumbáramos en el suelo boca arriba, levantando los pies y dándole vueltas continuamente a una pelota de playa. Al final lo conseguiríamos, pero seguiría pareciéndonos ridículo.

Katrin era especial, llegó un momento en que no necesitaba recompensas. Las crías de chimpancé son extraordinariamente parecidos a los bebés, quienes están

diseñados para jugar instintivamente, eso es investigar y experimentar. Pero también actúan mediante el aliciente de recompensa. A los niños hay que cansarlos para que duerman bien por la noche, hay que premiarlos para que hagan la cama, para que saquen los estudios, cualquier padre de familia sabe eso.

Desde el principio Katrin fue igual que un bebé humano, y eso quizás la hiciera inocente, quizás la imposibilitara para vivir en la selva con sus congéneres. Lilith creía que no sobreviviría, como tampoco lo haría un bebé humano, y por eso sospechaba que estaba muerta, pero..., con ella siempre había peros.

Una vez en África recogió su viejo equipo. Lilith utilizó su vieja ropa de color verde claro, sus viejos binoculares «Leitz-Trinovid» 10x40 y una brújula para poder utilizar los mapas cartográficos del ejército, quienes al no poder penetrar la profunda selva, muchas veces se basaban únicamente en la observación aérea. Por causas burocráticas Hans, el topógrafo que encontró a Katrin, tampoco podía disponer de una copia de los planos que realizó. Desechó utilizar su vieja cámara de filmación «Leica» porque no tenía interés alguno en aumentar el peso ni dar constancia científica de aquella visita. Lilith iba en condición de amiga personal, no como científica.

Un guardia forestal llamado Mayé se ofreció a ayudarla en su acercamiento, parecía experimentado e íntegro. Durante la primera entrevista, le refirió una serie de leyendas acerca de los espíritus de la jungla, y de cómo él mismo había participado en una cacería, de lo horrible que fue. No quiso dar más detalles, pero acabó sentenciando que la jungla había hecho justicia y se había vengado de los hombres. Desde entonces había trabajado en zonas cercanas a Tanganica hasta que, gracias a su gran conocimiento de la zona, consiguió un puesto de protección para el parque nacional.

Lilith pensó que aquel hombre ocultaba un secreto que podría llevarle a una situación complicada para con la justicia de su país, pero ella no venía a juzgar a nadie. Era respetuoso con los chimpancés, así que si le ayudaba a encontrar a su vieja amiga, Mayé sería bien recompensado.

Traquetearon durante doce horas las viejas carreteras de tierra con un Jeep destartado. Mayé le dijo que unos extraños chimpancés habitaban la zona que ellos sobrepasaban en ese momento, un perímetro de unos cincuenta kilómetros de selva densa, pero que no debían ser los que ella buscaba. Eran inteligentes y escurridizos incluso para él, así que pretendió seguir hasta las cercanías del lago.

Pero al escuchar aquellas palabras, Lilith le pidió que la dejara en aquel lugar, esos eran los chimpancés que quería encontrar. O al menos aquellos por los que quería ser encontrada —lo contrario resultaba complicado—. Mayé se ofreció a acompañarla, no era un destino turístico aconsejable para una mujer blanca, pero la doctora rechazó el ofrecimiento. Aceptó quedarse en el coche durante los días que fueran necesarios, y se ofreció a hacerle entrega de un equipo de radio. Lilith también lo rechazó por ser pesado. Con sus planos tendría suficiente. A pesar de que llevaba

tiempo sin realizar trabajos de campo y ya no contaba con la misma fuerza física que antes, sabía lo que tenía que saber.

Cargó una pesada mochila sobre su espalda y comenzó a trepar un camino escarpado y espeso. Tenía la referencia de los puntos más altos de la zona, así que con el mapa le resultaría sencillo no perderse, y se adentró en la selva sin saber exactamente lo que podría encontrarse.

Los chimpancés utilizan la estrategia del vendedor ambulante. Se desplazan lo mínimo posible para optimizar la relación «consecución de alimento-menor tiempo posible». Desplazamiento eficiente. Ese era su mundo moderno, su sapiencia, su sabiduría. Conociendo a Katrin, sospechaba que seguramente habría ampliado la distancia de sus itinerarios, y por ello sería aún más difícil encontrarla.

Lilith estaba profundamente emocionada, pues al margen de sus motivaciones personales, si tenía éxito en su búsqueda se trataría del paso más importante que podría dar un primatólogo en su vida. Una chimpancé que vive diez años en un centro de investigación, la primate no humana más inteligente de todos los tiempos, y se adapta no solo para sobrevivir durante veinte años, sino hasta llegar a ser la jefa de la manada... era algo digno de verse.

Aún albergaba ciertas dudas respecto a su seguridad, dudaba de que Kat la reconociera, y si lo hacía, quizás la odiara por haberla abandonado a su suerte a sabiendas de que la iban a diseccionar. ¿Podría Katrin ser agresiva con ella? Era una científica, por lo tanto no podía dejar de lado la posibilidad de un ataque agresivo por parte de un chimpancé. Ese pensamiento rondaba por su mente, pero era ignorado y menospreciado por sus demás motivaciones. No quería tener miedo de ella, porque su relación nunca se había regido en esos términos, por eso no quiso abandonar.

Todo lo que ocurre en la jungla se rige por sus leyes y debe ser aceptado con resignación, concluyó respecto a su seguridad.

Al caer la noche ya se encontraba tremendamente fatigada. Mayé tenía razón, no era buen lugar para establecer un hotel rural. Durmió en un saco apropiado para tan bajas temperaturas y se despertó antes del alba. Volvió a caminar, oteando con sus binoculares en busca de alguna señal, hasta que hacia el mediodía le pareció descubrir algo.

En la copa de un frondoso árbol, a casi un kilómetro de distancia, una mancha marrón negruzca. Una mancha que se movía, que tenía una cara borrosa. Era un chimpancé, y parecía ser que este también la había visto. Luego percibió una señal acústica, pero no parecía un sonido habitual en ellos, sino más bien el gorjeo de un pájaro. Estaba dando la voz de alarma. Se encaminó hacia él.

La calma era total, demasiado sospechosa. Un silencio aterrador. Se deslizaba con precaución por un caminito abierto. Percibía el olor familiar de excremento de simio, pero extrañamente no encontró muestras de ello. Debieron haberlo enterrado. Algunos lo hacían.

A cien metros de distancia, creyó ver a una chimpancé hembra, con una cría aferrada al pecho, cruzando a pie de un tronco a otro del camino, pero desapareció como una exhalación con tanta precaución como Lilith. No provocó ni un solo ruido perceptible. Les siguió la pista, no tenía tiempo para observar con toda la atención que requería una aproximación seria, y tenía claro que fueron ellos los que la encontraron. Al final consiguió acceder a una zona que podría representar un espacio de descanso apropiado y discreto.

Era circular, habían cáscaras de nueces en el suelo, y en una de las ramas, a cuatro metros de altura detectó lo que reconoció como un elaborado nido —viviendas hechas por primates— realizado a base de nudos y más nudos de ramas, el mejor nido que había visto nunca. Pero sospechaba que el de Katrin debería ser aún mejor. De repente salieron de todas partes, de detrás de los troncos, desde las alturas; un adolescente audaz oculto bajo un montón de hojas secas; otros machos aparecieron a su espalda, aparentemente cerrándole la salida. Ya no había vuelta atrás.

Se presentó al grupo con muestras de amistad y sumisión, agachó su cuerpo hasta casi ponerse de rodillas, bajó la cabeza a pesar de que los chimpancés solían aceptar cierto grado de contacto visual. En realidad no sabía qué hacer, no existían reglas infalibles para todos los casos, puesto que cada chimpancé tenía una personalidad diferente e impredecible. A pesar de que el grupo no parecía belicoso o excesivamente excitado, adoptó el procedimiento habitual.

Casi todos le hicieron un pasillo, como si la hubieran estado esperando, pero de repente, una chimpancé joven saltó desde un árbol y corrió con gran energía y movimientos intimidadores para situarse en guardia, a cuatro metros frente a ella, cerrándole el paso.

Respiraba con agitación, se movía con brusquedad, enseñaba sus colmillos con crispación, y su sola mirada parecía capaz de asesinar a distancia. Desde su espalda extrajo una larga estaca de medio metro y con la punta afilada, negra de sangre coagulada. Parecía estar muy familiarizada con su utilización, así que Lilith extremó las medidas de sumisión, se había aventurado con demasiado descuido. En ese momento no podía ni siquiera pararse a meditar acerca del impresionante acontecimiento que representaba observar a un chimpancé esgrimiendo con tal soltura un instrumento tan mortífero. Evolucionaban.

Entonces escuchó los primeros chillidos. Eran chillidos autoritarios, de hembra, de líder de la manada. Ordenaba a esa chimpancé algo así como que se detuviera. Unos segundos después apareció detrás de ella y se situó a menos de un metro, desafiante. Las dos chimpancés se miraron a los ojos, mantuvieron una reyerta silenciosa, nada de empujones y gritos. Lilith no daba crédito a aquella riña de egos, pero se alegró visiblemente cuando confirmó como la joven se decidía a agachar la mirada. Le arrebató la estaca, y luego fijó sus ojos marrones en la mujer.

Estaba más vieja, varios mechones de pelo canoso y maltrecho su caminar, que ya no era el de una ágil adolescente, sino el de una madura y autosuficiente chimpancé

salvaje. Lilith se alegró de estar equivocada. Por la forma de su cuerpo, más grueso y maduro, calculó que debía haber tenido y amamantado algo así como siete u ocho crías. También dedujo en ella una gran frialdad, una gran inteligencia y una formación universitaria en el extranjero. Viva, fuerte, autoritaria... ¿Un milagro? No, se respondió a sí misma, simplemente se trataba de Kat.

Como en sus anteriores despedidas y recepciones, la efusividad de Katrin no había cambiado. A veces Lilith se olvidaba de que era un chimpancé, no podía comportarse como una niña cariñosa al estilo humano. Su sistema de valores era diferente. Kat se acercó con frialdad y su maestra temió que no la reconociera, que la atacara. Pero, con un gesto delicado de sus dedos en la barbilla, alzó su cara para verla con claridad, le acarició los blancos cabellos y emitió una señal en el lenguaje de sordomudos. ¡*Mamá!*

Lilith se saltó el protocolo y la abrazó, la besó, y se deshizo en lágrimas. Los chimpancés esbozaron alaridos de extrañeza, pero enseguida se contagiaron de la alegría, se acercaron a ella, le tocaron el pelo, el pecho (a los chimpancés les llama la atención el pecho de las humanas) y uno por uno fueron exigiendo a Lilith el abrazo de rigor, como si fuera una costumbre humana. No pudo evitar alternar una serie de nerviosas carcajadas entre sus emisiones de llanto, mientras cumplía con todo el grupo y las crías se subían a la cabeza y a la espalda de aquella humana que reía al mismo tiempo que lloraba. Pero Lilith nunca perdía contacto visual con la que fue su mejor alumna, dada por muerta y ahora en pie a dos metros de ella, quien la examinaba con su característico semblante de seriedad. En esos trances de reflexión nunca había conseguido escrutar sus pensamientos.

Al final Katrin la tomó del brazo y se la llevó a su guarida, una caseta fuertemente labrada con maderos a forma de vigas, cubierta de ramas y hojas, la envidia de cualquier gorila. Se sentaron sobre un tronco a la puerta del nido-palacio. Lilith había traído un regalo.

—Si no lo quieres, me lo llevaré de nuevo, pero me gustaría... bueno, ¡ábrelo!

Katrin retiró el lazo dorado, luego retiró las cintas adhesivas del papel rojo y desplegó sus alas. La estupefacción separó sus mandíbulas para permitir que el aire entrara con facilidad. Lilith apreció los colmillos de aquella niña, ahora mancillados con las muchas vidas que habría tenido que arrebatar para sobrevivir. Un ordenador.

Desplegó la tapa y volvió a verse a sí misma reflejada en la pantalla. La última vez que utilizó un instrumento similar, recibió una paliza brutal, lo recordaba con precisión. Olvidaba las caras de los humanos, incluso olvidó la de Lilith, pero no la de los chimpancés, Blanco, Beethoven, e incluso Gandhi y Skipper se mantenían frescos en su memoria.

Todo seguía estando en su sitio, la fecha... ¡Cuánto tiempo había pasado, veinte años!, el comando deslizador de pantallas, el reproductor de música, las cuarenta teclas para frases sencillas, y como fondo la foto de una pequeña cría de chimpancé

que no reconoció inmediatamente, a la que una joven mujer de labios rojos y cabellos oscuros mecía en su pecho.

Sus recuerdos eran imprevisibles, tan selectivos que resultaba extraña la forma en que comenzó a mover sus dedos con destreza, como si volvieran a pertenecer a una chimpancé que se divertía aprendiendo, atrapada en el complejo sistema lectivo humano.

—Es idéntico al que tenías, un híbrido, las mismas palabras y expresiones... Lo adquiriré hace diez años, incluso aunque no sabía que podrías seguir viva. También es solar, podrás utilizarlo todo el tiempo que quieras, aunque yo me vaya —Lilith daba por sentado que tendrían que separarse de nuevo. Esperaba algún comentario al respecto, que no tuvo lugar—. Es tuyo, con su funda, ya sabes. Quiero oír esa voz de nuevo, utilízalo, tienes que contarme muchas cosas. ¿Qué ocurre? ¿No quieres hablar conmigo? ¿Estás enfadada?

—*No. Katrin está triste. Ha hecho cosas malas. Que no gustan a Lilith.*

Lilith se maravilló nuevamente, pues en veinte años no había olvidado su uso, mientras que ella olvidaba cada mañana donde había dejado las llaves de su coche.

—Antes que nada, quiero pedirte perdón, te prometí que te protegería siempre y no lo hice, tuve que marcharme, me obligaron. No debí prometer nada que no podía cumplir. De hecho, debí haberte llevado conmigo.

La chimpancé se sintió un poco incómoda con el teclado y creía haber olvidado muchas palabras, pero pudo articular las teclas. En su mente parecían despertar recuerdos dormidos, e incluso tuvo la ilusión de compartir unas horas de patio con Gandhi, Skipper, el loro Damocles y Beethoven. Contestó:

—*Lilith se equivoca, protege a Katrin, con sus trucos.*

Un nuevo personaje asoma su cabeza por encima de un montículo de tierra, mostrando sus ojos asustados. Katrin mueve la mano como si se abanicara, convidándole a acercarse. La figura era un macho joven, fuerte, de unos veinte años, que se acercaba con timidez apoyando sus nudillos en el suelo. Parecía temeroso ante la extraña visita, pues siempre le habían advertido que los hombres blancos eran peligrosos. Katrin le tranquilizó, dio dos golpes en el pecho y le dirigió unos gestos. Lenguaje de sordomudos. De nuevo Lilith se emocionaba al verla ejecutar signos con todo su cuerpo, como si pertenecieran a una coreografía tradicional japonesa, realizados con una vitalidad asombrosa, pero aún se sentía más perpleja al confirmar el relato del topógrafo holandés, pues el otro chimpancé a su vez entendía e intercalaba algún signo en medio de su patente desconfianza. Luego dirigió los signos hacia la mujer. Lilith sonrió, miró al simio con alegría y contestó:

—¿De verdad? ¿Él es el hijo de Beethoven? ¡Cuánto me alegro de que él siga estando entre nosotros de alguna manera!

La contestación de la primate no fue la que esperaba.

—*Mandrasian es gente mala. Viene a buscar a Katrin. Mandrasian muere.*

Lilith creyó no haber escuchado bien, o que los chimpancés a veces decían frases sin sentido, aunque Katrin no solía hacerlo.

—¿Cómo dices? ¿Quieres decir que te gustaría matar a Mandrasian? Ha desaparecido, nadie sabe dónde está. Es un verdadero misterio.

—No, Lilith no entiende. Katrin sabe. No es un misterio. Katrin mata a Mandrasian, cuando llega a África. Mandrasian persigue a Katrin, y Katrin mata.

Lilith se derrumbó, se puso las manos en la cabeza y volcó su mirada hacia el suelo, contrariada. Le hubiera gustado no haber escuchado esa noticia. Katrin temía justamente aquella reacción, por eso estaba avergonzada. Recordaba aquellas faltas que nunca debía cometer, olvidó la lección principal de Lilith. Hacer daño a humanos, «no, nunca». Segundo nivel de negación. Al ser mucho más que «no», suponía el peor castigo durante más tiempo, que incluía frío, hambre y dolor, como le explicó Lilith en su tiempo. Los humanos no permitirían que quien dañara a un humano volviera a ver la luz del día.

Pero durante todo ese tiempo no obtuvo castigo, así que Katrin mantuvo la firme creencia de que no iría al cielo por haber sido mala. Matar a un humano debía impedir que fuera al cielo como los chimpancés que si habían sido buenos, como Beethoven, Bernadette, Zeus y el macaco Gandhi, que no mataron humanos.

Katrin contemplaba con angustia como Lilith agitaba la cabeza en señal de negación. Luego la levantó para mirar al cielo y soltó un suspiro. Aquel suspiro le hizo daño a Katrin, un suspiro de decepción. La mujer de labios rojos, aunque convencida de que se lo merecía, pensaba como un ser humano, inspirada en leyes humanas. Una muerte era una muerte, pero quien no estaba acostumbrado a la idea lo encontraba terrorífico. Por eso en un primer instante rechazó la idea, olvidándose de los antecedentes.

—No debiste hacerlo. —Soltó entre dientes, sin mirarla.

—¡Mandrasian mata a muchos chimpancés! ¡Quería matar más chimpancés, Katrin tiene que hacerlo! —Dijo la chimpancé en su defensa mientras era contemplada por su hijo.

Beethoven Jr. veía surgir palabras de ese extraño teclado sin entender la conversación, pero comprobaba como aquellas dos hembras discutían un hecho que las preocupaba profundamente. No solía ver a su madre a la defensiva.

Un primer impulso llevó a la primatóloga a contestar de la siguiente manera, con brusquedad.

—No, Katrin. Lo hiciste porque le hizo aquellas cosas a Beethoven, porque le odiabas desde que estábamos en el centro.

Katrin bajó la cabeza, pues solo tenía razón a medias. Por fin confesó.

—Lilith tiene razón, Katrin trabaja mejor enfadada. No puede evitarlo, estaba enfadada y no le deja marchar... Katrin no es buena, por eso no va al cielo con Beethoven. Perdón.

La vio completamente desolada y no le gustó. Tal como lo había meditado anteriormente, lo que ocurría en la jungla entre depredadores y presas no pertenecía

al ámbito del especismo legal humano. Además de todo lo que tuvo que sufrir por su culpa, no quiso dejar que esa idea le aterrorizara. Acarició su cabeza y la consoló.

—Perdóname tú a mí, no pensé lo que dije. Katrin es buena. Mandrasian quería hacerte daño. Has hecho lo que yo debí hacer hace tiempo, puedes estar tranquila. Te envidio porque eres más valiente que yo, llevo veinte años envidiándote. Lo que debía aprender acerca del valor me lo has enseñado tú, y lo que me falta de alma lo tienes dentro de tu pecho... aquí.

Katrin sintió como le ponía la mano en su pecho, y puso la suya encima. No acababa de entender eso del alma, pero echaba de menos su contacto. Una vez resuelto el misterio de Mandrasian, Lilith sintió curiosidad por algunos detalles.

—¿Dónde ocurrió?

Katrin volvió a adoptar una mueca de satisfacción y extendió su brazo con sus cinco dedos abiertos en dirección a un cerro lejano en el horizonte. Se quedó petrificada dos segundos en esa posición, como hiciera en otros tiempos. Fue como si esperara un premio o alguna alabanza, parecía sentirse satisfecha de su hazaña. No había conocido a nadie a quien pudiera contarle semejante experiencia, un humano que la comprendiera, pero Lilith pensaba como ella.

En esos momentos experimentó un vívido recuerdo de aquella escena. Retrocedió en el tiempo y se vio a sí misma sobre el cerro, después de herir gravemente a Mandrasian. Una vez en el suelo el cirujano se retorció resistiéndose a perder el último hálito de vida, combatiendo en lucha desigual contra cuatro chimpancés macho. Katrin permanecía a la expectativa, no hizo nada incluso cuando comenzaron a morderle por todas partes cuando aún se encontraba con vida. Luego intervino, para alimentarse ella misma. Pensó que con suerte —y si era como Mandrasian afirmaba—, podría ser que algunos animales no tuvieran consciencia del sufrimiento.

Katrin volvió al presente, se volcó en el teclado y expresó lo que Lilith entendió como otra estremecedora demostración de lucidez animal:

—*Katrin mata a Mandrasian allí arriba* —y vuelve a señalar con sus cinco dedos extendidos—. *Katrin vive aquí, es bonito. A veces Katrin visita a Mandrasian. Katrin y Mandrasian hablan.*

—¿Hablan?

—*Sí, Katrin habla con Mandrasian, y con Blanco, y con dos hijos de Katrin que mueren. Mandrasian dice que lo siente, y Katrin le perdona siempre.*

Una de las más célebres primatólogas del mundo descubría en ese momento que sus conocimientos sobre la capacidad de los chimpancés resultaban insignificantes, y que en menos de una hora con Kat había aprendido más que durante el resto de su carrera.

Que un chimpancé jugara con una muñeca imaginaria no resultaba extraño, que acunara a un gato al que había matado en un arranque de cólera se podía llegar a entender. Pero Katrin estaba afirmando que hablaba con seres que habían muerto con un convencimiento extraordinario, como si les saludara todos los días al despertar. Y

el hecho es que aquel acontecimiento no se podría demostrar, pero lo que si tenía por seguro es que la veracidad de Katrin estaba fuera de toda duda. Superstición, espiritualidad, temor o pudiera ser que se debiera a un comportamiento aprendido durante su etapa humana. Pudiera ser que simplemente fuera un caso de locura. «Después de todo compartimos el noventa y ocho por ciento de los genes», pensó Lilith.

Katrin le dijo que todo le parecía muy extraño, como el mundo al revés. Ahora ella estaba en su casa y Lilith era la forastera. Cuando se encargó de ella era simplemente una cría, y ahora se podía decir que era más vieja que Lilith, afirmó Kat. La imaginaba como antes, no podía imaginar que también envejecería. Tenía el pelo blanco, los labios no tan rojos y la piel no tan hermosa, pero se alegraba de verla de nuevo, de compartir un té juntas.

Lilith trajo té como segundo regalo, Katrin encendió el fuego con el encendedor de su maestra y calentaron el pequeño recipiente. También trajo miel, Katrin reconoció el tarro, deseosa, y Lilith dijo que podría quedársela. La chimpancé expresó una espontánea carcajada de alegría.

Estuvieron charlando el resto de la tarde, y Katrin le expuso las aventuras que vivió para llegar a África. Le habló de Beethoven, del tren, del centro comercial, de Herald, de Robert, de la niña oscura y su padre; también de Ninja, Blanco, el difunto Croupier... Lilith no dejaba de maravillarse al darse cuenta de las difíciles situaciones de todo tipo que tuvo que superar, a veces ayudada por la suerte y otras por su talento. Estaba hecha de otra pasta.

Katrin había tranquilizado a todo su grupo respecto a la humana, y la curiosidad de Lilith durante su estancia se vio favorecida por la colaboración de los chimpancés y los juegos de las pequeñas crías, que no querían separarse de esa extraña prima de pelo blanco.

Durante el tiempo que compartió con ellos, Lilith se percató de las diferencias y coincidencias significativas del grupo de Katrin con respecto a otros. Era un grupo muy evolucionado que daría lugar a una pequeña civilización si la presión de los rivales o entre grupos se lo permitía. Había observado letrinas para que los humanos no pudieran rastrearlos fácilmente, vigías —como el que descubrió a Lilith—; utilizaban gran variedad de herramientas y se comunicaban mediante signos, aunque aparte de Katrin y Beethoven Jr. solo manejaban una veintena de señales básicas. Cambiaban de zona cada tres días por regla general, y en la localización en que se encontraban algunos hacían nidos en el suelo como los gorilas, lo que favorecía una mejor estructura que los diseñados sobre las ramas.

El nido más sólido era el de Katrin, en el centro y en la zona de mayor altitud, rodeado de fuertes maderos que eran útiles también como vigas y cubierto de ramas unidas por primorosos nudos. También era un buen cobijo para prevenir inesperadas visitas de leopardos u otros animales salvajes, pues dispuso unas rendijas para sacar lanzas en caso de ataque.

Katrin tenía cuatro hijos —vivos—, muchos nietos y biznietos, pero en su grupo solo seguía conviviendo con Beethoven Jr. y con Marie —la agresiva chimpancé que la recibió con una estaca en la mano, y la única que parecía cuestionar su liderazgo—. Beethoven Jr. era noble, fuerte y valiente, pero Marie era más inteligente y despiadada. Probablemente los genes de la personalidad de Kat se habían dividido en dos grupos bien diferenciados, cada uno con unas inclinaciones de personalidad distintas, la nobleza y la maldad que la caracterizaron.

No podría olvidar jamás una anécdota que le relató su antigua aprendiz. Marie lideraba un grupo de chimpancés al otro lado del río. Varios años antes copuló con el macho dominante de turno y tras acabar el juego amoroso le clavó su lanza con extraordinaria frialdad. Algunos machos aliados protestaron e hicieron amago de atacarla, pero al final todos acataron su concepto de la política, por no querer ser los siguientes. Posteriormente y debido a los antecedentes, Marie no era la más reclamada sexualmente de entre las hembras, pero siempre que elegía a un macho, este tampoco osaba contrariarla.

Katrin pensaba que quizás no debió enseñarle a utilizar esas armas, pues consiguió hacerse muy diestra practicando con blancos vivos. Pasaba muchas temporadas fuera del grupo, ocupando su nuevo cargo de líder del otro grupo, pero a pesar de su gran destreza y manejo social, siempre volvía al grupo de su madre. Por algún extraño motivo odiaba a Katrin, y esta tenía la impresión de que era su grupo el que Marie ansiaba liderar. Desde entonces Katrin debía tomar demasiadas precauciones a la hora de elegir un nido en el que pasar la noche, y dormía con su lanza. Al sentirse vieja le hubiera gustado dejar a Beethoven Jr. como jefe, pero temía que entonces su hija intentara matarle. Ella era mala.

Por segunda vez Lilith se encontró a solas frente a ella, aferrada a otra de aquellas estacas que parecía fabricar con facilidad, y cruzaron la mirada. Era la única que no se dejaba impresionar por la sofisticación y novedad humana, y parecía controlar cada uno de sus pasos o movimientos. Lilith no la conocía, pero la odiaba por la desconfianza que sembraba en su madre, y ambas lo sabían. Le hubiera gustado hablar con ella, decirle que no se atreviera a mover un dedo contra Kat. Pero en esos momentos Marie era más fuerte, y también ambas lo sabían. Lilith únicamente permanecía con vida gracias a la protección que le otorgaba su antigua pupila. Bajó la mirada, no podía hacer nada para protegerla salvo llevársela con ella, y así se lo propondría.

Tras aquel encuentro no perdió tiempo y la buscó por toda la zona. Se dio cuenta de que estaba tosiendo más de lo habitual, y que la fiebre empezaba a atacarla, no podría quedarse mucho más tiempo. Beethoven le indicó que Katrin —su nombre en el lenguaje de los gestos era una simple «K» representada por dos dedos en horizontal superpuestos sobre un dedo en vertical— había ido hacia el este.

Lilith la encontró no muy lejos del grupo, y la observó oculta entre unos arbustos mientras manejaba una trampa humana de aquellas que si rozabas un cable

estratégicamente oculto, una vara tensada se desprendía de la posición aseguraba y te atravesaba con unas mortales púas de acero. No solo comprobó que Katrin estaba familiarizada con las trampas de los furtivos, sino que las alteraba a su antojo para entretenerse, acabando luego por deshacerse de ellas. Se acercó por detrás y le acarició la cabeza. Le preguntó cómo era posible que fuera tan hábil con aquellas trampas, ella no se lo había enseñado. En respuesta, se señaló una cicatriz en el tobillo que se ocasionó durante su periplo hacia Tanganica.

—*Katrin, aprende, sola* —afirmó sacando los dientes, como si le pareciera gracioso y aparentara sonreír. A Lilith se le puso la piel de gallina de solo imaginar la peligrosa herida que tuvo que sufrir en soledad, y a pesar de todas las dificultades que tuvo que superar para sobrevivir, comprobó que no había perdido su particular sentido del humor.

Sin embargo aquel mundo era demasiado duro para su alumna, quien ya había alcanzado unas cotas de liderazgo inalcanzables para cualquier macho, ¡durante veinte años! La tomó de la mano.

—Escucha, Katrin. Debo irme.

—*Katrin sabe. Lilith enferma. Katrin se queda.*

Efectivamente aquel ambiente no le hacía bien a su delicada salud, y no le sorprendía que su alumna se percatara, pero el motivo principal de su precipitada marcha se debía a su temor de contagiar alguna enfermedad a algún miembro del grupo. Katrin estaba vacunada, pero sabía que la más simple enfermedad asimilada por los humanos a través de la llamada civilización, podía resultar devastadora en el mundo de los chimpancés.

—Escucha, quiero hablarte de algo muy importante. Tengo un centro, en Japón. Un centro donde podrías estar a salvo, tú y los tuyos. Ya sabes, arboles, dulces, juegos. Y si no quieres ejercicios, sin ejercicios. Vivir en la jungla debe ser difícil, tú mereces algo más. Solo descansarías y yo te cuidaría, sin reglas, sin horarios, tú mandas. Podríamos volver a estar juntas de nuevo. Ahora sí puedo protegerte como me gustaría.

Katrin contestó que había pensado en buscarla, pero viajar resultaba más peligroso que permanecer en aquel sitio, un sitio bueno para ellos, su casa. Además, le había costado mucho escapar de los hombres y no regresaría por propia voluntad. —Meditó unos segundos antes de continuar.

Pero vuelve dentro de unos meses, cuando Katrin esté muerta... quizás ellos quieran marcharse. Katrin se fía de Lilith, ellos saben.

—Katrin no se va a morir —contestó Lilith en gesto de hastío, no quería imaginar siquiera esa posibilidad.

La chimpancé no contestó... tomó el mapa de Lilith, lo examinó con total concentración y distinguió los árboles y las grandes montañas, el cerro de Mandrasian, como ella lo llamaba. Se sintió tan confusa que Lilith tuvo que señalar el punto que ocupaban, y ella hizo la señal de gracias. Comenzó a hacer

marcas con el bolígrafo de Lilith y señaló con su dedo de chimpancé los distintos lugares que solían ocupar. Le contó que Beethoven Jr. quería marcharse con Lilith para aprender palabras, pero no podía permitirlo, pues tenía que cuidar de ellos. Pero si a Katrin le pasara algo, su hijo querría ponerse en contacto con ella. Lilith le explicó que había dispuesto un buen medio de comunicación, por si algún día cambiaba de opinión o necesitaba su ayuda. En previsión de alguno de estos casos el nuevo ordenador disponía de un comando de ayuda que, en caso de ser activado, enviaría instantáneamente un aviso vía satélite hacia el ordenador de Lilith.

Pocas horas después Lilith se pertrechó para marcharse. Esperaba que Katrin se comportara con un poquito de humanidad y que se despidiera de ella con un abrazo.

Pero al contrario, su antigua acólita se entretuvo haciendo rayas en el suelo, alternando alguna mirada a aquellos objetos del otro mundo que se iban introduciendo en la mochila. Lilith dijo:

—Me voy, Katrin. ¿No te despides de mí?

La chimpancé dejó de hacer signos en el suelo, se levantó sobre sus dos piernas traseras, se dio la vuelta y comenzó a andar sobre dos pies en dirección contraria. Lo último que vio Lilith fue su espalda. Como siempre, se despidió a la francesa, y eso hizo la despedida aún más dolorosa para la Doctora Lieberman.

Beethoven la acompañó. Era fuerte, conocía la zona y procuró el mejor camino para la escasa destreza selvática de la chimpancé de pelo blanco. Resultó ser entrañable como su padre, casi tan inteligente como su madre y además... ¡un ladrón! Le robó a Lilith un espejo y algunos caramelos de la mochila, pero la humana no opuso resistencia. Para despedirse de Beethoven Jr., escribió con un lápiz de labios rojo unas cifras sobre el espejo y le indicó mediante el lenguaje de signos que entregara aquel último mensaje a su madre, un número de teléfono que ella sabría usar. Beethoven estrechó su mano con la dignidad de un hombre de negocios, pero con la mirada descontaminada que Katrin exhibía en su infancia, y se marchó trotando de lado, sobre sus cuatro patas.

Mayé la esperaba en el sitio acordado y Lilith le pidió mantener el contacto durante los meses siguientes. Podría ser que le llamara en cualquier momento para que recogiera a Beethoven Jr. o a Katrin, si esta cambiaba de opinión.

Durante el trayecto de regreso Mayé le señaló un lugar concreto, un cerro sobre el cual decía haber conocido al espíritu de la jungla veinte años antes, un lugar maldito.

El espíritu de la jungla echó abajo dos puentes humanos y castigó al hombre blanco —confesó, pero Lilith ya sabía que en ese lugar había muerto Mandrasian—. Aquellos puentes fueron reconstruidos dos meses después, y nuevamente destruidos al mes siguiente. Los hombres de la zona hicieron un segundo intento al año siguiente, trabajaron durante un mes completo para levantar un puente de gruesa madera y estructura metálica. Al poco tiempo la madera ardió, y los anclajes metálicos tampoco tardaron en ceder, quedando imposibilitado aquel acceso para cualquier vehículo o carromato, hasta la fecha.

Los hombres de la zona lo llamaban el puente fantasma del chimpancé blanco y se encontraba bajo la maldición del espíritu de la jungla. Lilith estaba convencida de que tenían razón.

Marie vio cómo Katrin buscó un lugar alejado del grupo, le extrañó que no se hubiera marchado con su amiga humana, se sentó a su lado y la abrazó. Los chimpancés saben cuando otro está triste. Katrin dibujaba extrañas líneas rectas y trazos curvos con el extremo de una rama sobre el barro, y su hija no entendió aquellos signos alargados y entrecruzados como las ramas de un nido:

Lilith, Katrin, siempre amigas. Adiós.

CAPÍTULO 16

Cuando regresé a Japón comencé redactar su historia tal como la conocía, pero lamentaba no poder ser testigo de sus futuras aventuras, ni de las pasadas durante veinte años en la jungla, aventuras que podrían haberla convertido en un verdadero hito científico.

Volví a hojear los innumerables álbumes de viejos recortes de periódicos y revistas que había recopilado a lo largo de los años. Volví a comparar aquella disparidad de definiciones contradictorias respecto a su personalidad y comportamiento, pero una disparidad tan solo teórica. En algunas fotos una inocente bola peluda jugueteaba con una muñeca, en otras devanaba su concentración para resolver los extraños problemas que le presentaban unos seres deformes que andaban a dos patas. Resolvió hasta la cuestión más compleja, nuestros intereses.

El montaje de Robert Carolingi, en cambio, reflejaba a una alimaña criminal de un metro ochenta y salvaje instinto asesino. Sinceramente y dadas las circunstancias, creo que tampoco se equivocó demasiado, pues Kat llegó a adoptar una compleja psicología afín a aquel montaje fotográfico. Maldad e inocencia, ¿cómo podemos parecernos tanto? Personalmente opino que Katrin acabó convirtiéndose en un híbrido de ambas personalidades, y su maldad final solo podía paliarse con la pureza de espíritu que experimentamos aquellos que la conocimos mejor. No habría cielos ni infiernos para ella. El animal despertó al humano que llevaba dentro.

Una vez compuse un primer borrador de su historia los reuní en aquel centro comercial a la sombra del árbol que creció sobre el cuerpo de Beethoven. Svenson, Skipper y Meyer ya habían fallecido, pero aún quedábamos Ulises, Heraldo, aquella niña africana —quien goza de una próspera vida desde que recibió un anillo de su mano—, e incluso el famoso periodista Robert Carolingi. Les enseñé el manuscrito, les hablé de Beethoven Jr. y ellos me contaron su parte de esta historia. Me aportaron una gran cantidad de datos valiosos que sirvieron para completar este volumen. Aquel largo día no pudimos evitar alternar lágrimas y risas, recordando lo hermoso que era su cerebro, pero sobre todo su corazón. Con los aportes de unos y otros, la imagen de Katrin se elevó aún más en nuestras mentes, sobre nuestras mentes.

Aquella misma tarde y muy lejos de allí, el leopardo se llevó a Katrin, punto final.

Varios días después de aquella reunión recibí una llamada telefónica en medio de la noche y descolgué el auricular con la confusión propia de la madrugada:

—¿Lilith Lieberman, dígame?

Hubo silencio al otro lado, pero después de un largo silencio surgió una voz como un murmullo. Un... «uh, uh, ah, ah» ininteligible. Entonces acerté a identificar aquel número especial. No era la voz de Katrin, pero intuí que se trataba de una llamada de ayuda. Acepté con la mayor entereza posible el hecho de que mi antigua alumna

había abandonado nuestro mundo y se habría instalado en el bonito cielo del que hablaba, así que me desplazé nuevamente a Tanzania.

Tras llegar comprobé con satisfacción que Mayé y Beethoven habían hecho buenas migas durante la espera. Debí de solventar una gran cantidad de trámites burocráticos antes de poder trasladar a Beethoven Jr. a mi centro, donde estudiaría las mismas materias que aprendió su madre.

Antes de abandonar el grupo, Beethoven me condujo de la mano, casi se me olvidaba, debíamos recoger el ordenador de Kat. Beethoven lo había ocultado en un falso fondo de árbol hueco, cubierto por una funda impermeable, dentro de otra caja metálica. Beethoven estaba muy interesado en que yo recogiera los apuntes que había escrito desde mi marcha, y me cedió su propiedad.

Durante las horas muertas en Tanzania desentrañé con avidez cada uno de los renglones que escribió. Estaba muy desencantada con nuestro mundo. Utilizaba unas expresiones simples pero contundentes, y con una claridad más cercana a la humana que a la animal. Por mucho que le pesara, Kat nunca pudo cambiar eso.

Debo confesar que no esperaba tanto. Antes de terminar de leer la primera página de sus notas descubrí que toda mi piel estaba erizada de la emoción. No solo recordaba los signos manuales, sino que escribió unas extensas notas referidas a sus experiencias que daban comienzo en la conferencia mencionada al principio de este libro, y que se centraban en aquel año en el que todas nuestras vidas cambiaron de repente. Quería que yo lo leyera, la corrigiera y transcribiera sus aventuras.

—*Katrin, no, perfecto. Lilith, arregla.*

Al leer este primer punto asentí en señal de complicidad, y eso sin saber todavía que se trataba de casi cincuenta páginas llenas de párrafos sueltos —algo desordenados, desde nuestro punto de vista—, de datos, anécdotas y declaraciones que relataban paso por paso la historia de su vida, hasta que ya no pudo más.

Durante esos últimos días en África, Beethoven Jr. describió con tristeza aquella aciaga jornada.

Me contó cómo fueron atacados por una pareja de leopardos que llevaban años persiguiéndola, y que por algún motivo solo querían a Kat. No la vio morir, pero ella estaba en el suelo, defendiéndose con sus propias manos, el leopardo la golpeó con sus garras y luego se la llevó.

Después de eso y siguiendo sus instrucciones, el hijo de Beethoven y de Katrin caminó una jornada entera, entró por la ventana de un colegio humano y marcó el número de teléfono tal como su madre le había enseñado. Luego tendría que decir algo, cualquier cosa, Lilith entendería... «*Lilith, siempre, entiende*».

Lilith comentó en voz alta uno de aquellos párrafos, el cual resultó ser oscuramente profético:

Yo lo he visto. Cuando el leopardo te atrapa, solo te suelta para poner una garra en tu pecho, y solo te libera para volver a meterte entre sus fauces.

Pensaba que no podía sorprenderme más y me engañé. Durante esos veinte años no había perdido ni un solo rasgo de su portentosa inteligencia, no había olvidado ni un solo símbolo a pesar de no haber practicado ni un solo día. Científicamente hablando, algún extraordinario mecanismo o mutación le permitía almacenar información a largo plazo de tal forma que muchos la envidiaríamos, a pesar de las limitaciones de su naturaleza. ¿Quién sabe lo que hubiera podido descubrir Mandrasian si hubiera llegado a conseguir su propósito? ¿Qué habría encontrado si hubiera abierto aquella pequeña caja llena de maravillas y secretos? Afortunadamente no lo hizo, aquel pequeño cerebro consiguió respuestas a todos los problemas presentados en su vida, Mandrasian incluido.

Estas fueron sus últimas palabras:

De noche y acompañado por Beethoven me adentro en un colegio humano. Me gusta sentarme en sus sillas, observo las extrañas palabras en la pizarra y Beethoven sabe cuánto me emocionan. Él sabe que guardo en mi pasado un gran secreto relacionado con las palabras y quiere descubrirlo. Cuando Lilith me regaló un nuevo ordenador pensé que quizás podría contar como viví, sobre todo aquel último y decisivo año, para que mis hijos supieran de mí como yo quise saber de Bernadette, y no pude.

El colegio del que hablo está apartado, tiene teléfono e internet, y pude volver a ver a Lilith. A menudo sale en los periódicos, ha escrito muchos libros, y en uno de ellos habla de mí y me defiende. Cuando escapé, la gente decía cosas feas de mí. Ella investigó y limpió mi nombre, aunque creo que mintió, porque no soy tan buena como ella asegura, *Katrin sabe*. Lilith no es como yo, una mona estúpida que escribe cuatro palabras y muchos dicen que soy lista porque soy un animal que hace cosas de persona. Yo no soy lista, solo una chimpancé que tuvo el mundo en sus manos y que huyó para regresar a la selva donde debió nacer, donde pertenecía, sin palabras.

Ya no siento tanto odio hacia su mundo. No siento tanto como antes sobre ningún tema en particular, estoy cansada. En el fondo, Ellos también viven en su jungla, y esto les convierte en lo que son. Ahora tengo casi treinta y dos años, y pronto moriré. Cualquiera día un macho ambicioso de los muchos grupos que nos rodean buscará ser el jefe de la manada, me atacará y no podré defenderme como antes, Katrin es vieja. Luego morirán los hijos de Katrin, puede que Marie no. Pero temo por Beethoven Jr.

Lilith dice que todavía me queda mucho tiempo. Ella sabe que no. No necesito haber estado rodeada de humanos para saber cuando llega el momento, no es simplemente pesimismo. En ese momento somos muy consecuentes. Cuando dejamos de movernos alguien se acerca y descubre que nuestra inmovilidad no es natural, nos huelen, nos mueven, nos levantan la mano, a veces nos desparasitan, y luego acaban abandonándonos tras el tiempo de luto. No resulta nada traumático.

Lilith, te envió mi historia con mi hijo, quien espero que sea tan buen alumno para ti como ya lo ha sido para mí. Espero que sepas corregir mis palabras, para que las reescribas como hacías antes, y le cuentes a él y a los que vengan después de él,

como fue Beethoven y como fue mi vida. También cuenta a las personas... que sepan que Katrin a veces también ha sido buena.

Lilith. Finalmente, Katrin, no, cura, cáncer, de, Beethoven.

Tomé todas sus palabras y las descifré de la mejor forma que pude. Con todos esos retazos de memorias y testimonios, cada cual más asombroso, construí esta historia en su honor. Era su deseo. Añadí algunas opiniones y alteré ligeramente su arborícola estilo literario. Tenía la capacidad de sorprendernos, la capacidad de ser un ángel, pero también podía convertirse en un demonio al que muchos hubieran deseado no haber conocido.

Aún hoy, con todos sus chips cerebrales y estímulos diversos, Alfred sigue siendo el primate más reconocido internacionalmente. También él es admirable, pero fue una lástima que Katrin no demostrara lo que sabía hacer antes de su fuga.

Alfred es producto de la más alta tecnología, pero disiento de los métodos utilizados. Muchos chimpancés y bonobos murieron hasta que hallaron al ejemplar que pudo desarrollar el nivel que «Ellos» —como Katrin solía denominarnos— ansiaban encontrar, saltando artificialmente muchos escalones de la evolución.

El papel del hombre en el desarrollo de la ciencia omite demasiados conceptos morales. Antes teníamos que conseguir el alimento a la fuerza, matando. Era la forma natural y la única que podíamos imaginar. Sin embargo ahora tenemos otras muchas alternativas. Podemos alcanzar nuestros objetivos con juicio, cálculo, reflexión, cordura, madurez, ponderación, estudio, raciocinio, proporcionalidad, equilibrio y con empatía. Sin embargo seguimos actuando de la manera más sencilla, matándonos los unos a los otros por motivos confusos y primitivos, y a esto se le sigue llamando «inteligencia humana».

Deberíamos cambiar el significado de algunas palabras, darles la vuelta para que se ajusten al cambio moral que le debemos al planeta.

En cuanto a los chimpancés..., nos parecemos en muchos detalles que resultan casi imperceptibles, pero que no debemos pasar por alto.

Nos parecemos cuando sonreímos, cuando gesticulamos, cuando sacamos los dientes, cuando nos golpeamos un dedo del pie; cuando carcajeamos, cuando bostezamos, cuando aplaudimos, cuando señalamos, cuando pedimos con la mano, cuando pedimos perdón, cuando nos besamos y abrazamos, cuando marcamos el territorio, cuando levantamos la mano para advertir, cuando nos retorremos de risa para evitar que nos hagan cosquillas, cuando nos rascan, masajean y acarician; cuando nacemos, cuando morimos y cuando matamos; cuando cogemos a alguien del brazo para llevarle a algún sitio, cuando se nos eriza el pelo, cuando amenazamos, cuando saltamos de alegría y cuando velamos a nuestros muertos. Nos parecemos cuando meditamos y cuando miramos, cuando nos quedamos absortos, cuando competimos, cuando cazamos y cuando copulamos. Nos comportamos de la misma manera cuando montamos intrigas sociales para escalar en el grupo o conseguir favores, y también cuando rogamos ayuda o compasión. Similares en la combinación

de maldad y altruismo, nos identificamos con ellos porque necesitamos que nos emitan señales de sumisión o de pleitesía, la aceptación total, y porque cuando estamos solos nos sentimos tristes. Nos parecemos en que podemos sentir compasión, en que siempre queremos lo mejor, y mucho. Y nos parecemos en el hecho de que si sobra algo, somos capaces de compartirlo.

Las conclusiones que cada uno puede sacar, el significado de este libro y el mensaje que Katrin nos quiso legar se encuentran en nuestro interior. Pero si quiere profundizar más, despliegue el teclado o abra un libro, encuentre la fotografía de un chimpancé y mire sus ojos.

Le sorprenderá descubrir aquello que se oculta tras su reflejo.

FIN